

El próximo verano en
SEÚL
Teresa Cameselle
Lectulandia

¿Y si conocieras al famoso que más admiras?

¿Podrías amar al hombre detrás del ídolo?

2019. El último día de su estancia en Seúl para estudiar coreano Irene conoce a Lee Kyung, su actor favorito, y lo ayuda en una situación comprometida. En aquel breve encuentro acordaron volver a verse el próximo verano. Su promesa fue una de las muchas que no pudieron cumplirse en 2020.

Madrid, 2022. Después de muchos esfuerzos, Irene consigue un trabajo de intérprete. El primer encargo es acompañar a Su Jong, el CEO de un gran conglomerado coreano en visita de negocios. Su sorpresa es enorme al descubrir que es el vivo retrato de Lee Kyung.

Teresa Cameselle

El próximo verano en Seúl

ePub r1.0

Titivillus 02.01.2025

Teresa Cameselle, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido



TERESA CAMESELLE

Si es el destino, no hay coincidencias.
Tu destino lo definen las decisiones que tomas, pero a
veces, el destino elige por ti…
The King. Eternal Monarch.

ANTES DE EMPEZAR…

Querida lectora, querido lector, en esta novela te vas a encontrar con algunos personajes atípicos. Si no eres como yo, y como tantos, espectador o lector de ficción coreana, quizá te cueste comprender algunas de sus reacciones, su cultura y su forma de comportarse en sociedad. Para compensar, tenemos una protagonista gallega, intérprete y guía turística, que te ayudará a seguir el sendero que marcan las flechas amarillas.

Mi consejo: solo déjate llevar y disfruta del viaje.

Buen Camino.

La autora.

CAPÍTULO 1

IRENE

Madrid en un día de lluvia es un auténtico infierno. No, mentira. El infierno debe ser un sitio un poquito más agradable.

Toda la noche he estado dando vueltas en la cama. Me han hecho falta dos cafés seguidos para ponerme en marcha y no me di cuenta del sonido de la lluvia en los cristales hasta ver el fondo de la cafetera. Sabía lo que aquello significaba: transportes públicos retrasados y embotellamientos que harían inútil intentar llegar en taxi al aeropuerto.

Cuando por fin entro en la terminal internacional llevo media hora de retraso; mis zapatillas parecen esponjas que chorrean agua sucia, al paraguas se le han roto dos varillas y mi pelo es un desastre. Justo el aspecto que deseaba tener al recibir a mi cliente más importante hasta el momento, nada menos que el CEO de Lee Corporation, una de las compañías de alimentación más poderosas de Corea del Sur.

Entre mi aspecto y el retraso que llevo, lo segundo es lo más urgente de solucionar, así que corro por los pasillos interminables en busca de una pantalla que me indique que el vuelo aún no ha aterrizado. «Por favor, por favor», voy murmurando sin preocuparme de que la gente me mire como si estuviera loca.

Cuando me encuentro en medio de una riada de coreanos arrastrando sus equipajes, suspiro de alivio al darme cuenta de que llego justo a tiempo.

Busco en mi bolso el cartelito con el nombre del señor Lee escrito en alfabeto coreano. No está mojado. Otra buena señal de que por fin el día comienza a arreglarse.

Y entonces una maleta asesina me atropella.

Las ruedas de lo que es un claro exceso de equipaje me pasan por el empeine derecho. Levanto el pie con un grito de dolor. Al momento, la suela encharcada del izquierdo comienza a deslizarse por el pavimento. Siento que vuelo. La punta de la zapatilla señala el cielo y mi espalda está en horizontal, como en una escena de Matrix. Ya me estoy preparando para estamparme contra el suelo cuando un brazo me agarra por la cintura. En un segundo estaba pensando que besaría el suelo y al siguiente lo que beso es el abrigo de mi desconocido salvador.

Por un instante me abraza como si fuera la persona que más ama en el mundo.

El alivio me hace expulsar el aliento con un resoplido antes de levantar el rostro para encontrar el de mi héroe.

Sus ojos son dos trazos afilados, casi tan negros como la mascarilla que le cubre la mayor parte de la cara.

—*Ken chanaio?* —pregunta, y, oh, Dios mío, esa voz.

Noto que mi mandíbula se descuelga. Las rodillas me tiemblan, así que me aferro a sus brazos para mantener el equilibrio. A pesar de mi estupor, no puedo dejar de apreciar la fuerza de sus bíceps, tan tensos como la línea horizontal que le surca la frente.

—*Ken chanaio?* —insiste—. *Are you okey?* —Prueba en inglés, sin obtener respuesta por mi parte.

Hablo cuatro idiomas pero en este momento soy incapaz de pronunciar ni la palabra más simple en ninguno de ellos.

Tiene que ser un sueño. Eso es, aún no me he despertado. Me he quedado dormida viendo por tercera vez mi drama coreano favorito. Por eso ahora estoy soñando que el protagonista me ha salvado de una caída segura. Una escena mil veces repetida en esas series.

Como estoy convencida de que esto no es real y no tengo nada que perder, estiro la mano y le bajo la mascarilla. Y sí, es él, en carne y hueso, el mismísimo Lee Kyung. Los once años pasados desde que protagonizó aquel drama de instituto que lo lanzó a la fama internacional solo han servido para aumentar su atractivo.

Si de verdad estoy dormida, no pienso despertarme.

Nunca.

—Eres aún más guapo que en pantalla —le digo en cuanto

recupero la voz.

Por supuesto, mi salvador no entiende ni una palabra de castellano, así que se limita a fruncir las cejas sobre aquellos increíbles ojos en forma de medialuna.

Entonces hace algo que no haría el hombre de mis sueños. Me toma de las manos para obligarme a soltarlo, da un paso atrás, se gira y se marcha. Sin despedirse. Sin volver a preguntar si estoy bien.

Lo dejo ir con un suspiro, mientras observo la elegante ondulación de su abrigo gris y su mano de largos dedos que va colocándose un mechón que le cae sobre la frente. Siento un escalofrío al recordar lo cálido que era su cuerpo cuando me abrazó para salvarme de la caída.

Hasta aquí ha llegado mi sueño.

Es hora de despertar.

Cierro los ojos y me pellizco las mejillas, segura de que, cuando los vuelva a abrir, estaré en mi cama. Ni siquiera habrá sonado el despertador aún y no lloverá en Madrid.

«Por favor, por favor». Hoy no dejo de rogar por cosas, al parecer.

No funciona. Sigo en el aeropuerto, con las zapatillas empapadas y el hombre que tanto se parece a Lee Kyung está alejándose a cámara lenta por el pasillo que se va vaciando de viajeros apresurados.

No camina más de cinco pasos cuando una chica lo detiene. Ella también es coreana, con los ojos más grandes que él, en forma de almendra. Me mira desconcertada al tiempo que le susurra algo rápido cerca del oído.

Lee Kyung se vuelve para descubrir lo que ella le indica: el cartel que acabo de recoger del suelo, con el nombre de la persona que tengo que recoger en el aeropuerto; el vicepresidente de Lee Corporation.

—Disculpe. ¿Es usted la intérprete? —me pregunta la chica en su idioma, con un acento de Seúl tan bonito que vuelvo a suspirar.

—Sí, soy la intérprete —contesto, haciendo una reverencia formal antes de presentarme—. Mi nombre es Irene Leira.

«Espera… Entonces, definitivamente, ¿esto no es un sueño?».

El hombre idéntico a Lee Kyung se ha vuelto a poner la

mascarilla. En su frente perfecta se forman más arrugas que le dan un aire pensativo. Mi mente, falta de horas de descanso, sigue sin procesar que aquel hombre, impecable después de un montón horas de viaje, con el cuello de la camisa mejor planchado que he visto en mi vida, pueda ser realmente el presidente de Lee Corporation y no mi actor favorito de *kdramas*.

Eso me pasa porque estoy obsesionada con ese actor y con lo que nos ocurrió aquella vez en Seúl. Tres años atrás.

—¿Seguro que es ella? —pregunta a la chica, que debe ser su asistente—. Parece que conoce el idioma, pero tiene algún problema de coordinación, además de…

Me señala con dos dedos, sin completar la frase, pero con un gesto tan impertinente que es evidente que está juzgando mi aspecto sin preguntar siquiera el motivo.

Me paso las manos por el pelo y descubro que se me forman tirabuzones en las puntas. Es inútil tratar de alisarlo, necesito una hora de plancha para eso. En cuanto a los bajos del vaquero y las zapatillas empapadas, no hay nada que hacer.

—Ha sido una mañana complicada —digo, dando un paso hacia ellos.

Y de nuevo resbalo en el charco que he formado con el paraguas. Esta vez nadie me sostiene y acabo sentada en el suelo mojado, con un dolor de nalgas que me va a durar días.

—¿Está usted bien? —me pregunta la supuesta asistente, acercándose a mí, pero sin ofrecerme su mano.

Los coreanos practican mejor que nadie la distancia social desde siempre. Porque los conozco bastante bien, sé que no necesitaron una pandemia para ello. Me incorporo despacio y contengo las ganas de frotarme cierto hueso que ha recibido todo el impacto de la caída.

—No, no estoy bien, nada bien —confieso—. No he dormido apenas, no he desayunado más que café solo y he tenido que correr por toda la ciudad bajo el diluvio universal… —Sacudo el cartelito en el que pone bien claro el nombre del hombre al que he venido a recoger: Lee Su Jong, vicepresidente de Lee Corporation. No es mi Lee Kyung, por mucho que me hubiera gustado creerlo—. Pero eso no les importa, ¿verdad? —añado, y dejo caer los hombros—. Soy yo la que tiene que disculparse por no haber previsto esta situación.

La asistente se vuelve hacia su jefe, con una sonrisa tan amable que podría derretir el iceberg que hundió el Titanic.

—Habla muy bien nuestro idioma ¿verdad?

—Habla demasiado —dice él, con la voz amortiguada por la mascarilla. Sus ojos, resaltados así por el borde negro de tela, son matadores—. El coche nos estará esperando. Vamos, tenemos trabajo que hacer.

—«*Ppalli, ppalli*[1]» —murmuro con enfado.

Los coreanos y sus prisas constantes. Todo para ellos es urgente, ni siquiera se plantean, después de un viaje tan largo, pararse a tomar un café en el aeropuerto. Con lo bien que me vendría a mí un buen desayuno.

En fin, me va a tocar seguir corriendo, al parecer.

CAPÍTULO 2

SU JONG

La oigo correr hacia mí, con esas zapatillas encharcadas que deben de estar salpicando agua sucia a cada paso. El avión ha llegado con retraso y ahora tengo que soportar este contratiempo. No puedo permitir que su torpeza y sus pies mojados me estropeen la agenda por completo.

Me giro antes de que me alcance y ella frena. Vuelve a resbalar, y tengo que extender las manos para sujetarla por los hombros y evitar que termine entre mis brazos otra vez.

Me mira de esa manera, como lo ha hecho antes, que tanto me molesta.

Como una fan obsesionada.

Es lo único que no echo de menos de otros tiempos.

—Por eso son tan famosas las españolas —digo de la manera más desagradable que puedo. Tengo que romper la burbuja que noto que está creando en su cabeza, aunque sea acusándola de tomarse demasiadas confianzas.

—Los coreanos lo son por sus buenos modales —contesta, dolida—. Y por mantener las distancias —añade, mirando mis manos sobre sus hombros.

Al instante la suelto como si quemara. La he culpado de arrojarse en mis brazos cuando, en realidad, soy yo el que la mantenía sujeta.

No sé qué está pasando. Solo es una intérprete contratada por mi empresa. No la conozco de nada ni me interesa hacerlo más allá de lo estrictamente profesional, pero por algún motivo, a la vez que me irrita, me intriga.

Miro su calzado.

—¿Qué número crees que lleva? —le pregunto a Mi-suk, que me observa de una manera molesta—. ¿Doscientos cincuenta?

—Quizá menos.

La intérprete se mira los pies antes de contestar a una pregunta que no le he hecho.

—Es un treinta y ocho. Doscientos cuarenta y cinco para ustedes.

Entro en la tienda deportiva ante la que me he detenido y elijo unas zapatillas del número que ella me ha dicho. La veo mirar la etiqueta con ojos desorbitados.

—Disculpe, señor vicepresidente, pero no me las puedo permitir.

—Considérelas parte de su salario.

—Tampoco puedo permitir que me las descuente de mi salario.

Es cierto que habla bien mi idioma, pero aun así parece que tenemos un grave problema de comunicación. Entrego las zapatillas a Mi-suk para que se ocupe de pagarlas.

—Por favor, descálcese.

—No hay necesidad de comprar unas nuevas —insiste—, estas están perfectamente, y seguro que ya ha dejado de llover. Solo ha sido una tormenta de fin de verano. Como en Madrid hace mucho calor en septiembre, se me secarán en cuanto camine un poco y…

No sé si voy a poder soportar a una persona que habla tanto sin necesidad, y que además cuestiona mis decisiones como si no supiera cuál es su lugar. La sujeto de nuevo por los hombros para sentarla en el banco a su espalda. He tocado más a esta mujer en diez minutos que a cualquier otra que no sea de mi familia en meses.

Ella levanta la cara para protestar, pero su mirada vuelve a ser la de antes; esa que he visto demasiadas veces. Puedo leer sus pensamientos como si se proyectaran en su frente: «eres aún más guapo en persona». Sí. Eso también lo he oído más de lo que me gustaría.

—Quítese el calzado, por favor.

Duda un poco, pero acaba aceptando mi orden. Sus dedos tiemblan cuando intenta deshacer el nudo del primer cordón. Ha dicho que hace calor en Madrid, pero tiene las yemas de los dedos azulados, quizá por efecto de la mojadura y el fuerte aire

acondicionado de la tienda. Odio seguir manteniendo contacto físico con una desconocida, pero lo hago solo porque en mi cabeza hay un reloj que no deja de hacer tictac. Tengo que llegar puntual a mi cita, así que desato los cordones por ella.

—Por favor, señor Lee, no es necesario. Yo…

—Pídale a la dependienta que las tire a la basura —ordeno tras quitarle aquel molesto calzado de los pies.

Sus tobillos están fríos, por lo que de nuevo pongo en duda sus palabras sobre el calor exterior. Cuando se los suelto, noto un extraño hormigueo en los dedos. Extiendo las manos hacia Mi-suk que me las rocía con producto higienizante. Después, coloca las zapatillas que ya ha pagado ante la intérprete.

—No pienso hacerlo —dice ella, y no sé si se refiere a tirar las zapatillas viejas o a ponerse las nuevas.

De repente noto que me falta el aire. Me quito la mascarilla para inhalar y exhalar un par de veces, bajo la mirada preocupada de mi hermana.

—No sé si es consciente de que nuestro avión ha llegado con retraso, y ahora usted se empeña en retrasarme todavía más. Tengo una reunión en menos de una hora en el centro. ¿Va a hacer usted el trabajo para el que la hemos contratado o quiere renunciar ahora?

—No quiero renunciar —dice la intérprete, y, por una vez, es rápida y directa.

Supongo que la cantidad que le pago por sus servicios a tiempo completo durante una semana es bastante generosa para una persona que no puede permitirse unas zapatillas de doscientos euros.

—Yo soy la secretaria Lee —dice Mi-suk inclinándose ante ella—. Mi nombre completo es Lee Mi-suk. Y ese que llega corriendo con las maletas es el secretario Kim Ha Jin. Es nuestra primera vez en el extranjero y somos nuevos también en este trabajo. Por favor, ayúdenos a hacerlo lo mejor posible.

La traductora se levanta, doblando las puntas de los pies para acostumbrarse al calzado nuevo.

Ha Jin se acerca y también la saluda con una inclinación. Ella les devuelve el saludo a los dos.

—Lamento las molestias causadas y prometo poner todo de mi

parte para que no sufran ningún otro contratiempo durante su estancia.

Se gira hacia mí y me saluda doblándose por la cintura, con una inclinación tan profunda que pienso que me ha confundido con mi difunto padre, el anterior presidente de Lee Corporation.

—No perdamos más tiempo —digo y los tres saltan como soldados de una tropa bien entrenada.

Afuera sigue lloviendo y dos pasajeros están discutiendo por un taxi, formando un tapón que no permite que nuestro coche se acerque a recogernos a la zona cubierta.

La intérprete abre el pequeño paraguas que todo el tiempo ha llevado colgando, y goteando, de su muñeca. Es amarillo y crea un bonito halo sobre su rostro que me provoca un *déjà vu*.

Solma[2]… No puede ser ella.

Sería demasiada casualidad, o destino. Y esas son cosas en las que no creo.

CAPÍTULO 3

TRES AÑOS ATRÁS, EN SEÚL

Irene había estado vagando por la ciudad durante más de dos horas, tras dejar sus maletas en la consigna de la residencia de estudiantes.

Le rompía el corazón tener que marcharse. Viajar a Seúl había sido el sueño de su vida desde adolescente. La culpa la tenían los *kdramas*, las series coreanas que había descubierto diez años atrás en Internet. Su prima era fan de la ficción japonesa y así había comenzado su locura compartida por todo lo asiático. Incluso había contagiado a su madre. Aún recordaba cuando las tenía que descargar de servidores llenos de virus, o cuando el supuesto episodio del drama correspondiente resultaba ser un vídeo porno del que se apresuraba a borrar todo rastro, por si la familia le cotilleaba el ordenador.

En aquel 2019, para su disfrute, las series coreanas comenzaban a hacerse un hueco en Netflix y todo el mundo estaba enganchándose a ellas.

Y allí estaba ella, pisando las calles por las que transitaban sus protagonistas favoritos en la ficción. Siguió caminando un buen rato y se acababa de internar en un bonito parque en el momento justo en el que los cielos se abrieron sobre su cabeza. Julio es el mes más lluvioso en la ciudad, por eso Irene iba preparada con un paraguas plegable que abrió al momento para resguardarse. Hacía calor y aquel chaparrón solo era una molestia que soportar durante un rato.

De entre unos árboles vio salir a un hombre alto que corrió hacia ella y se metió bajo su paraguas. Con gesto de apuro y susurrando un «por favor», se lo quitó de la mano y la rodeó con un brazo por los hombros. Ella estaba tan sorprendida que se dejó hacer y

siguieron caminando bajo la lluvia como una pareja de enamorados.

No hubiera permitido que cualquier desconocido hiciera algo así sin una buena explicación.

Pero él no era cualquier desconocido.

Incluso con la mascarilla negra que le cubría medio rostro, podría reconocerlo solo por la preciosa curvatura de sus ojos y el mechón rebelde de pelo negro sobre la frente. Era Lee Kyung. Recién salido de su mayor fantasía.

Al oír voces y pasos apresurados que se acercaban, él se quitó la cazadora azul marino que llevaba y la dobló para metérsela bajo el brazo. Irene pensó en una de esas películas en las que un fugitivo se cambia la ropa durante su huida para que no lo reconozcan. También aprovechó para deshacerse de la mascarilla.

—¿Alguien lo persigue? —se decidió Irene a preguntarle, con voz temblorosa de pura emoción.

—Sí. ¿Le importa que siga con usted unos minutos más? Le aseguro que no es nada peligroso, solo incómodo.

—De acuerdo. No se preocupe.

A su lado pasaron otras parejas, apresuradas por la lluvia, y deportistas que seguían corriendo sin importarles las inclemencias del tiempo. Irene se imaginó que su paraguas amarillo era una burbuja mágica bajo la que estaba ocurriendo algo que no sabía lo que significaba, pero que no quería que acabara nunca.

Entonces llegaron los periodistas a la carrera, con las grandes cámaras en ristre unos y otros las grabadoras preparadas. Lee Kyung se detuvo e inclinó el paraguas para hacer sombra sobre su perfecto rostro. Irene se pegó más a su costado y extendió una mano para tocarle la cara, cubriéndole los rasgos.

—¿Qué hace? —preguntó él, con una mirada preocupada.

—No quiere que lo descubran, ¿no? —dijo ella, mientras le acariciaba la mejilla y le sonreía como si le estuviera declarando su amor eterno.

Él asintió e inclinó el rostro, aceptando su caricia con los ojos entornados. Fascinada, Irene recorrió sus rasgos con las yemas de los dedos, como si tocara la porcelana más delicada del mundo. Y la más hermosa.

Sin prestarles atención, los periodistas desaparecieron por otro camino del parque y ellos pudieron separarse. Jadearon a la vez

como si hubieran estado corriendo durante todo aquel tiempo.

—Usted me conoce —afirmó él.

Irene hizo un gesto afirmativo. Aún no se creía que estaba hablando con su actor favorito de *kdramas*, uno de los hombres más guapos de Corea y del mundo entero. El chico al que apodaban «el príncipe» porque bordaba este papel en las series históricas.

—Tranquilo, no soy una de esas fans locas que intentarían arrancarle la ropa —bromeó, esperando arrancarle una sonrisa.

Solo fue una ligera curva que tiró hacia arriba de sus labios, pero sí, ahí estaba. Pasada la primera impresión, Irene podía por fin mirarlo sin sentirse deslumbrada. Tenía que grabar en la memoria ese rostro, el de verdad, sin maquillaje, ni a través de los filtros de las cámaras, tal como lo tenía delante. Se fijó en las pequeñas imperfecciones que lo hacían humano. En la piel un poco seca en la frente, en las suaves ojeras, en una herida en el mentón que probablemente se había hecho al afeitarse. Con todo eso seguía siendo el hombre que la enamoraba desde la pequeña pantalla.

—No sé cómo agradecérselo.

Habían salido del parque y caminaban por la acera de una avenida. Ninguno de los dos se dio cuenta de que ya no llovía y siguieron al amparo del paraguas amarillo, hombro con hombro.

—Puede invitarme a comer —dijo ella, sin saber de dónde habían salido aquellas palabras. Era una proposición demasiado descarada, y más para hacérsela a un coreano que, a su pesar, era un desconocido.

—Sí, sí, claro —aceptó él al momento, obligado por las circunstancias y su exquisita educación—. Tendremos que buscar algún restaurante discreto…

Se detuvieron ante una parada de autobús y solo entonces Irene recordó que tenía que regresar a la residencia a por sus maletas.

—¡Se me ha hecho tardísimo! —exclamó, tras mirar la hora en su reloj—. ¡Ay, Dios! ¡Que no llego al aeropuerto!

—¿Tiene que ir al aeropuerto?

—Sí. Y voy demasiado justa de tiempo.

Miró hacia la avenida. Un gran coche negro con cristales tintados estaba parado a su altura, pero no era un taxi. Estiró la mano al ver que se acercaba uno con la luz de «libre» encendida, pero pasó de largo al no verla porque aquel otro automóvil la

ocultaba.

—Deje que yo la lleve, por favor.

—¿Llevarme? ¿Al aeropuerto?

Lee Kyung cerró por fin el paraguas, extendió un brazo por delante de Irene, que lo miró sorprendida, y le abrió la puerta del coche de los cristales oscuros.

—Por favor —insistió, y esperó a que ella se sentara en el asiento trasero.

—Tengo que ir antes a la residencia de estudiantes a por mis maletas —explicó ella.

—Dele la dirección al conductor —le dijo, mientras él ocupaba el del copiloto.

El chófer llevaba gafas de sol y un corte de pelo estilo militar. Irene se preguntó si también sería su guardaespaldas porque desde atrás parecía un tipo muy grande, incluso al lado del actor que medía cerca de un metro y noventa centímetros, según las webs especializadas.

Tras darle los datos del que había sido su alojamiento en la ciudad hasta aquel día, el vehículo, grande y con cómodos asientos de cuero, se deslizó con suavidad por la amplia avenida. Durante el trayecto ella pudo disfrutar de la vista de la nuca de su actor favorito y de las breves conversaciones que mantenía con el conductor. Notó una confianza entre ellos que le hizo pensar que llevaban mucho tiempo trabajando juntos.

No quería que aquel momento terminara nunca. Estaba en el coche de Lee Kyung, nada menos. Deslizó las palmas de las manos abiertas por el asiento donde él se sentaba cuando no llevaba a una desconocida como ella en su lugar. Lo había visto más de una vez salir por la puerta trasera cuando llegaba a alguna entrega de premios o presentación de su nuevo trabajo.

Recordó aquel primer drama en el que lo conoció, una historia de instituto en el que hacía el papel de un heredero *chaebol*[3] malcriado y rebelde. Entonces aún no era su favorito, pero comenzó a adorarlo en el drama de fantasía «La estrella y el dragón», donde hacía el papel de un dios que había vivido durante mil años hasta encontrar a su primer y único amor. A los veintisiete años, en la cumbre de su éxito, se había alistado al servicio militar, y, a su regreso, un año atrás, había interpretado al rey de Silla en una

actuación magistral que le había hecho ganar todos los grandes premios del año.

—¿Es aquí? —Le escuchó preguntar, y solo entonces se dio cuenta de que llevaban un rato parados ante la residencia.

—Sí, sí —contestó apurada.

Mientras ella se quitaba el cinturón de seguridad, él ya había bajado y le estaba abriendo la puerta. Llevaba puesta la gorra negra y la mascarilla del mismo color.

—La esperamos aquí para llevarla al aeropuerto.

—No hace falta, de verdad, puedo coger el metro…

—Por favor —rogó él, con su voz convertida en un susurro tras la tela—. Es lo menos que puedo hacer para agradecerle lo de antes.

Irene aceptó y entró apresurada en el vestíbulo de la residencia en busca de su equipaje. Se encontró con dos compañeras que también estaban retirando los suyos y aprovechó para despedirse.

—Estarás muy triste —le dijo una de ellas, Mi Na.

—Sí, la verdad es que sí —contestó, pensando que le preguntaban por su regreso a casa—. Quiero quedarme en Seúl para siempre.

—En realidad te lo pregunta por lo de Lee Kyung —explicó la otra, Na Ri—. Sabemos que es tu favorito.

—¿Lee Kyung? —preguntó, llevándose una mano al corazón que le latía demasiado rápido. ¿Lo habrían visto llegar con ella? ¿Lo habían reconocido a pesar de la mascarilla?

—Está en todas las noticias.

Las chicas levantaron sus teléfonos y le enseñaron la aplicación de noticias en sus pantallas. Irene pudo ver los grandes titulares: «Lee Kyung se retira. El actor anuncia que abandona su carrera por motivos personales».

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó, y en ese momento comprendió por qué los periodistas lo perseguían por el parque—. ¡Ay, Dios! ¿No estará enfermo, o algo así?

—No ha dicho nada, pero se rumorea que a su familia nunca le gustó su trabajo.

—Y que es el heredero de un gran conglomerado.

Irene no tenía tiempo para seguir con aquella conversación. Ya vería las noticias durante la espera en el aeropuerto. Se despidió de las chicas y, arrastrando sus dos pesadas maletas, llenas de sus

cosas, pero también de mil recuerdos de su estancia, salió de la residencia con el corazón encogido.

Afuera la esperaba Lee Kyung. No se lo había imaginado todo. De verdad que había paseado con él bajo la lluvia y de verdad que estaba decidido a llevarla al aeropuerto.

El chófer se ocupó de guardar su equipaje en el maletero y el actor volvió a abrirle la puerta para que entrara en el coche. Luego lo rodeó por la parte trasera y se sentó a su lado, aunque mantuvo tanta distancia entre ellos que Irene pensó que en el asiento del medio cabría todo su club de fans.

Entonces recordó aquella conversación con su hermana Mila que no entendía su pasión por las series coreanas y por aquel actor en particular. «Solo lo conoces tú», le había dicho unos meses atrás, justo antes de saber que había conseguido la beca para estudiar un máster en Seúl. La respuesta le salió del alma: «Claro porque solo tiene unas pocas fans: mamá, yo, la prima Icía y sus treinta millones de seguidoras en Instagram».

Apretó las palmas de las manos contra el asiento de cuero para volver a la realidad; a aquella realidad que le costaba asimilar. Sentada en un lujoso automóvil, al lado de Lee Kyung que se había cambiado a la parte trasera durante la espera, mientras su chófer la llevaba al aeropuerto.

—Lamento todos los inconvenientes que le he causado —se disculpó él, formal—. Personal a mi servicio la espera en la terminal, la acompañarán hasta el embarque para asegurarse de que no hay ningún retraso ni contratiempo.

—De verdad que no hace falta, es usted demasiado amable.

—Es lo único que pudo hacer por usted hoy. No me bajaré en el aeropuerto, siempre hay periodistas de guardia —dijo, con un suspiro de puro cansancio—. Pero no me olvido de que le debo una comida.

Y entonces le extendió una tarjeta de visita, con su nombre en letras en relieve y su número de teléfono. Irene la aceptó con la emoción de una novia ante un anillo de compromiso. La guardó rápido en su bolsillo antes de que él se lo pensara mejor.

Miró al actor de reojo. No pudo verle la expresión porque estaba girado hacia la ventanilla. Respiró hondo por la boca, dos veces, para armarse de valor.

—¿Es cierto que se retira?

No sabía cómo iba a reaccionar. Precisamente estaba huyendo de los periodistas y de sus preguntas, y ella solo era una desconocida a la que le debía un favor.

Él sacudió la cabeza, como si ahuyentara algún mal pensamiento y volvió a suspirar.

—Sí, es cierto —dijo tan solo.

—Yo… Solo quiero decirle que… Me gustan mucho sus series…

De repente el idioma que llevaba tantos años estudiando y del que tenía un nivel tan alto que había ganado una beca completa para aquel máster que acababa de terminar, se convirtió en una barrera imposible de sortear. No podía decirle en coreano lo mucho que le gustaba. Él, incluso más que sus series, en realidad. Conocía de memoria cada uno de sus pequeños gestos: la forma en la que elevaba las cejas cuando se sorprendía, y aquella sonrisa perezosa cuando dejaba caer la mirada; o la manera en la que adelantaba la barbilla cuando estaba alterado. Y sus manos, el movimiento de sus manos al retirarse el mechón de la frente…

—Gracias —susurró él en ese tono gutural que también reconocería con los ojos cerrados. Era la voz que usaba cuando las emociones lo desbordaban.

Irene se imaginó que una lágrima solitaria le corría por el rostro, pero aquello no era una escena de un drama televisivo. Era un momento real de un hombre real.

Un hombre que estaba sufriendo y solo tenía a su lado a un empleado y una desconocida.

En una situación como esa, solo se le ocurrió citar su canción favorita.

—«*La mañana vendrá otra vez, porque no hay oscuridad, ni estación que pueda durar para siempre*».

Lee Kyung la miró y, durante unos larguísimos segundos, el tiempo pareció detenerse.

—Tenía que ser *Army*[4], claro —dijo, con una sonrisa triste—. Yo también conozco esa canción.

—¿Quién no conoce *Spring day*? Es la canción más bonita del mundo.

No sabía qué más decirle para animarlo. Si algo había aprendido de los coreanos en su estancia en el país era que podían ser los más

herméticos del mundo cuando se trataba de cuestiones personales. Una compañera de estudios, también española, había roto con su novio coreano precisamente porque él era incapaz de compartir con ella sus preocupaciones. Si no lo hacían con su pareja, mucho menos con una desconocida extranjera con la que se había tropezado en la calle.

El coche se había detenido y se hacía tarde para facturar. Aquel extraño paréntesis se terminaba e Irene solo quería quedarse allí, en aquel asiento trasero, observando el perfil perfecto de su actor favorito. La pantalla no engañaba, no había Photoshop que pudiera mejorar la línea de su mandíbula, afilada como un cuchillo; tampoco su piel, muy blanca, impecable a pesar de no llevar maquillaje, y su boca debía ser el sueño de los publicistas de productos labiales.

—Debería irme —murmuró, tras sacudir la cabeza para salir de su ensueño.

Él solo asintió con la cabeza y observó con atención el movimiento de la mano de Irene cuando se apoyó en el tirador de la puerta.

—¿Volverá a Corea? —preguntó, de repente.

—Ojalá… —Irene se encogió de hombros—. Mi sueño es volver para hacer un doctorado. Quizá algún día.

—Quizá el próximo verano… —dijo él, y a ella le sonó como si le estuviera proponiendo una cita.

—Sí, el próximo verano. —Se tocó el bolsillo en el que había guardado la tarjeta de visita—. Entonces le llamaré para que me invite a comer.

No había nada más que decir. Seguramente él tenía mil cosas que hacer, pospuestas por su encuentro, y ella lo estaba reteniendo más allá de lo razonable. Puso la mano sobre la manilla de la puerta y fue entonces cuando se preguntó a sí misma qué habría hecho en otras circunstancias. La respuesta era obvia: la Irene que vivía en España y estudiaba en la Universidad de Salamanca era más espontánea, más dada a confiar incluso en los desconocidos, y no tenía ningún problema con el contacto físico.

—*Ken chanaio?* —preguntó él usando de nuevo esa expresión mil veces escuchada en los *kdramas*, quizá una de las primeras que aprendió cuando el coreano le parecía el idioma más raro del

mundo.

No, no estaba todo bien. No era así como iba a despedirse del hombre de sus sueños.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo, en español—. Ojalá esto hubiera ocurrido cuando llegué para estudiar el master y no ahora, justo el día que me voy, pero recordaré este momento toda mi vida.

Y terminó su despedida de la forma más española que se le ocurrió: dándole dos besos en las mejillas.

Después reviviría aquel momento a cámara lenta, como si fueran ambos los protagonistas de una de sus series favoritas. Ella se había inclinado despacio, mientras un mechón de pelo se desprendía de su oreja y acariciaba la mandíbula afilada de Lee Kyung. Él abrió los ojos, sorprendido, y se quedó muy quieto, con los brazos cruzados sobre el pecho formando una barrera que ella sorteó, estirando el cuello al máximo para rozar con los labios sus mejillas que habían comenzado a teñirse de rojo. Cuando se separó, de nuevo muy despacio, con una sonrisita emocionada bailándole en los labios, él soltó un jadeo entrecortado.

—Nos volveremos a ver —dijo en voz alta, más para ella misma que para él, que seguía paralizado y tenso.

Abrió la puerta y salió. El chófer sacó su equipaje del maletero y un hombre y una mujer, ambos vestidos de traje oscuro se acercaron desde la puerta de la terminal e hicieron una inclinación hacia el interior del vehículo.

Dejó que la escoltaran hacia la entrada, pero justo antes de cruzar la puerta giratoria, se volvió a mirar.

El auto de Lee Kyung ya no estaba allí.

CAPÍTULO 4

IRENE

El nombre del vicepresidente de Lee Corporation es Lee Su Jong. Y la verdad es que no sé cómo he podido pensar que se parecía a mi actor favorito.

«Lee Su Jong», me repito mentalmente. No es que lo vaya a llamar así en ningún momento, no es lo habitual en Corea. Lo correcto es llamarlo por su cargo en la empresa, o sea, señor vicepresidente.

Será que estoy cansada, confundida por la falta de sueño y el estrés, pero el hombre que camina delante de mí por la terminal, obligando a sus dos secretarios a correr para mantenerle el paso, no tiene nada que ver con Lee Kyung, el actor que fue la gran estrella de la producción coreana.

Durante tres años he recreado aquel encuentro en mi mente una y otra vez hasta pensar que solo fue una ilusión. Pero algo tengo claro: reconocería incluso a ciegas al hombre con el que paseé bajo mi paraguas amarillo por un parque de Seúl; el que me rogó ayuda con esa mirada que usaba en las escenas más íntimas de los dramas.

Este otro tiene sus mismos rasgos. Podría ser su gemelo idéntico, pero su mirada está vacía y su boca se curva hacia abajo, como si acabara de beber el trago más amargo de su vida.

Es posible que haya idealizado al actor en mi recuerdo, lo reconozco, pero lo cierto es que aquel día, a pesar del mal momento que estaba pasando con la noticia de su renuncia, fue muy amable conmigo.

Desde entonces he soñado mil veces con mi regreso a Seúl. Con utilizar esa tarjeta con su nombre en relieve para pedirle una cita.

Unas veces imaginaba que me llevaba a cenar al restaurante en lo alto de la Lotte World Tower. Otras, que me invitaba a uno de esos locales tradicionales de *ramyeon*, donde compartíamos mesa con estudiantes recién salidos del colegio. Después pasearíamos por un parque lleno de cerezos en flor y él me diría cuánto había pensado en mí bajo una lluvia de pétalos.

—Lo que te pasa es que ves demasiados dramas coreanos —me dijo mi hermana el día que me pilló suspirando mientras miraba fotos de Lee Kyung en mi portátil.

—Nunca se ven demasiados —contesté sin molestarme por sus palabras.

Mila no solo es incapaz de compartir mi afición, sino que se empeña en criticarla a cada oportunidad. Me ocurre mucho, con familia y amigos. Al principio, cuando les hablas de dramas o de música coreana, les parece curioso a unos, otros piensan que tratas de hacerte la interesante o que eres una friki absoluta. Después, por algún motivo, comienza a molestarles. Como si estuvieras traicionando tu «cultura», esa que ha sido colonizada durante décadas por todo lo que llega de Estados Unidos.

—Irene, hija, sal a la calle y búscate un novio de carne y hueso.

—¡Voy! —dije, sin moverme del sofá, mientras revisaba el catálogo de Netflix con el mando de la tele—. Ya estoy yendo… No tardo nada… Espérame en el portal…

Mila decidió rendirse. Me tiró un cojín a la cara y se fue con sus amigas a divertirse. Yo me quedé en casa. Otra noche de sábado más, envuelta en una manta, viendo una vez más *The King. Eternal Monarch.*

Eso es lo único que hago cuando vuelvo al hogar, a Galicia. También lo hago en Madrid. Lo hago en todas partes. Ver *kdramas* y escuchar *kpop* es lo mío.

Mientras, mi verdadero propósito vital, que es el de volver a Corea del Sur para hacer mi doctorado, sigue pospuesto indefinidamente. La vida de adulto no tiene nada que ver con lo que te imaginas de pequeña; crees que vas a poder hacer todo lo que te dé la gana, pero la realidad es todo lo contrario. Las obligaciones, las responsabilidades y las facturas, se multiplican por cada año que cumples. Por no hablar de la pandemia que paralizó el mundo en 2020.

Así que ahora estoy aquí, en el aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas, corriendo detrás de un desconocido que se parece demasiado al hombre de mis sueños. Las zapatillas que me ha regalado me rozan los talones. Y pensar que ha pagado doscientos euros por ellas. Deberían ser las más cómodas del mundo. No me lo puedo creer.

—¿Siempre va tan deprisa? —pregunto a la secretaria Lee, que también tiene serios problemas para seguir el paso a su jefe.

—Sí. Y además sus piernas son muy largas. Es bastante molesto.

Se tapa la boca para soltar una risita que me da un momento de respiro. Creo que me va a caer bien.

Al salir de la terminal sigue lloviendo. Abro el paraguas, el mismo que llevaba aquella tarde en Seúl, y estiro el brazo para proteger al señor vicepresidente. Tengo que cuidar a mi cliente. Activo el modo coreano de educación y cortesía en los negocios, lo he interiorizado a lo largo de años de inmersión en su cultura, y supongo que él lo va a agradecer. El estilo informal español lo incomodaría y no me puedo permitir una valoración negativa de una empresa tan poderosa como la suya. Además, aún estoy en periodo de prueba en la agencia de intérpretes.

Un automóvil negro, grande y lujoso, se abre paso entre los taxis que se amontonan para recoger a los pasajeros. Entonces, tengo la sensación de volver atrás en el tiempo. Estamos él y yo, bajo la lluvia, cubiertos solo por mi paraguas amarillo, y él me abre la puerta del coche que viene a recogerle.

Pero esta vez no es él quien la abre, sino el secretario Kim. Y no soy yo la primera en subir, sino Lee Kyung… Lee Su Jong. El señor vicepresidente de Lee Corporation, me repito insistentemente. «Lee Su Jong».

Su secretaria me hace señas para que entremos por la otra puerta. Es uno de esos autos de diseño inglés, con asientos opuestos. Nos sentamos las dos juntas, frente al hermético y malhumorado vicepresidente que se mantiene en silencio, mirando su teléfono, durante el largo trayecto hasta el centro de Madrid.

—Es la primera vez que vengo a España. En realidad, es la primera vez que salgo de mi país —me dice la secretaria Lee de repente. Sus ojos brillan con la ilusión de una adolescente en su primera gran aventura.

Me pregunto cuántos años tendrá, algo que es imposible de calcular. Tiene una piel tan perfecta que parece que lleve instalado un filtro de Instagram.

—Espero que le guste mi país, secretaria Lee. —Decido mantener el tratamiento formal, aunque estoy segura de que soy mayor que ella.

—Puede llamarme Mi-suk. También soy novata en este trabajo, aún no me acostumbro a que me llamen «secretaria Lee». —Se tapa de nuevo la boca para reírse—. Menos mal que no me apellido Kim. ¿Conoce ese drama?

—Claro, ¿quién no lo conoce? —contesto, y nos reímos juntas al recordar la famosa serie de la secretaria Kim.

En Corea del Sur la mitad de la población comparte cuatro apellidos: Kim, Lee, Choi y Park. Por eso no me sorprende que la secretaria se llame igual que el vicepresidente, ni pienso que pueden ser familia, aunque me ha parecido que hay una confianza entre ellos que sería extraña entre una empleada y su superior. En su país, el orden jerárquico en los negocios es tan férreo como en el ejército.

—Espero que me ayude a desempeñar bien mi trabajo —insiste Mi-suk, utilizando una expresión coreana imposible de traducir de una forma menos literal.

—Puede contar conmigo.

Ella levanta la mano derecha, con el meñique y el pulgar extendidos. Me sorprendo, pero conozco el gesto. Enlazo mi meñique con el suyo y sellamos la promesa con las yemas de los pulgares. Estoy más segura que nunca de que la secretaria es poco más que una adolescente. Me pregunto por qué el vicepresidente ha traído a una chica tan joven e inexperta en un viaje de negocios importante. Entonces me doy cuenta de que nos está mirando intrigado y un poco molesto.

Lee Mi-suk se tapa la boca con las manos para hablarme cerca del oído, sin llegar a tocarme.

—No se asuste por el ceño fruncido de *oppa*. Solo está cansado y preocupado por la reunión.

¿*Oppa*? ¿Ha llamado *oppa* a su jefe? No sé qué pensar. El término es confuso porque es el nombre que las mujeres dan a sus hermanos mayores, pero también a sus amigos, especialmente a

aquellos con los que tienen una relación algo más íntima. Y también a sus novios. O bien Lee Su Jong es realmente su hermano o hay algo entre ellos. Eso explicaría por qué la ha traído en este viaje.

No lo juzgo. Mi-suk es toda una belleza. A su lado, con la ropa aún empapada y la piel quemada por los pocos días que he podido escaparme a casa y disfrutar de la playa, debo parecer un desastre.

Me dan ganas de tirarme del pelo o de ponerme a gritar. ¿Por qué no me di cuenta antes de que llovía tanto? ¿Por qué no me levanté más temprano? Tenía que haber previsto inconvenientes y ser una auténtica profesional, aunque aún sea tan novata como la chica que se sienta a mi lado.

—¿Falta mucho para que lleguemos? —pregunta el vicepresidente, y me saca de mis pensamientos con un sobresalto.

Miro por la ventanilla y compruebo que estamos entrando en el Paseo de la Castellana. Antes de que responda lo hace el otro secretario, que va sentado al lado del chófer.

—Diez minutos, si el tráfico lo permite.

Al menos ha dejado de llover, lo que supone que el caos en la circulación comenzará a resolverse y llegaremos de sobra a tiempo para la reunión. Las oficinas de la Distribuidora Vino Veritas, S. L. están cerca de las torres Kio, en una de las mejores zonas de Madrid.

Dos días antes, cuando recibí este encargo por sorpresa al enfermarse la persona que lo iba a hacer en principio, me citaron en esas mismas oficinas. Me recibió el subdirector; un hombre de unos cuarenta largos, con un traje que le quedaba demasiado ajustado y un corte de pelo que solo se ve en los barrios caros de Madrid. Tenía una sonrisa fría y un poco ansiosa. Permaneció sentado tras su escritorio, sin indicarme que podía ocupar la silla de enfrente.

—El director general está ocupado y no puede recibirte —me informó, sin presentarse—. La agencia dice que eres su mejor intérprete de coreano, después del otro, el que está enfermo. ¿Qué tiene? ¿Covid?

—Lo siento, no tengo la información exacta.

—Bueno, mejor que no venga, no nos vaya a contagiar a todos. —Por fin hizo un gesto para que me sentara, aunque yo hubiera preferido esperar de pie y que la entrevista fuera corta—. Nos jugamos mucho con esta entrevista, ¿sabes? Aunque la negociación

ya está adelantada, el dichoso vicepresidente se ha empeñado en venir a conocernos en persona. Supongo que es una excusa para divertirse en España, ya sabes que a los chinos les flipa la paella, el flamenco y todo eso.

—¿Chinos? —pregunté, confundida—. Soy intérprete de coreano, no de chino.

—Bueno, coreanos, eso. ¿No son lo mismo? Chinos, japoneses, no hay quien los distinga.

El tipo soltó una carcajada desagradable, mostrándome hasta el último de sus dientes tan blanqueados que tenían luz propia. Me imaginé el efecto que haría en un local nocturno con luces ultravioleta y tuve que morderme el labio por dentro para disimular la risa.

—Señor… —Busqué en vano sobre la mesa un letrero que indicara su nombre.

—Beltrán Díez de Sollano —me aclaró.

Por supuesto, tenía un apellido compuesto. Tan típico y tópico como su corbata granate.

—Señor Díez de Sollano, he recibido instrucciones para acompañar en todo momento al señor vicepresidente de Lee Corporation y su personal, tanto en sus reuniones con la empresa como en sus actividades personales, si así me lo solicitan.

—Claro, claro. Llévalos a algún tablao, a comer a sitios buenos y hacer un poco de turismo. La empresa paga todo, pero tampoco hace falta que te excedas. Si total, esta gente seguro que no sabe apreciar lo bueno.

A cada palabra que decía aquel individuo me caía peor. Inspiré hondo como había aprendido en clase de yoga, obligando a mi mente a centrarse en el trabajo a realizar, en la importante experiencia que iba a ganar con este encargo y, no menos importante, el salario extra que iba a recibir por estar disponible prácticamente veinticuatro horas para los visitantes coreanos. Cuando logré rebajar mi malestar, pude seguir hablando.

—En cuanto a las reuniones de negocios, entiendo que debo realizar una interpretación bilateral o de enlace.

Beltrán Díez de Sollano estaba en ese momento imaginando que abría los botones del escote de mi camisa. Era tan evidente lo que pensaba que estuve a punto de mandarlo todo a paseo y largarme

de aquella oficina que empezaba a asfixiarme.

—¿Una interpretación qué? —preguntó, cuando se dio cuenta de que yo esperaba respuesta a mis palabras.

—Bilateral o de enlace. Consiste en traducir la conversación a una y otra lengua, para lograr una comunicación fluida entre ambas partes.

—Sí, sí, claro. Lo que harás es traducirnos todo lo que diga el coreano, y de lo que digamos nosotros, ya te indicaré lo que puedes traducir y lo que no. —Se pasó una mano por el pelo, acomodándose el mechón demasiado largo del flequillo sobre una oreja—. Parece que esta gente es muy formal, no queremos ofenderlos.

Su sola presencia era una ofensa a la buena educación, pensé en aquel momento, así que me quedaba un duro trabajo por delante. Convertir el tuteo y las expresiones vulgares de Beltrán Díaz de Sollano al formalismo que esperaría el vicepresidente de Lee Corporation iba mucho más allá de mi labor de intérprete. Tendría que emplearme a fondo en diplomacia. Por suerte me había acostumbrado tanto a los estilos de tratamiento coreanos que ya me resultaban tan conocidos como los españoles, mucho más informales.

—Seguiré sus instrucciones, por supuesto —dije esperando que esto diera por terminada la incómoda entrevista.

Me quedaba la esperanza de que el director general, el que no había podido o querido recibirme, fuera una persona más correcta y profesional que aquel subalterno que seguía desnudándome con la mirada.

Apreté la boca hasta recordar mi última visita a la dentista, que me había diagnosticado bruxismo. «*Muerdes como un Pit Bull*», me dijo, tras descartar ningún otro problema en mi dentadura. Esta era la secuela que me había dejado el estrés del confinamiento, de la que apenas comenzaba a recuperarme, y que ahora el señor Díaz de Sollano estaba empeorando.

—Bien, pues ya está todo hablado. Nos vemos mañana.

En cuanto se levantó de su silla, hice lo mismo, casi de un salto. Estreché rápido y con firmeza la mano que me ofreció con cierta desgana. Sin darme cuenta activé mi estilo coreano e hice una pequeña inclinación de torso antes de despedirme.

—Sí, nos vemos mañana —dije y me avergoncé de repente al darme cuenta de mi gesto.

—Así me gusta, ya estás metida en el papel. A ese coreano le vas a encantar. Si no hablas bien su idioma por lo menos no se podrá quejar del resto.

Me señaló con su índice, de pies a cabeza, de una forma que casi se merecía una denuncia por acoso sexual en el trabajo. Me mordí la lengua para no decirle cuatro cosas sobre su supuesto «piropo». Él, por su parte, estaba encantado consigo mismo, convencido de que le agradecía sus palabras.

Cuando llegué a casa después de aquella entrevista me di una ducha muy larga, en la que gasté la mitad de mi gel olor a chicle de fresa. Fue un error, lo supe al momento. Ahora no podré volver a usarlo sin pensar en el señor subdirector con un escalofrío.

—Ya estamos. —La voz del secretario Kim me trae de vuelta de mi recuerdo el auto que se detiene ante la fachada con el letrero de Distribuciones Vino Veritas, S. L.

—Esperemos que hagan honor a su nombre —murmura para sí el vicepresidente.

Disimulo mi risa. El nombre de la distribuidora me ha parecido ridículo desde el principio. La forma en que han utilizado el conocido proverbio latino da vergüenza ajena y, por mi breve experiencia en aquellas oficinas, me temo que no suelen poner en práctica el dicho. En el vino no está la verdad, en este caso.

—Hagamos nuestro mejor trabajo —dice de repente la secretaria Lee. Con los puños en alto, exclama una de las palabras más repetidas en un *kdrama* para dar ánimos—. ¡*Fighting*!

—¡*Fighting*! —repito, imitando el gesto.

Lee Su Jong se baja del vehículo sin dedicarnos ni una mirada.

CAPÍTULO 5

SU JONG

Preferiría estar en cualquier otro sitio en lugar de en estas oficinas, con esta gente, negociando un contrato que no me interesa en absoluto. No sé en qué momento perdí el control sobre mi vida. Bueno, sí que lo sé: fue en el momento en el que mi hermano mayor, Su Hyun, decidió casarse con una mujer que mi madre no aprobará jamás. Por eso ahora estoy haciendo su trabajo y tratando de olvidar lo feliz que me hacía el mío, mi sueño cumplido.

Las oficinas están en un entresuelo decorado con muebles funcionales y algunas plantas demasiado verdes para ser naturales; los cuadros de la pared son simples láminas y el suelo de tarima necesita un buen barnizado. Me imagino que los alquileres en esta zona deben ser demasiado caros y lo han compensado con una decoración que deja bastante que desear.

—Beltrán Díez de Sollano, subdirector general de Distribuciones Vino Veritas. —Se presenta el hombre que ha salido a recibirnos, y extiende su mano que estrecho a la manera occidental.

—Lee Su Jong —digo, con la pronunciación en inglés que espero que sepa repetir y no acabe por llamarme algo ofensivo—. *Nice to meet you.*

—Eh… ¿Vamos a hablar en inglés? —pregunta a la intérprete, que me traduce sus palabras—. No estoy preparado.

—Dígale que no se preocupe, solo era una cortesía —digo, ahora en coreano, solo para ella—. Prefiero expresarme en mi idioma y que usted se ocupe de la traducción.

El alivio del subdirector es evidente. Por eso pagan los servicios de la intérprete; pretenden fingir que es una cortesía hacia mí, pero

la realidad obvia es que son ellos los que no manejan ningún otro idioma que su español natal.

—La sala de reuniones está preparada. —Nos indica el camino hacia un espacio no muy grande, decorado con muebles de madera oscura que parecen simples imitaciones de diseños mucho más caros. Me pregunto si todo lo que hay en esta oficina sale de los almacenes de Ikea—. Permítame presentarle a nuestro director general, don Rafael Rivas Sánchez-Arjona. —El hombre, de pelo gris y demasiado moreno, se levanta para estrecharme la mano—. Nuestra directora de *marketing*, doña Felisa Lafuente, y el resto del equipo directivo.

Saludo con una leve inclinación a las otras cuatro personas que ocupan la sala. Ya me he cansado de estrechar manos. Abro y cierro los dedos, incómodo, haciendo un esfuerzo para no pedirle a Mi-suk otra toallita higiénica para limpiarme.

La reunión es lenta y aburrida. Solo disfruto de las explicaciones de la traductora, que a veces se ve en serios apuros para llevar al coreano algunas expresiones de sus compatriotas que supongo son demasiado coloquiales. Tiene un acento tan bonito que podría pensarse que ha nacido en Seúl.

Y no es lo único bonito de ella. A pesar de que tiene las mejillas algo tostadas por el sol, su piel es muy blanca, con tendencia a sonrosarse cuando se pone un poco nerviosa, y luce unas pocas pecas, muy desvaídas, en el puente de la nariz. Los ojos, grandes y redondos, son de un azul celeste intenso. Me pregunto quiénes son sus ancestros. Siempre había pensado que los españoles eran mucho más morenos, como la gente de la distribuidora. A su lado, Irene Leira parece una princesa vikinga.

—¿No me he expresado bien? —me pregunta, y me doy cuenta de que he estado tan inmerso en mis pensamientos que frunzo el ceño sin querer.

—No, no, estaba distraído pensando en… —Tartamudeo porque no puedo decirle en qué estaba pensando en realidad—. La propuesta anterior… Debería tomar notas…

—Estoy apuntando todo —dice Mi-suk, que tiene ante ella su portátil abierto.

—Ah, sí, bien hecho, *dongsaeng*.

La intérprete y el secretario Kim me miran sorprendidos.

Entonces me doy cuenta de que he llamado hermana a Mi-suk. En fin, da igual, nada me importa, solo quiero que esta dichosa reunión termine de una vez.

—Dígales que los precios me parecen excesivos, y que no llegaremos a ningún acuerdo hasta la cata.

Los dos jefecillos se muestran molestos al escuchar la traducción de mis palabras, pero enseñan sus dientes en unas sonrisas forzadas que no engañan a nadie. Irene Leira toma notas en un cuaderno de lo que están diciendo. De repente, el subdirector alarga la mano y le arranca el bolígrafo de entre los dedos mientras le dice unas palabras en voz baja, muy cortante, que hacen que la chica se ponga más roja que nunca.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto.

—No es nada —dice ella, pero Díez de Sollano no le suelta la muñeca y eso me está molestando. Puedo ver cómo sus dedos se le clavan en la piel.

—Dígale que si no la suelta de inmediato y pide disculpas abandonaré la reunión en este momento.

—¿Qué…?

—Limítese a traducir mis palabras.

—Sí, señor —dice ella y se vuelve hacia el subdirector con una mirada asesina en sus bonitos ojos azules.

Díez de Sollano la suelta como si se hubiera quemado e inclina la cabeza hacia mí, con la sonrisa falsa de nuevo instalada en sus labios demasiado finos. No me gusta. No me gusta él, no me gusta esta oficina y no me gusta el negocio que nos están proponiendo.

El timbre de un móvil interrumpe la reunión. Los españoles se miran entre sí y comienzan a levantar carpetas hasta que aparece el teléfono que no deja de sonar. Beltrán Díez de Sollano lo toma y parece disculparse antes de salir de la sala de reuniones a toda prisa.

—Pero ¿qué le pasa a esta gente? —murmura Mi-suk, escondida tras su portátil.

—Ha dicho que era algo urgente —explica la intérprete.

—¿En plena negociación? —insiste mi hermana.

Irene Leira se encoge de hombros y mira, incómoda, al resto de españoles que fingen repasar sus dosieres con información para la reunión. Tras unos minutos interminables, el director general le

dice unas palabras que ella traduce.

—Don Rafael propone un descanso para tomar café.

Miro mi reloj. Son las cinco de la tarde en España, las doce de la noche en Corea. El cansancio, el *jet lag* y aquella horrible reunión van a acabar conmigo. Quizá un buen café americano no sea tan mala idea.

—Americano con hielo para mí, por favor —le digo a la intérprete.

—Para mí también —pide Mi-suk—. ¿Y usted, secretario Kim?

—Yo no tomo café, ya lo sabes —dice Kim Ha Jin por lo bajo. Debería reprenderle por mostrar esa confianza en público, pero los españoles no se enteran, y la intérprete parece una persona discreta.

No sé qué pensarán en este país sobre emplear a la familia; en el mío preferimos separar las relaciones personales de las profesionales, por eso nunca los presento como quienes son en casa: mi hermana y mi primo, sino como lo que son en el trabajo: mis secretarios.

En pocos minutos llegan dos empleados con bandejas y comienzan a servir los cafés. Por una vez esta gente hace algo con rapidez y eficacia. El olor de la infusión me reconforta.

—Si me disculpan —dice Irene Leira—, necesito ir al aseo.

Cuando sale de la sala, hago un esfuerzo para no seguirla con la mirada. Me digo a mí mismo que es porque sigo pensando en aquella chica, en una tarde de lluvia en Seúl y en una sonrisa que me iluminó en un día tan triste que recordaría con amargura si no fuera por ella.

Solo es por eso. No por lo vulnerable que me pareció en el aeropuerto, con la ropa mojada por la lluvia y aquellas zapatillas que escurrían agua a cada pisada. Ni por lo bonita que suena su voz en mi idioma. Tampoco me interesa su melena que brilla bajo los fluorescentes como si hubiera atrapado todo el sol que no luce en la calle lluviosa.

Sí, solo es esa extraña comezón que me hace relacionarla con aquella estudiante española de tres años atrás. No porque me haya enamorado a primera vista de mi intérprete. Eso solo pasa en los dramas y yo ya no formo parte de ninguno de ellos.

CAPÍTULO 6

IRENE

Mientras me lavo las manos en el baño me obligo a respirar lento y hondo. La gente de la distribuidora perturba mi paz mental y todas mis clases de yoga son insuficientes para seguir soportando las groserías de Beltrán Díez de Sollano.

Me froto la muñeca que me sujetó para que dejara de anotar las barbaridades que en ese momento salían por su boca. «Nos ha salido desconfiado el chino», le estaba diciendo a su director general. «Lo peor es que solo lo hace por tocar las pelotas, seguro que no sabe distinguir un buen rioja de un vino de cartón del supermercado».

Yo seguía anotando simplemente por inercia, por supuesto que no iba a traducir sus groserías, no hacía falta ni que me lo pidiera, pero el muy energúmeno se asustó al darse cuenta y montó aquella escena tan violenta. Aún no me puedo creer la manera en que Lee Su Jong salió de inmediato en mi defensa. No quiero romantizarlo y por eso me obligo a pensar que solo es cortesía; la buena educación que no tiene mi compatriota.

Inhalo por la nariz y cuento hasta cuatro. Exhalo por la boca, despacio, dejando ir la tensión y el malestar. Repito la respiración y comienzo a sentirme mejor. Me pongo un poco de brillo de labios y trato de alisarme el pelo con las manos. Sonrío al espejo y repito el mantra de la última clase: «*me veo, me quiero y me respeto*».

La puerta del baño se abre y entra Díez de Sollano, hablando en susurros por su móvil. El tabique que disimula la entrada a los inodoros no le permite verme. Me quedo parada sin saber si debo hacer notar mi presencia.

—Que tú no tienes que hacer nada, hombre, no te preocupes y por supuesto que tu restaurante no va a salir mal parado… Sírveles una buena comida, seguro que no saben apreciarla, pero no importa, que se note esa estrella Michelin… El vino lo traes a la mesa abierto, claro. Ya sé que no es habitual, pero da igual, diremos que es para airearlo antes o algo así… Bueno, pues tratamos de precintarlo para que no se note que les hemos dado el cambiazo… A ver, aquí los que se juegan el gran negocio somos nosotros, señor chef. Tú ocúpate de la comida que yo me encargo de los vinos…

Después de algunas palabras un poco más amables, para tratar de convencer a su interlocutor, el subdirector cuelga y avanza hacia los lavabos. Allí estoy yo, paralizada, con la boca abierta como un pez. Se me ha olvidado por completo cómo respirar. Ni yoga ni nada.

—Yo…

Hago una inclinación de cabeza, como si fuera mi cliente coreano, y trato de esquivarlo y salir zumbando. El paso es demasiado estrecho y no tengo ninguna posibilidad.

—¿Me estabas espiando? —pregunta cortándome el acceso a la puerta.

—No, no, por supuesto que no. Es usted el que ha entrado. Yo estaba… Bueno, he venido al baño. —Señalo la estancia, con una mano temblorosa.

—Ayer te advertí de que solo podías traducir lo que yo te dijera.

—Y es lo que estoy haciendo.

—Pero estabas anotando cosas en tu cuaderno que no me interesa que queden por escrito.

Trago saliva. Estoy tan tensa que noto los tendones del cuello y de los hombros como cuerdas de violín.

—El cuaderno es solo para mí. Puedo arrancar las hojas y entregárselas.

—Me parece bien. —Acepta, y cambia sutilmente de actitud, mostrando una sonrisa que me preocupa más que su anterior beligerancia—. Escucha, bonita, ¿qué te parece si subo un poco tu tarifa? Pero en negro, claro, no tiene por qué enterarse tu agencia. Digamos que es una especie de propina.

—Se lo agradezco, pero no es necesario.

—Me quedaría más tranquilo si lo aceptaras —dice, y su

lenguaje no verbal se vuelve amenazador.

—Creo que… Debería regresar.

Consigo esquivarlo y salir al pasillo, pero él me sigue y esta vez me sujeta por el antebrazo. Sus dedos se me clavan en la piel y temo que me van a quedar unos bonitos moretones de recuerdo.

—Escucha de una vez, por si no lo has entendido del todo. Voy a venderle a ese coreano la mitad de mi bodega y tú me vas a ayudar. Tengo que colocarle esos vinos que un supuesto experto dice que no dan la calidad necesaria para el mercado nacional. A ellos seguro que les da igual, yo elimino mis excedentes y tú, si eres lista, te puedes llevar un bonito porcentaje. Todos salimos ganando, ¿no?

Ahora pretende negociar, y lo cierto es que un poco de dinero extra me vendría bien porque la vida en Madrid es muy cara y yo apenas me la gano como intérprete. Solo que no estoy tan desesperada como para valorar una oferta tan turbia de un tipo de la calaña del señor subdirector general.

—Por favor, le pido que me suelte.

—No hasta que aceptes.

—Solo soy una intérprete. —Tiro de mi brazo, pero él aprieta aún más fuerte, como un grillete—. No quiero saber nada de sus negocios. Haré como si todo esto no hubiera ocurrido.

Ahora soy yo la que está enfadada. No quiero llegar a una pelea física con ese hombre, pero si no me suelta voy a poner en práctica otra de mis últimas clases en el gimnasio: la de boxeo. Ya estoy cerrando el puño derecho cuando oigo pasos que se acercan.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta Lee Su Jong a mi espalda.

Los ojos de Díez de Sollano están a punto de salírsele de las cuencas cuando se da cuenta de que lo ha pillado agrediéndome por segunda vez.

—No pasa nada —contesta el subdirector, que ha supuesto el contenido de su pregunta sin necesidad de traducción—. Dile que solo nos hemos tropezado cuando has salido del baño.

—Está bien —contesto a regañadientes y me giro para mirar al vicepresidente.

Parece realmente preocupado por mí. Me toma la mano y me sube la manga de la camisa hasta ver las marcas rojas en mi antebrazo. Estoy tan sorprendida por lo que está haciendo, sabiendo

lo reacios que son los coreanos al contacto físico con desconocidos, que no puedo ni hablar.

—¿Por qué te ha hecho esto? —pregunta sujetándome con delicadeza por la muñeca. Su mano es grande y suave, su tacto se siente como una caricia—. ¿Y lo de antes?

No puedo mentirle. Quizá me juegue mi trabajo, pero no voy a seguirle el juego al asqueroso de Díez de Sollano.

—Están tratando de engañarle. Le quieren vender los peores vinos de su bodega, pero le darán a probar botellas rellenadas con otros mejores. Escuché su conversación con el chef que les servirá la comida durante la cata.

—¿Te ha exigido que no cuentes nada?

—Sí.

—Pues dile que me has mentido y volvamos a la sala de reuniones.

Parpadeo, sorprendida. Durante un largo instante nos miramos a los ojos. Me pierdo en su profundidad oscura y creo deslizarme por las curvas perfectas de sus párpados. Cuando me baja la manga de la camisa y me suelta la mano, logro reaccionar.

—¿Qué le has dicho? —pregunta Díez de Sollano.

—Que no ha pasado nada. Que fue un tropiezo, como usted explicó. Dice que volvamos a la reunión.

—Bien. Muy bien. —Espera a que Su Jong abra la marcha antes de susurrarme demasiado cerca del oído derecho—. Te estaré vigilando. No hagas ninguna tontería.

Estoy ya un poco harta de este individuo. Finjo tropezar en la alfombra, doy un paso atrás y le planto mi nueva y carísima zapatilla en todo el empeine. Díez de Sollano suelta un aullido y alarga las manos para empujarme, pero se queda paralizado, con las manos en alto, cuando Su Jong se vuelve a mirarnos.

—Perdón —digo llevándome una mano a la boca y fingiendo mi mirada más inocente—. Me he tropezado. ¿Está usted bien?

Levanto con mucha calma el pie que aún mantenía sobre el suyo. El subdirector tiene las mejillas rojas y una réplica en la punta de la lengua que se traga para no montar otra escena.

De vuelta a la reunión, esta no se alarga mucho más. El ambiente es tenso y tan frío que no hace falta aire acondicionado. Se despiden tras citarse en el restaurante donde se ha organizado la

cata, a las ocho de la tarde.

—¿Cómo van las negociaciones? —me pregunta la directora de *marketing*, Felisa Lafuente, acercándose a mí cuando ya estamos en el pasillo—. Es difícil hacerse una idea por sus expresiones.

—No sabría decirle —contesto insegura sobre si esta mujer también conoce los manejos del subdirector—. Es cierto que el señor vicepresidente no es muy expresivo, y yo apenas lo acabo de conocer. Lo que ha dicho es lo que les he traducido.

—Es la primera vez que trato con coreanos, ¿sabe? Ahora parece que están en todas partes. Mi hija adolescente solo escucha *kpop*.

Se encoge de hombros y me hace reír. La reunión hubiera ido mucho mejor si le dejaran conducirla a esta señora.

—A mí también me gusta mucho el *kpop*.

—Reconozco que he visto algunos vídeos con ella y tienen mucho talento… Quizá luego podamos hacernos una foto todos, para enseñársela a mi hija. El señor vicepresidente y su secretario son tan guapos como los integrantes de esos grupos que ella escucha.

Me rio de nuevo, antes de despedirme con prisas al ver que Lee Su Jong y sus secretarios ya están entrando en el ascensor.

—Nos vemos en el restaurante.

—Cuídalos bien, que se sientan a gusto —me pide agitando la mano mientras las puertas automáticas se cierran.

Siento un consuelo absurdo de que al menos una persona en esa empresa sea simpática y me caiga bien. Empezaba a sentir una vergüenza ajena tan grande que no sabía cómo iba a poder seguir adelante con este trabajo.

Los acompaño al hotel donde me despido hasta la hora de la cena. El vicepresidente se ha mantenido en silencio todo el trayecto y, cuando me alejo, siento su mirada clavada en mi espalda. O a lo mejor solo es mi imaginación.

Voy a tener apenas el tiempo justo de volver a mi piso y cambiarme. Pensaba que estaría bien con los clásicos vaqueros azules y mi camisa blanca de H&M, comprada especialmente para este día, pero me quedo corta para un restaurante con estrella Michelin.

En el metro le envío un mensaje a Miriam, mi compañera de piso y de trabajo y mi mejor amiga en Madrid.

IRENE: Voy a necesitar *El Vestido*.

Me contesta con un *sticker* de su cantante de *Kpop* favorito inclinando la cabeza, con las cejas enarcadas.

IRENE: *Chebal.*

Le suplico, con esa romanización del coreano que sé que la hace reír. Me contesta con una pregunta.

MIRIAM: ¿Tienes fotos del CEO?

Voy a tener que mentir, solo por pura necesidad. Por supuesto que no voy a hacerle fotos al señor vicepresidente Lee.

IRENE: Si me dejas el vestido prometo que se las hago durante la cena.

Otro *sticker*: su cantante con los brazos cruzados.

IRENE: Y a su secretario. Te va a encantar. Se parece a Jung Hae In.

MIRIAM: ¿Con el pelo rapado o de

pincho?

IRENE: De pincho.

MIRIAM: El vestido es tuyo. Yo también salgo esta noche. No me esperes despierta.

Me avisa y añade varios emoticonos con guiños tras esta última frase.

IRENE: ¿Y Adrián qué hace?

MIRIAM: Ese estará en su *Batcueva* jugando *online* con niñatos de trece años, que es la edad mental que tiene él.

La tensión entre mis dos compañeros de piso es tan divertida que solo les falta llevar la etiqueta *enemies to lovers* pegada en la frente. Yo, mientras tanto, me decido a comer palomitas y esperar el día en que ambos se rindan a lo evidente.

IRENE: ¡¡Gracias por el vestido!! Pásalo bien. *Saranghe, chingu*.

Nos hemos acostumbrado tanto a decirnos «te quiero, amiga», en coreano, que ya no se nos ocurre otra forma de hacerlo.

Sabía que no se resistiría si le nombraba a Jung Hae In. Está loca por el actor coreano desde que protagonizó *Something in the rain*. Claro que el listado de amores coreanos de Miriam es como las antiguas guías telefónicas.

Yo también tengo muchos favoritos, pero amor, solo uno. Mi Lee Kyung. Sigo viendo sus dramas, algunos casi me los sé de memoria, pero no hay nadie que consiga cubrir el vacío que me dejó cuando renunció a su carrera de actor.

¿Qué ocurrió y qué ha hecho en estos tres años? Son preguntas que nadie sabe contestar, como si hasta los medios más amarillistas de Corea respetaran por una vez la vida privada de un famoso.

Llego a mi parada y me apresuro para bajar entre empujones. Miro la hora en mi móvil. Tengo el tiempo justísimo, para cambiarme y maquillarme un poco. No sé por qué me preocupo tanto por tener buen aspecto, no es que sea una cita ni nada por el estilo. Solo es trabajo.

Y el vicepresidente no es Lee Kyung.

Me lo repito como un mantra de yoga todo el camino hasta casa.

CAPÍTULO 7

SU JONG

He revisado otra vez el *dossier* que el secretario Kim preparó sobre Distribuciones Vino Veritas, S. L., y no acabo de entender lo que está pasando.

Estoy cansado, los ojos me arden de sueño, es madrugada en Corea y no estoy acostumbrado a trasnochar, ya no. Me acabo el cuarto café de la tarde mientras me cambio.

Los intermediarios, pienso, cuando logro recuperar un poco de lucidez. Alguien nos ha convencido de que podríamos hacer buenos negocios con esta distribuidora en concreto y nos ha mentido. No necesito la cena ni la cata falsa para saber que no llegaré a ningún acuerdo con ellos. Tampoco necesitaba traducción para comprender que esa gente es poco menos que una banda de estafadores.

Mi-suk llama a la puerta del dormitorio y entra cuando le doy permiso. Se acerca para arreglarme el nudo de la corbata.

—¿Tan mal ha ido? —pregunta en un susurro.

—Eso me temo.

—A lo mejor solo es nuestra impresión. Ya sabes, la diferencia cultural y social…

Sacudo la cabeza y algunos mechones me caen sobre la frente. Mi hermana estira la mano y me peina, como si ella fuera la mayor y tuviera que cuidar de mí. Ha sido una locura traerlos a este viaje de negocios. El fracaso les salpicará también.

—No es solo que sean groseros y sin modales, es que son unos estafadores. La traductora me ha contado sus planes.

—¿Ella también está implicada? —Mi-suk abre los ojos sorprendida—. No puede ser, parece una buena persona.

—Eres demasiado confiada, *dongsaeng.*

Ha Jin se asoma a la puerta de la habitación, seguramente ha estado escuchando toda la conversación desde el pasillo. Por eso no se debe emplear a la familia, supongo, no saben separar el negocio del trato personal.

—A mí también me parece que podemos fiarnos de ella —dice, sin que nadie le pregunte—. Creo que los de la distribuidora la han estado presionando, y la prueba es que te ha contado lo que planeaban.

Tiene razón, pero estoy tan irritado por todo lo que está ocurriendo que me cuesta aceptarlo. Ahora mismo desconfío del mundo entero.

—Se nos hace tarde —digo, tras consultar mi reloj de pulsera.

Al momento los dos se ponen firmes, entre risas. Para ellos todo esto es un juego. A cada momento me doy más cuenta del error de contratar como secretarios a mi hermana pequeña y a mi primo. No sé en qué momento de debilidad tuve tal idea.

Sí que lo sé, en realidad; tiene que ver con el frío y la soledad absoluta que sentí la primera vez que me senté en el despacho del vicepresidente de Lee Corporation. Las vistas desde el décimo piso al río Han no lograban reconfortarme. Y el formalismo de los empleados, menos. Por no hablar del consejo de dirección, que me somete a un constante escrutinio con el que buscan desvelar mis carencias.

Porque todos saben que yo no soy quien debería ocupar ese puesto, solo soy la segunda opción de mi familia.

En el vestíbulo del hotel nos espera Irene Leira. Aún me hierve la sangre cuando recuerdo la forma en que Díez de Sollano la tenía retenida en el pasillo de sus oficinas. Miro su brazo en busca de alguna marca de la agresión sufrida.

—Está muy guapa con ese vestido —me dice Mi-suk en voz baja, mientras nos acercamos.

Sé que ha malinterpretado mi interés, pero no digo nada. Además, mentiría si dijera que no me he fijado. No parece la misma chica de esta mañana, con el calzado encharcado y el pelo revuelto. Ahora lo lleva perfectamente alisado, rozando los hombros que el vestido sin mangas deja a la vista. El suave estampado de flores la hace parecer aún más joven. Cuando camina hacia nosotros, la falda

larga se abre para mostrar sus bonitas piernas y las sandalias de tacón que han sustituido a las zapatillas que le compré en el aeropuerto.

Cuanto más la miro, más atractiva me resulta, y es muy molesto. Todo en ella lo es, especialmente su parecido con la chica del verano de 2019 en Seúl. La que prometió volver y nunca lo hizo.

—El restaurante está solo a unos minutos a pie. —Nos informa, tras el saludo formal—. He visto su automóvil aparcado afuera, pero creo que no vale la pena usarlo para tan poco trayecto.

—Y así vemos un poco la ciudad —contesta Mi-suk dando palmas. Su alegría me impide llevarle la contraria solo por el placer de dejar claro quién está al mando—. Además, necesitamos despejarnos. Son las tres de la mañana en Seúl, y llevamos un día entero de viaje.

—Porque alguien debería haber contado con el *jet lag* para organizar la agenda —la regaño, con menos intensidad de la que debería. Aun así, mi hermana se encoge y Ha Jin me lanza una mirada airada.

Irene Leira consulta su reloj y es como una señal para que me ponga en marcha. Camino delante, con los tres siguiéndome como un séquito presidencial. Otra cosa que odio de este trabajo.

—Es a la derecha, señor vicepresidente —me corrige la intérprete, cuando ya había girado a la izquierda, sin tener ni idea de hacia dónde está el restaurante.

La acera está llena de gente ruidosa y molesta. Muchos llevan bolsas con compras recientes, otros simplemente van en grupo. Hablan en voz muy alta, a la vez que gesticulan y se mueven demasiado, sin importarles si molestan al resto de transeúntes. Cuando veo a un chico que camina de espaldas y está a punto de impactar con la intérprete, que se ha distraído buscando algo en su bolso, tiro de ella por el codo y la pego a mi costado.

Ella jadea y me mira con los ojos muy abiertos. Sus iris son tan azules como un cielo de verano en la isla de Jeju.

—Preste atención —le digo y la suelto tan de repente que se tambalea un poco sobre los altos tacones.

Noto un molesto hormigueo en la mano que la ha tocado. Me digo que es solo la incomodidad de haber sentido su piel desnuda, suave y tan caliente como la noche madrileña. Muevo los dedos

para deshacerme de la impresión.

—Lo siento —dice ella inclinando la cabeza.

A ratos parece tan coreana como nosotros, solo sus molestos rasgos nórdicos me recuerdan que no lo es, en absoluto.

Seguimos caminando y la obligo a mantenerse pegada a los escaparates. No es que la esté protegiendo de la aglomeración. Lo hago solo porque no tengo paciencia para más contratiempos en este larguísimo día que para nosotros tiene siete horas más que para los españoles.

—Es aquí —anuncia, cuando ya comenzaba a preguntarme por qué acepté su absurda idea de venir andando.

Cuando entramos en el restaurante, el reloj de la zona de espera de clientes está dando las ocho de la tarde, pero el personal de la distribuidora brilla por su ausencia.

Irene Leira habla con la empleada que sale a recibirnos. Entiendo algunas expresiones. Hace años trabajé durante una temporada en México y tuve que aprender frases en español. Es una información que me reservo por si me puede ser útil en algún momento. También me resulta fácil interpretar sus expresiones. Gesticulan mucho, tanto con la boca como con las manos y, en gran parte, ese es un lenguaje universal. Por eso entiendo que la mujer del restaurante nos pide que esperemos en este recibidor y la intérprete se niega.

—Podemos entrar al comedor. —Nos indica por fin, con las mejillas rojas y un gesto de satisfacción como si hubiera ganado una gran batalla.

—Bien —contesto tan solo.

Seguimos a la mujer, que lleva un largo delantal negro y el pelo, de un intenso rojo artificial, recogido en una corta coleta.

Nos lleva hasta un comedor privado, sin ofrecernos comida ni bebida. Parece molesta, pero responde con un breve gesto a los agradecimientos de Mi-suk y la intérprete.

—¿Cuál es el problema ahora? —pregunto sin tomar asiento. Me siento como un león en una jaula. Tan incómodo como irritado.

Irene Leira no llega a contestar. En ese justo momento se abre la puerta y aparece Beltrán Díez de Sollano y el resto de su equipo. Por algún motivo, el subdirector siempre lleva la voz cantante y ni siquiera muestra la cortesía debida a su superior, que entra detrás

de él. Son muy raros estos españoles, pero lo más extraño de todo es que estamos negociando un contrato de millones, y se les ve tan ansiosos que lo van a estropear todo con su propia torpeza.

A lo largo de más de dos horas nos sirven un interminable menú degustación del que apenas puedo disfrutar. Lo cambiaría por unas gachas de arroz y unas horas de sueño. Estoy tan cansado que hay momentos en los que creo que estoy durmiendo en mi casa, en Seúl, y todo esto es una pesadilla.

Durante la comida nos sirven tres botellas de vinos diferentes, que llegan descorchadas y el sumiller nos muestra para que veamos las etiquetas. Su expresión facial también es muy reveladora. Todo el tiempo aprieta la boca y se muestra realmente incómodo. Teniendo en cuenta que tienen un buen restaurante, en el centro de una gran capital, no me imagino qué les habrá ofrecido el subdirector para que acepten ser sus cómplices en esta estafa y poner en peligro la reputación de su propio negocio.

Estoy harto. Tenía que haber terminado con todo esto en las oficinas de la distribuidora, en cuanto la intérprete confesó sus planes.

—¿Qué le han parecido los vinos? —pregunta Díez de Sollano, cuando por fin se da por terminada la comida y nos traen un surtido de postres que ni miro—. Hemos traído una selección de nuestras mejores añadas.

Irene Leira casi tartamudea al traducir sus mentiras.

—Sin duda son buenos vinos. Hace unos meses estuve en Francia y escogí algunos de ellos para importarlos a mi país.

—Creo que no le entiendo…

Por primera vez el subdirector titubea, su rostro enrojecido por la comida y la bebida palidece un poco. Entonces le recito los nombres en francés de las bodegas y cosechas que nos han servido. Es solo una curiosa coincidencia que me haya servido vinos que conozco bien, pero es precisamente la gota que colma el vaso.

Díez de Sollano se deshace en explicaciones a cada cual más absurda. Acaba diciendo que todos los vinos se parecen, precisamente él, un profesional del ramo, no encuentra otra forma de tratar de salvar sus mentiras que demostrando su falta de criterio.

Me levanto de la mesa y hago señas a mis secretarios para que

hagan lo mismo. Alego que estamos muy cansados para terminar de una vez con este absurdo teatro.

Los dos hombres nos siguen hasta la puerta. Su jefa de *marketing* se queda atrás, la única que se muestra realmente abochornada con todo esto. El director nos desea un buen descanso y Díez de Sollano nos cita al mediodía del día siguiente, en sus oficinas, para negociar el contrato.

—Dile que no tenemos nada que negociar —le pido a la intérprete, que está parada entre los dos grupos, como si fuera la red en un partido de tenis—. No perderé más mi tiempo con ellos.

Incluso yo tengo un límite para mis buenos modales, aunque, por sus gestos, sé que ella lo traduce de una manera más amable. El subdirector habla rápido y bajo, casi amenazante, y sospecho que al final va a ser Irene la que pagará su frustración por el negocio fallido.

—Se acabó —digo en español, pronunciando despacio cada sílaba—. Fin.

Los ojos de Díez de Sollano parecen a punto de salirse de las cuencas. Todos me miran igual. Le lanza varias preguntas a la intérprete que ella traduce atropelladamente. El tipo aún tiene el valor de mostrarse indignado y llamarme a mí mentiroso y estafador por haber fingido que no conocía su idioma. Lo dejo que se crea sus propias mentiras y hago una seña a mis acompañantes para salir de una vez del local.

—Usted se viene con nosotros —le digo a Irene, que me mira sobresaltada.

—¿Por qué? —pregunta.

—¿Quiere quedarse con ellos?

El director está preguntando a Díez de Sollano por algo, y este parece lanzar todo tipo de maldiciones por lo bajo mientras le contesta.

—La distribuidora me contrató a través de mi agencia. Si me voy ahora, me meteré en problemas.

—Lo solucionaremos. No creo que su agencia apruebe que la hayan implicado en un intento de estafa.

Irene asiente y, cuando da un paso hacia mí, el subdirector extiende una mano para agarrarla. Lo intercepto metiéndome en medio y protegiéndola con mi cuerpo. Lo miro a los ojos en silencio

hasta que consigo que baje la cabeza y los hombros, derrotado.

—Adiós —digo. Esta es otra de las palabras en español que aprendí en México.

Cuando salimos, la calle sigue atestada, la gente habla a gritos, como si fueran las doce del mediodía, y tenemos que esquivar una pandilla que apesta a cerveza, pero me siento tan aliviado que me parece que estoy paseando en una clara mañana a orillas del río Han.

Irene Leira camina a mi lado, silenciosa y pensativa. Detrás nos siguen mi hermana y mi primo que, aunque están agotados, siguen entusiasmados por el ambiente de la ciudad y van comentando los edificios y las tiendas más llamativas que vemos al pasar. No les preocupa lo más mínimo el fiasco del negocio que nos ha traído tan lejos de casa. Puede que sea una excesiva confianza en mi capacidad para solucionarlo.

Al final, comienzo a contagiarme de su buen humor y dejo que me inunde el alivio de haber podido deshacerme de algo que no veía nada claro. Incluso siento que el cansancio comienza a desaparecer.

—¿Sabe de algún sitio que tengan buena comida coreana y *soju*? —pregunto a la intérprete.

—¡Buena idea, *oppa*! —dice Mi-suk, que se olvida por completo del trato formal.

—Justo lo que necesitamos, *hyung*[5] —añade Ha Jin.

Me vuelvo hacia ellos con una reprimenda en la punta de la lengua. No puedo permitir que se olviden de quien soy y quienes son ellos cuando estamos trabajando.

—Secretaria Lee, secretario Kim… —Los dos se paran en seco y sus caras son el vivo reflejo del que sabe que ha metido la pata hasta el fondo. Al momento se me olvida el enfado. No quiero ser ese tipo de jefe que somete a sus empleados manteniéndolos en un estado de pánico constante—. ¿Qué os apetece comer?

—Pollo y cerveza —dice Mi-suk levantando el puño de la mano derecha.

—Y *japchae* —añade Ha Jin.

—Mañana tendrás la cara hinchada si comes fideos —le advierte mi hermana.

—Ya tengo la cara hinchada, llevamos casi veinticuatro horas de

pie…

Me vuelvo hacia Irene Leira, que nos mira como si nos hubiéramos vuelto locos. Luego sonríe. Su rostro se transforma y se vuelve tan dulce como el de un hada.

—Conozco el sitio perfecto —dice.

CAPÍTULO 8

IRENE

«Se acabó. Fin».

Un escalofrío me recorre la espalda cada vez que recuerdo esas tres palabras y el sonido de su voz. La reconocería en cualquier situación y lugar. Sin duda es la voz de Lee Kyung y esa, la frase mítica de aquel drama que se rodó en parte en México y para el que aprendió algunas expresiones en español. La escena en la que la dijo es la típica que las fans reproducen en mil memes en las redes sociales. Puede ser solo una coincidencia, o que él también conoce la serie.

Pero su voz, madre mía, su voz. No me había dado cuenta de que es exactamente igual hasta ese momento.

Caminamos en silencio hasta el restaurante coreano, a dos manzanas del elegido por la distribuidora. A pesar de que ya ha anochecido por completo, parece que hace más calor que durante el día, por la condensación y también por el efecto de las salidas de aire acondicionado que caldean las aceras.

El vicepresidente va delante, en silencio, concentrado en sus pensamientos. Han pasado unas horas desde que salimos del hotel para la cena, pero me parece que aún creo notar el tacto de su mano cuando me agarró por el codo para evitar que aquel chico chocara conmigo. Siempre pensé que era una exageración de las novelas románticas, pero esta sensación es real. Me froto los brazos como si tuviera frío y él se vuelve a mirarme con las cejas enarcadas.

—Debería haber traído una chaqueta —le digo, aunque suene absurdo en esta noche casi bochornosa—. En Galicia nunca hubiera

salido de noche sin una.

—¿Dónde está Galicia? —pregunta Mi-suk.

La noto muy cansada, pero atiende a mis explicaciones sobre la situación geográfica de mi comunidad autónoma con verdadero interés.

—Quizá hayas oído hablar de el Camino de Santiago —añado.

—¡Claro! *The way*. —Pronuncia en inglés—. Recuerdo que un grupo de compañeros de secundaria lo hicieron antes de empezar la Universidad. A mí también me hubiera gustado ir, pero no pude entonces y después, con la pandemia, ya no se podía viajar.

Entiendo por sus palabras que ha terminado sus estudios superiores hace poco. Confirma mis sospechas de que es tan joven como aparenta.

—Más de ocho mil coreanos hicieron el Camino en 2019, el año que yo estaba en Seúl haciendo un máster.

Lee Su Jong se muestra sorprendido por mis palabras. Parece que va a preguntar algo, pero se detiene con el ceño fruncido. Si reconoce ahora que es el hombre que conocí mi último día en Corea, me caigo muerta aquí mismo.

No es él, Irene, deja ya de fantasear. Pareces una chalada obsesionada con tu actor favorito. Lee Kyung estará tan tranquilo en su país, ocupado en lo que sea que lo apartó de la actuación, sin dedicar un solo pensamiento a la chica que le ayudó aquel día a huir de los periodistas.

El local, cerca de Plaza España, es pequeño y discreto, nada que ver con el elegante comedor de estrella Michelin que acabamos de abandonar. Es tarde y está vacío ya, pero la dueña sale a recibirnos con una reverencia y una sonrisa amable. Me reconoce porque voy allí siempre que puedo permitírmelo, y nos lleva a la mesa que sabe que es mi preferida, pegada a la ventana.

—Viene muy bien acompañada hoy —dice y se detiene a mirar uno a uno a mis acompañantes. Cuando su mirada se cruza con la del presidente, se le abre la boca de la sorpresa y temo que se le haya desencajado la mandíbula—. Lee Kyung *ssi*, es un honor recibirlo en mi humilde casa.

—No, no, no —exclamo agitando las manos como si espantara moscas—. Se equivoca, no es él.

Los dos secretarios se tapan la boca para disimular sus risas,

mientras Lee Su Jong pone los ojos en blanco y exhala con disgusto.

—Pero… —La dueña del restaurante nos mira a uno y a otro alternativamente. Por último, hace una nueva reverencia y pide disculpas, nos deja los menús y se retira.

—*Oppa,* deberías haber dicho algo. —Mi-suk se atreve a reñir a su jefe, que alza las cejas sorprendido.

—¿Qué se supone que tengo que decir cuando algo así ocurre? —pregunta.

—Deberías ser amable con las fans, a pesar de todo.

—Mi-suk, ¿qué quieres comer? —El secretario Kim le pone delante a la chica un menú con la evidente intención de lograr su silencio.

Finjo estar muy interesada en la carta, que me conozco de memoria, mientras reordeno mis pensamientos. No sé si entiendo lo que acaba de ocurrir. ¿Por qué querría Mi-suk que el presidente sea amable con las fans de Lee Kyung? Supongo que le ocurre a menudo que lo confunden con él, pero eso sería una molestia que querría evitar, no alentar.

A menos que él sea realmente el desaparecido actor y este sea el motivo por el que dejó su carrera: para ocuparse de los negocios familiares.

Sacudo la cabeza para alejar por enésima vez tales pensamientos. El que está sentando enfrente de mí, pero que parece tan lejano como si estuviera en otro planeta, no es el protagonista de mis cinco dramas favoritos, que he visto al menos tres veces cada uno.

—*Tteokbokki* —dice Mi-suk—. Y *mandú*… Y *kimbap*…

Va recitando todos los entrantes de la carta, como si no acabara de tomar una cena de cinco platos en el otro restaurante. Hemos venido hasta aquí para tomar *soju,* pero los coreanos siempre comen con la bebida, así que hoy cenaremos dos veces. Solo espero que no quieran seguir la costumbre de su país y tomar también la segunda ronda antes de acabar cantando en un *norebang*[6].

Todos estamos muy cansados y no es hasta la tercera botella de *soju,* cuando los platos de comida empiezan a vaciarse, que recuperamos un poco el ánimo y las ganas de hablar.

—Yo tenía unos trece años y estudiaba en el mismo instituto que *hyung,* que me lleva dos años. —Me explica Ha Jin, hablando por

primera vez del vicepresidente con la confianza que le daría a un familiar o amigo cercano.

Lo miro de reojo para comprobar que no se molesta y lo pillo sonriendo. Es como si el sol hubiera salido de repente, a las once de la noche.

—¿Vas a contar por fin esa historia? —pregunta Mi-suk, tirando de la manga de su compañero—. ¿La del *casting*?

—Esa es —dice el secretario, y se bebe el vasito de *soju* que la chica le rellena para animarlo a seguir—. Siempre jugábamos al baloncesto al salir de clase y un día, tras el partido diario, escuchamos que varios compañeros se iban a presentar a un *casting* de una gran agencia musical. Así que decidimos probar también.

—Pero si *oppa* no sabe cantar, que he estado con vosotros en más de un *norebang*.

Mi-suk se ríe a carcajadas y la sonrisa del vicepresidente se extiende a todo su rostro. Cada vez se le ve más cómodo, por primera vez relajado desde que nos encontramos un millón de horas antes en el aeropuerto, incluso parece más joven y me pregunto qué edad real tendrá. Ahora que ha abandonado el rictus severo y profesional aparenta poco más de veinticinco. No puedo dejar de observarlo mientras inclina la cabeza y la menea con las siguientes palabras del secretario.

—Ensayamos durante una semana entera. Nos aprendimos una canción de moda y la coreografía. Compramos ropa, unos vaqueros anchos con las rodillas rotas, y camisetas de rapero. También nos cambiamos el peinado. Lo teníamos todo bien planeado.

—¡Me acuerdo de ese peinado! —Mi-suk golpea la mesa con las manos, emocionada—. Fue cuando la tía amenazó con enviarte a estudiar a un internado en Canadá.

—Sí, me libré por poco. —Rellenan los vasos y se beben el soju de un trago. Yo finjo beber, pero solo mojo los labios—. Así que llegamos al *casting*. Había un montón de chicos y chicas en la cola, unos nerviosos, otros emocionados, todos calentando la voz, haciendo escalas, tocando música con sus manos para mantener el ritmo. Parecían auténticos profesionales y nosotros, a su lado, unos impostores.

Ha Jin acerca la botella a mi vaso y me mira sorprendido al ver que no está vacío. Lo tapo con la mano para indicarle que no quiero

más. En Corea sería una grosería negarte cuando te ofrecen una bebida, pero yo soy española y no me voy a emborrachar solo por seguirles la corriente. A fin de cuentas, sigo trabajando.

—¿Y qué pasó? —pregunta la secretaria Lee, fascinada con la historia—. ¿Lo hicisteis? ¿Cantasteis vuestra canción?

—En realidad, cuando nos paramos delante de la mesa de los jueces y nos presentamos, Su Jong dijo que no sabíamos ni cantar ni bailar. Que no teníamos ni idea de nada, insistió, y pidió disculpas por hacerles perder el tiempo.

Los dos resoplan y miran a su jefe, que sigue riendo ante aquel recuerdo. Se ha aflojado la corbata y sus ojos se cierran en dos finas rendijas, lo que me hace pensar que no tiene mucha resistencia al alcohol.

—¿Y ya está? ¿Así acabó tu primera prueba? —pregunta Mi-suk.

—No, antes nos cayó una bronca de uno de los jueces. Pero la otra, la directora de *casting* nos dijo que éramos unos chicos muy guapos y que, si nos preparábamos mejor, esperaba vernos en el próximo.

—Así que fue por ella…

La secretaria no acaba la frase y el ánimo en la mesa cambia de repente. Le echo la culpa al *soju*, ya hay más botellas que platos en la mesa. Los tres se quedan callados, pensativos, y me pregunto cuál es la continuación de esta historia, la que no cuentan. Supongo que la clave está en la última pregunta de Mi-suk cuando ha dicho «tu primera prueba».

—Deberíamos ir a descansar —dice Su Jong y hace una seña a la dueña para que le traiga la cuenta.

Cuando salimos insisten en que pueden volver al hotel solos y esperan conmigo a que llegue el taxi que pido con la aplicación del móvil. Parece una despedida y no sé si los voy a volver a ver. Me descubro buscando alguna excusa para alargar el momento.

—Si en otra ocasión quieren conocer mi tierra gallega, hacer el Camino, o probar nuestros buenos vinos, puedo hacerles de guía.

—¿Tienen buenos vinos? —pregunta el vicepresidente, un poco sorprendido.

—Sí, hay muchas más denominaciones de origen en España que Rioja o Jerez —bromeo y me encojo de hombros.

—Hábleme de eso —me pide en el momento justo en que el taxi

se detiene ante nosotros.

Los miro a los tres. Mi-suk está tan cansada que se apoya en el hombro del secretario Kim. En sus rostros perfectos empiezan a aparecer ojeras y apenas se sostienen en pie.

—¿Qué le parece si voy mañana por la mañana a su hotel? —ofrezco.

—La espero a las ocho en punto.

—¿A las ocho? ¡Pero *oppa*…! —se queja Mi-suk, que acaba la frase con un bostezo que tapa con las dos manos, apurada.

—A las diez. —Rectifica con desgana—. No se retrase.

—No lo haré. Buenas noches.

Sentada en el asiento trasero del taxi, me dejo llevar por la imaginación y sueño que realmente he cenado con mi actor favorito, con su hermana, porque parece claro que Mi-suk es su hermana, y Kim Hae Jin, supongo por lo que se le ha escapado a la chica, su primo. Son un encanto los dos y consiguen suavizar el gesto severo y la impaciencia de Lee Su Jong.

Ha sido un día larguísimo, que empezó de la peor manera, pero ha terminado con una agradable velada que recordaré mucho tiempo. Y, por suerte, he encontrado una excusa para volver a verle porque entiendo que mi contrato con Distribuciones Vino Veritas ya no existe en este momento.

En cuanto al trabajo, es un problema que ya resolveré en otro momento. Ahora solo quiero seguir pensando en esta cena y en la sonrisa de Lee Su Jong cuando escuchaba sus recuerdos de instituto.

Fue un momento fascinante.

CAPÍTULO 9

SU JONG

Cuando llegamos al hotel, el empleado de recepción nos indica que una persona me espera en el bar al lado de recepción. Cuando me acerco veo un rostro conocido pero inesperado. Está sentada en una de las sillas altas de la barra, con una copa sin probar delante.

—Ha pasado mucho tiempo, *oppa* —dice, sin ningún tipo de expresión en su rostro. Puede haber esperado durante horas o cinco minutos. No lo va a decir y yo nunca podré adivinarlo.

—Se me había olvidado… —Me muerdo la lengua ante mi torpeza, pero ella sabe cómo termina mi frase.

—Se te había olvidado que tu prometida estaba en España. Pero a tu madre no.

Tenía que ser cosa de mi madre, claro. No me lo ha recordado porque sabía que seguramente no le haría caso si me pedía que concertara una cita con su elegida.

La miro en silencio durante un minuto interminable. No tengo nada que decirle, ha sido siempre así desde que nos presentaron. La culpa es mía, sin duda, por mi incapacidad patológica para entablar conversaciones con personas desconocidas, aunque el rechazo que recibo por su parte tampoco ayuda. Estamos atados a un compromiso que nuestras familias están a punto de formalizar, algo que en el mundo occidental parece impensable, y Park Jiyu ha vivido fuera de Corea desde que era una estudiante de secundaria.

—Es muy tarde —le digo—. Mejor te acompaño a tu residencia y hablamos mañana.

Abre la boca para responder, pero se lo piensa mejor y la cierra, apretando tanto los labios que se convierten en dos finas líneas

descoloridas. Se baja de la silla y se para ante mí. Es tan pequeña que apenas me llega al hombro, pero su mirada podría congelar a un hombre de mi estatura.

—No hace falta que me acompañes, gracias, pero puedes pagar mi copa.

—Claro —contesto, haciendo un gesto a Kim Ha Jin, que se dirige al camarero al fondo de la barra.

—¿Tu primo trabaja para ti? —pregunta ella, siguiendo a mi secretario con la mirada—. Es una especie de obra de caridad, supongo.

—Hace bien su trabajo y tiene toda mi confianza.

Da un respingo y un paso atrás a la vez. La he ofendido y no sé exactamente por qué, quizá porque la mantengo tan lejos de mí como cerca a Ha Jin.

Intento encontrar algo en ella que me guste. Es bonita, los párpados operados le dan expresividad a su rostro, tiene una preciosa melena y viste de manera discreta y elegante. Mi rechazo no tiene que ver con su aspecto. Creo que es más una reacción a la forma en que me trata. Es evidente que tampoco acepta este compromiso, aunque mi madre me aseguró que estaba «realmente enamorada». Claro que yo, mejor que nadie, sé bien cuánto está dispuesta a mentir mi madre para conseguir lo que se propone.

—No debería haber venido.

—Lo siento —digo para intentar rebajar un poco el regusto amargo de este encuentro.

—Siempre estás pidiendo disculpas, Su Jong *ssi*, y nunca son del todo sinceras.

Cuando la despido en la puerta y la veo subirse al taxi que la lleva de vuelta a la residencia universitaria en la que se aloja, suelto un largo suspiro de alivio.

Esta es la mujer con la que mi madre quiere que me comprometa: la segunda hija de la familia propietaria de una de las mayores empresas de Corea del Sur dedicadas a la tecnología. Ha estudiado ciencias empresariales en nuestro país, en Estados Unidos y ahora en España; habla varios idiomas y es la viva imagen de la discreta perfección. Y me odia. A cada encuentro lo tengo más claro.

Ha Jin me sale al paso cuando vuelvo a entrar en el hotel. Trae

la cabeza baja y el mismo gesto de preocupación que siempre muestra cuando se encuentra con Park Jiyu. Sospecho que en el pasado hubo algo entre ellos, pero no le voy a preguntar; nunca pregunto por temas personales, prefiero esperar a que él me lo cuente si decide hacerlo.

—Mi-suk ya ha subido a su habitación. Estaba muy cansada.

—Y tú también debes de estarlo —digo al tiempo que llamo al ascensor—. Vamos a dormir, mañana será otro largo día.

Tengo que solucionar el desastre de la negociación con la distribuidora Vino Veritas. Este país es famoso en el mundo por su producción de vinos, no será tan difícil encontrar otra empresa más fiable, o quizá debería tratar directamente con los viñedos.

Me despido de Ha Jin en la puerta de su habitación y entro en mi *suite*, tan cansado que dejo caer los hombros y siento que los ojos me arden. Me doy una larga ducha con agua casi fría, para librarme del calor pegajoso y la contaminación de esta ciudad. Cuando salgo me encuentro un poco más despejado, así que abro el ordenador y busco información sobre los vinos que se producen en un sitio llamado Galicia, la tierra natal de la intérprete.

Me quedo dormido sobre el escritorio y sueño con unos ojos azules en un rostro de princesa vikinga que me guía por un camino señalado por estrellas.

A las siete de la mañana suena mi móvil. Lo busco en la mesilla, sorprendido de haber podido llegar hasta la cama en algún momento de la noche. Con los ojos entrecerrados acepto la llamada, no necesito consultar quién es.

—Buenos días, madre.

—Son las tres de la tarde en Corea, ¿estabas durmiendo?

—Aquí son solo las siete. No hay nada que pueda hacer en este país a esta hora.

—Podías haber asistido a la junta por videoconferencia.

Sería inútil hablarle de la jornada maratoniana de ayer, de las más de veinticuatro horas sin dormir, el viaje, las reuniones, el caos que fue todo.

—Lo siento —digo, porque es lo que espera escuchar.

—Lee Su Jong, tienes treinta años, no deberías estar excusándote ante tu madre.

Seguramente no debería, pero es la única forma que tengo de

tratar con ella. Desde muy pequeño aprendí que nunca estaría a la altura de sus expectativas, aunque antes, al menos, era distinto. Antes tenía a su primogénito, el heredero perfecto, adiestrado para cumplir su papel hasta la extenuación. Yo solo soy su recambio.

—Lo siento —repito de manera automática, pasándome una mano por los ojos que aún me cuesta mantener abiertos.

—¿Cómo ha ido la reunión con la distribuidora? —pregunta y, por un momento, sospecho que ya lo sabe.

Invoco toda mi fortaleza mental y le hablo como si solo fuera mi presidenta, ante la que tengo que rendir cuentas por mi trabajo, no la madre comprensiva que desearía pero que nunca he tenido.

—No voy a hacer negocios con unos empresarios que intentan engañarme —le digo, tras resumir el fiasco de la jornada anterior—. Ya he buscado alternativas.

—Quizá deberías volver a casa y hacerlo desde aquí.

—No —me apresuro a responder. No tengo ninguna intención, ni deseo, de volver tan pronto a ponerme bajo su lupa—. En vista de lo ocurrido con esta distribuidora, prefiero tratar cara a cara con los otros que estoy seleccionando.

La escucho hablar con alguien, seguramente con su secretario, parece que tiene alguna cita y es la hora. El alivio hace que me deslice de nuevo entre las sábanas, para recuperar la postura horizontal.

—¿Has visto a Park Jiyu? —pregunta antes de colgar, cuando ya pensé que al menos me libraría de esta conversación.

—Nos vimos ayer, unos minutos apenas. Volveré a verla hoy.

—Es hora de fijar fecha para el compromiso formal. Será este diciembre, cuando ella regrese a Corea.

No me sorprende, pero me hace tanta ilusión como si la fecha que tuviera que fijar fuera la de mi ejecución en la guillotina.

—Hablaremos de esto a mi regreso —digo, mientras me masajeo el cuello con la mano libre. Desde hace tres años sufro una tensión en esa zona que nunca consigo relajar.

—Bien —contesta mi madre antes de colgar sin ningún tipo de despedida. Mejor así.

Ha Jin llama a la puerta que comunica nuestras habitaciones y entra cuando le doy permiso.

—Me pediste que te avisara a las siete, pero te escuché hablar

por teléfono.

Asiento, con los ojos cerrados. Suelto el móvil y estiro brazos y piernas, postura de *savasana*. En mi cabeza suena la voz de mi monitora de yoga: «esta postura calma el dolor de cabeza, el insomnio y la fatiga». Ojalá fuera tan efectiva como se supone.

Escucho a Ha Jin moverse por la habitación, probablemente estará recogiendo la ropa que he dejado tirada de cualquier manera anoche, y tal vez elegirá la que debo ponerme hoy. Para esto sirve un secretario, por mucho que me incomode que sea mi primo pequeño quien haga estas funciones. Aunque siempre voy a preferir tener en mi equipo a alguien cercano que a un desconocido.

—Es el desayuno —anuncia cuando llaman a la puerta principal de la *suite*.

Mientras él se apura a atender la llamada, yo me levanto despacio y dedico unos instantes a hacer algunos estiramientos. Apenas recuerdo tampoco haberme desnudado, pero solo llevo mis bóxers. Supongo que lo hice porque es verdad que hace calor en Madrid aún en septiembre, como dijo la intérprete cuando llegamos al aeropuerto.

Al pensar en ella me vienen imágenes de lo que he soñado. Recuerdo que caminábamos por un sendero rodeado de árboles tan frondosos que sus ramas formaban un hermoso túnel verde sobre nuestras cabezas. No sé dónde está en ese lugar, pero me gustaría encontrarlo, y también la intensa sensación de paz que me producía el lugar y la compañía.

Sacudo la cabeza cuando me doy cuenta de que estoy parado en medio de la habitación, con la mirada perdida, como un sonámbulo.

Café. Café a litros. Eso es lo que necesito.

CAPÍTULO 10

IRENE

Me despierta la alarma del móvil a las ocho en punto de la mañana. Mi sueño ha sido tan profundo que no recuerdo ni mi nombre. Solo cuando escucho ruido de platos en la cocina me viene a la cabeza la última sorpresa que me tenía reservada el día de ayer. Como si no hubiera tenido bastantes.

Cuando el taxi me dejó en casa casi me arrastré por el portal. Subí los cinco pisos en el ascensor con los ojos cerrados y, tras quitarme los zapatos en la entrada, me seguí arrastrando hasta la sala donde escuché la televisión encendida. Supuse que mi compañero de piso estaría viendo alguna serie de Netflix, pero sonaba más bien como una de esas absurdas tertulias de los canales generalistas.

—¿Mamá?

Me froté los ojos para asegurarme de lo que estaba viendo.

—¿Por qué andas descalza? Tú y tus manías coreanas, con lo sucio que está este suelo…

Sí, era ella, al natural y sin necesidad de aditivos. Mientras en la pantalla cinco supuestos expertos se gritaban unos a otros, busqué a mi alrededor al responsable de que mi madre estuviera sentada tan cómoda en nuestra salita. El muy cobarde debía de estar oculto en su dormitorio.

—¿Te abrió Adrián?

—Pues claro, ¿quién si no? Te recuerdo que no tengo llave de tu casa.

Aunque mostraba el mal genio y el gesto severo habitual, parecía cansada y menos peleona que de costumbre. Noté que

comenzaban a asomarle raíces grises bajo el pelo teñido de un caoba intenso y las arrugas de expresión se multiplicaban según se desvanecía el moreno que recordaba de agosto, cuando estuve en casa. Las dos tenemos la misma piel demasiado blanca que se quema al instante bajo el sol, pero ella siempre ha pasado mucho tiempo en el exterior y la tiene más curtida que yo. También tenemos idéntico color de pelo trigueño, aunque le dé por ponérselo un día rojo, otro negro, y, en algún momento, hasta mechas azules. No sé si porque le gusta o solo deja que mi hermana Mila haga con ella sus experimentos de peluquería. En otro tiempo yo también me dejé teñir el pelo por ella, pero ahora prefiero mi color natural.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Has venido sola? —le pregunté.

—Alguien tiene que ocuparse del hostal —dijo sin nombrar a mi padre, lo que me hizo pensar que algo ocurría—. ¿Vas a seguir ahí parada? Estás tan pálida que parece que te vayas a desmayar.

—Estoy cansada —contesté y me dejé caer en el sofá a su lado.

Busqué un abrazo que recibí con reservas. Mi madre nunca ha sido muy dada a las demostraciones cariñosas, pero siempre me ha cuidado cuando lo necesitaba. Por eso sabía que sus palabras no eran una crítica por mi aspecto, sino preocupación.

—¿No empezabas hoy en el nuevo trabajo?

—Sí, y ha sido un día larguísimo. Ya te cuento mañana.

—¿Quieres que te prepare un Cola Cao?

Me dieron ganas de echarme a llorar. Eso era justo lo que necesitaba después de un día tan complicado. Asentí con la cabeza y me quedé acurrucada en el sofá, envuelta en el calor y el aroma que mi madre había dejado, mientras ella calentaba la leche en el microondas.

De repente, Adrián se asomó a la puerta de la sala de puntillas. Iba vestido solo con un pantalón corto; la larga melena, suelta, le caía sobre los hombros tatuados.

—¿Todo bien? —susurró.

—Sí, sí, pero que no te vea andando así por la casa o te llevará al altar a punta de escopeta.

—¿Para casarse conmigo? —preguntó él, llevándose una mano al pecho, escandalizado—. Oye, que tu madre está de buen ver, pero no sé, no es mi rollo.

Me tapé la boca para no soltar una carcajada que se pudiera

escuchar desde la cocina.

—No, tonto, para casarnos a los dos, porque pensará que vivimos en pecado.

—Venga, Irene, que Maruxa no es tan antigua como la pintas.

Escuché la señal de fin de programa del microondas y le hice gestos para que se volviera a su habitación. Al poco apareció mi madre, con una taza humeante que olía de maravilla a cacao.

—¿Hablabas con Adrián? —preguntó.

Me había olvidado de su buen oído.

—Sí. Solo me estaba dando las buenas noches.

—Ay, hija, está guapísimo. Mira que a mí no me gustan los hombres con pelo largo, pero él lo tiene tan cuidado como una mujer, y esa barbita recortada le sienta de maravilla.

No sé si estaba intentando, por enésima vez, que viera a mi compañero de piso como algo más que un amigo, o es que mi madre, a sus cincuenta tacos, comienza a fijarse en los yogurines.

—Está saliendo con su tatuadora. —Le conté, aunque sé que lo de esos dos no va en serio, solo se divierten juntos—. Es una artista tremenda. Estudió Bellas Artes y pinta de maravilla, aunque prefiere expresarse por medio de los tatuajes.

—Tú también pintabas muy bien de pequeña —dijo mi madre, que guarda en una carpeta mis garabatos infantiles con un orgullo que pocas veces expresa en voz alta.

Me tapé la boca para ahogar un bostezo tan grande que temí que se me desencajara la mandíbula.

—Me voy a poner el pijama y ya me tomo la leche en cama, que está muy caliente.

—Vale, yo duermo en el sofá —dijo con un suspiro de resignación—. No me traigas manta ni nada, que hace mucho calor en Madrid. No sé cómo lo soportáis.

Caí en su trampa conscientemente; nunca he podido resistirme a su manipulación sentimental.

—¿Entonces no vas a dormir conmigo? —le pregunté con fingida inocencia, como si ese hubiera sido el plan desde el principio.

—Si no te molesto…

Qué gran actriz se han perdido los *kdramas* con mi madre. Por supuesto, acabamos durmiendo juntas, pero yo me sumergí en una especie de coma y cuando desperté ella ya está trasteando en la

cocina.
—Buenos días —saludo a mi madre que toma café sentada en la estrecha barra de la cocina, mientras desliza un dedo por la pantalla de su móvil.

—¿Ya despertaste? ¿Quieres café?

Hace años que desayuno té, pero veo la cafetera recién hecha sobre la cocina y quiero empezar el día con buen pie, así que asiento con la cabeza, como si me apeteciera muchísimo.

—No sabía que había café en casa —digo. Ni siquiera me acordaba de que teníamos cafetera—. Adrián solo desayuna fruta y cereales.

—No había, lo traje yo de casa por si acaso.

Acepto la taza que me ofrece y le pongo dos cucharadas de azúcar. Mi madre me observa con su mirada crítica, la misma que tenía que soportar cuando me negaba a comer cosas que a ella le encantan, como grelos o endivias. Yo no soporto el amargo y ella odia el picante. Debe ser la única gallega que no come pimientos de Padrón.

—Mamá… —Por mucho que rehúya lo amargo, hay tragos que no me queda otra que aceptar—. ¿Está todo bien en casa?

—No, no está —contesta con su manera habitual de afrontar los problemas, de frente y fingiendo que no le duelen—. Cualquier día le pido el divorcio a tu padre, así te lo digo.

Hago un esfuerzo para no tomarme en serio sus palabras. Tiene que ser otro de sus calentones del momento. Se le pasará, como siempre, solo tengo que dejar que se desahogue.

—¿Y ahora por qué habéis discutido?

—Por todo, *filliña*, por todo. Un día se le da por decir que no soporta el hostal y que mejor se vuelve a la aldea a plantar patatas, y al otro se me va con los peregrinos de bares y no aparece hasta las tantas de la mañana. —Mira el móvil, que no deja de vibrar con notificaciones. Lo enciende y lo vuelve a apagar. Tengo la impresión de que no ha visto nada en la pantalla—. Tu padre está fatal, Irene. La menopausia le llegó antes que a mí.

—Mamá…

Veo a Adrián a punto de entrar en la cocina, pero al escuchar las últimas palabras de mi madre da dos pasitos atrás, intentando no hacer ruido.

—Tenía que venir él a Madrid a recoger a esas chicas, y ¿quién ha venido? Pues la de siempre, la tonta, la que solo hace trabajar.

Me duele cuando habla así. En circunstancias normales no se queja nunca. A la hora de ocuparse del negocio y de la casa, mi madre es una fuerza de la naturaleza, poderosa e inagotable. Pero también tiene sus días malos, esos en los que amenaza con irse a tomar el sol a las islas Canarias y no volver nunca.

—No digas eso —le pido—. Tú no eres tonta para nada. Eres una empresaria que saca adelante un negocio que funciona muy bien y que repercute positivamente en la economía de todo el pueblo. Además, los peregrinos que pasan por el hostal siempre se van agradecidos y recomiendan nuestra casa a sus conocidos.

—Pero yo también me canso, Irene, que los años no pasan en balde.

—Estás mejor que nunca —le digo y le cojo las manos sobre el mantel. Las noto tan firmes como siempre—. Y si estás tan cansada, pues cierras quince días y te vas a Tenerife. ¿No dices siempre que eso es lo que necesitas? Pues va siendo hora de que te des un capricho.

—No me tientes, *filla*, no me tientes. Y tú —dice, volviéndose hacia la puerta—, pasa a desayunar, anda, que tendrás cosas que hacer y aún vas a llegar tarde por nuestra culpa.

—Buenos días —entona Adrián al entrar en la cocina—. No quería molestar.

—No molestas, hijo, que estás en tu casa. ¿Quieres café?

Adrián me mira con cara de susto. Me encojo de hombros y él exagera una sonrisa cuando ve que mi madre está a punto de llenarle la taza.

—¿Con leche? —pregunta con un hilo de voz. Un tío tan grande, asustado como un león ante un ratón de campo.

—Traje una *bica* de la panadería del pueblo que os vais a chupar los dedos. Donde esté un buen café y un trozo de *bica* para desayunar, que se quiten los tés y los cereales esos que parecen alpiste para pájaros.

Mi compañero de piso y yo no podemos evitar soltar una carcajada que nos lleva hasta las lágrimas. Mi madre nos mira como si estuviéramos locos y se acaba su segunda taza de café mientras menea la cabeza.

Entonces suena mi teléfono.

—Te espero en la oficina a las nueve en punto —dice la voz al otro lado de la línea en cuanto contesto—. No te retrases.

Y cuelga sin esperar mi respuesta. Miro el reloj de la cocina, son las ocho y media. Tengo treinta minutos para ducharme, vestirme, coger el metro y llegar a la oficina, lo que sería un milagro. En fin, tendrá que ser en taxi, otra vez. Me voy a dejar mi primer sueldo en transporte.

Lo peor es que me temo que no son buenas noticias precisamente las que quiere darme mi nueva jefa.

CAPÍTULO 11

SU JONG

Cuando me asomo a la sala, el camarero ya se ha ido tras dejar el carrito con un abundante desayuno. Parados en medio de la estancia, como dos pistoleros a punto de desenfundar, están Ha Jin y Park Jiyu. No me ven, así que doy un paso atrás y les dejo tiempo para lo que tengan que decirse. Al girarme los veo reflejados en el espejo de la cómoda. No quiero ser cotilla, pero me mata la curiosidad por saber qué ocurre entre ellos.

—No esperaba encontrarte aquí —dice ella, con una voz más aguda de lo normal—. Qué suerte que tu primo te haya dado este empleo, ¿no? Nunca fuiste un buen estudiante.

—No, tú eras la mejor de la clase, lo recuerdo bien.

Jiyu resopla de una forma muy poco elegante.

—Espero que no recuerdes demasiadas cosas.

—¿Del colegio? No. —Ha Jin se encoge de hombros y su actitud cambia. Levanta las manos y ladea un poco la cabeza—. Solo éramos adolescentes y, como todos a esa edad, un poco perdidos y confusos.

—No seas condescendiente conmigo, Kim Ha Jin. Sé lo que hice y estuvo mal.

—Yo también tuve mi parte de culpa.

—No te soporto —dice ella y se gira para darle la espalda—. ¿Puedes decirle a Su Jong que estoy aquí?

Ha Jin asiente, formal, y yo me apresuro a alejarme de la puerta, para que no se dé cuenta de que los estaba espiando. Sigo sin saber lo que ocurrió entre ellos cuando eran estudiantes, pero me queda claro que Jiyu es de las que nunca olvidan ni perdonan.

—Lo has escuchado todo —dice Ha Jin al entrar en el dormitorio y ver mi expresión.

Asiento con la cabeza. Él abre la boca y la cierra, dos veces, como si no encontrara las palabras para explicarse. Mientras, voy poniéndome la camisa. No voy a salir en ropa interior a desayunar con una mujer, por mucho que sea mi futura prometida.

—No hace falta que digas nada —aseguro para tranquilizarlo—. Son cosas privadas y que han quedado en el pasado, supongo.

—Para mí sí eran pasado. Ni siquiera la había vuelto a ver desde que hicimos el examen de ingreso en la Universidad.

—Ojalá hubieras seguido sin verla —murmuro más para mí que para él.

Entonces llaman a la puerta de nuevo y los dos nos sobresaltamos. Ha Jin sale para abrir y yo termino de vestirme. Escucho la voz de mi hermana que lo saluda con alegría mientras me miro en el espejo y me arreglo el cuello de la camisa.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunta Mi-suk, tan feliz como si en vez de por trabajo estuviéramos al otro lado del mundo para hacer turismo.

Se hace el silencio, así que salgo del dormitorio apurado y veo cómo saluda con una reverencia formal a Park Jiyu. Ninguna de las dos muestra alegría por encontrarse, apenas se conocen y no parecen muy interesadas en solucionarlo. Yo también las saludo y, poco después, estamos sentados a la mesa, donde Ha Jin va disponiendo el desayuno.

Me bebo la primera taza de café, solo, sin azúcar ni leche, de un trago a pesar de que aún está lo bastante caliente para quemarme la lengua.

—Mis padres…

—Mi madre…

Hablamos los dos a la vez y callamos también al mismo tiempo. Hago un gesto con la mano a Jiyu para cederle la palabra y ella comienza de nuevo su frase.

—Mis padres quieren que las familias se reúnan antes de fin de año.

Mi-suk se atraganta y tengo que darle unos golpecitos en la espalda para ayudarla a respirar.

—Sí, acabo de hablar con mi madre y me ha dicho lo mismo.

—En diciembre volveré a Corea. En la Universidad dan vacaciones para celebrar la Navidad y el Año Nuevo. —Jiyu mira el abundante desayuno dispuesto sobre la mesa con poco apetito—. Podemos tener entonces una comida familiar para organizarlo todo.

—Me parece bien.

He tenido reuniones de empresa más emocionantes que esta conversación sobre algo tan importante para nuestro futuro. De repente me pregunto si Jiyu sabe sonreír. Quizá si descubriera en ella alguna emoción humana comenzaría a gustarme.

—¿Hasta cuándo vais a estar en España? —me pregunta.

—Aún no lo sé. Han surgido algunas complicaciones que tengo que solucionar.

No doy más explicaciones y ella tampoco las pide. La mayor parte de nuestra conversación la ocupan los silencios. Ha Jin y Mi-suk comen haciendo el menor ruido posible, como si intentaran hacerse invisibles.

—Mañana salgo de viaje —me dice Jiyu—. Mis clases no comienzan hasta dentro de diez días y tengo planes con una amiga. Vamos a hacer el Camino de Santiago.

—*The way* —dice Mi-suk—. Irene nos habló ayer de eso. Irene es nuestra intérprete. —Se apresura a explicar ante las cejas levantadas de mi prometida.

La conversación vuelve a apagarse. Jiyu no muestra tampoco ninguna emoción por el viaje anunciado y yo tengo cosas más importantes en las que pensar que en sus planes, como, por ejemplo, en la princesa vikinga que debe estar a punto de llegar, si es que hoy es más puntual que ayer en el aeropuerto.

—Tengo que irme —dice Jiyu sin haber tocado la taza de café que Ha Jin le sirvió, ni probar un bocado del surtido de dulces y salados que hay sobre la mesa—. Supongo que ya no nos veremos hasta Navidad.

En silencio, la acompaño a la puerta que abro para ella. Parada en el pasillo está Irene Leira. Tiembla como una hoja y trae los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto y al momento sospecho que tenga que ver con el impresentable de Díez de Sollano.

—Me han despedido —dice.

Doy por supuesto que es culpa del subdirector de Distribuciones

Vino Veritas. Pero lo peor es que, me temo, también es culpa mía. Durante un par de minutos, Mi-suk y Ha Jin corretean alrededor de Irene. La hacen sentar a la mesa, le sirven café, le ofrecen todo tipo de dulces que ella rechaza con un cabeceo. Yo estoy de pie, con las manos en los bolsillos, esperando una explicación que no llega y tampoco sé si quiero oír. Jiyu se ha quedado y lo mira todo con su habitual distanciamiento.

—No sé lo que le habrán dicho los de la distribuidora a mi jefa, pero no me ha dado ninguna opción para explicarme. —Sorbe un poco por la nariz y sus ojos azules parecen lagos por las lágrimas que apenas logra contener—. Dice que no soy una profesional y que está muy decepcionada conmigo.

—¿Y puede despedirte así sin más? —pregunta Mi-suk—. ¿No debería darte un aviso, una sanción o algo así?

—En realidad solo estaba a prueba. Este era mi primer trabajo para la agencia. Me lo dieron porque se enfermó el intérprete al que se lo habían asignado.

—Aun así, es injusto. —Se solidariza Ha Jin y me mira, como si esperara que yo también me uniera a su conversación.

No lo hago. Jiyu y yo nos mantenemos alejados, como meros espectadores, mientras mi hermana y mi primo la consuelan y la animan. Solo se conocen desde el día anterior, pero parece que han congeniado de una manera que se me hace difícil entender.

—No te preocupes, Irene, eres muy buena en tu trabajo, conoces muy bien nuestro idioma y estoy segura de que te lloverán las ofertas de mejores agencias que esta —asegura Mi-suk, que siempre ha sido la más optimista de la familia.

—No lo creo —dice la intérprete, y se pasa una mano por los ojos para secárselos. Se la ve tan derrotada que algo en mi pecho comienza a resquebrajarse—. Estoy muy cansada. Madrid me queda grande, la vida aquí es muy estresante y la competencia, feroz en todos los ámbitos. He trabajado de guía turística, de camarera, como todos los jóvenes de España, de taquillera en un teatro. —Enumera, contando con los dedos de las manos—, y ya estoy harta. No puedo volver a empezar. Mejor me vuelvo a casa y trabajo con mis padres.

Mi-suk le da palmaditas en la espalda y Ha Jin insiste en que coma algo. Mi prometida pone los ojos en blanco y parece que

retoma la idea de marcharse. Cuando veo que se gira hacia la puerta, me apresuro a acompañarla.

—¿A qué se dedican tus padres? —pregunta Ha Jin a la intérprete.

—Tienen un hostal para peregrinos. También organizan rutas guiadas por el Camino, transporte de equipajes y otros servicios. Mañana mismo mi madre tiene que recoger aquí en Madrid a dos estudiantes para acompañarlas hasta Pedrafita, desde donde comenzarán a caminar hacia Santiago.

Park Jiyu frena tan de golpe que choco con su espalda. Se gira sobre los tacones y me aparta a un lado con una mano.

—¿Cómo se llama la empresa de su madre? —pregunta.

—*Terra meiga* —contesta Irene.

Jiyu se pasa una mano por la frente y exhala con gesto de fastidio.

—Pues espero que la madre sepa hacer mejor el trabajo que la hija —murmura.

Entonces me doy cuenta de quienes son las dos estudiantes a las que la madre de Irene va a acompañar en el Camino.

—¿No tenías prisa? —le digo y le hago un gesto con la mano abierta para abrirle de nuevo el camino hacia la puerta.

Ella extiende una mano y la pone sobre mi pecho. La presión es tan leve que apenas noto su tacto bajo la camisa.

—Recuerda la reunión familiar en Navidad. —Una sonrisa forzada curva sus labios en un ángulo extraño—. Y deberías comprarme el anillo. Te enviaré un mensaje con la dirección de mi joyería de confianza, ellos saben la talla.

Por fin se va, dejando algo más pesado en el ambiente que el intenso perfume francés que usa. Regreso a la sala donde Mi-suk sigue consolando a Irene. Me temo que ha escuchado todo lo que ha dicho mi prometida, que, por algún motivo, ha sentido la necesidad de marcar su territorio ante la intérprete. Pero no son sus últimas palabras las que me preocupan, sino las anteriores.

—Mi-suk tiene razón —digo, mirándola con tanta intensidad que veo cómo su rostro comienza a sonrojarse—. No es culpa suya todo lo que ha ocurrido. Su trabajo ha sido impecable y, si acepta, me gustaría que fuera nuestra intérprete durante el tiempo que nos quedemos en España.

Irene se pone de pie con una sonrisa tímida que va disolviendo la tristeza que empañaba su mirada. Se dobla por la cintura para hacerme una reverencia mientras repite la palabra gracias por dos veces.

Ha Jin levanta sus pulgares y mi hermana me hace un corazón con los dedos. No puedo permitir esas confianzas, así que voy a tener que pensar seriamente en buscarles otros puestos cuando volvamos a Corea.

CAPÍTULO 12

IRENE

Mientras venía en el metro, camino del hotel, he estado a punto de cancelar la cita con el vicepresidente para irme a mi casa, a llorar en el regazo de mi madre. No podía evitar las lágrimas cada vez que pensaba en lo ilusionada que estaba por trabajar en esa agencia y en lo mucho que me había preparado para este encargo a pesar de que me habían avisado con un tiempo límite. Tampoco podía dejar de pensar en las groserías que le había tenido que soportar al impresentable de Beltrán Díaz de Sollano. No había servido para nada. Ni siquiera me habían dado la oportunidad de decir unas palabras en mi defensa.

Por suerte, tomé la decisión correcta viniendo aquí. Mi-suk y Ha Jin son tan amables conmigo que las emociones contradictorias no me dan respiro. Incluso el vicepresidente, con esa inesperada oferta de trabajo. Aunque me he apresurado a aceptarla, soy consciente de que se siente obligado hacia mí, no sé si porque me gané su favor al contarle lo que estaban planeando los de la distribuidora o porque es de los que no pueden ver a una mujer llorar. Intento recomponerme, pero hoy es uno de esos días en los que la vida se te hace mucho más cuesta arriba de lo normal, como si intentara escalar una montaña con zapatos de tacón.

Cuando Lee Su Jong se acerca, tras despedir a la que ha dejado claro que es su novia y hacerme su propuesta, lo miro con una sonrisa trémula que no me devuelve.

—Hablemos de los vinos de su tierra —dice y se sienta a la cabecera de la mesa, como si estuviera presidiendo el consejo de dirección de su empresa—. He probado el Albariño Abadía de San

Campio. Lo conocí porque ganó una medalla de oro en la Asian Wine Trophy que se celebró hace poco en mi país. Un buen vino blanco.

—¿Solo bueno? —pregunto, un poquito indignada—. Abadía de San Campio es mi vino favorito. Aunque también me gusta el Don Pedro de Soutomaior, y Albamar, claro, y… —Me detengo al ver el gesto de impaciencia que le hace apretar la mandíbula—. En realidad, no soy una experta en vinos, solo puedo hablarle de los que me gustan.

—¿Son todos de la misma denominación de origen?

—Los que he nombrado, sí, pero también me gusta el Ribeiro. Suele ser más suave y afrutado y además yo prefiero los vinos blancos. Aunque en Galicia también se producen vinos tintos muy buenos. Los de uva Mencía, de la zona de Ourense, están muy de moda.

Lee Su Jong cabecea y un mechón de pelo negro le cubre la ancha frente. Creo que ayer conseguí resistir bastante bien la necesidad de recrearme en su rostro, pero ahora ya me da todo un poco igual. Mientras que él, pensativo, alisa una servilleta que dobla y desdobla, lo observo con avaricia. Deslizo la mirada por su nariz larga y un poco grande, casi romana; por sus ojos de medialuna y sus altos pómulos; por su boca de labios gruesos y la línea poderosa de la mandíbula; por el cuello ancho y el perfecto dibujo de las clavículas que asoma por el cuello abierto de la camisa. Sigue teniendo ese aspecto de príncipe de cuento, de *chaebol* mimado, ese que le impedía interpretar a un personaje de orígenes humildes porque no sería creíble.

«Te estás liando otra vez», dice una voz molesta en mi cabeza. «No es tu actor favorito, Irene, olvídate ya de eso».

—Necesitamos a un experto —dice y suelta la servilleta como si acabara de darse cuenta de lo que ha estado haciendo todo este tiempo—. A uno de confianza.

Los dos secretarios asienten como si hubieran recibido una orden que yo no he escuchado. Kim Ha Jin se levanta y abre su portátil, que está sobre un escritorio en un ángulo de la sala. Mi-suk comienza a amontonar los platos usados del desayuno para despejar la mesa.

—Conozco a un buen sumiller. Al mejor, en realidad —digo sin

pensarlo mucho.

Al notar el gesto escéptico del vicepresidente me doy cuenta de que es mucho descaro ofrecer así a alguien de mi entorno. Podrían llegar a pensar que me estoy aprovechando de su amabilidad.

Me levanto y me acerco al secretario Kim.

—¿Me permite un momento? —pido, y él se aparta para darme acceso a su ordenador.

Tecleo rápidamente un nombre y busco una página en inglés que muestro al secretario. Es la web de la Asociación Internacional de Sumilleres, donde aparece el listado de todos los premiados en sus galardones, incluido Rubén Souto, mejor sumiller europeo en 2020.

Ha Jin acerca el portátil al vicepresidente, que lee la noticia y revisa el resto de la información. Me da un gran alivio ver que ambos pueden leer en inglés, no sería creíble si fuera yo quien les tradujera el contenido.

—¿Es él? —pregunta Lee Su Jong, mostrando una foto en la que Rubén levanta un trofeo—. ¿De qué lo conoce? —añade tras mi respuesta afirmativa.

—Estudiamos juntos en secundaria.

Le doy la explicación breve. Lo de que salimos un tiempo y él se fue distanciando porque sus ambiciones profesionales no le dejaban tiempo para nuestra relación, mejor me lo callo de momento.

—¿Podría concertarme una cita con él?

—El problema es que… trabaja en un restaurante… —digo, consciente de lo adicto al trabajo que es Rubén—. En el mejor restaurante de Galicia, en realidad, a las afueras de Santiago de Compostela. No creo que pueda venir a Madrid.

El vicepresidente utiliza el buscador y me muestra la página web del restaurante Stellae, con sus dos estrellas Michelin en portada. Contesto afirmativamente a su pregunta silenciosa. Ese es el reino particular de Rubén, al que yo no puedo acceder porque el precio del menú degustación es prohibitivo.

En silencio, él sigue navegando por la red, quizá buscando otras alternativas a las que le estoy ofreciendo. Quiero ayudarlo, siento cierta responsabilidad por los buenos profesionales que sé qué hay en España dedicados al mundo del vino, que no tienen nada que ver con el impresentable de Díez de Sollano y su penosa distribuidora. Permanezco sentada, en silencio, devanándome los sesos en busca

de algún dato más que le convenza de que las bodegas gallegas son una buena opción, no es que me vaya a llevar comisión ni nada de eso, solo que estoy convencida de que en mi tierra encontrará lo que busca.

Quizá debería hablarle de nuestros paisajes, de nuestra comida, de la vida tranquila de mi pequeño paraíso. Han llegado directos de una urbe inmensa como Seúl a una ciudad no menos estresante como es Madrid, y yo sé que los coreanos aprecian la naturaleza más que nada. El deporte favorito de los habitantes de la capital es subir montañas en cuanto tienen un día libre; también viajar a la costa, o a la isla de Jeju, para disfrutar del mar. En Galicia puede ofrecerles todo lo que les gusta.

—He revisado la lista previa que teníamos de bodegas que producen vinos de Rioja y Ribera del Duero —dice Mi-suk, que se sienta al lado del vicepresidente con su propio portátil—. Podemos alquilar un coche y visitarlas, no nos llevaría más de un par de días.

Tenía que haber imaginado que traerían un plan alternativo. Aunque la mayor parte del tiempo los secretarios parecen dos jóvenes adolescentes que han venido de turismo y a divertirse, ahora que toca trabajar, los dos están concentrados y se muestran como auténticos profesionales.

—Busco agencias de alquiler de coches —contesta Ha Jin a las palabras de su compañera.

Me voy desinflando poco a poco en mi asiento. Intento animarme pensando que al fin no es mi trabajo conseguirles los vinos que han venido a buscar. Solo soy su intérprete. Si me ofrecen acompañarlos a las bodegas, lo haré encantada, y al menos tendré algo en lo que ocuparme en los próximos días. Después ya pensaré lo que hacer con mi vida, aunque la opción de regresar a casa y dedicarme a los negocios familiares cada vez me parece la más atractiva.

En cuanto les he hablado de mi tierra, me he dado cuenta de lo mucho que la añoro. A veces hago una escapada de fin de semana solo para ver el mar. En Madrid, con su aire seco de montaña y su triste río, hay días que siento que me ahogo.

El teléfono de Lee Su Jong vibra sobre la mesa y me sobresalta. Él mira la pantalla, frunce ligeramente el ceño, y descuelga mientras se levanta para alejarse hacia el dormitorio.

—*Ioboseyo?*

Me parece escuchar una voz femenina al otro lado de la línea, pero no lo suficiente para entender lo que dice. El vicepresidente escucha en silencio, solo responde algún sí, de manera formal, de vez en cuando. Por su expresión y las construcciones que usa, sé que está hablando con alguien superior a quien debe mostrarle respeto.

—Sí, pero… —Intenta explicarse, pero la voz al otro lado lo interrumpe una y otra vez—. Tengo mucho trabajo… —Otra larga interrupción—. No puedo… Sí… sí… Entendido. De acuerdo.

Cuando cuelga, cierra su Galaxy Flip con tanta fuerza que temo que haya podido romper las dos pantallas.

—¿Era la tía otra vez? —pregunta Ha Jin.

Lee Su Jong, de espaldas a nosotros, asiente como si acabaran de notificarle su sentencia de muerte. Cuando se vuelve, veo que ahora son dos mechones los que se escapan de su peinado impecable para cubrirle la frente. Siento que me hormiguean las manos con la necesidad de colocárselos bien y descubrir si su pelo es tan suave como parece.

—¿Qué ocurre? —pregunta Mi-suk—. ¿Qué te ha dicho?

Él levanta una mano, despacio, y se coloca el flequillo rebelde con sus largos dedos. Lo miro embobada. He visto demasiadas veces ese gesto en pantalla para no reconocerlo. Esta duda constante va a acabar conmigo. Abro la boca con una pregunta que me arde en la punta de la lengua, pero Su Jong está tan concentrado en sus pensamientos que parece estar a kilómetros de esta habitación.

—Preparad las maletas —contesta a su hermana, tan contenido que me dan ganas de sacudirlo por los hombros hasta que muestre alguna reacción—. Vamos a hacer el Camino de Santiago.

CAPÍTULO 13

Park Jiyu

Jiyu se bajó del taxi en la puerta de la exclusiva y carísima residencia de estudiantes en la que viviría durante aquel curso escolar, cerca del Paseo de la Castellana. Ella habría elegido otra más próxima a la facultad, pero sus padres, o sus ayudantes, se habían dejado aconsejar por las guías que indicaban que aquella era la mejor de la ciudad. La verdad era que no tenía queja de sus instalaciones, incluidos el *spa*, la piscina y el gimnasio que le permitían practicar todo tipo de deportes sin desplazarse, así como los servicios de limpieza, restaurante, o el profesor particular de español que habían puesto a su disposición desde su llegada pocos días antes.

Desde que nació estaba acostumbrada a ese nivel de lujo y comodidad, pero también se sentía atada a él. En Estados Unidos se había liberado un poco, había asomado la punta del pie fuera de su jaula de oro, algo que pudo hacer gracias a Kate, su mejor amiga desde hacía cuatro años. Se conocieron estudiando administración y dirección de empresas y se habían vuelto inseparables, tanto que la había acompañado a España para cursar juntas el mismo máster.

La encontró en el *chill out* exterior, su espacio favorito de la residencia desde su llegada. Estaba practicando las cuatro palabras que sabía de español con un compañero, Rafa, un chico de Sevilla que tenía un fuerte acento imposible de descifrar para ellas, pero lo compensaba con unos ojos negros y un pelo rizado que tenían a su compañera enamorada.

—¿Ya has llegado? ¿Qué tal te fue? —preguntó Kate, dando unas palmaditas en el sofá para que se sentara a su lado.

Jiyu se dejó caer sobre los cojines, a la sombra de dos palmeras que las protegían del fuerte sol del mediodía y, como toda respuesta, se encogió de hombros. Su amiga se alisó un mechón de la larga melena rojiza y la miró por encima de sus gafas de sol, expectante.

—Bueno, yo ya tengo que irme. Mejor os dejo con vuestras cosas —dijo Rafa en un inglés bastante bueno antes de marcharse con una sonrisa que las dejó a ambas suspirando.

—Quiero casarme con él y tener tres hijos que tengan los mismos ojos que su padre —declaró Kate, sin perder de vista al joven que se iba alejando hacia recepción.

—Y vivir en Sevilla.

—¿Te imaginas? Es como una fantasía de *Las mil y una noches*.

—Kate, esto es España, Europa, no un país árabe.

—Pero Andalucía tiene esa herencia antigua, esos palacios y jardines… ¡Tenemos que visitar la Alhambra! —decidió de repente.

—Mañana comenzamos el Camino de Santiago.

—Es cierto. Ya he comprado el calzado cómodo que la guía nos recomendó. Me dijo que era mejor uno que ya estuviera estrenado, pero ¿qué iba a hacer? Solo he traído sandalias de tacón.

Jiyu sonrió al imaginarse a su amiga con unas botas de montaña. Ella estaba más acostumbrada a usarlas porque, cuando pasaba temporadas en Seúl, solía hacer senderismo los fines de semana. Por si acaso, y porque sabía que Kate no tenía su buena forma en absoluto, le habían pedido a la guía que les organizase el Camino en etapas cortas.

La guía. Por lo que la intérprete de Su Jong le había dicho, se temía que fuera alguien de su familia; incluso podía ser su madre.

No sabía qué le había molestado de la chica; quizá su vulnerabilidad, o la forma en la que Su Jong la había mirado al verla llegar, temblorosa y con los ojos llenos de lágrimas. Desde luego, si esa era una estrategia para atraparlo, le estaba funcionando.

Tenía que hacer algo. No había estado de acuerdo en aquel compromiso impuesto al principio, pero ya que iba a ser formalizado, ella estaba dispuesta a cumplir con la promesa dada por sus padres y haría cualquier cosa para que Su Jong también lo hiciera.

Literalmente, cualquier cosa.

—Tengo que hacer una llamada —dijo, y se levantó del sofá mientras iba sacando del bolso su móvil.

—En una hora tenemos la reserva en ese restaurante que te interesaba —le recordó Kate.

Jiyu asintió y se alejó mientras buscaba en la agenda de su móvil. Encontró el número que necesitaba y pulsó el botón de llamada.

—*Omoni*[7], soy yo, Jiyu. ¿Cómo se encuentra?

Escuchó al otro lado de la línea, en Seúl, cómo Choi Byung Sok, la presidenta de Lee Corporation, daba orden a alguien que estaba con ella para que la dejara sola.

—Bien, bien. ¿Cómo estás tú? —preguntó, aunque no esperó la respuesta antes de encadenar la siguiente pregunta—. ¿Ya has visto a mi hijo?

—Acabo de estar con él y por eso precisamente la llamo…

Kate la estaba mirando de esa forma tan directa y tan molesta que hacía que Jiyu se sintiera como una acusada ante un tribunal. Siguió apilando su ropa sobre la cama. Con gestos mecánicos la iba plegando con la práctica que da llevar tantos años viajando por el mundo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

—Tú no lo entiendes.

—Explícamelo. —Kate se sentó en la butaca al lado de la cama y cruzó las piernas. Cuando la espera se alargó, soltó un sonoro resoplido—. No lo quieres, Jiyu, ni siquiera lo conoces, pero te vas a casar con él porque lo han decidido vuestros padres.

Por algún motivo, la camisa que doblaba no dejaba de formar arrugas, como si tuviera vida propia y se resistiera a la forma que Jiyu quería darle.

—Así es.

—Entiendo que en vuestro país los millonarios propietarios de conglomerados sois una especie de aristocracia, pero de ahí a portaros como si vivierais en el siglo XIX…

La americana puso los ojos en blanco antes de levantarse y quitarle la camisa de las manos. En dos segundos estaba perfectamente plegada y de vuelta al montón que crecía sobre la colcha.

—Tenemos que proteger nuestra herencia. Nuestros padres y abuelos trabajaron muy duro para levantar el país tras la guerra que lo dividió en dos —explicó Jiyu, con el cansancio de quien ha repetido esas palabras demasiadas veces.

—Y de paso levantaron también su propio imperio. Pero a ver, ya lo han conseguido. Corea del Sur es una potencia en crecimiento, nos vendéis vuestra música, vuestro cine y series, vuestra tecnología. Tu familia es multimillonaria, no necesita sacrificarte para serlo un poco más.

Jiyu se giró para sacar su maleta del armario y ponerla sobre la cama. La dejó caer con tanta fuerza que hizo que el montón de ropa se desmoronara y la dichosa camisa volviera a desdoblarse. Por un momento sintió ganas de llorar.

—No es un sacrificio —dijo cuando logró recuperar el control de sus emociones—. Lee Su Jong es un hombre joven, muy atractivo, inteligente, vicepresidente de la compañía familiar…

—Pero no te gusta.

—Solo necesito conocerlo un poco más.

—No, Jiyu, esto no va así —aseguró Kate, con convencimiento—. Las personas te gustan o no te gustan al primer vistazo. Luego puede ser amor o solo atracción sexual, pero si no salta la chispa en ese momento, es que no va a ser ni lo uno ni lo otro.

—Dame un poco de tiempo. Tengo que intentarlo —suplicó en una demostración de vulnerabilidad que pocas veces se permitía. Le habían enseñado desde pequeña a atar en corto sus sentimientos e impulsos y tenía que hacer un importante esfuerzo para dejarlos libres.

—¿Por eso este plan loco tuyo? ¿Crees que si hacéis el Camino juntos os enamoraréis de repente? —Jiyu volvió a su hermetismo y Kate se levantó de su butaca y se acercó a darle un abrazo, que ella recibió sin devolverlo—. Te quiero Park Jiyu. Si te gustaran las chicas, me casaría contigo. Tengo una buena dote que aportar al matrimonio.

Aquellas palabras la hicieron reír por primera vez en el día. Ella también quería muchísimo a su amiga, era con la única persona que podía ser ella misma, aunque solo fuera en breves instantes.

—Tendrás que conformarte con Rafa —le dijo.

—Eso sí que no será un sacrificio —bromeó Kate—. Como dicen en su tierra, esos ojos me roban el *sentío*.

—Anda, enséñame esas botas que te ha dicho la guía que te compres.

—Son horrorosas. Mis pies no están acostumbrados.

—Lo sé, lo sé…

CAPÍTULO 14

IRENE

Mientras aparcamos ante el hotel pienso que no sé si voy a poder con todo esto. Con mi madre, con Lee Su Jong y su novia y con este inesperado viaje. ¿En qué momento se complicó tanto todo? Estos días he dormido poco, debe ser eso porque me cuesta poner en orden todos los acontecimientos de las últimas horas.

Recuerdo cuando llegué, hace apenas veinticuatro horas, a este mismo hotel, y tuve que hacer un esfuerzo por disimular que había estado llorando todo el camino desde las oficinas de la agencia de intérpretes. Mi-suk y Ha Jin fueron tan amables conmigo que lograron calmar un poco mi pena por haber perdido un trabajo que tanta ilusión y tanta falta me hacía.

A la impresión de haber sido despedida en mi primer día, se había sumado una oferta de trabajo inesperada por parte del vicepresidente de Lee Corporation y, sin apenas un respiro, su anuncio de que haríamos el Camino de Santiago.

Cuando regresé a mi piso por la noche, tras una jornada en la que tuve que acompañar a los tres coreanos a comprar lo imprescindible para las caminatas que nos esperaban, recibí la última sorpresa del día cuando mi madre me dijo que ella sería la guía de la expedición.

—Te dije que venía a recoger a dos estudiantes extranjeras —me explicó, como si yo hubiera tenido que adivinar que sus clientas eran la prometida de Lee Su Jong y su compañera.

—Pero no me contaste que una era coreana.

—La que me contactó es americana. Kate Jones se llama —contestó, mientras yo preparaba mi equipaje—. Y esta tarde me

llamaron para decir que se unen cuatro personas más. Menos mal que traje el coche de siete plazas.

—El vicepresidente y sus secretarios —dije, antes de añadir—. Y yo.

—Pues mira qué bien. Así me ayudas.

—Trabajo para ellos, no para ti. —Quise dejar bien claro. Conozco demasiado a mi madre y es capaz de tenerme ocupada todo el viaje.

—Bueno, hija, trabajamos las dos, y ya está. Dime, ¿cómo son tus coreanos? —Cambia de repente de tema, y hasta me guiña un ojo antes de la siguiente pregunta—. ¿Son guapos?

Entonces me di cuenta de que teníamos otro problema. No es que mi madre sea una adicta como yo a las series coreanas, pero a veces ve alguna conmigo y Lee Kyung también es su actor favorito, el único que reconoce a la primera sin dudar.

Me planté delante de ella y esperé a que me mirara a los ojos. En ese momento tuve la impresión de que mi madre había empezado a encoger con la edad; juraría que antes me sacaba unos centímetros, pero acababa de descubrir que ahora somos de la misma altura. Recordé lo que me dijo al llegar sobre que quería divorciarse de mi padre. Aunque intentaba disimular, notaba que estaba preocupada y eso le daba aspecto cansado, incluso caminaba sin erguirse del todo. El estrés de los sucesos encadenados del día no me había permitido tener una charla tranquila con ella. Tampoco sabría qué decirle. Nuestra relación siempre es un poco tensa a pesar de que nos queremos mucho, como si nos avergonzara mostrar nuestros verdaderos sentimientos.

Descarté aquellas preocupaciones a las que no sabía cómo hacer frente, y volví al tema que tenía que solucionar antes de que conociera a sus nuevos clientes.

—El vicepresidente se parece mucho a Lee Kyung —le dije cuanto estuve segura de tener toda su atención—. Pero mucho mucho.

Abrió la boca, sorprendida y, cuando la cerró, se le dibujó en la cara una sonrisa que me preocupó. En ese momento temí que no supiera comportarse cuando lo tuviera delante.

—¿En serio? ¿Y no te dio algo al verlo?

—Te aviso para que no te dé a ti.

—Irene, que no tengo quince años.

—Mamá, podría ser su hermano gemelo, de verdad. Es algo desconcertante.

—¿Y si lo es? Su hermano gemelo, quiero decir. Porque se apellida Lee, ¿no?

Negué con la cabeza y volví a mi equipaje. Por suerte tenía la ropa y el calzado adecuados, la que uso en ocasiones cuando subo a la sierra a hacer deporte y respirar un poco de aire puro.

—No es él —dije—. Ese apellido es muy común en Corea.

Tenía que haber insistido más. Me doy cuenta ahora, cuando entramos en el hotel y a mi madre casi se le saltan los ojos de las órbitas al verlo. Claro que yo la entiendo. No es solo el parecido, Lee Su Jong es un hombre que impresiona con su mera presencia. Que se haya puesto vaqueros y una camiseta negra de manga corta para el viaje, no ayuda. Si de traje y corbata parece un modelo perfecto de una sastrería inglesa, verlo con ropa informal solo logra que resalte la belleza de su rostro y las elegantes proporciones de un cuerpo perfecto.

—Buenos días —dice mi madre en español, alto y claro, tanto que el discreto personal de recepción dirige sus miradas hacia ella—. Yo soy Maruxa, y seré su guía en el camino. Es un placer conocerles, a los tres. —Mira a Ha Jin y Mi-suk con un gesto maternal, como si fueran un par de estudiantes de instituto de los que a veces hacen el Camino con ella—. Estoy a su disposición para lo que necesiten.

Traduzco sus palabras y los saludos de respuesta del vicepresidente. Cuando miro a mi madre por si tiene algo que añadir, la descubro mirándolo embobada.

—¿De verdad no hablan nada de español? —pregunta en el momento en que Su Jong está distraído escribiendo en su teléfono.

—Ni una palabra —digo para que no insista en hablarles despacio y muy alto, como si así pudieran entenderla—. Y deja de mirarlo así, por favor.

—Hija, es que no se ven cosas así todos los días. Pensaba que los de la tele los hacían por ordenador o algo así.

—Mamá…

—Es que no se puede ser más guapo. ¿Y el secretario? ¿No se parece al de aquella serie que perseguían desertores?

La tomo por el brazo y tiro de ella cuando el vicepresidente inicia el camino para salir del hotel. Un botones se ocupa del carrito en el que llevan su equipaje. Mi-suk y Ha Jin lo siguen y ayudan a meterlo todo en el maletero del auto.

—¿Estarán cómodos? —les pregunto cuando abro la puerta deslizante trasera y les enseño el interior del vehículo.

El Ford Turneo que mi madre usa para transportar peregrinos, con sus tres filas de asientos y su gran maletero, no tiene nada que ver con el nivel al que el vicepresidente estará acostumbrado, pienso mientras recuerdo el elegante auto que nos recogió en el aeropuerto.

—Sí, gracias —responde en un tono seco y distante.

Cierro la puerta en cuanto se acomodan y ocupo el asiento del copiloto, junto a mi madre. Partimos hacia la residencia donde se alojan las chicas en un incómodo silencio.

Cuando llegamos, ya nos están esperando en la acera con su equipaje. Nuestros tres pasajeros se bajan y se saludan entre ellos con inclinaciones formales. La prometida de Su Jong les presenta a su compañera, que extiende la mano a la manera occidental, con un gesto desenfadado que deja muy claro que ella no va a pasar por las formalidades coreanas.

Las dos amigas no pueden ser más diferentes. Jiyu tiene una estatura medida, es delgada hasta el extremo, con larga y cuidada melena negra y mantiene un gesto serio, casi severo. Kate, sin embargo, es risueña, pelirroja y muy alta.

—Dile que hoy no va a necesitar las botas, que puede cambiarse por algo más cómodo para el viaje —me pide mi madre, mientras va metiendo sus maletas en el coche.

Las dos nos hemos dado cuenta de que la americana camina con su calzado de montaña como si llevara en los pies dos bloques de hormigón.

—Mamá, tu inglés es bastante bueno, puedes decírselo tú.

—Pero para eso te tengo a ti, ¿no?

Recuerdo entonces por qué no trabajo para mi madre: porque es una jefa implacable. Traduzco sus palabras sobre las botas, para alivio de la chica que se apresura a buscar en su equipaje unas sandalias de tacón demasiado elegantes para un viaje de seis horas por carretera.

—Usted estaba ayer en el hotel —me dice Park Jiyu después de mirarme un largo rato.

Lo cierto es que el día anterior ni siquiera nos habíamos presentado. Yo había llegado al hotel en estado de *shock* tras mi despido, y ella me había mirado como si fuera alguna clase de insecto que se había colado en la *suite* para incordiarla.

—Sí. Las acompañaré también en el Camino.

—No hemos contratado sus servicios —contesta con el mismo gesto desconfiado que me dirigió el día anterior, cuando dejó caer la información sobre su compromiso matrimonial.

—Trabajo para el vicepresidente Lee —aclaro.

Ella mira a su prometido en busca de una confirmación que llega en forma de un leve parpadeo. Sin más explicaciones ni opción a seguir preguntando.

Mi madre y yo esperamos a que ellos mismos decidan la forma en que quieren sentarse. Sin dudarlo, Su Jong y sus secretarios vuelven al asiento trasero, dejando el del medio para las chicas.

Para cuando tomamos la A6 en dirección a Galicia, el silencio en el interior del vehículo es tan molesto que mi madre enciende la radio y pone Los 40 Classic. Un poco de música ochentera es lo único que nos puede mantener a salvo de tanta tensión.

Vamos dejando atrás Madrid y comienza la pendiente hacia el túnel de Guadarrama. Mi-suk comenta algo sobre el paisaje y ninguno de sus compañeros le responde. Los observo a través del espejo de la visera para el sol. Park Jiyu y su amiga miran cada una por su ventanilla, con poco interés y, en la parte trasera, veo a Lee Su Jong sentado en el lado izquierdo, en un silencio tan concentrado que parece extender una nube gris sobre nuestras cabezas.

Desde el momento en que lo anunció me quedó claro que no fue idea del vicepresidente sumarse a la expedición y que odia tener que hacerlo. El hombre risueño y relajado que apenas alcancé a vislumbrar dos noches atrás en el restaurante coreano parece solo una ilusión producida por el *soju*.

Ayer por la mañana, cuando llegué al hotel y se mostró contrariado por mi despido me pareció más humano que en este momento, cuando va sentado detrás de su novia, a punto de comenzar una experiencia que podría ser memorable para cualquier

otra pareja.

—¿Soy yo o van todos muy callados? —me dice mi madre, que aprovecha que ninguno de nuestros pasajeros habla español.

—Estarán guardando fuerzas para la caminata. —Me invento, por decir algo.

—O sea, que el vicepresidente y la coreana estirada son novios.

—Mamá…

—A ver, que ella es muy mona, pero tiene cara de chupar un limón. Y él, bueno, es como el típico CEO antipático de los *kdramas*, ¿no?

—No te montes películas, por favor.

—¿Será uno de esos compromisos amañados por la familia? Tiene toda la pinta.

—Cuidado con ese coche.

Señalo hacia delante para que frene al ver que el que nos precede también lo hace y logro distraer por un momento su atención.

Vamos casi por la mitad del camino, atravesando la provincia de León. En la radio Freddie Mercury canta *I want to break free*. Me parece que Mi-suk tararea la canción. El resto se mantienen tan callados y ausentes que parece que transportemos fantasmas.

—Vamos a hacer una parada para tomar algo —anuncia mi madre, y por fin demuestra que habla inglés y que no me necesita para traducirla—. Hasta Ferrol son unos seiscientos kilómetros, así que llegaremos a primera hora de la tarde.

—¿Qué es Ferrol? —pregunta Kate después de un intercambio de palabras en voz baja con Jiyu.

—¿Ferrol? Pues una ciudad —contesta mi madre, sorprendida—. En la provincia de A Coruña. Desde allí parte el Camino Inglés.

—Nosotras vamos a hacer el Camino Francés, desde Ponferrada —dice la americana, tras consultar de nuevo con su amiga.

—Eso era al principio, pero el vicepresidente me pidió una ruta alternativa, menos masificada y más corta. ¿No se lo ha explicado?

—Pues no —dice Kate, mientras Jiyu guarda silencio.

Empiezo a notar un enfado que me cuesta reprimir. No puedo entender la situación entre Su Jong y Jiyu. Los dos son jóvenes, guapos, ricos, del mismo entorno social y con todo resuelto en la vida. ¿Cuál es el problema? Deberían dar gracias a diario por lo

afortunados que son. Cuando se casen vivirán en un casoplón en el centro de Seúl, con vistas al río Han, tendrán un par de hijos tan bonitos como sus padres y acabarán heredando la fortuna, negocios y contactos de los abuelos, en esa forma de vida coreana de las familias más ricas, que se parece demasiado a la vieja aristocracia europea.

De verdad que van a conseguir que los odie. Un poquito. No es envidia, es rabia de ver que no valoran lo mucho que tienen. Porque, mientras ellos viven su vida privilegiada a doce mil kilómetros de distancia, yo seguiré peleándome con mi madre a diario, guiando a turistas en el Camino, y contando cada euro antes de gastármelo, con mi sueño de volver a Seúl pospuesto una y otra vez, primero por la pandemia y después por la economía.

Ojalá mi familia me obligara a casarme con un hombre que podría ser el doble de Lee Kyung.

En cuanto lo pienso, me doy cuenta de que está mal. A nadie deberían obligarle a casarse, nunca, da igual lo guapo, lo rico o lo interesante que sea el novio. Siento un poco de pena por Park Jiyu. Y también por el vicepresidente, atrapado en esa telaraña de las relaciones comerciales. No es de extrañar que siempre parezca estar de malhumor.

Ensimismada en mis pensamientos, los párpados se me van cerrando y el cansancio de los últimos días me lleva a un sueño profundo.

CAPÍTULO 15

SU JONG

La señora Maruxa detiene el auto en un área de servicio. Es un lugar gris, puro asfalto, con el estacionamiento ocupado en gran parte por camiones. A un lado están los surtidores de combustible, al otro, frente a la zona de aparcamiento, un edificio de fachada rojiza lleno de carteles que anuncian comida y bebida.

—Irene… Irene… —La guía está llamando a su hija, que va sentada en el asiento del copiloto—. Siempre igual. Duerme mejor en el coche que en la cama.

—¿Podemos bajar, por favor? —pregunta Jiyu que se abanica con una mano. El auto amenaza con convertirse en un horno al apagarse el motor y dejar de funcionar el aire acondicionado.

—Vamos —dice la americana, y tira con fuerza de la puerta deslizante para salir—. Necesito beber algo fresco.

Nos bajamos todos, menos la intérprete que duerme pacíficamente en su asiento. La madre la observa desde fuera, luego levanta la cara al sol ardiente del mediodía y vuelve a mirar a su hija, preocupada.

—Deme las llaves —le pido en inglés y extiendo una mano—. Yo también prefiero descansar un poco al aire libre. Los esperaremos allí. —Señalo una zona fuera del aparcamiento donde hay un triste grupo de árboles que dan un poco de sombra.

—Pero usted tendrá que comer algo —contesta Maruxa, indecisa—. Mire que no paramos más hasta llegar, y nos quedan casi tres horas.

—De eso se ocupan mis secretarios —digo.

Cuando los dos nombrados asienten, me entrega las llaves y me

subo al asiento del conductor. Irene duerme sin enterarse de nada de lo que ocurre a su alrededor. No sé si alguna vez he dormido así, pero lo dudo. Me da un poco de envidia. Mirarla también me produce otras sensaciones difíciles de identificar; es algo parecido a la ternura de ver descansar a un bebé.

En el exterior, Maruxa me mira con el ceño fruncido, como si dudara de mi capacidad para conducir un vehículo. Arranco el motor y me dirijo a la zona arbolada despacio, para no despertar a la intérprete. Abro todas las ventanillas y me bajo para estirar las piernas, sin alejarme. Es entonces cuando el teléfono vibra en mi bolsillo. Lo descuelgo y contesto con formalidad a la llamada que me parece que hoy ha tardado demasiado.

—¿Dónde estáis? —Es lo primero que dice la voz al otro lado. Mi madre no es del tipo que te pregunta si has comido o si todo va bien, da igual que me encuentre en la oficina de al lado o a diez mil kilómetros del hogar.

—A mitad de camino de la ciudad de la que debemos partir. En una zona tan seca y llana que casi parece un desierto…

—Su Jong, no te llamo para que me hables del paisaje. ¿Cómo está Jiyu? Este es el momento de acercaros. —Sin respirar lanza el reproche, la pregunta y la orden. Tan rápida y concisa como de costumbre.

Alejo el teléfono de mi cara para resoplar antes de dar una contestación que medito durante unos segundos.

—Es difícil acercarse una persona que no te dirige la palabra, madre. —Mis palabras también la incumben, pero por supuesto, ella no lo capta. Como siempre, se limita a dar instrucciones. La facultad para escuchar y valorar opiniones ajenas no entra en sus altas capacidades.

—Se supone que es el hombre el que debe dar el primer paso. Si no puedes hacer algo mejor, finge que eres un enamorado que trata de conquistarla. Al menos eso sabes cómo hacerlo.

Ella sí que sabe cómo lanzarme pullas de las que duelen. Hablar del trabajo que amo y añoro más que a nada, y obligarme a utilizar mis habilidades para este desafío que me impone es de una crueldad sutil, digna de la persona que me ha criado.

—¿Qué sugieres entonces? Quizá debería comprarle flores y bombones, invitarla a cenar y colmarla de atenciones hasta que

caiga rendida a mis pies.

—No debería ser tan difícil para un hombre que fue elegido tres años consecutivos el más atractivo del país.

Sabe cómo convertir algo que debería llenarme de orgullo en una especie de insulto. Discutir con ella es agotador, pero de nada sirve tampoco tratar de razonar. Una vez que ha tomado una decisión tan importante como esta no se va a mover de su postura ni un centímetro.

—He visto las noticias —le digo, solo por incomodarla—. Deberías hablar con Su-hyun.

—Te volveré a llamar mañana.

Lo hubiera dicho antes de haber sabido que era la forma más efectiva de conseguir que me dejara en paz. Cuando cuelga, vuelvo a abrir la aplicación de noticias y ahí sigue en grandes titulares el nombre de mi cuñada y el anuncio de su embarazo, que la obliga a rechazar el drama que ya había aceptado protagonizar.

Me apoyo sobre el capó y dejó caer la cabeza mientras me obligo a relajar los hombros, tensos como siempre que recibo la llamada de mi madre. Recuerdo la infinidad de discusiones en casa cuando mi hermano mayor anunció que se había comprometido con Jung Hana.

Todo había empezado de la manera más inocente cuando Suhyun se acercó a uno de mis rodajes y me confesó que quería conocer a mi coprotagonista.

—¿Le digo que eres su fan? —bromeé con él, provocando las risas de la chica que me retocaba el maquillaje.

—Ya se lo digo yo. —Había contestado Su-hyun, muy seguro de sí mismo.

Sin embargo, cuando la tuvo delante, se quedó con la boca abierta como un adolescente ante su ídolo. Ha-na lo saludó con una reverencia, aguantándose la risa, con un gesto travieso que yo conocía muy bien.

No era la primera vez que ella y yo coincidíamos en un rodaje. En realidad, nos conocíamos desde nuestros tiempos de novatos y nos había tocado hacer pequeños papeles de estudiante antes de tener un protagónico. Por eso, en aquella ocasión, cuando tuvimos que fingir estar profundamente enamorados, logramos una química que nos hizo ganar varios premios importantes de la industria,

aunque fuera de cámara muchas veces acabábamos riéndonos de los momentos más románticos del drama.

—¿La vas a besar en alguna escena? —me preguntó mi hermano aquella misma noche, cuando nos reunimos para cenar.

—Ya lo he hecho —contesté—. Y creo que aún habrá muchos besos antes de terminar de rodar —añadí solo para molestarlo.

—Te odio.

—¿Te has enamorado?

—Quiero que sea mi esposa.

—Estás loco —dije entre risas, convencido de que solo estaba impresionado por la belleza de Ha-na y el aura que le daba su creciente fama.

Seis meses después repitió aquellas palabras delante de nuestra madre y entonces comenzó la segunda guerra civil de Corea. La que dividió a nuestra familia en dos.

Traigo de vuelta mis pensamientos a este árido lugar donde nos hemos detenido, y me asomo por la ventanilla del coche para comprobar la temperatura en el interior del vehículo. La intérprete se mueve en el asiento, parpadea y abre por fin los ojos, como si acabara de despertar. No es una buena actriz.

—¿Dónde estamos? —pregunta con esa bonita pronunciación que solo pudo adquirir en Seúl y que me lleva de regreso a una mañana en un parque de mi ciudad natal, y a un paseo bajo la lluvia.

Esta mañana cuando la he visto llegar con su madre, a la que se parece tanto excepto por el extraño color rojizo del pelo de Maruxa, me he dado cuenta de por qué no acababa de reconocerla. En aquel entonces, ella también llevaba el pelo teñido, pero de negro. Le sienta mejor su tono natural, un castaño muy claro, con mechones del color de los campos secos que nos rodean.

Lo que no logro comprender es cómo he podido olvidar sus ojos.

—A mitad de camino —respondo por fin a su pregunta—. ¿Quiere comer algo?

—Sí, y beber. Tengo mucha sed. —Se humedece los labios secos con la punta de la lengua, lo que me obliga a apartar la vista.

Entonces lo recuerdo. No pude ver bien sus ojos porque ella apenas me miró a la cara aquel día. Al menos no lo hacía cuando yo la observaba, sino que bajaba los ojos con un gesto tímido, casi

como si se sintiera deslumbrada. Me ha pasado más veces con las fans y reconozco el gesto. Hubo un tiempo en que subirme a ese pedestal que construían para mí alimentaba mi ego. Años después solo me irritaba. Ese tipo de adoración te deshumaniza.

Alejo esos recuerdos de mi vida pasada que solo me traen amargura en el presente y descubro que ella aguarda expectante.

—Están ahí —digo mientras señalo con el índice el edificio del bar.

Ella sigue mi gesto, asiente, y se inclina en el asiento para atarse el cordón de una de sus zapatillas. La fina camiseta que lleva se pega a su espalda mostrando la curva de la columna. Es tan corta que se separa de su pantalón y deja ver los hoyuelos de Venus bajo la cintura.

Me doy la vuelta y respiro hondo hasta que el aire demasiado caliente me quema en los pulmones. Para distraerme me pregunto si habrá escuchado la conversación con mi madre. Supongo que no habré dicho nada que la pille de sorpresa porque tiene que ser evidente, incluso para una extraña, que mi relación con Jiyu no es la de una pareja enamorada.

La oigo abrir la puerta y bajar. Tras cerrar el vehículo con el mando, lo rodeo y la encuentro estirando los músculos que debe tener agarrotados por la larga siesta.

—No creo que las flores y bombones funcionen —dice y deja de fingir que no lo ha escuchado todo. Sus ojos azules me miran con sincera preocupación—. Deberían aprovechar esta oportunidad para conocerse mejor. El Camino une a auténticos desconocidos, y ustedes supongo que no lo son.

—¿Ahora también es consejera matrimonial? —le pregunto en ese tono que he heredado de mi madre y que tanto odio.

—Lo siento —responde ella e inclina la cabeza en una reverencia—. Procuro ayudar siempre que puedo a las personas que me rodean, aunque eso haga que parezca una entrometida.

—¿Acaso no lo es? —Vuelvo a preguntar, incapaz de suavizar mi irritación.

—Yo lo llamo solidaridad, o empatía, y me gusta creer que un desconocido también me ayudaría si lo necesitase.

Aunque siento que estoy recibiendo una lección, no hay en ella ni la agresividad ni la dureza a la que estoy acostumbrado por parte

de las personas que están por encima de mí y me dictan lo que debo hacer. Irene Leira podría dar lecciones de dulzura a una princesa Disney.

Una avispa se acerca zumbando y se detiene enfrente de su nariz. Ella se queda paralizada, mirándola con los ojos desorbitados, y temo que haga algo estúpido como intentar espantarla. La veo tan asustada que, sin pararme a pensarlo mejor, soy yo el que toma esa mala decisión y le doy un manotazo al insecto. Recibo un pinchazo en la palma de la mano. Es doloroso, pero no muy profundo.

Cuando la avispa se aleja con un zumbido que suena a reproche, Irene logra reaccionar por fin.

—Déjeme ver.

Me toma la mano con las suyas y me abre la palma para descubrir la zona enrojecida que comienza a hincharse. Se inclina para soplar suavemente sobre la herida. No alivia apenas, pero agradezco el gesto a pesar de la incomodidad de este contacto prolongado.

—No es nada.

Cuando levanta la vista y posa en los míos sus preciosos ojos siento que vuelve a dejarme sin aliento, como antes, cuando vi asomar su lengua rosada entre los labios.

—Vamos a pedir un poco de hielo al bar —dice.

Tiro de mi mano para que la suelte y la sacudo, no sé si para aliviar el dolor o para borrar la impresión de sus dedos en mi piel.

—Sí, vamos —contesto, tan escaso de palabras como de pensamientos coherentes.

Salimos de la zona en sombra para cruzar el terrible aparcamiento hasta el bar. El asfalto parece derretirse bajo nuestros zapatos y echo en falta mis gafas de sol.

—¿Duele mucho? —Aún pregunta ella al llegar al local.

—No.

Ante mi escueta respuesta, eleva las cejas doradas hasta que se le marcan dos suaves arrugas en la perfecta frente. Abro la puerta para que pase delante y ella cruza el umbral mientras hace un gesto de agradecimiento con la cabeza. Intento disimular mi sonrisa, pero es que me divierte que haga reverencias de una forma tan automática que parece casi más coreana que nosotros.

Cuando encuentra a su madre tienen una rápida conversación en

su idioma de la que no consigo captar ni una palabra. Maruxa abre mucho los ojos y se levanta de un salto para tomar a su hija de las manos y mirarle los brazos y cara con verdadera preocupación. Irene niega con la cabeza y me señala.

—Enséñele la mano, por favor. Se ha llevado un susto al pensar que me ha picado a mí.

No entiendo tanto escándalo por una simple avispa. Le muestra la herida a la guía y esta hace lo mismo que su hija: me toma por la muñeca, me sopla y, por último, me acaricia el hombro y hasta me pasa una mano por la cara mientras repite *sorry y thank you.*

Miro, incómodo e impotente, a Irene, que busca algo en la mochila de su madre. Cuando lo encuentra, le dice unas palabras a Maruxa, que me suelta por fin y corre a la barra a pedir algo. La guía vuelve a tomarme por la muñeca y me aplica en la picadura una barrita que huele a amoniaco.

—Lo siento, señor vicepresidente, pero mi madre tiene una razón para preocuparse tanto. Si la avispa me hubiera picado a mí, ahora estaríamos camino de Urgencias. Sufro de una alergia grave a los insectos.

No me suelta hasta que su madre regresa con hielo envuelto en una servilleta.

—No es para tanto —digo también para el resto de nuestros acompañantes, que observan la escena desconcertados—. Yo no soy alérgico, y solo es una picadura superficial.

—Por suerte —dice Irene y sus ojos azules, ahora sí, se miran directamente en los míos—. Pero es usted el héroe del día. Gracias por salvarme.

Esta vez soy yo el que baja la cara, deslumbrado. Si aquel día, en Seúl, hubiera visto bien sus ojos, la habría reconocido entre un millón de mujeres al volver a encontrarla.

CAPÍTULO 16

Irene

Cruzamos el puente de la autovía sobre la ría de Ferrol. La marea está alta y el color del agua en ambas orillas es una mezcla del azul del cielo y el verde de la costa. Poco más tarde desembocamos en el puerto lleno de pantalanes en los que se mecen barcos deportivos de todo tipo. Al otro lado vemos una sucesión de bares con las terrazas repletas de clientes que toman el último café del mediodía o el primero de la tarde.

Desde que tomé el volante tras nuestra accidentada parada, mi madre no deja de darme indicaciones, como siempre que viaja en el asiento del copiloto; incluso ahora lo hace, aunque conozco la ciudad y llegar al Parador de Turismo desde el puerto es bastante fácil.

A nuestra derecha quedan las instalaciones de la Armada donde, durante muchos años, jóvenes de todo el país hicieron su instrucción militar. Giro el volante a la izquierda para subir por la estrecha cuesta de San Francisco, con su suelo adoquinado y las casas con galerías blancas que parecen inclinarse hacia la calle.

Rodeamos las iglesias de San Francisco y de la Orden Tercera, detrás de las cuales está el Parador. El edificio, de planta rectangular, tiene la fachada blanca enmarcada en piedra y la entrada principal está formada por una arcada que sostiene un balcón en el primer piso.

Detengo el coche en la zona para clientes y apago el motor. Mi espalda pide estiramientos a gritos, pero la presencia de los silenciosos ocupantes de los asientos traseros me obliga a contenerme y ahogar un bostezo entre las manos.

—Mi-suk… Mi-suk, despierta.

La voz del secretario Kim se escucha seguida de un murmullo incomprensible de su compañera.

—¿Ya hemos llegado? —pregunta la americana en la segunda fila, también con la voz pastosa por el sueño.

—Supongo —contesta Jiyu.

Cuando me giro a mirarlos, la prometida del vicepresidente está mirando al exterior con una mueca de decepción que no intenta disimular. Desde el interior del vehículo solo pueden ver los coches que nos rodean, lo que explicaría el gesto, así que doy una pequeña explicación sobre el lugar que va a descubrir cuando nos bajemos.

—Desde las habitaciones del Parador tienen bonitas vistas del puerto, de la ría y del Arsenal Militar. El edificio de enfrente es el antiguo Palacio de Capitanía, y delante tienen los Jardines de Herrera —les informo, sin despertar el interés de ninguno de los cinco, que tienen aspecto de necesitar más una siesta que mi cháchara de guía turística.

Mi madre se baja y abre el portón de la parte trasera antes de ir al maletero. La sigo y la ayudo a descargar maletas y mochilas mientras Jiyu y Kate se bajan y miran todo a su alrededor, con el mismo poco interés la coreana y algo más de entusiasmo por parte de su amiga.

Los secretarios del vicepresidente se apresuran a ayudarnos con el equipaje mientras Su Jong se detiene bajo el arco de piedra de la entrada y se mira la mano donde recibió el picotazo de la avispa. Me acerco a él y le ofrezco la barrita de amoniaco para que se la aplique él mismo. Sé que le incomoda el contacto físico, y ya ha sufrido demasiado de eso para hoy. Tengo que morderme el labio por dentro para no reírme al recordar como mi madre la acariciaba la cara y le daba las gracias llamándole «*filliño*». Él no lo sabe, pero esa forma de llamarle es un honor. Es casi como si hubiera entrado a formar parte de nuestra familia.

—Hoy invito yo a cenar —dice mi madre en inglés, al acercarse—. Comida típica de Galicia. Seguro que le gusta.

—Quizá el señor vicepresidente prefiere una cena tranquila en el restaurante del hotel —insinúo, para que no se sienta obligado a aceptar la invitación.

—¿Cuáles son sus comidas típicas? —pregunta a mi madre, y me

sorprende su interés, aunque al momento recuerdo que, en lo que llevamos de día, solo hemos tomado un bocadillo de jamón.

—Pues ya que estamos en puerto de mar, podemos disfrutar de buen pescado y marisco. Y del pulpo, desde luego. Se van a chupar los dedos —le contesta en inglés de manera literal, y hace el gesto de llevarse las manos a la boca.

—¿Pulpo? —pregunta Mi-suk en coreano—. ¿*Sannakji*?

—No, no, no. —Niego con la voz y con las manos—. Aquí el pulpo lo cocemos y se sirve con aceite de oliva, sal y pimentón.

—Ah, bueno, pues habrá que probarlo igual.

—¿Cómo que lo cocemos? —me pregunta mi madre cuando le traduzco lo que ha dicho la secretaria, mientras el grupo va entrando en el vestíbulo del Parador—. ¿Es que esta gente come el pulpo crudo? ¿Como *sushi*?

—Peor, lo come vivo —le explico y me río al ver su cara—. Suelen ser pulpitos pequeños. En algunos sitios los trocean, pero en otros los sirven enteros.

—Tan civilizados que parecían… —murmura mi madre, antes de acercarse al mostrador de recepción para ocuparse del *check-in*.

Poco rato más tarde estamos todos instalados en las habitaciones. El vicepresidente en la junior *suite*, y el resto de sus acompañantes en la misma planta. Mi madre y yo nos quedamos en una habitación básica interior, sin las bonitas vistas que les he prometido a nuestros clientes.

Me doy una ducha rápida y salgo con el pelo envuelto en una toalla.

—No te quejes —dice mi madre—, no todos los días duermes en un Parador de Turismo. Y, a partir de mañana, en albergues. Verás qué gracia compartir habitaciones con literas con desconocidos.

—Mamá, lo dices como si fuera la primera vez que hago el Camino.

Después de enchufar el cargador del móvil, que se había apagado mientras conducía, me tumbo sobre la cama con un largo suspiro.

—No lo haces desde que comenzó la pandemia, y ya te digo que vuelve a haber gente como antes.

En cuanto la pantalla se ilumina comienzan a aparecer notificaciones. Tengo varios wasaps en el grupo «el pisito».

MIRIAM: En serio te has largado? Sin despedirte?

MIRIAM: No me vas a contestar?

ADRIÁN: Estará conduciendo ahora.

MIRIAM: No me puedo creer que nos abandone solo por un tío que se parece a su actor favorito.

ADRIÁN: Es por trabajo. Mejor quedamos para comer y te cuento.

Aunque los quiero mucho a los dos, me molesta pensar en lo que hablarán sobre mí cuando no estoy presente. Respiro hondo y me recuerdo que ellos me quieren también, me lo han demostrado muchas veces y siempre me han ayudado cuando los he necesitado. Llevamos apenas tres años compartiendo piso, pero son como mi segunda familia.

IRENE: Chicos, sí que estaba conduciendo, y encima me quedé sin batería.

ADRIÁN: Todo bien? Ya habéis llegado?

IRENE: Sí, estamos en Ferrol, en el hotel.

MIRIAM: Sabes que tienes muchas explicaciones que dar?

IRENE: Mejor os llamo, vale? Voy a buscar un sitio tranquilo.

Me levanto de la cama al mismo tiempo que mi madre se acuesta en la gemela y me lanza una mirada de sorpresa.

—¿No estabas muy cansada? ¿A dónde vas ahora? —pregunta cuando me ve quitarme el albornoz y la toalla y ponerme un vestido ligero, el único que no parece un churro al sacarlo de la maleta.

—Tengo que hablar con Miriam y Adrián.

Me miro en el espejo. Necesitaría pasarme la plancha por el pelo, pero estoy demasiado cansada. Me lo peino con los dedos y me doy un poco de brillo de labios. Lo justo para estar presentable en los elegantes salones del hotel.

—¿Y no puedes hablar desde aquí?

Meto en mi bolso el móvil con el cargador.

—No hay buena cobertura. Quiero hacer videollamada y el wifi no llega bien. —Miento y salgo corriendo antes de que me siga interrogando.

La cafetería del Parador está bastante tranquila a esta hora, así que me atrinchero en una esquina, me pido un té con leche y hago una videollamada a tres. Cuando veo asomar las caras de mis compañeros en la pantalla tengo que parpadear fuerte para evitar

las lágrimas.

—*Bogosipó, chingús* —les digo, poniendo toda mi alma en esa adaptación casera del coreano «os echo de menos, amigos» que usamos para hablar entre nosotros.

—Hija, no haberte ido así —contesta Miriam, aún mosqueada.

—Nosotros también te *bogosipamos* —dice Adrián, con un puchero encantador que me humedece los ojos.

Recuerdo cuando llegó al piso. Fue el último de los tres en unirse y parecía que no iba a encajar, con esa pinta de cachas de gimnasio y sus mil tatuajes. Se reía de nosotras cuando me escuchaba hablarle en coreano macarrónico a Miriam, y ahora es él quien me devuelve esa expresión que ya no sabemos decir en otro idioma. Es como la palabra «morriña», que no significa lo mismo si le buscas una traducción al castellano.

—Y me has dejado a medias con el drama que estábamos viendo.

—Pero Miriam, si no te gustaba.

—Los de fantasía no son lo mío, pero por la espalda de Lee Jae Wook hago el esfuerzo.

—Por la espalda y por todo lo demás. —La pincha Adrián.

—Tú calla, que te quedas con la boca abierta cada vez que sale en pantalla.

Adrián asiente con la cabeza y me rio al recordar cuando vimos juntos *Happiness* porque a él le flipan las series de zombis, y me dijo que por Park Hyun Sik se replantearía su sexualidad.

—Entonces… —dice Miriam, con una pausa dramática para anunciar que va a entrar a degüello—, ¿vas a confesar que nos abandonas por el primer coreano que llama a tu puerta y se parece a tu Lee Kyung?

—A ver, señora fiscala, en mi defensa tengo que alegar que no es el primer coreano que llama a mi puerta; muchas veces he guiado a gente de su país en el Camino. Y no es que se parezca a Lee Kyung… —Hago también mi propia pausa para crear expectación, me aseguro de que los camareros y los escasos cuatro clientes de la cafetería están a lo suyo, y me inclino para que el teléfono me capte en primerísimo plano—. Es su hermano gemelo y los separaron al nacer.

Adrián se queda un poco en *shock* mientras Miriam pone los

ojos en blanco. A él lo puedo engañar por un momento, es así de crédulo, pero ella me conoce demasiado como para no saber cuándo estoy bromeando.

Me echó hacia atrás en la silla, riéndome casi hasta las lágrimas y entonces, cuando alejo el móvil de mi cara, enfoco a la persona que está parada a menos de un metro de mi espalda. Miriam y Adrián también lo están viendo a través de sus pantallas y los dos abren la boca y los ojos como si fueran personajes de un cómic.

—Hostia, sí que se parece —dice Adrián en los dos segundos que tardo en colgar la llamada y darme la vuelta.

Miro al vicepresidente, que se ha cambiado de ropa. Ahora lleva una camisa blanca y un pantalón de lino en color crema, y tiene el pelo húmedo peinado hacia atrás. Inclina la cara y le cae sobre los ojos ese mechón rebelde, tan idéntico al de Lee Kyung, que debe ser la pesadilla de los estilistas del actor, aunque sea una fuente inagotable de suspiros para sus fans. Respiro hondo y el olor de su champú invade mis fosas nasales. Tengo que hacer un esfuerzo para recordar que estoy indignada.

—No debería escuchar conversaciones ajenas. —Suelto sin pararme esta vez a pensar en las convenciones coreanas ni en que él es ahora mi cliente, al que le debo respeto y deferencia.

—No lo hacía. Yo también venía a tomar un té —dice, señalando el servicio con la infusión que se enfría sobre mi mesa—. La he visto y he pensado que sería grosero no saludarla.

No puedo sostenerle la mirada así que busco al camarero, que está esperando tras la barra a que lo llamemos. Levanto la mano para hacerlo, pero Su Jong me detiene, tomando mis dedos con los suyos.

—¿Qué…?

—¿No le apetece dar un paseo después de tantas horas encerrados en ese coche?

Me he quedado muda de repente. Su mano sigue sosteniendo la mía y solo se me ocurre girarle la palma para comprobar que la picadura de la avispa no ha empeorado. Aún se ve la piel un poco enrojecida, pero no parece nada grave, aunque finjo que sí porque estoy demasiado nerviosa.

—Podemos buscar una farmacia para pedir algún medicamento —ofrezco.

—Estoy bien —dice y suelta por fin mis dedos, llevándose las manos a los bolsillos del pantalón—. Solo necesito tomar el aire. ¿Qué me dice?

Me levanto tan deprisa que tropiezo con el cable del cargador del móvil. Me tambaleo como si estuviera borracha, y acabo lanzándome sobre el pecho del vicepresidente. Mis manos tocan sus pectorales, que noto tan firmes como parecían bajo la camiseta negra que llevaba esta mañana. Cuando levanto la vista para mirarlo a los ojos pienso que esto no está pasando, no puedo estar viviendo la tremenda fantasía de viajar por mi país en compañía del gemelo de mi actor favorito.

—*Kenchana?* —pregunta él, y recuerdo que fueron las primeras palabras que me dijo en el aeropuerto, cuando me caí a sus pies por culpa de mis zapatillas empapadas.

Ahora, sin embargo, no suena tan frío ni tan irritado. Creo que estoy empezando a vislumbrar al hombre que vive bajo esa coraza de hielo que usa como protección.

—Sí, sí. Estoy bien. Perdone.

Le aliso las arrugas de la camisa, sin perder la oportunidad de seguir palpando ese cuerpo duro y fibroso, más fuerte de lo que parece cuando lleva esos trajes perfectamente cortados para realzar su elegancia por encima de sus músculos. Él se agacha para desenchufar el cable, que me entrega y guardo en el bolso con manos temblorosas.

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Afuera el sol ya está bajando y baña la ciudad con una luz dorada que se refleja en las galerías de cristal típicas de la zona. Señalo las fachadas para que Su Jong descubra esa especie de balcones cerrados, con las ventanas enmarcadas en madera blanca.

—No son solo una cuestión estética —le explico—. Protegen a la vivienda de la lluvia, muy frecuente en mi tierra, y funcionan como una cámara térmica, cálida en invierno y fresca en verano. Antiguamente se hacía mucha vida en las galerías, las mujeres se sentaban a hacer sus labores, o simplemente a observar la vida en las calles.

Caminamos despacio, pasamos ante la Plaza de Amboage donde se escuchan las voces alegres de unas niñas que juegan en el parque

infantil y seguimos por la calle Real. La terraza del Café Bla Bla está llena y propongo seguir hasta la siguiente mientras le voy explicando a Su Jong el curioso diseño del centro de Ferrol, que tiene forma de cuadrícula perfecta.

—Es una ciudad construida sobre plano para servir al arsenal militar y a los astilleros —le digo.

Él asiente, aunque su interés se centra más en los bellos edificios modernistas que destacan entre otros más anodinos. Camina, con las manos en los bolsillos, más relajado de lo que lo he visto nunca. No parece consciente de la atención que atrae con su estatura y su elegancia innata, a pesar de que las gafas de sol ocultan sus preciosos ojos. Siento una mezcla de orgullo por caminar a su lado e irritación cuando veo el gesto especulativo de los transeúntes al pasear su mirada de uno a otro de nosotros.

—Este parece un buen sitio —dice cuando llegamos a la altura del Lusitania.

El acogedor café tiene las ventanas adornadas con guirnaldas de luces. Es probablemente lo más parecido a un local de *kdrama* que podemos encontrar en Ferrol y, además, recuerdo, tiene un delicioso surtido de repostería portuguesa, haciendo honor a su nombre.

—¿Le apetece algo dulce con su té? —pregunto y él asiente.

Nos sentamos al fondo del local, bajo una instalación de pájaros que se descuelga del techo pintado de blanco. En silencio, esperamos a que nos traigan el pedido y solo hablamos para dar las gracias al camarero cuando nos lo sirve. Los dos hemos elegido té verde y pasteles de Belém. Antes, al cruzar el corto pasillo con la barra a un lado y mesitas al otro, una mujer se ha atragantado con su café al mirar a Su Jong en el momento en que se quitaba las gafas. La entiendo perfectamente.

—Está muy pensativa —me dice después de un rato.

Dejo de revolver mi taza y me doy cuenta de que ni siquiera le he dedicado una mirada a los deliciosos pastelillos de hojaldre rellenos de crema que en cualquier otra ocasión ya estaría devorando.

—Señor vicepresidente…

—Llámeme por mi nombre, por favor. Esto no es Corea y usted no es una empleada de Lee Corporation.

—No sé… —Titubeo un momento, pero al instante tomo aliento y decido ser valiente—. Su Jong *ssi*, ¿no es consciente de cómo la gente le mira? ¿O es que está tan acostumbrado que ya no le da importancia?

Se toma su tiempo para contestar. Levanta la taza y sopla sobre el líquido humeante antes de darle un pequeño sorbo.

—Irene *ssi*, pregunte lo que quiere preguntar.

Abro la boca para respirar hondo antes de que las palabras salgan de mis labios como por decisión propia.

—¿Es usted Lee Kyung?

Durante un rato que me parece eterno él solo mira su té, que revuelve con lentitud, como si en el remolino que se forma estuviera la respuesta a mi pregunta.

—Ya no —dice y siento una sensación de vértigo tan grande que me agarro de la mesa para no caerme de la silla. Cuando levanta la vista, su mirada es el reflejo de la tristeza—. Y no sé si volveré a serlo.

CAPÍTULO 17

SU JONG

No sé por qué he confesado con tanta facilidad. Quizá porque no esperaba que Irene se atreviera a hacer la pregunta que se interponía entre nosotros desde que nos conocimos.

Podría contarle que ya no recuerdo lo que era ser Lee Kyung. He olvidado las miradas de adoración, los gritos, los regalos que inundaban el camerino; todas esas cosas que llegaron a provocarme angustia por la responsabilidad que implicaban.

Cuando tienes fans que te adoran y derrochan así su tiempo y dinero sientes que debes entregarles solo lo mejor de ti, que nada es suficiente para corresponder a su amor. Por eso, a veces, también quieres huir, abandonarlo todo, renegar de un cariño que te asfixia. Pero vuelves, una y otra vez, y lo disfrutas como si fueras un hámster en una rueda, ignorante de tu cautividad. Ya no sabes vivir de otra manera que en la cresta de esa ola que son los halagos excesivos. Incluso agradeces la existencia de los *haters*, como llaman en las redes a los profesionales del odio, porque de verdad crees que es pura envidia por tu éxito.

Es todo tan falso como un billete de un millón de wones. Lo descubres cuando te alejas de ese mundo de luces de neón y te plantas en la realidad, en un trabajo monótono y un horario de oficina, como cualquier mortal. Tu nombre va desapareciendo de los *castings*, de las noticias y los premios a la misma velocidad que otras series y otros actores atraen la atención de espectadores, siempre ansiosos por la última novedad.

—¿Lo añora? —pregunta Irene en voz baja, casi un susurro, como si hubiera estado escuchando mis pensamientos.

Como no encuentro las palabras para responderle, me llevo una mano al pecho y froto ese punto doloroso sobre el corazón.

Entonces suena mi móvil y la vibración hace que se desplace un poco sobre la mesa. Me disculpo ante Irene y descuelgo para escuchar a mi hermana.

—La señora Maruxa se ha caído en el baño —dice la voz ansiosa de Mi-suk—. Tiene el tobillo muy hinchado y también un golpe en la cabeza. El personal del hotel ha llamado a emergencias.

—Vamos para ahí —contesto.

Mi hermana hablaba tan alto que Irene la ha escuchado y ya se está levantando. Tiene el rostro pálido como papel de arroz, las manos le tiemblan y no acierta a colgarse el bolso que se le resbala una y otra vez. La ayudo y le apoyo una mano sobre el hombro, para tratar de transmitirle algo de calma.

—Va a estar bien —me dice y es evidente que finge una seguridad que no siente—. Mi madre es una mujer muy fuerte.

Asiento y la guío hacia la salida. Le entrego a la camarera de la barra el primer billete que encuentro en mi cartera. Son cincuenta euros y me hace señas para que me detenga, a lo que me niego. No es momento de esperar por el cambio.

Cuando llegamos a su habitación del Parador, Maruxa está sentada en una butaca con el pie derecho sobre una silla, escoltada por mis dos secretarios. Tiene el tobillo tan hinchado que la piel parece a punto de rasgarse. Al vernos llegar, suelta una catarata de palabras en su idioma y comienza una larga discusión con Irene que ella no se molesta en traducir, aunque me queda claro que la madre intenta quitarle importancia a la lesión.

Mi-suk me explica que se resbaló en el suelo húmedo del baño tras ducharse. En la caída tiró del cordón de seguridad y el personal del hotel corrió a atenderla.

—Dice que no es nada y se niega a que venga ningún médico —resume Irene, mientras saca el móvil de su bolso y elige un número en su agenda—. Voy a llamar a mi padre, aunque ella no quiere.

La sigo hasta el pasillo, fuera de la habitación.

—¿Por qué no quiere?

—Tuvieron una pelea hace días y aún está enfadada con él.

No sé si es por efecto de mi confesión reciente, pero parece que

está dispuesta a confiar en mí en esta pequeña crisis hasta el punto de contarme algo tan personal.

—Mi-suk dice que la ambulancia está en camino.

Ella asiente y se aleja cuando se escucha una voz al otro lado de la línea telefónica que contesta a su llamada. Tampoco entiendo nada de lo que habla, pero es rápida y concisa y cuelga en un par de minutos.

—Viene para aquí. Tardará sobre una hora.

Poco rato más tarde llega la ambulancia y el personal sanitario reconoce las lesiones de Maruxa. Después de un largo rato, y a pesar del evidente desacuerdo de la paciente, la sacan en una camilla plegable.

—¿La llevan al hospital? —pregunto a Irene.

—Sí, tienen que hacerle una radiografía para asegurarse de que no se ha roto nada. También les preocupa el golpe en la cabeza. —Se queda un momento en blanco y mira a su alrededor, como si creyera que olvida algo—. Es posible que le hagan un TAC —añade y su voz baja hasta convertirse en un susurro en la última palabra.

—¿Va usted con ella? ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias, no se preocupe. En Urgencias solo dejan pasar a un acompañante, y mi padre no tardará en llegar.

Se da la vuelta y regresa a la habitación. Revuelve entre sus cosas hasta que encuentra las llaves del coche y vuelve a salir, sin darse cuenta de que sigo cada uno de sus pasos.

—Deme las llaves. Yo conduzco —le digo.

—Pero si no sabe dónde está el hospital. —Replica, aunque pone las llaves en mi mano.

En el breve instante en el que nuestros dedos se tocan y a pesar de la fuerza de voluntad con la que logra disimularlo, puedo notar que está temblando.

—Usted no está para conducir.

Nos cruzamos a Jiyu y su amiga, que parecen ser las últimas del hotel en enterarse del accidente.

—No parece grave, pero la llevan al hospital para hacerle algunas pruebas —resumo en contestación a sus preguntas.

—¿Entonces mañana no vamos a poder comenzar el Camino? —pregunta Jiyu.

—No se preocupe, cumpliremos con los plazos acordados y no

sufrirán ningún retraso por nuestra culpa —contesta Irene antes de despedirse con una seca inclinación de cabeza.

La sigo, sin mirar ni a Jiyu ni a Kate que le está pidiendo que le traduzca lo que hemos hablado en coreano.

En el exterior, el personal de la ambulancia ya está cerrando las puertas ante la atenta mirada de Mi-suk y Ha Jin, que parecen a punto de echarse a llorar.

—Estará bien, ¿verdad? —me pregunta mi hermana al verme llegar.

—No parece grave.

Repito las mismas palabras que le he dicho a Jiyu aunque ellos reaccionan de manera muy diferente y se empeñan en venir con nosotros al hospital. Parece que los dos han decidido adoptar una madre española a falta de las nuestras, que no son precisamente de las que los llaman a diario para decir que nos echan de menos.

Los convenzo de que deben quedarse para explicar lo ocurrido al marido de Maruxa cuando llegue, por si va al hotel en vez de al hospital, y, por fin, me pongo al volante y salimos tras la ambulancia.

Una hora después, cuando la batería de mi móvil está a punto de sucumbir y las cuatro paredes blancas de la sala de espera comienzan a darme claustrofobia, escucho a un hombre que pregunta en voz muy alta y apurada por algún paciente. No entiendo nada de lo que habla, juraría que ni siquiera es español, pero repite un par de veces el nombre de Maruxa.

Salgo al pasillo y me dirijo al recién llegado. No es muy alto, pero tiene un cuerpo recio y parece lo bastante fuerte como para tumbar de una patada la puerta de Urgencias que le impide el paso.

—*Excuse me, sir, are you Irene Leira's father?* —pregunto.

El hombre se gira para mirarme, con un ceño fruncido que llena su frente de arrugas como surcos. Sus ojos, tan azules que casi duele mirarlos, se abren con un gesto de reconocimiento al ver mis rasgos. Supongo que no suele encontrarse a muchos coreanos en los hospitales de su tierra.

—Sí —contesta, en español, al menos una palabra que entiendo. Luego añade algo más, no hacia mí, sino hacia el chico que está entrando por la puerta.

Se parecen tanto que doy por supuesto que son familia, aunque

los iris del más joven son de un color castaño claro, como los de Maruxa, no como los de su hija.

—*I´m Irene´s brother* —dice, y me saluda con una leve inclinación que me indica que no es la primera vez que trata con coreanos—. *Do you know…?*

No termina la pregunta porque Irene aparece en ese momento y reparte abrazos entre los dos mientras habla con una catarata de palabras de las que no puedo entender ni media expresión. Cuando termina de explicarse, su padre se interna por el pasillo de acceso al servicio de Urgencias, y ella se vuelve hacia mí, con una sonrisa de evidente alivio.

—Le han hecho todas las pruebas y, aparte de un importante esguince, no tiene nada grave —me dice, antes de señalar al chico y presentármelo en inglés, para que él también entienda lo que hablamos—. Este es mi hermano pequeño, Luis. —Se vuelve hacia él y lo toma del brazo—. Luis, este es el nuestro cliente, el señor Lee Su Jong. Ahora lo vas a llevar al Parador de Turismo y no vuelvas hasta que te llamemos.

—Si su hermano quiere quedarse, puedo volver en un taxi ahora que ya no le hago falta.

No sé por qué digo esas palabras casi con pena. No es que esté deseando que ella me agradezca nada ni que me ruegue que no me vaya. En absoluto. Tampoco me molesta que me haya presentado como «nuestro cliente». Es lo que soy para ella, y, al parecer, para toda la familia.

—Aquí no podemos hacer nada, y dentro solo dejan pasar a un familiar. —Me explica—. Yo me quedo por si necesitan algo, pero Luis le acompañará y también va a comprobar que todo esté listo para salir mañana a primera hora.

Habla otro largo rato con su hermano, que asiente a todas sus instrucciones. Calculo que se llevan unos dos o tres años. Es un poco más alto que ella, y comienza a desarrollar el mismo cuerpo fuerte de su padre, del que también ha heredado la piel morena que contrasta con la palidez nórdica de Irene.

—¿Todos en su familia trabajan en el mismo negocio? —pregunto cuando Irene se vuelve a mirarme.

—¿Todos en su familia trabajan en Lee Corporation? —contesta ella con otra pregunta, una costumbre que comienzo a conocer y

que debe de ser típica de su cultura.

—Sí, tarde o temprano todos lo hacemos —contesto en voz alta antes de despedirme.

Cuando sigo a Luis hacia el exterior no puedo evitar girar la cabeza para mirarla. Ella me dirige una ligera reverencia tras una sonrisa de agradecimiento. Siento un súbito pánico al pensar que tal vez no pueda acompañarnos en el Camino.

—No tiene que preocuparse de nada —me dice Luis, mientras caminamos hacia el aparcamiento del hospital—. Mañana cumpliremos con el horario acordado.

—No es eso lo que me preocupa —digo, sin más explicaciones.

En este momento lo que menos me importa es el motivo por el que hemos llegado hasta la punta noroeste del país. Es todo demasiado caótico, casi irracional. Por primera vez pienso en volver a Corea y renunciar a todo este absurdo: a la selección de vinos españoles para la empresa, que puedo organizar desde casa, y también a esta imposición de conocer mejor a Park Jiyu viajando juntos. Por desgracia, tenemos toda una vida por delante juntos para hacerlo.

Quiero recuperar el momento en el que estábamos en aquella cafetería, bajo un cielo lleno de pájaros, ante un té y unos pasteles que no llegamos a probar. Aquel instante en el que me sentí tan en paz como para reconocer que en otro tiempo había sido ese actor que Irene parece no haber olvidado.

CAPÍTULO 18

HA JIN y MI SUK

Ha Jin nota las miradas de las dos amigas que comparten una mesa alejada de la suya en el comedor del hotel. Supone que a estas alturas Jiyu ya le habrá contado a Kate su versión de lo que ocurrió entre ellos en el instituto. O tal vez no. Por mucho que la adorne, ella nunca saldría bien parada.

No hay demasiada gente en la sala. A su derecha, en la única otra mesa ocupada, una familia española formada por unos padres y sus dos hijas adolescentes están terminando su cena. Las chicas también lo han estado mirando todo el rato y cuchicheando entre ellas, con sus risas pueriles que le recuerdan su fugaz momento de fama.

—¿Qué fue lo que pasó con Park Jiyu? —pregunta de repente Mi-suk tras dejar los cubiertos sobre el plato con demasiada prisa, lo que provoca un sonido casi musical en la porcelana.

—Nada… —responde, aunque sabe que su prima no va a renunciar tan fácilmente a saciar su curiosidad—. Cosas de instituto.

—¿Tiene que ver con *oppa*?

—No. Fue el año que Su Jong se fue a estudiar a Estados Unidos. Ella llegó ese mismo curso al instituto. No se conocieron en aquel momento.

—Entonces reconoces que pasó algo.

Mi-suk se relame como un gato que acaba de cazar un ratón y Ha Jin quiere darse de cabezazos contra la mesa. Aún no sabe cómo ha conseguido atraparlo.

—Solo estaba confundida…

—Era cuando te estabas preparando para tu debut, después de pasar el segundo *casting* —dice Mi-suk, como si necesitara recordarle aquello que nunca ha podido olvidar—. Seguro que eras muy popular entre las chicas del instituto.

—No me interesaban. Bastante tenía con los estudios y los ensayos, no me quedaba tiempo ni para dormir. —Se excusa con una mentira a medias.

Recuerda aquellos últimos años de adolescencia como una absoluta locura. No solo tenía que ser el mejor estudiante, como todos los padres en su país esperan de sus hijos; también tenía que ser el mejor aspirante de la agencia que lo había aceptado para cumplir un sueño que comenzaba a convertirse en pesadilla. Esa es la parte de verdad de su respuesta. Lo que no dice, lo que no puede reconocer ni siquiera delante de la que es casi su hermana, es su nulo interés por las mujeres desde que tiene uso de razón. Ser popular entre sus compañeras era lo que menos valoraba de su carrera frustrada de *idol*.

—Así que Jiyu te vio y se enamoró. Y tú la rechazaste.

Ha Jin la mira boquiabierto, sin poder creer que haya adivinado con tanta facilidad lo que no le ha contado a nadie en diez años. Lo mantuvo en absoluto secreto porque Jiyu era la nueva en el instituto y el objeto de deseo de todos sus compañeros. Lo tomarían por un loco si alguien se hubiera enterado de que rechazó su confesión. O, peor, si su otro secreto, el que más quería proteger, hubiera salido a la luz.

—No fue tan simple.

—Nunca lo es. Romper el corazón de una persona es doloroso y más si te guarda un rencor eterno, como hace ella. —Reflexiona e inclina un poco la cabeza para señalar hacia la mesa donde están las dos chicas—. Ni siquiera se quiere sentar con nosotros a cenar.

—Supongo que recordarlo le da apuro.

—No vas a conseguir que me dé pena. Creo que Park Jiyu es una persona fría y calculadora, y espero que mi hermano pueda evitar ese compromiso.

El camarero llega con los postres, lo que le da tiempo a Ha Jin para reordenar sus pensamientos. Quizá Jiyu no sea como su prima la describe, sino que utiliza esa imagen como una coraza para proteger sus verdaderos sentimientos. Eso le cuadraría más con la

chica que conoció y que se le declaró en el patio del instituto, con una rosa roja entre sus manos temblorosas.

—Pues a mí sí que me da pena. Es muy triste que tus padres te obliguen a casarte por negocios —dice, generoso, dejando en el olvido todo lo que vino después de aquella confesión.

—No son los primeros ni serán los últimos —dice Mi-suk con un suspiro.

Ha Jin observa cómo su prima devora su tarta de chocolate con helado de mandarina. La comida de España es muy diferente a la coreana pero todo lo que les han servido esa noche ha resultado delicioso.

—¿Y qué harás cuando sea tu turno? —pregunta tras un largo silencio.

Mi-suk se termina su postre y mira el plato casi con melancolía. Juega con la cuchara en la estela que ha dejado el helado al derretirse.

—Tengo un plan: voy a conocer a todos los herederos que cumplan los estándares de mi madre para adelantarme a su elección.

—¿Y si no hay ninguno que realmente te guste? ¿Compartirías tu vida con una persona a la que no ames? Peor, ¿con una pareja que te impongan, incluso si no te gusta ni lo más mínimo?

Se da cuenta de que la está presionando y estropeando el buen ambiente de la cena, pero son preguntas que él mismo se hace a diario y para las que no encuentra respuesta.

—Ha Jin… Tus padres no son tan inflexibles como mi madre. Habla con ellos, cuéntales tus sentimientos… —Mi-suk se detiene a tomar aliento al mismo tiempo que él siente que lo pierde. En ese momento comprende que su prima sabe mucho más de lo que él se atrevería a confesar en voz alta—. Y si no te comprenden, tendrás que tomar una decisión por dura que sea. Vive tu vida, no la que te impongan.

—Si lo supieran… —susurra—, sería una decepción tan grande para ellos que no creo que pudieran soportarlo.

—Eres su único hijo y te quieren, claro que tendrán que soportarlo. Y si no, puedes irte a Estados Unidos y triunfar allí.

—Claro, eso sería lo más fácil. —No puede evitar reírse ante el súbito optimismo de la chica.

—Eres un buen cantante, y la preparación que recibiste para debutar como *idol* no la tienen ni la mitad de los que triunfan hoy en las listas de éxitos —insiste ella.

Ha Jin sospecha que su prima lo está halagando para que se sienta mejor, aunque suena totalmente sincera.

—Parece que sabes mucho sobre eso.

—Una vez me dijiste que te gustaría trabajar en musicales. De verdad, en Broadway se matarían por alguien como tú. Eres guapo, tienes una gran voz, sabes bailar…

Ha Jin vuelve a reírse y sacude un poco la cabeza, decidido a no dejarse arrastrar por el entusiasmo inesperado de su prima.

—Creo que el azúcar se te ha subido al cerebro.

—Dime que no lo has pensado nunca.

—¿Irme a Estados Unidos a probar suerte…? —Se frota el mentón, con la mirada en el techo, antes de acabar soltando una breve carcajada—. No sé si me lees la mente o te lo he confesado alguna noche de borrachera.

Bromea para no reconocer la ansiedad que le provoca la simple idea de ponerse de nuevo ante profesionales que juzguen su aspecto, su forma de cantar y bailar, su profesionalidad. Ya tuvo demasiado de eso en sus años de entrenamiento, y la forma tan vergonzosa en la que lo expulsaron del grupo aún es una herida abierta en su corazón. No va a confesar que es cierto, que ha fantaseado con volver a intentarlo, con probar en un país distinto, en una cultura distinta, donde no le obliguen a fingir ser quien no es para contentar al público.

—Sabes que yo te apoyaré siempre, primo. ¡*Fighting*! —Mi-suk levanta los puños y él le copia el gesto como respuesta.

En el momento en que se quedan en silencio, ven entrar en el comedor a Su Jong acompañado de un desconocido. Un joven fuerte, de pelo rubio y rostro risueño. Ha Jin se queda mirándolo con la boca entreabierta y Mi-suk le lanza un puntapié por debajo de la mesa.

—¿Ya habéis cenado? —pregunta Su Jong, al ver los platos vacíos sobre la mesa. Cuando se da cuenta de que ambos observan a su acompañante, lo señala para presentarlo—. Es el hermano de Irene Leira, Luis. Ha venido con su padre, que está en el hospital.

Los dos saludan con sendas inclinaciones de cabeza. Mi-suk

aprieta los labios para contener una sonrisa y Ha Jin intenta disimular su deslumbramiento. El hermano de Irene los saluda en inglés y se sientan ambos a la mesa, lo que provoca que un par de camareros se apresuren a retirar el servicio usado y ofrecerles la carta mientras ponen platos limpios.

En la otra mesa, Jiyu y Kate se levantan y se marchan del comedor sin más despedida que un frío gesto de saludo hacia ellos.

—¿Cómo está Maruxa? —pregunta Mi-suk a su hermano.

Su inglés no es muy bueno, Ha Jin supone que por eso no se atreve a dirigirse directamente a Luis.

—Bien, no es tan grave como parecía, solo un esguince de tobillo.

—¿Y qué va a pasar mañana? —sigue preguntando la chica—. ¿Comenzamos el Camino o no?

—Sí, eso parece —contesta Su Jong, mientras ojea con poco interés el menú.

Ha Jin mira a su alrededor sin mover la cabeza, girando los ojos en las órbitas casi con desesperación. Necesita una excusa para marcharse, y la necesita con urgencia. El hermano de Irene está sentado a su lado y su codo le roza cuando pasa las hojas de la carta que lee con atención. Cuando llega a los postres, asoma la punta de la lengua entre los labios y se relame por un momento, como si ya los estuviera saboreando.

—Yo… Estoy muy cansado… —dice Ha Jin.

Bajo el mantel, Mi-suk pone una mano sobre la suya y evita que siga clavándose los dedos en el muslo.

—Yo también. Además, mañana tenemos que madrugar —dice ella, que parece dispuesta a rescatarlo.

Su Jong asiente y los dos se levantan a la vez y se despiden con sendas inclinaciones de cabeza.

Por un breve instante, Ha Jin se atreve a posar la mirada en el hermano de Irene. Se fija en su pelo rubio oscuro, más largo en la parte superior y casi afeitado en la mitad inferior. En su rostro cuadrado y los pliegues que se le forman en las mejillas al sonreír. En los ojos color café con leche que parecen tan cálidos cuando se encuentran con los suyos. Nota a la vez que se le forma en la frente un sudor frío y, bajo el estómago, una corriente cálida como un remolino.

—Que descanséis —dice Su Jong para poner fin al extraño silencio que se ha formado.

—Mañana nos vemos —se despide Luis, en inglés. Inclina la cabeza hacia Mi-suk, que suelta una risita, y luego mira a Ha Jin y se muerde el labio inferior con el mismo gesto goloso que tenía al ver los postres en la carta.

Ha Jin apenas sabe cómo logra salir del comedor. Solo que su prima lo arrastra por el pasillo camino de sus habitaciones.

—Uf, es muy guapo, ¿verdad? —suspira Mi-suk mientras saca del bolsillo la tarjeta magnética y abre la puerta.

—¿Qué? ¿Quién?

—Luis. Es realmente guapo. Irene es una belleza, así que no debería extrañarme, pero de verdad que impresiona. No me extraña que te hayas quedado mudo.

—¿Yo? No, ¿por qué…? Solo estoy cansado.

—Claro, claro. —Mi-suk le da dos palmaditas en el brazo y le guiña un ojo—. Vete a dormir, primo, que mañana va a ser un día duro.

Tras la ducha, con el pijama puesto y una mascarilla hidratante en la cara para recuperar su piel de una larga y estresante jornada, Mi-suk se tumba sobre la cama y revisa las aplicaciones de su móvil con poco interés. Los ojos se le cierran, pero tiene que esperar los veinte minutos de tratamiento antes de entregarse al sueño, así que se entretiene mirando retos de baile en las redes, sus favoritos.

Cuando el teléfono comienza a sonar casi se le cae de las manos. Son las doce de la noche en España, las siete de la mañana en Corea, y su madre ya está despierta y, se teme, dispuesta para el combate.

—Buenos días, *omoni*.

—Su Jong no me coge el teléfono. ¿Ha pasado algo?

—No. —Miente, porque realmente no ha ocurrido nada que a su madre le interese escuchar—. Estará durmiendo —vuelve a mentir—. Aquí es de noche.

—¿Park Jiyu está con vosotros? ¿Va todo bien entre ellos?

—No sé. Deberías preguntarles a ellos.

—Pero te estoy preguntando a ti, hija. ¿No vas a contestar a tu madre?

—Perdona, *omoni*. —Mi-suk cierra los ojos y respira hondo

hasta que el aroma de la mascarilla le irrita la garganta y la hace toser un poco—. Es que estoy muy cansada.

—¿Estás enferma?

—No, no. Estoy bien.

—¿Entonces…?

—Creo que Jiyu y *oppa* aún necesitan un tiempo para conocerse, pero para eso estamos aquí, ¿no? —contesta como única explicación que se le ocurre a la pregunta de su madre. Puede imaginar a la perfección su rostro impasible y esa mirada sin vida que les dedica cuando la decepcionan.

—He estado hablando con los padres de Kang Geun-won. Cuando regreses, tendremos una reunión familiar.

—¿Kang Geun-won? —Mi-suk da un salto en la cama y la mascarilla se le desliza y le entra en los ojos. Se la quita y la estruja entre los dedos hasta que los restos de la crema se le escurren por la muñeca—. De todos los herederos de Corea, ¿tenías que elegir a Kang Geun-won?

—Tenemos negocios con su familia desde hace décadas y…

—Kang Geun-won era el matón de mi instituto.

—Además…

—Obligaba a un compañero a hacerle los deberes.

—Desde que terminó sus estudios superiores en Estados Unidos ha demostrado que es el heredero que sus padres esperaban…

—A las chicas nos grababa con los móviles bajo las faldas.

Escucha el resoplido poco elegante que su madre lanza desde su despacho en Seúl y sabe que está rozando el límite de su paciencia.

—Mi-suk, todo eso son tonterías de adolescentes, ahora es un hombre adulto.

—Solo es un año mayor que yo, ni siquiera ha hecho el servicio militar todavía con la excusa de estudiar en el extranjero… No es un hombre adulto ni creo que lo sea nunca, porque algunos nunca maduran.

—No eres consciente del honor que sería emparentar con esa familia —dice Choi Byung Sok con su voz más gélida, la que suele conseguir que sus hijos inclinen la cabeza y obedezcan sin más reparos.

Pero este no es el día en que Mi-suk se va a detener tan fácilmente.

—¿De verdad, madre, que no puedes hacer nada mejor por tus hijos que obligarlos a casarse solo por tus intereses económicos?

Se hace un breve silencio al otro lado de la línea telefónica. Mi-suk nunca la ha visto quedarse sin palabras, así que se imagina que solo es un fallo de conexión, o quizá ha colgado.

—Quizá deberías regresar ya a casa y dejar de jugar a ser la secretaria de tu hermano.

No estaba meditando sus argumentos, solo reorganizando su ataque para regresar con más fuerza. Mi-suk se da cuenta de que está a punto de rendirse y busca desesperadamente nuevos argumentos para enfrentar un destino que le parece una pesadilla.

—No estoy jugando, hago mi trabajo y lo hago bien.

—No me retes, Lee Mi-suk.

Nada le gustaría más que poder hacerlo. Atreverse a decirle no a su madre, bien alto y bien claro, es lo que más ansía. Pero ni siquiera Su Jong lo hace, mucho menos ella que solo es la hija pequeña de la familia.

—Es muy tarde y mañana tengo que madrugar —dice, y logra que su voz disimule la rabia que siente.

—Te dejo entonces. Descansa, hija, ya seguiremos hablando.

Mi-suk deja caer el móvil sobre la colcha, se tumba boca arriba y cierra los ojos. Nota la piel pringosa por la mascarilla que aún aprieta entre los dedos. Parte del tratamiento se le ha metido en los ojos, que le escuecen. Recuerda la etiqueta antiestrés del envoltorio. No ha funcionado. No hay mascarillas suficientes en el mundo para aliviarle la ansiedad de ser la hija de Choi Byung Sok.

Se levanta casi de un salto y abre el minibar que, por suerte, está bien surtido. En un minuto se llena los bolsillos con las botellitas de alta graduación y sale al pasillo para llamar a la puerta contigua.

Ha Jin le abre con el pelo mojado y una toalla sobre los hombros. Mi-suk agita ante sus ojos un par de botellas.

—Me ha llamado mi madre. Ella invita.

Su primo asiente con los ojos cerrados y abre más la puerta, haciéndole un gesto para que entre.

CAPÍTULO 19

SU JONG

Después de una cena tardía en compañía de Luis, que parece tan cansado y con pocas ganas de hablar como yo, por fin puedo irme a mi habitación. Siento que el día ha tenido más horas de lo normal y no veo el momento de descansar, pero sigo esperando noticias de Irene. Necesito una llamada o un mensaje de ella para saber que todo está bien antes de irme a dormir.

Mientras me doy una ducha, recuerdo la extraña tensión que se produjo entre mi primo y el hermano de la intérprete nada más verse. No es la primera vez que descubro a Ha Jin reaccionar así ante otros hombres. Quizá debería tener una conversación seria con él.

En cuanto a Luis, no disimuló ni un poco su interés, y más cuando nos dejaron a solas.

—Creo que no lo entiendo, ¿son empleados o familia? —me preguntó mientras los miraba marcharse—. Parece que te preocupas por ellos como si fueran tus hermanos pequeños.

—Ambas cosas —reconocí, tras beber de un trago un vaso de agua—. Mi-suk es mi hermana y Ha Jin mi primo, hijo de mi tía materna. Nos hemos criado juntos prácticamente.

—Y también trabajáis juntos —dijo Luis, que seguía mirando hacia la puerta por la que habían salido—. Ha Jin, ¿tiene pareja?

—¿Pareja?

—¿Que si sale con alguien? Porque, no estará casado, ¿no?

—No, no. Creo que no sale con nadie —contesté, un poco incómodo ante preguntas tan personales.

Luis se limitó a sonreír pensativo y apenas habló nada más hasta

que nos sirvieron la cena. El resto del tiempo se limitó a ejercer de guía turístico, hablando de las etapas del Camino que iniciaremos mañana, según lo previsto y a pesar del accidente de Maruxa.

—Entonces, ¿nos va a acompañar usted en lugar de su madre? —le pregunté.

—Sí, esa es la idea. Irene sola no puede hacer todo el trabajo. Yo me ocuparé de llevar los equipajes al punto de destino diario a primera hora de la mañana y estaré disponible, con el coche, por si surge cualquier problema.

Al terminar la cena, caminamos juntos hasta el ascensor y allí nos despedimos, tras intercambiar los números de teléfono.

Cierro el grifo de la ducha y sacudo la cabeza para alejar el sopor. El agua caliente me ha dejado relajado y listo para dormir, pero cuando salgo del baño, con una toalla a la cintura, sigo sin tener ningún mensaje en el móvil.

Entonces alguien llama a la puerta y una voz dice alto y claro: «servicio de habitaciones». Estoy a punto de contestar que no ha pedido nada cuando me doy cuenta de que conozco esa voz y de que ha hablado en coreano, idioma que no creo que domine ningún empleado del hotel.

Cuando estiro la mano hacia el pomo de la puerta veo mi brazo desnudo y miro hacia abajo, a la toalla que me cubre solo de la cintura a las rodillas.

—Un momento —exclamo, antes de correr al baño en busca del albornoz.

Con el apuro, el pelo húmedo me cae sobre los ojos y apenas veo nada cuando por fin abro la puerta. Sacudo el flequillo y me encuentro con unos ojos azules que recorren mi rostro y bajan hasta la prenda que se me abre sobre el pecho. Despacio, Irene exhala por la boca entreabierta, sin pronunciar palabra.

—¿Qué es esto…? —pregunto y señalo el carrito que ella ha traído, con un servicio completo de té para dos y una bandeja con pastas.

—Esta tarde no pudimos tomarlo —contesta Irene.

Un suave rubor ha ido cubriendo sus mejillas y sonríe como si hubiera descubierto algún secreto. Vuelvo a comprobar que el albornoz esté bien atado a mi cintura y entonces veo el colgante con la púa. Hace tantos años que lo tengo, que a veces ni soy consciente

de que está ahí. Es un recuerdo de mi primer papel protagonista, en el que era un músico callejero que tocaba la guitarra. Nunca me lo he quitado en estos diez años y mis antiguas fans lo sabían, al punto de agotar las imitaciones que se vendían por Internet.

Por un momento me preocupa que ella lo reconozca hasta que recuerdo que ya le he confesado mi secreto. Todo lo que ocurrió después nos ha impedido hablar del tema.

—Pase…, por favor.

Titubeo al pedírselo y casi tropiezo al separarme de la puerta para permitirle la entrada. Inclino la cabeza y veo que la bata me cubre apenas unos pocos centímetros por debajo de las rodillas.

—No sabía si ya estaría durmiendo.

Parada en medio de la sala, con las manos en el asa del carrito, su preciosa boca se curva en una sonrisa expectante. Huele al mismo gel que acabo de usar en la ducha y lleva el pelo como si lo hubiera secado demasiado deprisa, con algunos mechones húmedos sobre los hombros. Se ha puesto un pantalón de yoga y una camiseta celeste que se ciñe a sus curvas y termina unos centímetros por encima de la cintura. La franja de piel que deja al descubierto resulta demasiado invitadora.

—No, no. Yo… Estaba en la ducha —contesto y ella vuelve a sonreír ante la obviedad de mis palabras—. Espere un momento, por favor.

Entro en el dormitorio y busco en la maleta una camiseta y un pantalón deportivo, inspirado por su estilo cómodo. Tras vestirme, me miro en el espejo y me peino un poco con los dedos. Respiro hondo por la boca y vuelvo a salir.

Irene ha dispuesto el servicio de té en la mesita baja ante el sofá de dos plazas en el que está sentada comiendo una pasta mientras mira el teléfono, que deja al momento cuando me acerco.

—Mi hermano me ha dicho que cenaron juntos. Espero que se haya comportado, pero disculpe sus modales si no lo ha hecho. En España el trato formal apenas se usa ya. Es todo lo contrario a su país.

—Lo entiendo, no se preocupe.

Dudo entre sentarme al lado de ella o en la butaca que queda demasiado alejada de la mesa para tomar el té con comodidad. Opto por lo primero.

—Yo… —Irene se arrima al brazo del sofá, para hacer sitio, y, con gesto nervioso, me ofrece el plato que contiene las pastas—. No son pasteles de Belem, pero están buenas.

—Gracias.

—Soy yo quien tiene que darle las gracias. Por llevarme al hospital, por quedarse esperando, por todo —dice de carrerilla, casi sin aliento—. Siento mucho todo este trastorno.

Escojo una pasta para que ella pueda soltar el plato que tiembla un poco entre sus manos. Cuando se estira para dejarlo sobre la mesa, veo por segunda vez los preciosos hoyuelos de Venus de la parte baja de su espalda. Toso un poco para aclararme la garganta que, de repente, siento demasiado seca.

—Los accidentes son inevitables —digo con voz ronca—. Lo que importa es que su madre esté bien.

—Está perfectamente. Hasta se peleó con el médico porque insistió en que debe descansar y solo puede caminar con muletas.

Irene sirve dos tazas humeantes de té y me ofrece el azucarero, que rechazo.

—Para una mujer tan activa como ella será una pesadilla estar en reposo —continúo hablando, sin interés real por la conversación, solo porque tengo que llenar el silencio para dejar de pensar en que estamos los dos, a solas, en una habitación de hotel, y en que ella me está pareciendo por momentos mucho más apetitosa que el té con pastas.

—Le va a venir muy bien. Siempre se queja de que trabaja demasiado y que está agotada, así que ahora no le vamos a permitir que haga nada.

Bebemos nuestras infusiones en un ambiente cómodo, sentados codo con codo. Le pregunto por la jornada del día siguiente, aunque Luis ya me ha dado todas las explicaciones. Necesito confirmar que ella va a seguir a nuestro lado, que no me va a abandonar para volver con su madre a casa y cuidarla en su convalecencia. Sé que estoy siendo egoísta pero no dudaré en presionarla para obligarla a cumplir con su contrato.

—Entonces, ¿van a dormir todos en su habitación? —pregunto cuando ella me explica que no hay habitaciones libres en el Parador para su familia—. ¿Es lo suficientemente grande?

—No como esta, desde luego —contesta, mirando la sala a su

alrededor—. Pero tiene una cama supletoria que me tocará compartir con Luis.

—Puede quedarse aquí conmigo —digo, sin pensar en las connotaciones de tal propuesta hasta oírla en voz alta—. Quiero decir… Usted en el dormitorio y yo puedo dormir aquí. Parece cómodo.

Intento fingir entusiasmo por el elegante sofá de cuero de dos plazas que no está pensando para que duerma en él un hombre adulto, y menos uno de mi estatura.

—Acabará recitando la historia del gigante de Cornualles, como Sheldon Cooper. —Bromea ella y, por suerte, reconozco la referencia y comparto su sonrisa.

—Pues llamaré a recepción para que instalen una cama supletoria —digo.

El teléfono del hotel está sobre una mesita al lado del sofá, a la derecha de Irene. Me estiro para alcanzarlo y ella se pega al respaldo para hacerme sitio. Aun así, nuestros cuerpos se encuentran y puedo sentir la suavidad de sus curvas. Me quedo paralizado en este momento, sin recordar ya lo que quería hacer y cómo hemos llegado a esta postura en la que prácticamente estoy sobre ella, como si me preparara para darle un beso. Por fin me decido a mirarla como no me he atrevido hasta entonces. No como a una intérprete, ni una empleada, sino como a una mujer hermosa que está compartiendo una bebida conmigo en plena noche. Aspiro hondo y me invade el aroma dulce y fresco de su piel.

—De verdad, no es necesario —insiste ella, aunque yo ya no recuerdo de qué estábamos hablando.

Solo sé que su boca está tan cerca que su aliento me acaricia el rostro. Apoyo la mano que aún estaba estirando sobre el brazo del sofá. La tengo prisionera, arrinconada contra el respaldo, pero ella no parece ni un poco nerviosa por la situación. Ese rubor tan revelador que tiñe su blanca piel demuestra que es tan consciente como yo de la intimidad del momento.

—Irene *ssi*… —Le acaricio el pelo, colocándoselo tras una oreja—. Aquel día, en Seúl, la chica del paraguas amarillo…

No termino la pregunta porque no hace falta. En el brillo de sus ojos, más azules que nunca por la emoción, está la respuesta.

—Pensaba que lo habría olvidado.

—¿Cómo podría hacerlo? Me ayudó en uno de los peores días de mi vida.

—Me siento agradecida por haberlo hecho.

—Hay algo que no me dijo entonces, ¿puedo preguntárselo ahora? —Ella asiente y el pelo vuelve a soltársele y me roza la mano que he dejado sobre su hombro—. ¿Era usted una de mis fans? —Intento bromear.

—No sé si debería responder a esa pregunta, podría utilizarla en algún momento en mi contra.

La sonrisa de Irene podría iluminar el cielo en plena tormenta. Miro su boca, fascinado, sin darme apenas cuenta de que me muerdo el labio inferior al hacerlo. Seguimos así durante un minuto interminable. Mi cuerpo casi cubriendo el suyo que se amolda al contacto. Noto el calor en las zonas que se tocan, nuestros alientos se mezclan y, cuando inclino un poco más la cara, mi pelo húmedo se enreda con el de ella que me roza la mejilla. El deseo y la duda se mezclan en mi interior provocando un pequeño terremoto que me recorre la columna vertebral. Ella parece leer en mi interior y espera, mucho más calmada que yo, con la boca entreabierta, invitadora.

A lo lejos se oye vibrar un móvil. No me muevo, estoy paralizado en este momento perfecto en el que alguno debe tomar la decisión sobre lo que va a ocurrir a continuación.

—Debería contestar —dice ella y no sé si es una sugerencia o una pregunta.

—Sí, tengo que contestar —respondo, a mi pesar.

Me levanto con súbita decisión y entro en el dormitorio, donde el teléfono sigue vibrando. Sé quién llama y puedo imaginar lo que va a decirme, así que cierro la puerta para que Irene no tenga que ver cómo, una vez más, me pongo a las órdenes de la mujer que controla mi vida.

—Te he llamado dos veces y no me coges el teléfono —dice mi madre, como siempre, sin saludar.

—Tenía el teléfono sin batería —contesto, mientras desenchufo el cable para poder caminar alrededor de la cama y relajar así la tensión que me producen sus llamadas.

—He hablado con Mi-suk. Quiero que la envíes de vuelta a Corea cuanto antes.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, sorprendido por sus palabras.

—Estoy organizando su compromiso.

Me dejo caer sobre el colchón, sin fuerzas para luchar esta nueva batalla que se presenta. Con los ojos cerrados, me froto la frente y busco algo de paz mental en mi interior.

—¿Puedo preguntar con quién?

—Con Kang Geun-won. Su familia es propietaria de…

El nombre casi me hace saltar de la cama y no me importa interrumpir a mi madre antes de que me relate todas las propiedades y negocios de la familia Park.

—Sé quién es Kang Geun-won y no voy a quedarme callado si pretendes casar a mi hermana con un hombre que maltrataba a su anterior novia.

—Esa denuncia se archivó —dice ella, lo que me deja claro que conoce bien el tema.

—Porque la familia negoció una importante indemnización.

—¿Y qué te dice el hecho de que esa mujer aceptara dinero por retirar la denuncia? Era solo una aprovechada.

—Me dice que la familia de ella no es tan poderosa como la familia Kang y que la presionaron hasta que no tuvo más remedio que aceptar el acuerdo. —Golpeo una almohada con el puño cerrado mientras mi otra mano aprieta tanto el móvil que podría romperlo—. Madre, puedes preguntar la verdad a cualquiera que conozca a Geun-won. Es un matón, siempre está envuelto en peleas y en escándalos públicos. ¿Es esa la clase de persona con la que quieres relacionar a nuestra familia?

Consigo que se detenga a pensarlo por un momento. Ningún otro argumento la haría dudar cuando ya ha tomado una decisión, pero nuestro buen nombre y, por extensión, la reputación de nuestra compañía, es lo único sagrado para ella.

—Investigaré lo que me estás contando; es todo lo que te puedo conceder de momento.

Me trata como si fuera un súbdito pidiendo una gracia a su soberano. Y no es que me sorprenda, ni que sea la primera vez.

—Estoy muy cansado. Es casi la una aquí y mañana tengo que madrugar —digo y no tengo que exagerar lo agotado que me siento.

—Hablamos mañana. Que descanses.

Dejo caer el teléfono sobre la cama y hago tres respiraciones de

yoga seguidas para tratar de aliviar el mal cuerpo que me deja la llamada de mi madre. Debería estar acostumbrado, pero quizá uno nunca acaba de hacerse a la idea de ser solo una de las piezas en el engranaje de la maquinaria perfecta de Lee Corporation, en vez del hijo amado y protegido de su familia.

Cuando vuelvo a la sala, Irene está acostada en el sofá, en posición fetal, profundamente dormida. Me acerco a ella y carraspeo un poco, pero ni se inmuta. Entiendo que está aún más cansada que yo. Ha conducido la mitad del camino y luego ha pasado varias horas en el hospital con su madre.

Miro a mi alrededor, sin saber muy bien qué hacer. No voy a dejarla en el sofá, es incómodo y podría caerse. Con cuidado, le paso un brazo por debajo de los hombros y el otro por las rodillas y la levanto. Por suerte no pesa mucho. Ella murmura algo que no puedo entender y apoya la cabeza en mi pecho. Sus labios se fruncen en un gracioso puchero que resulta demasiado tierno.

La llevo al dormitorio y la dejo sobre la cama. Tras taparla con la colcha, miro a mi alrededor y me planteo mis opciones para dormir. El pequeño sofá de la sala no es una de ellas.

Me siento en el borde del colchón para mirar la espalda de la bella durmiente que descansa feliz girada sobre el costado. Mi cuerpo pide a gritos también su propio descanso y su suave respiración me produce una agradable sensación de calma.

Solo un rato, me digo, mientras me estiro sobre el larguero. Lo cierto es que la cama es lo bastante grande como para dormir los dos sin tocarnos, aunque no estoy muy seguro de poder pegar ojo con Irene a mi lado. Es mi último pensamiento antes de quedarme dormido.

CAPÍTULO 20

IRENE

La luz de la mañana me despierta. Me he olvidado de cerrar la persiana y es raro en mí. Sin abrir aún los ojos, bostezo y me desperezo antes de girar sobre mi espalda hacia el otro lado de la cama. Cuando extiendo un brazo toco un cuerpo a mi lado. Me quedo quieta, paralizada en realidad, sin atreverme a mirar quién es el desconocido que duerme conmigo.

«Piensa, Irene —me digo—. ¿Dónde estás y qué pasó anoche? No es tu habitación del piso de Madrid. No es tu casa de Galicia. Estás de viaje, sí, eso es. El Parador de Turismo de Ferrol. Los coreanos. El accidente de ayer. Claro, estás durmiendo con Luis, eso es».

Con un suspiro de alivio me arrimo más a mi hermano pequeño, apoyo la cabeza en su hombro y le doy un abrazo antes de revolverle el pelo con una mano.

—Te echaba de menos —murmuro con voz pastosa.

Mis párpados se niegan aún a abrirse, así que duermo un poco más, acurrucada en su costado. Incluso sueño con las vacaciones escolares en la aldea de los abuelos, en la que compartíamos habitación porque Mila no me dejaba quedarme con ella. A pesar de los casi cinco años que le llevo, siempre me he sentido más cerca de Luis, que de nuestra hermana mayor.

Cuando vuelvo a despertar el sol inunda la habitación. Ahogo un bostezo en el hombro de mi hermano y por fin, poco a poco, voy abriendo los ojos. No sé qué hora es, pero parece tarde y hoy tenemos que comenzar la ruta con nuestros clientes. Al recordarlo, me siento de golpe en la cama.

—¡Nos hemos quedado dormidos! —le digo a Luis, y me giro

dispuesta a sacudirlo hasta que despierte.

En un solo movimiento me siento sobre sus piernas y lo agarro por los hombros. Entonces descubro que no está dormido.

Y que no es Luis.

Me quiero morir. Desaparecer. Desvanecerme en el aire y que esto nunca haya ocurrido ni quede rastro alguno de mi existencia.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunto aún en *shock*.

Lee Su Jong frunce sus oscuras cejas mientras sus ojos me siguen mirando con una expresión entre sorprendidos y divertidos.

—¿Qué? —pregunta en coreano y me doy cuenta de que le he hablado en mi idioma.

—Mi hermano —traduzco—. Se suponía que iba a dormir con mi hermano.

—Pero te quedaste dormida en mi sofá —contesta y ni siquiera me paro a pensar en ese tuteo inesperado.

No es lo que debería preocuparme teniendo en cuenta que estoy sentada sobre él. A horcajadas. Noto la dureza de sus muslos bajo los míos. Mis manos siguen aferradas a sus anchos hombros y algo muy cálido me recorre zonas en las que prefiero no pensar cuando me dejo hipnotizar por su mirada.

—Yo… —balbuceo—. Lo siento…

Al intentar separarme pierdo estabilidad y él me sujeta por la cintura para que no me caiga de la cama. Con la inercia, termino con la espalda pegada al colchón y ahora es Su Jong el que está casi sobre mí, tanto que nuestros rostros se encontrarían con el más leve movimiento. Sus ojos son color chocolate y tiene los párpados un poco inclinados hacia abajo en el exterior, lo que le da un aspecto somnoliento cuando está tan relajado como ahora. Recorro con la vista su larga nariz, recta y poderosa, y llego a su preciosa boca, de labios gruesos que invitan a un beso. Nadie debería ser tan guapo a primera hora de la mañana.

—Irene-*ssi* —dice. La forma en la que arrastra las eses recorre mi cuerpo y me hace curvar los dedos de los pies—. Anoche no te di las gracias por el té.

—No… Yo… Yo soy la que está agradecida, por el hospital, por todo… —balbuceo.

Algo que ayer no pude procesar se abre paso ahora en mi mente, para terminar de complicarlo todo.

Lee Su Jong es Lee Kyung. Prácticamente lo confesó en la cafetería.

«Irene —me digo—, estás en la cama con Lee Kyung, el hombre con el que llevas años soñando».

En mi cabeza suenan muchas voces. Una, la más sensata, que me dice que es un cliente y que tengo que comportarme. Pero hay otras muchas, absurdas como solo pueden ser las fanáticas, que dicen que aproveche el momento y que no voy a tener otra oportunidad en la vida como esta.

—¿Está todo bien? —pregunta él, quizá porque puede leer en mis ojos los pensamientos locos que me asaltan.

—¿De verdad eres Lee Kyung?

—¿Eso importa? —dice, y parece tan decepcionado que solo puedo agarrarlo por el cuello para que no se aleje, como ya estaba empezando a hacer.

—No importa en absoluto. —Le prometo y, para que no le queden dudas, me atrevo a besarlo.

Voy despacio primero, quiero asegurarme de que él lo desea tanto como yo y de que no me estoy aprovechando de la situación. Hundo los dedos en su pelo para atraerlo mientras mi boca se recrea en esos labios que saben tan deliciosos como tantas veces he soñado. Aunque he dicho que no me importa, no puedo evitar pensar en Lee Kyung y en sus besos de ficción que tanto me han hecho suspirar a lo largo de los años. Me imagino que soy Jun Ji-hyun, a la que le dio un beso francés que aún hoy aparece en todos los buscadores de gifs de las redes. Todas estas fantasías se desvanecen al sentir la realidad del roce de su cuerpo sobre el mío. Hace que me sienta pequeña y frágil, lo que soy en comparación con su casi metro noventa de estatura, pero no me agobia, todo lo contrario, porque él me permite tener el control en todo momento.

Su Jong deja que lo bese y responde casi tímidamente a la caricia de mis labios. Le rodeo el cuello con los brazos para atraerlo más y ahora es él quien me toma la cara con sus manos y profundiza el beso, poco a poco, con tanta delicadeza como contención, lo que me hace sentir segura a la vez que deseada. Cuando me separo un poco para tomar aliento, la intensidad de su mirada es puro fuego.

A lo lejos escucho un timbre conocido. La alarma de mi móvil.

Supongo que lo habré dejado en la sala anoche cuando tomamos el té. Es hora de levantarnos y preparar la larga jornada que nos espera, pero ninguno de los dos parecemos muy dispuestos a hacerlo.

—*Ottoke?* —digo, y no puedo evitar reírme porque siempre he querido utilizar esta expresión que los coreanos, especialmente las mujeres, repiten como un mantra cuando están en algún lío. La traducción sería «¿cómo?», pero en realidad es más bien un «¿qué voy a hacer?».

—¿Deberíamos hacer caso a esa alarma? —pregunta Su Jong con un gesto tan perezoso que querría tatuármelo para nunca olvidar este momento.

—Me temo que sí. Nos estarán esperando.

Es entonces, como si la hubiera invocado, cuando Mi-suk llama a la puerta.

—*Oppa? Oppa?* ¿Estás despierto?

Su Jong se lleva un dedo a los labios para indicarme silencio antes de levantarse con un movimiento tan ágil que me provoca un suspiro. Sale y cierra la puerta a su espalda.

Mientras habla con su hermana, me estiro sobre el colchón, abriendo brazos y piernas como si fuera una estrella de mar, luego giro a un lado y otro; solo me falta levantarme y comenzar a saltar hasta tocar el techo. Con este pensamiento, entierro la cara en la almohada y ahogo una risita. Me siento absurdamente feliz y ni siquiera sé cómo hemos llegado hasta este momento.

La voz de Mi-suk se acerca, habla algo sobre hacerle el equipaje y, de repente, la puerta se abre. Alcanzo a ver apenas su silueta porque Su Jong se interpone al momento entre ella y la visión de la cama revuelta.

—Yo me ocupo de mis cosas, gracias —le dice, y veo su mano que sujeta el pomo de la puerta.

—Es parte del trabajo de una asistente. Quiero hacerlo bien para que madre no me obligue a regresar a casa y convertirme en la esposa de ese abusón.

—Te prometo que encontraremos la forma de impedir ese compromiso. —Su Jong le habla con amabilidad y firmeza al tiempo que consigue volver a cerrar la puerta. Sigo oyendo sus voces amortiguadas a través del tabique—. Hay muchos argumentos

de peso por los que nuestra familia no debe emparentar con la de Kang Geun-won.

—A madre solo le importa las cuentas de resultados de su empresa.

—Lograremos poner por delante nuestro buen nombre. Si hace falta, convocaré al consejo de administración para que rechace compartir negocios con un empresario que ha sido condenado varias veces por evasión fiscal.

—Es lo que no entiendo —dice Mi-suk—. Madre ya debe tener toda esa información, pero aun así, ha decidido casarme con el peor heredero de la peor familia de Corea.

—Su empresa es muy grande a nivel internacional. Es solo por eso, por negocios.

—Y su hija es también solo eso, parte del negocio. Algo que se puede comprar y vender para obtener un beneficio.

Mi-suk eleva la voz y muestra su verdadero carácter, muy distinto de la joven tímida y encantadora que he visto hasta ahora. Me alegro por ella y porque esté peleando para evitar una injusticia. También me siento un poco mal por estar escuchando una conversación privada que parece directamente sacada de un *kdrama*. Cuesta creer que en pleno siglo XXI las familias poderosas de Corea del Sur sigan casando a sus hijos para crear alianzas financieras, pero es la cruda realidad.

—Encontraré la solución —dice Su Jong después de un largo silencio.

—Madre no suele dar un paso atrás cuando ya se ha decidido. Sigue sin perdonar a Su-hyun *oppa* por su matrimonio. Y a ti te obliga a hacer este trabajo que odias y a casarte con esa antipática de Park Jiyu.

La voz de Mi-suk se quiebra por primera vez y hay otro silencio en el que quiero imaginar que su hermano la está abrazando para consolarla. Yo también quiero hacerlo, abrazarlos a los dos y decirles que todo estará bien, que no se merecen ser tratados así por la persona que más debería quererlos en el mundo. De repente pienso en mi madre, en su tobillo lastimado, y en los pocos gestos cariñosos que solemos intercambiar. Aun así, la quiero y sé que me quiere, algo por lo que ahora mismo me siento muy afortunada.

Espera… Mi-suk ha dicho que el compromiso de Su Jong y Jiyu

también es una imposición de su madre. Debería sentirme mal por haber besado a un hombre comprometido, algo que no he recordado hasta este justo momento, pero saber la verdad sobre esa relación que parecía tan extraña desde el principio, hace que me sienta menos culpable.

Las voces al otro lado suenan demasiado amortiguadas para seguir el final de la conversación. Me levanto y me asomo a la ventana, desde la que tengo una buena vista del jardín exterior y, más allá, del Arsenal Militar, en donde está atracada una solitaria fragata gris que se mueve al ritmo de la marea. El cielo no es tan azul como ayer, una ligera calima lo envuelve todo y me pregunto si despejará antes de que comencemos nuestra caminata.

Cuando la puerta se abre, me vuelvo lentamente para mirar al hombre que no deja de sorprenderme cuanto más lo voy conociendo. Ahora puedo suponer, por las palabras de Mi-suk, que su madre lo obligó a abandonar su carrera de actor para ocuparse de los negocios familiares. También ha dejado claro que lo odia.

—Se hace tarde —dice, sin evitar mi mirada interrogativa.

Debería respetar su silencio, no soy nadie para meterme en su complicada vida, pero no puedo disimular que no he escuchado su conversación. Mi cabeza no deja de dar vueltas en busca de alguna forma para ayudarlos a los dos a solucionar sus problemas.

—No quiero ser entrometida…

—No lo seas —me interrumpe.

Vuelve a ser el hombre frío y distante que tan bien se le da representar, pero ahora sé que solo es un papel más y ya no me molesta. En realidad, me duele.

—¿Mi-suk está bien? —pregunto. Su Jong se limita a asentir con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Estás bien?

—Lo estaré.

Entonces me doy cuenta de que he olvidado el trato formal al hablarle, algo que me parece incluso más íntimo que haberlo besado. Camino dos pasos hacia él, dubitativa, sin fijarme en que piso la sábana que arrastra por el suelo. Me deslizo sobre la tela como si estuviera patinando sobre hielo, directa a sus brazos. Él me sujeta por la cintura y, cuando nuestros ojos se encuentran, casi sonríe.

—*Kenchana?* —pregunta, y sé que está recordando, como yo,

nuestro primer encuentro en el aeropuerto. Si tuviera que ponerle un título a nuestra historia sería esa expresión coreana, literalmente.

—Te juro que normalmente no soy tan torpe.

—¿Quieres decir que es culpa mía porque te pongo nerviosa?

—Puede ser —reconozco—. No todos los días te despiertas al lado de tu actor favorito.

Su expresión cambia y sé que no debía haber dicho esas palabras, pero no podía guardármelas, me sentiría como una mentirosa si no lo confesara.

—Tengo que hacer mi equipaje —dice y me empuja con suavidad para romper el abrazo.

—Yo también.

Quiero añadir algo ingenioso, unas palabras que lo consuelen por lo que pasa con su familia o que le hagan olvidar lo que he dicho antes. No se me ocurre nada. Él se vuelve a encerrar en esa imagen inaccesible que se le da tan bien representar. Empiezo a sospechar que en realidad es solo un papel, el gran papel de su vida.

—Nos vemos en el desayuno —me despido.

Se limita a asentir mientras abre el armario y procede a ignorarme fingiendo estar muy ocupado en doblar las pocas prendas que ha sacado de la maleta.

Salgo del dormitorio con el ánimo bajo. Es muy triste la forma en que se ha estropeado el maravilloso despertar que hemos tenido, pero cuando cierro la puerta de la *suite* y me encuentro sola en el pasillo, aprieto los puños y ahogo un grito de emoción.

He besado a Lee Kyung.

Todo lo demás ahora mismo queda en un segundo plano al que no puedo prestar atención.

He besado a Lee Kyung. Y ha sido mejor que en el mejor de mis sueños.

CAPÍTULO 21

ETAPA 1

Maruxa engulle con apetito su tostada, sin quitar el ojo de la puerta del comedor, a la espera de que aparezcan sus hijos y le eviten estar a solas con su marido. Aún le molesta la última discusión que tuvieron en casa, la que provocó que ella tuviera que irse sola a Madrid a buscar a los clientes. Ni siquiera la rapidez con la que apareció el día anterior en el hospital ni la forma en la que camina a su alrededor como si pisara cáscaras de huevo logran suavizar su enfado. En realidad, solo consigue irritarla con esa actitud.

—Ahí están —dice con un suspiro de alivio en cuanto ve entrar a Irene seguida de su hermano pequeño—. ¿Ya está todo listo? ¿El equipaje y todo lo que necesitáis para el Camino? —les pregunta en cuanto se acercan.

—Listo —asegura Luis hijo, mientras se sienta al lado de su padre, con el que comparte nombre, y se sirve un vaso de zumo de la jarra que hay en la mesa—. ¿Qué hay para desayunar? Muero de hambre.

—Y yo —dice Irene, que se ha sentado al otro lado de su progenitor y apoya la cara en su hombro por un momento, como si quisiera echarse a dormir.

—Nena, tú lo que mueres es de sueño. —Afirma su madre—. No sé ni a qué hora te acostaste ni a qué hora te levantaste. ¿Dónde andabas?

—Estaba desvelada —contesta y a Maruxa le parece que hay un intercambio sospechoso de miradas entre sus hijos—. ¿Cuándo os vais vosotros? —pregunta, con la evidente intención de cambiar de tema.

Su padre cierra el periódico y se bebe el café sin prisa por contestar a pesar de que se ha dirigido a él y lo mira con atención.

—Cuando diga tu madre —contesta por fin.

Maruxa no quiere decir nada. Mantiene un silencio obstinado mientras una camarera se acerca a tomar nota del pedido de los recién llegados. Su hijo pequeño le acerca el plato con un *croissant* que lleva mirando fijamente durante un minuto.

—¿Qué tal está tu tobillo? ¿Te duele? —le pregunta al tiempo que le ofrece también mantequilla y mermelada.

—No es nada, Luisiño. Y no necesito estos trastos —contesta, dando un manotazo a las muletas.

—El médico dice que no puedes caminar sin ellas.

—¿Qué sabrá el médico? Con peores esguinces habré caminado.

—Y luego te quejas de que te duelen los tobillos.

Maruxa abre la boca, pero vuelve a cerrarla al ver que sus dos hijos la miran como si fuera una niña pequeña con una pataleta. No puede con ellos y menos con ese marido que solo ha dicho cuatro palabras en lo que va de mañana, y solo porque Irene le hizo una pregunta directa. «Cuando diga tu madre». Como si se hiciera siempre lo que ella quiere, o, peor, como si ella fuera la que manda en su casa, cuando en realidad todos hacen lo que les da la gana.

Se calla también porque en las dos mesas cercanas están desayunando sus clientes y no quiere que la vean enfadada. Se ha fijado en que están las chicas por un lado y el vicepresidente que se parece a Lee Kyung y sus jóvenes secretarios en la otra punta del comedor. En la larga espera del día anterior en el hospital, Irene le contó lo del compromiso y que el viaje es para que la pareja se conozca mejor. A ella le parece que no está funcionando.

—Pues nada, me iré a casa y me meteré en cama, a descansar. A ver quién lleva el negocio —protesta, pero sin levantar la voz.

Sus hijos no le hacen caso porque ha llegado una camarera y les ha servido un desayuno completo que proceden a devorar. Irene parece especialmente contenta esta mañana, a pesar de las ojeras y de los bostezos que se le han escapado antes de la llegada de la comida.

Luis, por su parte, no para de mirar de reojo a la mesa de los coreanos. A Maruxa le ha costado aceptar que su hijo es gay, a pesar de que el chico lo tuvo claro desde la adolescencia, pero sigue

siendo su niño y está dispuesta a defenderlo de cualquier prejuicio. Cuando descubre que el secretario Kim se está poniendo colorado ante tanta atención, incluso le provoca ternura.

—¿A que está todo muy rico? —les dice, mientras le sirve otro vaso de zumo a su hijo pequeño y le acerca a su hija el *croissant* que no ha probado. Verlos comer con apetito la pone de buen humor—. La bollería es mejor que la nuestra, creo que les voy a preguntar dónde se la hacen antes de irnos.

Sus hijos sonríen y entonces se da cuenta de que hace menos de un minuto ha dicho que va a descansar y no hacer nada por su negocio.

—Papá, no la dejes trabajar de pie —dice Irene—, que ya sabes cómo es y cuando llegue a casa se olvida de las muletas y de cuidarse el tobillo.

—Hija, como si tu madre me fuera a hacer caso. Si no escucha ni lo que manda el médico.

Un buen rato después, tras terminar el desayuno y recoger sus cosas, salen todos juntos del comedor. En el pasillo, Maruxa se detiene para acomodarse bien las muletas, bajo la atenta mirada de su marido.

—¿Por dónde vas a ir? —le pregunta, cuando lo ve sacar la llave del coche del bolsillo—. Mira que la autopista es muy cara.

—Está Mila sola en el hotel, así que mejor llegar cuanto antes.

—Ella sabe ocuparse de todo, y no está sola que mi sobrina Icía fue ayer para ayudarla.

—Entonces, podemos parar en Santiago, en el centro comercial, para que compres esas deportivas cómodas que te aconsejó el médico, y nos quedamos a comer por allí.

Maruxa nota que algo se va aflojando en su interior, como si una cuerda hubiera estado tensando sus músculos y ahora comenzara a soltarlos, muy poco a poco.

—¿Pero vamos a comer en el centro comercial?

—En donde quieras.

Salen del Parador a la zona de aparcamiento donde esperan sus hijos para despedirse. Los clientes también están allí y, cuando Maruxa se acerca, la saludan con repetidas inclinaciones de cabeza que ella imita, entre risas y algún chasquido en las cervicales. Su cuello no parece estar preparado para las formalidades coreanas.

—Bueno, *filliños*, yo ya os espero en casa —les dice—. *Wait for you in my hotel.* Irene *takes care of you*, ¿verdad, nena? —Le da una palmadita en la cara a su hija, que pone los ojos en blanco—. Y mi Luisiño también. —Palmadita también para Luis—. Hala, nosotros nos vamos. *Bye, bye.*

Su marido espera paciente con la puerta del coche abierta hasta que ella se sienta y le toma las muletas, que lleva al maletero. Cuando cierra el portón, el ruido no le deja escuchar lo último que habla con sus hijos. Supone que están insistiendo en que debe cuidarse el tobillo. Los quiere más que a nada, pero no soporta que se comporten como si ellos fueran los padres.

Antes de arrancar, Luis enciende la radio y pone el canal favorito de Maruxa, Los 40 Classic, donde suenan las canciones que bailaban en la discoteca en la que se conocieron, a principios de los 80. No puede seguir enfadada mientras escucha la voz dulce de F. R. David cantando *Words*. Le vienen recuerdos de las manos de él en su cintura y las de ella rodeándole los hombros, con sus cuerpos moviéndose al compás de la balada mientras el abrazo tímido del principio se iba haciendo más y más estrecho.

—Creo que me apetece *pizza* —dice, cuando entran en la autovía—, pero una de verdad, nada de esas precocinadas que saben a corcho.

Observa el cielo por la ventanilla. La calima ha ido despejando y está azul, aunque algunas nubes comienzan a acumularse en el horizonte.

—Vale, a mí también me apetece. Duerme un poco, si quieres —dice Luis, y extiende una mano para apoyarla sobre las suyas, cruzadas en el regazo—. Te aviso cuando lleguemos.

—A ver si no les llueve —murmura mientras deja que el movimiento del coche la adormezca.

En cuanto sus padres se marchan, Luis camina hasta donde tienen aparcado el Ford Turneo. En la primera etapa, él llevará el auto al punto de destino, con los equipajes, y los esperará allí, pendiente de noticias por si surgiera cualquier contratiempo.

—¿Crees que estarán bien? —pregunta Irene, que aún está mirando el coche que se aleja.

—Claro. Lo del tobillo no es tan grave, y a mamá le vendrá bien descansar un poco. Anda muy estresada.

—Siempre. Pero no sabe vivir de otro modo. —Se ríe su hermana—. Conduce con cuidado y pórtate bien, *dongsaeng*.

—A mí no me llames cosas raras coreanas.

—Solo es «hermano menor». Si fuéramos coreanos, te llamaría así todo el rato. Ellos apenas usan los nombres de pila.

—¿Y yo cómo te llamaría?

—*Nuna*, que es hermana mayor.

—¿Y para distinguirte de Mila?

—Pues dirías: Irene *nuna*, Mila *nuna*.

—Qué rollo. —Luis abre la puerta del coche y se queda parado, con la mano apoyada en la ventanilla—. Oye, y si no uso su nombre, ¿cómo tengo que llamar a Ha Jin?

—Si fueras coreano le llamarías hermano mayor, que para los hombres se dice *hyung*, o por su nombre si es menor. Pero da igual porque no eres coreano —dice, y levanta el dedo índice para remarcar sus siguientes palabras—. Ni tampoco eres su amigo en realidad. Así que le llamas secretario Kim y punto.

El chico chasquea la lengua con fastidio ante sus palabras, lo que provoca que Irene le revuelva el pelo y le obligue a tener que peinarse con los dedos.

—Vale, entonces, ¿cómo se dice secretario Kim en coreano?

—Kim *biso*, con una «o» abierta, como las que usamos en gallego. Ahora que lo pienso, en los *kdramas* todos los secretarios se llaman Kim, no sé por qué. Y, en concreto, hay una secretaria Kim muy famosa. —Irene se lleva una mano a la boca y abre mucho los ojos, lo que hace que su hermano se pregunte qué estará recordando sobre esa secretaria de ficción—. Mejor, llámale Ha Jin-*ssi* y ya está. Debéis tener casi la misma edad, así que estará bien.

—¿La misma edad? Pues Ha Jin-*ssi* tiene pinta de acabar de salir del instituto.

—Por lo que he entendido, acaba de terminar la Universidad, como tú. —Irene pone las manos en las caderas y enarca las cejas—. ¿En qué estabas pensando? ¿Te ligarías a un estudiante de instituto?

—No, no. Menores de veinte ni mirarlos.

—Pues lo mismo con los clientes. —Le amenaza Irene.

—Pues tú bien que miras al CEO *tsundere*.

Irene suelta un resoplido y su hermano una carcajada al ver

cómo sus reveladoras mejillas se van tiñendo de rojo.

—*Tsundere* es una palabra japonesa, ¿seguro que sabes lo que significa?

—Claro, el tío de apariencia fría que oculta un corazón blandito —contesta Luis, llevándose una mano al pecho.

—Se me olvidaba que se te dio por leer manga hace algunos años. De todos modos, no uses palabras japonesas con los coreanos, me temo que aún no les han perdonado que los invadieran durante décadas.

—Puf, esta gente tiene más instrucciones de uso que una Thermomix.

Hace un rato que los clientes los están mirando, a la suficiente distancia para no escuchar su conversación, pero con evidente impaciencia al ver que esta se alarga.

Luis se sienta en el coche, gira la llave en el contacto y busca en el navegador el albergue de Neda, el destino de la primera etapa.

—Bueno, a lo mejor, estos días, puedes enseñarme algunas cosas más de coreano.

—Luis…

—Irene… —se burla de su hermana y de sus cejas alzadas—. Sabes que el secretario Kim es de los míos, ¿verdad?

—¿Del Barça?

—No, loca. De los míos, míos. Vamos, que ayer me puso ojitos nada más verme.

Su hermana resopla y menea la cabeza exagerando su desaprobación.

—No te hagas ilusiones, ni lo vayas a malinterpretar, mira que los coreanos son muy distintos de nosotros en cuanto a su forma de relacionarse. Además, en su país los gays no están muy bien vistos.

—Como aquí de toda la vida, pero eso no significa que no los haya.

—Lo que te digo es que son clientes, así que no vayas a meter la pata.

—El CEO *buenorro* también te pone ojitos y yo no digo nada.

—¿Qué dices? No inventes.

—Vamos que si te los pone, te lo digo yo.

—Que te calles.

—Y aún me tienes que explicar lo que pasó anoche y dónde

dormiste.

Luis se ríe al ver que a su hermana se le pone la cara aún más roja, tanto que parece que haya estado horas a pleno sol sin protección.

—Se hace tarde —dice, mirándose la muñeca derecha en vez de la izquierda que es en la que lleva el reloj—. Nos vemos en Neda, en unas horas.

—Venga, no los machaques mucho, *nuna*.

Irene ríe y le saca la lengua antes de cerrar la puerta y hacerle gestos para que arranque de una vez. Luis mete primera y avanza hacia donde están los coreanos, vestidos con equipación deportiva y bastones para caminar. Abre la ventanilla y les saluda con una mano mientras pasa por su lado.

—*See you later* —les grita y, cuando fija la mirada en Kim Ha Jin, aprovecha para guiñarle un ojo.

Se le ocurre pensar que tenía que haber cambiado con su hermana y hacer él la etapa caminando. Necesita comprobar si el joven secretario es tan fuerte como promete su espalda ancha y su cuerpo fibroso. Por delante tienen cinco días de caminata hasta Santiago, pero después, una vez que lleguen a la capital de Galicia, ya no serán sus clientes y podrá olvidarse de las advertencias de su hermana. Eso si consigue resistirse tanto tiempo a los múltiples encantos del asiático.

Con una sonrisa de anticipación, enciende la radio y por alguna casualidad del destino suena una canción de BTS que hasta él reconoce. Ahora que ha visto de cerca a un chico tan atractivo como Kim Ha Jin, por no hablar del CEO, que parece recién salido de la gran pantalla, empieza a entender la obsesión de su hermana con todo lo que llega de Corea.

Quizá empieza incluso a compartirla.

CAPÍTULO 22

SU JONG

La primera etapa del Camino Inglés es corta o al menos así me lo pareció cuando nos la explicaron esta mañana y nos dijeron que solo eran quince kilómetros.

Horas después, sentado por fin en la puerta del albergue de Neda, con los pies doloridos, me siento como si hubiera escalado el Everest. Solo hemos completado la primera jornada de seis, y a mí ya se me está haciendo muy largo.

Las instalaciones donde dormiremos están en una zona verde, a la orilla de la desembocadura de un río que viene a ser el comienzo, o el final, según se mire, de la ría de Ferrol que hemos venido bordeando todo el camino. Es un lugar realmente bonito y apacible, perfecto para el descanso.

Un poco más allá hay un parque infantil. Irene y su hermano se ríen mientras prueban los juegos diseñados para los niños. Ni la caminata ni la lluvia que tuvimos que soportar un buen rato parece haberles afectado. Han mantenido el buen humor y una complicidad constante que me irrita de una manera extraña. Me temo que pueda ser envidia.

Durante toda la mañana, viéndolos juntos, por fin comprendí lo que ocurrió al despertarnos, cuando ella me confundió con Luis. Me sorprendió porque yo nunca he tenido una relación tan cercana con mis hermanos. Aprecio y respeto a Su-hyun, y a Mi-suk procuro cuidarla, como él me enseñó que debíamos hacer desde pequeños, cuando perdimos a nuestro padre. De nuestra madre no hemos recibido nunca más que instrucciones para la vida que debemos llegar, según ella considera, y reproches cuando nos hemos atrevido

a contradecirla.

Estiro las piernas y me froto los gemelos que aún noto tensos. Entonces vuelve ese recuerdo. Irene sentada sobre mis muslos me toma de los hombros y me sacude mientras dice algo en español. Recreo el momento en el que se da cuenta de que no soy su hermano. Abre tanto los ojos que puedo ver todos los matices de azul de sus iris. De la sorpresa estuvo a punto de caerse de la cama y luego ocurrió lo que ocurrió…

A lo largo de la jornada, mientras caminábamos uno al lado del otro o nos deteníamos a hacer fotos, he esperado inútilmente a que me dijera algo. No sé si quiere olvidar lo ocurrido o si está tan sorprendida como yo. Tampoco he intentado tener una conversación con ella porque no sé cómo sacar el tema. Me he limitado a seguir sus indicaciones y continuar con esta absurda idea del peregrinaje que me han impuesto.

Inspiro lentamente. Llevo días sin practicar yoga pero al menos puedo hacer algunas respiraciones profundas y meditar un poco para calmar mi mente.

Es inútil. Los recuerdos de la noche pasada con Irene y la primera etapa que hemos completado del camino se enredan en mi cabeza y me obligan a rememorarlos y analizarlos paso a paso. Me tiendo sobre la hierba, con los ojos cerrados, y me dejo llevar.

Recuerdo que, cuando por la mañana bajamos andando hasta la oficina de turismo de Ferrol, que es donde dan las acreditaciones a los peregrinos, llamadas «compostelas», nos indicaron que algunos prefieren hacer en el día las dos primeras etapas, lo que serían unos treinta kilómetros. Al momento, Kate Jones dejó bien claro que ella no podía caminar tanto. Park Jiyu apoyó a su amiga, como era de esperar, aunque me pregunto si lo hizo para no acortar la duración del camino.

Hacía una mañana preciosa, fresca y soleada, cuando iniciamos el Camino en el muelle, en el kilómetro cero y volvimos a subir la misma cuesta que acabábamos de bajar desde el Parador de Turismo. Al adentrarnos por las calles rectas que forman el centro de la ciudad pensé en el paseo que había dado con Irene la tarde anterior, aunque me pareció que hacía mucho más tiempo por todo lo que ocurrió desde entonces.

Al pasar ante el bonito café en el que no llegamos a tomarnos el

té y los dulces que nos había servido, el amable dueño nos saludó con un cabeceo y una sonrisa. Más adelante nos desviamos calle abajo y cruzamos unos jardines con una gran variedad de árboles de distintas especies. Irene nos iba explicando que las instalaciones que quedaban a nuestra derecha formaban parte del Arsenal Militar, los museos navales, un gran astillero y, más adelante, otro cuartel de imponente fachada de piedra con un campo deportivo delante.

—Ferrol es una ciudad construida a orillas del mar, pero que apenas se puede ver por todas estas construcciones —continuaba diciendo Irene, mientras nos señalaba la verja metálica tras la que se veía una zona de aparcamiento y varias naves que pertenecían al astillero—. Las dependencias militares y las navales, de construcción y reparación de barcos, se entremezclan entre ellas, acaparando toda la orilla. Ahora pasaremos por la escuela naval, donde se forman los nuevos marineros, y llegaremos al barrio de Caranza, donde por fin volveremos a ver la ría.

Antes nos había explicado que lo que en esa tierra llaman rías son una especie de fiordos, pero sin acantilados en las orillas. Nos contó que la de Ferrol es casi un lago, con una boca de embudo que la conecta a mar abierto, custodiada por dos castillos que, en otros tiempos, protegían la ciudad y su estratégico arsenal de posibles invasiones.

Un grupo de hombres jóvenes, vestidos con camisetas y pantalones cortos azul marino, todos con un evidente rapado militar, nos pasaron por al lado, al trote.

—Si esos son los estudiantes de la escuela naval, estoy deseando ver a los oficiales —bromeó Kate Jones tras lanzar un silbido que hizo volver el rostro a uno de los muchachos.

Las otras tres mujeres del grupo giraron también la cara para seguir la marcha de los reclutas e intercambiaron sonrisas entre ellas. Ha Jin se situó a mi derecha y Luis a mi izquierda, como si pensaran que necesitaba un poco de solidaridad masculina.

—Solo son unos críos —dijo Luis.

Recordé que en la cena del día anterior me contó que había nacido en 1997 y que en unos días celebraba su veinticinco cumpleaños. Había conseguido que a mis treinta y dos años coreanos, treinta según la edad internacional, me sintiera como su padre. Y ahora bromeaba con la edad de los jóvenes marineros,

aunque él también los había mirado al pasar con bastante interés.

—Parece que va a llover —comentó Ha Jin que observaba el cielo cubierto de nubes grises—. Estaba despejado cuando me desperté.

—Esto es Galicia —le respondió Luis, encogiéndose de hombros—. En un mismo día de finales de septiembre puedes pasar por varias estaciones. Un amanecer de verano puede ir seguido de chaparrón primaveral que baja la temperatura y te pide ropa abrigada y café caliente como si estuvieras ya en pleno otoño.

—Por eso su hermana insistió en que debíamos traer chubasqueros.

—Y creo que es el momento de sacarlos de las mochilas —dije al notar las primeras gotas en la cara justo cuando Ha Jin terminaba de hablar.

Habíamos llegado a otro desvío del camino que bajaba directamente a la orilla del mar. A nuestra izquierda, un edificio rectangular con su fachada de piedra y cristal nos ofrecía el abrigo necesario para ponernos los chubasqueros.

—Este es el auditorio municipal, donde se celebran conciertos de todo tipo de música incluidos los del conservatorio, que es el edificio que está al lado.

Irene ejercía su papel de guía tan tranquila y feliz como si estuviéramos dando un paseo por el campo en una bonita mañana de verano. Disfrutaba de su trabajo que desempeñaba a la perfección y solo la había visto distraerse una vez, cuando se volvió para comprobar que la seguía y nuestros ojos se encontraron durante unos larguísimos segundos. Abrió la boca y exhaló un suave suspiro antes de romper el contacto visual. Supuse lo que estaba pensando. Lo que yo también no podía dejar de pensar desde esta mañana. De repente, el chubasquero me pareció una prenda inútil porque tenía tanto calor que estaba seguro de que las gotas de agua se convertían en vapor al tocarme.

Continuamos el camino por una avenida salpicada de árboles, con el mar a la derecha y altos edificios de viviendas a la izquierda. El paseo estaba bastante concurrido, en especial por personas mayores que seguramente seguían las indicaciones de su médico para incluir un poco de deporte en sus vidas. La lluvia era tan suave que se sentía como una caricia.

—En gallego le llamamos «orballo». —Le iba explicando Irene a Mi-suk, que repitió la palabra con bastante dificultad—. Parece que no moja, pero al final agradeceremos los chubasqueros, porque aún nos queda mucho camino.

—Tienen un dialecto propio en esta tierra —le dije porque ya lo había notado, especialmente en la forma de hablar de su padre—, como en Corea, que cada región tiene el suyo.

—El gallego no es un dialecto, es una lengua —contestó la guía, con la expresión de quien ha tenido que dar muchas veces la misma explicación—. En España hay cuatro lenguas oficiales, el español o castellano, el gallego, *galego* en nuestro idioma, el vasco o euskera, y el catalán. Cada una tiene su academia, su diccionario y publicaciones específicas, y están recogidas en la Constitución.

Mi hermana asentía a sus palabras con muchas expresiones de asombro para dejar claro que le parecía muy interesante.

—Entonces, ¿cuántos idiomas habla, Irene *ssi*?

—Pues castellano, gallego, inglés, coreano, portugués, un poco de italiano… —Irene dejó de contar con los dedos y se encogió de hombros, como si quisiera quitarle importancia.

—Guau, a mí también me gustaría hablar tantos idiomas, pero no se me dan muy bien.

—Seguro que otras cosas se te dan muy bien, Mi-suk.

—No sé… —Mi hermana se encogió de hombros y sonrió a las amables palabras de la guía—. Me gustan los videojuegos, pero se supone que las chicas no somos *gamers*.

—¿Quién dice eso? Yo me pasé el confinamiento jugando a Fortnite y no tenía rival.

—¿Habláis de Fortnite? —preguntó Luis en inglés y su hermana le explicó rápidamente lo que hablaban en coreano—. Es cierto, es la mejor —le dijo a Mi-suk—. A mí me enseñó un par de trucos.

Irene trataba de animar a mi hermana para que no pensase en mi madre y en el dichoso compromiso. Sus intenciones resultaban transparentes y se lo agradecí de corazón.

—Supongo que es ese tipo de persona —murmuró Ha Jin y me di cuenta en ese momento de que me había olvidado de que caminaba a mi lado. Se había mantenido en silencio toda la mañana.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

—Del hermano de la guía —dijo como si le costara pronunciar su nombre—. Espero que Mi-suk no se enamore de él y acabe con el corazón roto, porque es de esos que le gustan todas.

—No exageres. El chico solo está siendo amable. Además, ayer no fue por ella por quien me preguntó durante la cena.

Mis palabras lo dejaron callado y pensativo mientras bajábamos por una senda cubierta de guijarros y pasábamos ante una pequeña iglesia ubicada en un montículo frente al mar, que Irene denominó «ermita». A los pocos pasos vimos a nuestros pies una playa, vacía por la lluvia. La otra orilla estaba tan cerca que se podría cruzar nadando. También allí había naves industriales que, según nos informó, eran parte del mismo astillero que habíamos bordeado en este lado.

Continuamos por un camino monótono que solo mejoraba cuando podíamos ver la ría, siempre a nuestra derecha, cada vez más estrecha según se acercaba a la desembocadura del río. Nos detuvimos a descansar en el monasterio de San Martiño de Xubia, del que Irene nos dio una pequeña descripción. Tras contemplar la estructura de estilo románico, visitamos el interior de la capilla mayor, más luminosa de lo que me esperaba gracias a tres grandes ventanas. Lo más asombro del lugar resultó ser el sepulcro de un caballero medieval, con su figura tallada en piedra, como si se hubiera quedado allí dormido.

—En Betanzos podrá ver muchas más como esta —me dijo Irene, que se acercó mientras yo le estaba haciendo fotos—. Allí están las sepulturas de la familia Andrade, señores todopoderosos en otro tiempo, dueños de la mayoría de los terrenos que cruzaremos en nuestro camino.

—Además de idiomas, sabes de Historia, de arquitectura… —le dije, con sincera admiración, cuando ya salíamos de vuelta al exterior.

—Bueno, solo son conocimientos básicos de guía turística —dijo ella, quitándose importancia.

Una leve brisa había arrastrado las nubes y el sol volvió a aparecer, provocando destellos en las superficies húmedas y bañando a Irene con una luz dorada que parecía a propósito enfocada sobre su persona. Me di cuenta de que me había quedado embobado mirándola cuando ella se echó a reír y bajó la cabeza con

gesto tímido.

—Siento haber sido tan brusco esta mañana.

—No tienes que disculparte.

—Me gustaría explicarme —dije y tuve que tomar aliento antes de continuar—. Te enseñan a ser agradecido con los fans, porque de ellos depende el éxito de tu carrera, da igual lo mucho que te esfuerces y lo duro que trabajes, un mal paso con tus seguidores puede hundir tu carrera en segundos. —Ni yo mismo sabía por qué le estaba contando todo esto, era algo que nunca había confesado, ni siquiera a mi familia—. Pero a veces, te sientes un poco cautivo de sus deseos y expectativas.

—Lo entiendo. En el fondo prácticamente sois rehenes de las personas que dicen amaros más que a nadie. Pero te prometo que no soy ese tipo de fan —dijo ella, llevándose una mano al corazón—. Nunca me metería en tu vida privada. Tan solo admiro tu trabajo, y, de verdad, te he echado de menos… En la pantalla, quiero decir…

Esas palabras fueron un bálsamo para una herida que creía ya cerrada. Han pasado tres años y una pandemia mundial por medio que pausó algunos rodajes, pero ya se nota el retorno de la producción masiva de dramas televisivos. Los actores consagrados copan los papeles importantes, mientras algunos jóvenes emergentes roban la atención de los espectadores, con lo que me parece ver cómo día a día mi nombre y mi carrera se van diluyendo hasta quedar en el olvido más absoluto.

—Gracias —dije tan solo. Intenté buscar algo más que añadir, sobre lo que había ocurrido aquella mañana en el hotel, pero el resto del grupo no dejaba de rondar a nuestro alrededor, con evidente curiosidad por nuestra conversación.

—Debemos seguir —anunció Irene—. O no habrá sitio en el albergue cuando lleguemos.

Caminamos por un sendero entre árboles, a la orilla de la carretera. El suelo estaba blando por la lluvia y al poco, justo delante de mí, Park Jiyu se quedó con un pie atascado en el barro. La vi tambalearse y corrí a sostenerla por los codos. Ella me miró sorprendida y balbuceó algo sobre su zapato. La solté para agacharme y comprobar cuál era el problema. El charco formado por la lluvia ocultaba unas raíces en las que había metido la punta

del pie sin darse cuenta. La sujeté por el tobillo y la ayudé a desenredarse con cuidado para no lastimarla. Cuando por fin estuvo libre, dobló la rodilla y movió la pierna con precaución.

—¿Todo bien? ¿Te duele?

—No, no. Estoy bien. Gracias.

Por primera vez desde que nos habíamos encontrado en Madrid, mi prometida me miró a los ojos y me sonrió. No pude soportarlo. Bajé la cabeza y me quedé absorto contemplando mis manos llenas de barro. Me había hecho una herida y un hilillo de sangre brotaba de mi dedo pulgar.

—Ya casi estamos llegando —anunció Luis, para meternos prisa—. Creo que todos necesitamos una ducha caliente y una buena comida.

Busqué a Irene, pero ella no me miraba. Se adelantó con Mi-suk y Ha Jin, y los perdimos de vista en una vuelta del camino.

Así terminó nuestra primera etapa. Desde entonces no ha vuelto a acercarse a mí ni a dirigirme la palabra. Como si la conversación que tuvimos en el monasterio no hubiera ocurrido. Como si los besos de la mañana fueran solo imaginaciones mías.

Y aquí, estoy, sentado en la puerta del albergue, viéndola divertirse con su hermano y añorando cosas en las que procuro no pensar porque duelen demasiado.

Entonces, Park Jiyu se acerca y se sienta a mi lado. Me sonríe de nuevo. Se comporta como si la hubiera salvado de la muerte, solo porque le ayudé a sacar el pie de aquel charco. Empiezo a temer que el plan de mi madre funcione y que este absurdo viaje le sirva, al menos a ella, para aceptar nuestro compromiso.

Busco la mirada de Irene, que se balancea en un columpio, pensativa. Entonces comprendo que ella también lo cree, y por eso ha decidido mantener las distancias.

Una vez más, mi vida no me pertenece y no puedo hacer lo que deseo, solo lo que me marcan. Nada tiene sentido.

CAPÍTULO 23

IRENE

—¿Tú qué crees? —me dice Luis—. ¿Tendremos que hacerles las camas? Me da que son del tipo de los ricos de aquel drama que viste hace mil años, en el que a la protagonista la ponían a trabajar de criada con uniforme.

Me rio al recordar a mi Jandi con una tremenda cofia blanca y delantal con volantes. *Boy over flowers* es la serie con la que descubrí la ficción coreana y por eso la querré siempre, a pesar de todos sus fallos y del increíble peinado de Lee Min Ho.

En la puerta del albergue están sentados Su Jong y Jiyu, charlando más amistosamente de lo que les he visto hasta el momento. Supongo que era de imaginar que su relación funcionaría como el guion de cualquier comedia romántica basada en el tropo *enemies to lovers*. Ella ha visto la luz en cuanto él ha ido al rescate como su caballero de brillante armadura, y ahora lo mira deslumbrada. Me toca aceptar que soy la tercera en discordia y que tratar de entrometerme entre ellos solo servirá para fortalecer su relación.

—Sí —digo, irritada—, seguro que en sus casas tienen un batallón de personal a su servicio, pero aquí tendrán que aprender solitos a abrir la cremallera de un saco de dormir y meterse dentro.

—Te gusta mucho el CEO, ¿verdad? —dice mi hermano de repente, sujetando el columpio para que deje de balancearme.

—No… Claro que no. ¿Cómo se te ocurre?

—Tu boca dice una cosa, pero las miraditas te delatan.

—No los estoy mirando.

—No les quitas ojo desde que ella apareció para sentarse a su

lado.

—Están prometidos —le explico, aunque él ya lo sabe. Mis hombros se encogen y siento que me desinflo—. Sus familias han llegado a un acuerdo y solo les queda aceptarlo.

—Lee Su Jong no parece del tipo que acepte órdenes sin discusión.

—No te imaginas lo que tiene que aceptar.

Cuanto más sé de él, más me duele la vida que lleva. Le obligaron a dejar una profesión que ama para dirigir los negocios familiares, aunque por encima de él hay un consejo de dirección y su omnipotente madre. Y ni siquiera en lo más privado es dueño de sus decisiones. No es de extrañar que parezca tan infeliz.

Añoro su sonrisa de los *kdramas*. La forma en que inclina la cara hacia un lado, cierra los ojos un segundo y deja que aflore a sus labios, con un gesto tan tímido como adorable. Solo la he visto una vez, cuando estábamos cenando en el restaurante coreano de Madrid y Ha Jin se puso a contar historias de cuando iban al instituto. Eso fue antes de que Park Jiyu hiciera su aparición estelar y acabáramos todos juntos en esta extraña aventura.

—Tengo hambre.

Mi hermano se levanta la camiseta y se frota los abdominales marcados con un gesto presumido que me hace sospechar. Miro de nuevo hacia el albergue y veo que también ha salido a la puerta Kim Ha Jin.

—Te he dicho que nada de ligar con el secretario.

Luis pone los ojos en blanco y se baja la dichosa camiseta solo después de asegurarse de que el secretario lo ha visto. Le lanzo un puntapié y soy yo la que suelta un quejido cuando mis dedos impactan con su gemelo de futbolista.

—¿Dónde dices que dormiste anoche? —pregunta con una sonrisa maliciosa—. Porque yo no te oí llegar a la habitación…

Me bajo del columpio y camino hacia donde se ha juntado de nuevo todo el grupo. Mi-suk y Kate charlan animadamente, aunque la secretaria habla un inglés muy precario y la americana no tiene ni idea de coreano, pero parece que logran entenderse en parte también por gestos. Ha Jin, por su parte, le está diciendo algo a Su Jong sobre el alojamiento.

—El hotel está cerca, supongo —dice Park Jiyu y me mira

expectante al verme llegar.

—¿Hotel? —pregunto, sorprendida—. No hay ningún hotel. Esta noche dormimos aquí.

—¿Aquí?

La chica extiende una mano para señalar hacia el interior del albergue, tan horrorizada como si le hubiera dicho que vamos a dormir debajo de un puente, tapados con cartones. Es cierto que el local es pequeño, solo tiene dos habitaciones, una con dos camas reservadas para personas con movilidad reducida, y la grande con veinticuatro literas que, a estas horas, ya están todas ocupadas por otros peregrinos. Suerte hemos tenido de conseguir las nuestras.

—Pero… pero… No podemos dormir con todas esas personas desconocidas. Y solo hay unos baños pequeños…

Espero a que el resto se pronuncie, pero tanto la americana como Su Jong y sus secretarios guardan silencio y me dejan a mí encontrar una solución al problema.

—Lo siento si he entendido mal las instrucciones. Creía que querían vivir el verdadero espíritu del Camino, y utilizar los albergues públicos es la forma más auténtica de vivir la experiencia. Los peregrinos se relacionan entre sí, comparten sus vivencias y crean lazos que se extienden en el tiempo.

Park Jiyu no se ablanda ni un poco al escucharme. Se ha cruzado de brazos en actitud defensiva y busca el apoyo de sus compañeros de viaje, que no parecen tenerlo tan claro como ella.

—Yo paso de dormir aquí —dice Kate—. Las camas son pequeñas y las condiciones higiénicas dudosas. A saber cómo dejará el baño cada uno cuando lo use. —Se gira para mirar a su amiga, que tan solo asiente, con lo que entiendo que se van a ir juntas.

Reconozco que tienen su parte de razón e incluso admiro un poco a Jiyu al ver que, cuando toma una decisión, se mantiene firme en ella. Por lo que he visto hasta ahora, juraría que está atada al compromiso matrimonial por su familia, igual que Su Jong, por eso me alegra descubrir que también tiene carácter.

—Puedo llamar al Parador de Ferrol, a ver si tienen habitaciones libres, y si no, buscaré otro hotel en la ciudad —dice Luis—. Yo los llevo y los traigo por la mañana para seguir el camino.

—¿Se van a ir todos? —pregunto, sin mirar a nadie en particular—. Debemos avisar cuanto antes para dejar las literas

libres.

—Yo me quedo —dice Su Jong, lo que provoca que su prometida dé un respingo de sorpresa.

—Y yo. —Mi-suk levanta una mano, como si estuviera en el colegio. A continuación toma la mano de su primo para levantarla también—. Nos quedamos los tres.

No me pasa desapercibido el intercambio de sonrisas entre mi hermano y el secretario, pero ahora no estoy para eso. Si las cosas se complican, le tocará a Luis solucionarlo. Ya tiene edad para arreglar sus propios problemas, y yo ya tengo bastante con los míos.

Voy a dormir en la misma habitación que Su Jong. Otra vez. Los dos y veintidós personas más. El colmo del romanticismo.

—Nosotras nos vamos —dice Jiyu y le hace un gesto a Kate para que la acompañe al interior donde está su equipaje.

—¿Dónde vamos a comer? —pregunta Ha Jin, al que parece que le importa poco la espantada de las dos amigas.

Ya había supuesto que sería demasiado pedirles que utilizaran la cocina del albergue para preparar algo sencillo, así que he reservado una mesa en la Parrillada Urimare, a la que podemos llegar simplemente cruzando a la otra orilla del río y subiendo por los jardines, sin necesidad de coche. Con lo que a los coreanos les gusta la carne, sé que van a disfrutar de un buen churrasco al estilo gallego.

—En un local aquí al lado —les digo—. Tenemos reserva para ahora mismo.

—¿La reserva es para todos? —pregunta Su Jong, que está más pensativo hoy de lo habitual.

—Sí, claro —contesto.

Él asiente y, sin decir nada más, entra en el albergue. Cuando vuelve a salir, lo siguen las chicas con sus maletas, que Luis lleva al maletero del Ford Turneo.

—Pero después de comer nos vamos —dice Park Jiyu y comprendo que él ha entrado a pedirle que nos acompañe.

Me toca aceptar que no es solo ella la que ha comenzado a mirarlo con mejores ojos. Ambos comienzan a limar asperezas y a mí solo me queda contemplarlos desde demasiado cerca, para mi desgracia.

Le hago un gesto a Luis para que me acompañe e inicio la

marcha bajando al puente de madera que cruza sobre el río.

—A ella le importa más su comodidad que dormir al lado de su prometido en un lugar tan romántico como un albergue de peregrinos —dice mi hermano, que parece que puede leer mis pensamientos con demasiada facilidad.

—Uy, sí, de lo más romántico. No sé cómo los coreanos no vienen a rodar todas sus series a Galicia.

—¿No había una que salía Coruña? Sí, me acuerdo que me la enseñaste. Aparecía la Marina, y la Torre de Hércules, y cuando saltaban al mar, salían en la Playa de las Catedrales. Tremendo chapuzón de aquí a Ribadeo.

Luis se ríe y yo no puedo evitar hacerlo con él, por más que me duela cada vez que me acuerdo de que realmente estuvieron rodando uno de mis dramas favoritos al lado de casa y no me enteré porque estaba estudiando en Salamanca.

En el Urimare les explico la carta y se dejan guiar por mis recomendaciones. Empezamos con una de las espectaculares *pizza* que preparan en el lugar, la especialidad de la casa, y seguimos con el churrasco de cerdo servido en fuentes metálicas que mantienen el calor, acompañado de chorizos criollos, patatas fritas y ensalada. Los coreanos tienen una capacidad infinita para disfrutar de la comida, en eso se parecen bastante a la gente de nuestra tierra, así que el ambiente del grupo mejora mucho según vamos devorando todo lo que nos sirven.

Mi-suk y Kate tratan de aprender a pronunciar «churrasco», peleándose entre risas con el sonido fuerte de la erre doble. La mesa está llena de cervezas Estrella Galicia vacías y, para cuando llegan los postres, las voces y las risas van en aumento.

—Su comida es muy buena —dice la americana, a la que le brillan los ojos mientras se baja su tercera cerveza.

—Y aún tenéis que probar el pescado —contesta Luis—. Y el marisco. Cuando probéis nuestro marisco, ya no os vais a querer marchar.

Estas últimas palabras las dirige a Ha Jin, al que se le han formado dos bonitos coloretes sobre los altos pómulos. El chico no llegó a debutar como *idol*, pero desde luego lo parece porque es alto y no debe pesar más de sesenta kilos, así que me pregunto cómo puede con ese cuerpo ingerir tanta cerveza. Claro que es coreano, y

para ellos beber alcohol es casi una religión.

—Pulpo —dice, arrastrando un poco las sílabas—. Aún no hemos comido pulpo.

Entonces recuerdo que mi madre prometió invitarlos, pero eso fue antes de que se cayera en la ducha y acabáramos en el hospital.

—Lo comeremos en Betanzos —prometo—. En la tercera etapa. Y también tortilla, claro. La tortilla de patatas que se hace en Betanzos es la mejor de España.

—Tortilla —repite Kate con mucha alegría—. Yo querer tortilla.

—¿Sabes español? —pregunto, sorprendida.

—Uno poco. Yo estudio en instituto.

La americana está más cerca de los treinta que de una adolescente de instituto, así que supongo que no aprendió a conjugar bien los verbos o ya se le han olvidado. Aun así, la felicito y chocamos en alto nuestras cucharillas antes de atacar los postres.

Cuando regresamos al albergue, Kate va delante, tarareando una canción de Lady Gaga, seguida por Mi-suk que intenta hacerle el coro aunque apenas se sabe la letra. Luis va con Ha Jin y, cuando el chico se tropieza en el escalón de subida al puente de madera, lo rodea con un brazo y lo lleva así bien sujeto como si temiera que acabara cayendo de cabeza al río.

Delante de mí, que cierro la marcha del grupo, Su Jong y Jiyu caminan en silencio hasta que ella lo interrumpe con una pregunta inesperada.

—¿Prefieres que me quede, *oppa*?

Ya hemos llegado al punto en que comienza a llamarlo *oppa* con confianza. Esto no tiene marcha atrás. Y solo hemos completado la primera etapa del Camino.

—Tienes razón en que no es un lugar cómodo, ni hay apenas intimidad. Creo que estaréis mejor en el hotel —le dice Su Jong, escogiendo con cuidado las palabras.

—Sí, sí, claro.

Estoy casi segura de que la chica esperaba otra respuesta. O bien que le pidiera que se quedara, o que se ofreciera a regresar con ella a la ciudad. Pero la confianza llega hasta donde llega, no muy lejos cuando se trata de coreanos, y no se atreve a desvelar sus verdaderos pensamientos.

Llegamos a la zona de aparcamiento y las dos amigas se suben al

Ford Turneo. Mi hermano no ha bebido porque sabía que le tocaba conducir, así que los despedimos con las manos cuando el coche se aleja hacia la Carretera de Castilla, de vuelta a Ferrol.
El cielo se llena de tonalidades rosa y púrpura a la puesta de sol, y yo aún estoy sentada en el parque infantil, leyendo mi libro. Hace rato que Luis se llevó a los dos secretarios a pasear por los alrededores y tomarse algo. Su Jong ha estado trabajando en la sala común del albergue toda la tarde, con el ordenador portátil y el móvil que casi echaban humo.

Lo de esta mañana parece muy lejano, casi como un sueño. Intento convencerme de que todo está bien, de que al menos me quedará un bonito recuerdo de los días que trabajé para el CEO de Lee Corporation y de la mañana en que besé a Lee Kyung, el actor que me enamoró diez años atrás desde la pantalla, cuando solo era un chico vestido con uniforme de colegio y con un peinado terrible. Suerte que la estética coreana ha mejorado muchísimo en la última década.

Como si mis pensamientos lo atrajeran, lo veo aparecer en la puerta del albergue. Estira el cuello a uno y otro lado y siento la tentación de ofrecerme a darle un masaje. «No, Irene, olvídate de ese hombre», dice una vocecita sensata en mi cabeza. «Lo vas a pasar muy mal si sigues haciéndote ilusiones».

Veo que se está mirando la mano y frunce el ceño, como si hubiera algo mal en su dedo. Entonces recuerdo que antes le he visto sangre en el nudillo, de la herida que se hizo cuando ayudó a Jiyu.

Dejo mi libro y voy hasta el coche para abrir el maletero y buscar el botiquín. Luego me acerco a Su Jong y, sin atreverme a mirarle a la cara, le tomo la mano y reviso la herida. No es muy profunda, pero la piel está rasgada y es mejor prevenir.

—Necesitas una tirita —le digo y tiro de su muñeca para que me acompañe hasta el banco en el que estaba sentada.

Cuando lo suelto, siento que los dedos me hormiguean y me froto la mano en los vaqueros. Él está muy callado, ausente, y sigue así hasta que le pongo un poco de antiséptico y se queja al notar la picazón en la herida.

—¿Eso lleva alcohol? —pregunta, sacudiendo la mano.

—No seas exagerado.

Le vuelvo a sujetar la muñeca y le soplo con suavidad en el dedo. Él se deja hacer y espera en silencio hasta que le pongo la tirita. Al terminar, lo miro por primera vez a los ojos y descubro que me ha estado observando todo el tiempo.

—Gracias.

—No es nada.

Me siento hipnotizada, prisionera del anhelo que creo descubrir en el fondo de sus pupilas.

—Irene *ssi*…

Se queda callado mientras yo me derrito lentamente sobre el banco de madera. Cada vez que dice mi nombre seguido del tratamiento coreano me siento la protagonista de un *kdrama* y hasta me imagino viviendo un final feliz.

—Su Jong *ssi*… —Le imito, solo por el placer de decir su nombre.

—¿Damos un paseo? —pregunta, y extiende un brazo para señalar el paisaje que se va quedando en penumbra.

Asiento y nos levantamos a la vez, yo con el libro en las manos, él con el botiquín. Dejamos las dos cosas en el coche y luego seguimos andando, hacia el puente de madera que lleva a la otra orilla. Me paro antes de cruzarlo para mirar la ría que se abre ante nosotros. Al fondo, sobre los montes tras los que ha desaparecido el sol, el cielo aún tiene un suave tinte rosa.

—Hace una noche preciosa —digo y respiro con los ojos cerrados, saboreando los aromas que nos rodean, a mar y a vegetación, en este punto justo de la desembocadura del río, donde el agua dulce y la salada se mezclan.

Su Jong levanta el rostro y me ofrece una visión de su perfil perfecto recortado contra el cielo mientras mira la luna en cuarto creciente. «La luna está hermosa esta noche», pienso, pero no me atrevo a decirlo en voz alta. Recuerdo esa escena de uno de mis *kdramas* favoritos. El protagonista utiliza ese verso de un famoso poema para hacerle saber a su chica que la ama sin expresarlo directamente ni obligarla a dar una respuesta.

Me siento demasiado poética y eso es peligroso. Sacudo la cabeza para despejar mis pensamientos y hago que Su Jong me mire, con una pregunta reflejada en el rostro. Inclina la cara y el mismo mechón rebelde de siempre se desprende de su impecable

peinado y le roza la alta frente. Noto un hormigueo en la punta de los dedos provocado por la pura necesidad de tocarlo, de comprobar que es real y no la más loca de mis imaginaciones.

—¿Seguimos? —pregunta en voz baja, con un tono que hace eco directo en mi corazón.

—Sí —digo, y consigo que mis piernas funcionen, casi sin temblar, mientras cruzamos el puente de madera.

Al otro lado hay distintos senderos entre el césped. Seguimos el que nos lleva río arriba, hacia el antiguo molino en desuso. Activo mi modo guía turística para llenar el silencio que me pone demasiado nerviosa.

—Este es un árbol famoso —le explico, señalando el magnífico ejemplar que tenemos a nuestra izquierda—. Es una magnolia grandiflora y le calculan más de trescientos años. Hasta escribieron un libro sobre su historia.

—Hermosa… —dice él, y su mirada pasa sobre mí para detenerse apenas un segundo en el árbol y hacer el recorrido de vuelta.

Es una bonita noche para morir, pienso, porque estoy segura de que no salgo viva de este paseo y de todo lo que él insinúa pero no concreta. Puedo soportar al CEO *tsundere*, con todo el morbo que tiene, pero no puedo con este Su Jong que parece haber salido directamente de la pantalla para hacer realidad mis fantasías.

Nos acercamos al tronco que tiene más de seis metros de grosor, como recuerdo haber leído en la prensa. La copa del árbol es tan grande que nos oculta completamente cuando nos metemos debajo. Es como un enorme paraguas verde, lo que me trae recuerdos inevitables de nuestro primer encuentro.

Miro a Su Jong, pero es difícil distinguir su expresión en la penumbra. Nerviosa, doy un paso en falso sobre el terreno desigual y me tambaleo. Su Jong me sujeta por el brazo y me apoya contra su pecho. Nos quedamos así unos segundos, en silencio, casi abrazados. Entonces escuchamos voces de dos mujeres que se acercan, quizá otras peregrinas del albergue que vienen a interrumpir este momento perfecto. Él debe de pensar lo mismo, porque tira de mí para acercarnos más al tronco de la magnolia.

Nos comportamos exactamente como una pareja de amantes pillados en un momento de intimidad. La idea hace que mi

respiración se acelere y más cuando él me toma de la muñeca y me detiene. Su otra mano se posa sobre mi cabeza y evita que choque con una rama larga y gruesa. Nos agachamos para pasar por debajo de ella y, cuando giramos hacia la parte que ha quedado ya en penumbra, donde no llega la luz de las farolas del paseo, vemos a dos hombres que se han quedado paralizados ante nuestra llegada. Uno tiene la espalda apoyada contra el árbol, el otro se inclina hacia él, o, más bien, tengo la impresión de que se está separando tras besarlo.

Un vehículo pasa por la carretera cercana y nos ilumina con sus faros. En los breves segundos que los cuatro nos quedamos mirándonos, sin saber qué decir, escuchamos pasos que se acercan y una voz conocida llama a mi acompañante. Su Jong no sabe a dónde mirar, a la pareja que hemos sorprendido en el momento más inoportuno, o a las dos mujeres que se nos acercan desde la orilla.

—¿Su Jong *ssi*? —repite Park Jiyu, cuando llega a nuestra altura.

Y entonces ella también ve a los dos chicos ocultos tras el árbol. La postura no deja nada a la imaginación.

—¿En serio, Luis? —es lo único que se me ocurre decir.

Mi hermano baja las manos que sostenían a Ha Jin por los hombros y se separa un paso. El muy canalla sonríe y encoge los hombros. El secretario, mientras, intenta fundirse con el tronco en el que se apoya, muerto de la vergüenza.

—Ahora lo entiendo —dice Jiyu, para añadir más confusión a la escena.

Detrás de ella ha llegado Mi-suk que abre la boca asombrada, la vuelve a cerrar y la vuelve a abrir.

—*Daebak* —murmura. Y sacude la cabeza antes de repetirlo—. *Daebak*.

Increíble o asombroso, pero también puede traducirse por genial. No sé en cuál de los tres significados está pensando la chica al descubrir a su primo besando a otro hombre, pero sí sé en lo que estoy pensando yo y se reduce a darle a mi hermano un castigo lento y doloroso por no hacerme nunca caso.

—¿Has vuelto? —pregunta Su Jong a su prometida y al momento la toma por el brazo y, con suavidad, la va alejando del magnolio y de los dos chicos.

—Sí, sí… Pensé que no estaba bien que tú durmieras aquí y yo en el hotel, así que dejé a Kate, y volví, y tu hermana me dijo que os había visto paseando por la orilla…

—Volvamos al albergue —la interrumpe él.

Park Jiyu mira la mano que rodea su antebrazo. Se suelta de un tirón y vuelve para enfrentarse a Ha Jin, que inclina la cara hasta hacer casi una reverencia.

—Podías habérmelo dicho… Debías habérmelo dicho… ¿Qué clase de persona crees que soy?

—Lo siento —dice él.

Ella no acepta la disculpa. Solo gira sobre sus talones y se marcha en dirección al albergue, con la frente alta y la velocidad de una corredora de marcha atlética.

Mientras se tapa la boca para disimular la risa, Mi-suk sigue sus pasos. Su Jong me mira con un gesto inexpresivo y también se aleja por el sendero de vuelta hacia el puente de madera.

No entiendo nada de lo que está pasando. Pero igualmente, voy a matar a mi hermano.

CAPÍTULO 24

ETAPA 2

Tras aparcar cerca del albergue de Pontedeume, Luis da un paseo por la villa. En las terrazas de la Plaza Real se toma un café mientras hojea con desgana el libro que tanto le estaba gustando dos días antes.

Cuando se repartieron las tareas, a él no le importó ser el que se ocupase de llevar el coche con los equipajes, mientras su hermana hacía las labores de guía. Claro que entonces no imaginaba lo rápido que iban a ir las cosas con el secretario Kim.

Se siente inquieto y aburrido a la vez, por eso decide emprender el camino a la inversa hasta reunirse con el grupo que viene andando desde el albergue de Neda.

Aún le tiembla todo cada vez que piensa en los besos compartidos bajo el magnolio. Y a Ha Jin también, al parecer, visto lo nervioso que se pone cuando les da alcance a poco menos de tres kilómetros de la meta del día.

Luis repasa mentalmente todas las instrucciones que Irene le ha dado sobre cómo debe tratar a los coreanos y añade una pizca de sentido común, aunque lo que le pide el cuerpo es comerle la boca al secretario hasta que se olvide de su propio nombre.

Hace un esfuerzo interior por resistirse y saluda con un *good morning* alegre. Después, solo cuando está seguro de que nadie lo mira, le guiña un ojo y provoca que se tropiece con sus propios pies. Luis se muerde el labio inferior para disimular la risa.

—¿Te aburrías mucho? —le pregunta su hermana, que lo conoce bien y adivina la inquietud que sentía por estar solo en el pueblo esperando su llegada. El chico se encoge de hombros como única

respuesta.

La parte del Camino Inglés que va de Neda a Pontedeume es suave y cuando Luis los ha encontrado se les ve bastante frescos. Deja que se adelanten y se queda al fondo del pequeño pelotón que forman los clientes con Irene y Su Jong a la cabeza de la comitiva.

Aún no ha conseguido que su hermana confiese dónde pasó la noche que durmieron en el Parador de Ferrol, pero no tiene duda de que fue con el CEO. Se pregunta si habrán dormido vestidos como en las series que tanto le gustan a ella y que a él le frustran demasiado por la forma tan lenta en que desarrollan los romances.

Mientras suben una cuesta que los llevará a la parte más alta del ayuntamiento de Cabanas, antes de comenzar el descenso hasta el fin de etapa, Luis disfruta de las buenas vistas de Ha Jin, que va justo delante de él. El chico es casi tan alto como el CEO, y algo más delgado, aunque su cuerpo es pura fibra, como pudo comprobar la noche anterior. No hay nada blando ni débil en el secretario Kim, solo esa boca de labios gruesos demasiado bonita para un hombre. Antes de besarlo, Luis le había tomado la cara con las manos y delineado con los pulgares la perfecta curva del labio superior. Sus dedos aún recuerdan el tacto de su piel y le hormiguean de deseo por repetir la caricia.

Como si pudiera leer sus pensamientos, él se gira y lo mira. Le dedica una sonrisa tan tímida que logra que Luis se derrita por dentro. Cuando Ha Jin se da cuenta de que su prima los está observando con las cejas enarcadas, se sonroja como un adolescente.

—Cuidado con el escalón —dice Mi-suk, aunque no hay ninguno delante de ellos.

Los tres se ríen. Los coreanos con esa timidez adorable que Luis empieza a reconocer. El sonido atrae la atención de Park Jiyu que les dedica una mirada que es puro rencor. Se pregunta qué es lo que tiene la chica en contra del secretario, y espera que no sean puros prejuicios homófobos.

Se detienen ante el puente de piedra que comunica los Ayuntamientos de Cabanas, en la orilla en la que aún están, y el de su destino, Pontedeume, que recibe precisamente su nombre por esa construcción sobre el estuario del río Eume.

—Esta zona ha estado poblada desde muy antiguo, pero la carta

de fundación de la villa de Pontedeume la dictó Alfonso X El Sabio en el siglo XIII. —Les explica Irene en inglés, mientras señala a su espalda el pueblo que se descuelga en escalones desde el monte Breamo hasta la orilla del río—. Conserva su casco histórico medieval, con calles estrechas empedradas, soportales y balcones de madera con galerías de cristal. Ahora nos dirigiremos al torreón de los Andrade. —Su dedo índice apunta a la construcción medieval que destaca entre los edificios, a la derecha del puente—. Allí está ubicada la oficina de turismo y más abajo, en esas naves con cubierta de tejas rojas a la orilla del río, está el albergue municipal.

—¿Otra vez un sitio diminuto con literas? —pregunta Kate, que no es la mejor caminante del grupo y parece agotada.

—No te quejes, que ayer dormiste en el hotel —le contesta Jiyu en voz baja, mientras reanudan la marcha y comienzan a cruzar el puente.

—Tenías que haberte quedado tú también. Aún no sé por qué cambiaste de idea a última hora.

—Yo tampoco —dice la coreana, mientras lanza una mirada de reojo a Ha Jin.

Cruzan el puente de piedra, en fila de a dos por la estrecha acera, con la carretera a la izquierda y el río a su derecha, coloreado por las pequeñas embarcaciones que se mueven al compás de la marea. Al otro lado está el puente del ferrocarril y, más allá, se abre la hermosa ría de Ares y Betanzos, llena de playas de arena blanca rodeadas de zonas arboladas.

Aunque va distraído con el paisaje y sus pensamientos, Luis reacciona al ver que la americana tropieza en un desnivel de la acera y alcanza a sujetarla por la cintura cuando la ve tambalearse peligrosamente. Se quedan un momento así, casi abrazados y los dos miran hacia abajo, imaginando la caída de varios metros hasta sumergirse en las frías aguas del río.

—Gracias —dice Kate.

—No hay de qué —contesta él, sin prisa por soltarla hasta que siente que la mirada de Park Jiyu tiene más peligro que aquel tropezón.

El resto también se ha detenido y se vuelven para saber lo que ocurre. Luis se apresura a soltar a la chica cuando Ha Jin los contempla con ojos desorbitados.

—¿Todo bien? —pregunta Irene y Kate levanta los pulgares para responder mientras un ruidoso camión les pasa por al lado.

Terminan de cruzar el puente para adentrarse en la villa. Luis va pensando que tiene que hablar con Ha Jin y que le explique lo que quiso decir ayer Park Jiyu con aquellas palabras tan extrañas que Irene le tradujo después de echarle la bronca.

«Ahora lo entiendo», fue lo primero que dijo al verlos juntos. Y luego algo sobre que debería habérselo dicho. Por lo que él sabe, Jiyu es la prometida del CEO, pero hay algo raro entre ella y su chico y la curiosidad lo está matando.

Su chico. No sabe por qué se le ha ocurrido ese posesivo. Apenas ha pasado nada entre ellos, solo un breve paseo juntos, unas risas, y un par de besos. Pero por algún motivo, le gusta llamarlo así. Incluso ha descubierto que suspira un poco cada vez que lo recuerda. Se frota la nuca, donde lleva el pelo muy corto, y una sonrisa le marca unos surcos suaves en su rostro alargado. Hacía tiempo que no sentía esta emoción del comienzo, y es deliciosa.

No quiere ni pensar en el imbécil de Marcos y todos sus complejos. Tiene que dejar eso ya en el pasado, aunque aún duela.

Tras completar los trámites en la oficina de turismo, sellar las compostelas y asegurarse plaza en el albergue, comen todos juntos en un local con paredes de piedra y robustas mesas de madera. Jiyu mira los platos desconocidos con desconfianza y suspira de puro agotamiento.

—¿Estás segura de que no quieres ir a un hotel? Hemos pasado uno antes de cruzar el puente. —La tienta Kate.

Las dos han salido a la calle para que la americana pueda fumar. Paradas ante la puerta, ven pasar a vecinos y turistas. Los peregrinos son fáciles de reconocer, por su ropa y calzado cómodo. Además, muchos de ellos usan bastones para caminar y portan la concha de vieira que antiguamente se usaba para beber agua en ríos y fuentes. En el suelo, justo bajo su pie, el emblema de la misma concha en bronce indica que la calle en la que están forma parte del camino.

—Se supone que tengo que aprovechar estos días para conocer mejor a Lee Su Jong.

—Lo dices con tanta alegría como si tu prometido fuera Vladimir Putin. —Bromea la americana que, Jiyu lo sabe, considera que el

ruso es la reencarnación del demonio sobre la Tierra.

—No tengo nada contra él, al contrario, creo que en otras circunstancias me gustaría muchísimo…

—¿Putin? Pero si podría ser tu abuelo —dice Kate, y finge escandalizarse solo para lograr arrancar una sonrisa a su compañera.

—Ese no me gustaría en ninguna circunstancia.

Jiyu observa cómo Kate apaga su cigarro con la soltura de una fumadora consumada.

—Esa es la cuestión, ¿no? Las circunstancias. A nadie nos gusta que nos impongan nada, y menos un matrimonio, que se supone que es para toda la vida.

Jiyu asiente, en silencio.

—Es todo tan absurdo… —confiesa—. Yo lo que quiero es seguir estudiando, hacer el máster en Madrid y, luego buscar un buen trabajo. Soy demasiado joven para pensar en formar una familia.

—No sé qué decirte. Soy de un país en el que hacen programas de televisión con chicas de veinte años que van a elegir sus vestidos de novia convencidas de que han encontrado al amor de su vida y que será para siempre. Un país, también, en el que las personas se divorcian al menos dos veces de media en su vida.

La puerta del local se abre y aparece Ha Jin, con el rostro colorado y el gesto de quien ha tomado una decisión importante. Mira a las dos chicas y, con súbita decisión, se para ante Jiyu.

—¿Podemos hablar a solas?

Se despiden de Kate y bajan la calle a paso lento, sin que ninguno de los dos inicie la conversación. Llegan hasta una plaza en la que hay una estatua de bronce de una mujer amasando pan ante la que se detienen.

—Si es por lo de ayer, no tienes nada que explicar —dice Jiyu, un poco exasperada por el silencio del chico—. Es tu vida privada.

—Es por lo que dijiste. Tenías razón. Debería habértelo contado entonces, pero cuando estábamos en el instituto ni yo mismo lo sabía —recita Ha Jin de carrerilla y se guarda las manos temblorosas en los bolsillos del pantalón.

—¿Cómo que no lo sabías? ¿Te gustaban las chicas? —pregunta ella, con la mirada puesta en la estatua y la voz tan baja que él se tiene que acercar para escucharla.

—No… No sé… Creía que sí, porque los compañeros todo el rato están hablando de las más guapas y de las que les gustaban a todos, y yo pensaba que también me tenían que gustar…

La voz de Ha Jin se va apagando y parece que ya no tienen nada más que decirse. Jiyu cuenta hasta tres, y después hasta diez.

—Me sorprendí mucho cuando os vi —dice, tras soltar el aire con un pequeño resoplido.

—Lo siento. Debería haber sido más cuidadoso. Mis primos lo saben hace tiempo, pero Irene… Me muero de la vergüenza cada vez que me habla. Y tú… De verdad que lo siento.

—Ojalá me lo hubieras dicho antes.

—No es fácil. —Le explica Ha Jin, golpeando el suelo con la punta del pie—. Lo intenté con una chica de la Universidad que insistía en que tuviéramos una cita. Pero cuando se lo confesé, pensó que le mentía para librarme de ella. Y después, en la agencia de ídolos, una compañera se me declaró y quise ser sincero con ella. Ese fue el fin de mi breve carrera.

—¿Se lo contó a la gente de la agencia? ¿Te echaron por eso?

Ha Jin asiente con la cabeza y lo ve tragar con tanta fuerza que la nuez se le marca en el cuello de una forma que parece dolorosa.

—Un día me dijeron de repente que mi rendimiento era bajo, cuando hasta la semana anterior me habían felicitado y se comentaba que sería el líder de un nuevo grupo que debía debutar a finales de año.

—Lo siento —dice Jiyu y le pone una mano en el hombro antes de repetirlo bien alto y claro—. Lo siento mucho. Por todo lo que has tenido que pasar, pero especialmente por la parte que me toca. Me porté horriblemente contigo. No podía soportar tu rechazo y además no lo entendía, porque nunca te veía con ninguna otra. —Nota que el chico se estremece bajo su mano y le da unas suaves palmadas para consolarlo—. Espero que algún día puedas perdonarme.

—Yo también lo siento. —Sus ojos húmedos le ponen un nudo en el estómago a Jiyu, pero él hace un esfuerzo por recomponerse y hasta logra sonreír un poco—. Eras la chica más bonita del instituto… Lo sigues siendo.

—Y sigo teniendo el mismo éxito con los hombres —contesta ella, con voz amarga.

Por un momento se ha sentido reconfortada por lograr aclarar por fin su pasado con Ha Jin, pero el recuerdo de su compromiso anula ese momento de alivio.

—Espero que las cosas vayan bien entre vosotros dos —dice el chico—. Os merecéis ser felices.

—¿Crees que podemos serlo juntos?

—¿Por qué no?

Esas tres palabras hacen eco en la mente de Jiyu, como si rebotaran una y otra vez entre sus oídos. ¿Por qué no? Lee Su Jong es un hombre muy atractivo, inteligente, rico, lo tiene todo para ser el marido perfecto y para darle los hijos perfectos. ¿Por qué no?

—Gracias —le dice a Ha Jin—. Por esta conversación, y por todo.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

Él extiende su mano, que ya no tiembla, con el meñique desplegado. Jiyu ríe y lo imita. Enlazan sus dedos y sellan la promesa con los pulgares.

—Vamos, amigo, creo que me apetece algo de postre.

CAPÍTULO 25

IRENE

Tras la larga sobremesa, Su Jong me pide ayuda para buscar algún sitio en el que trabajar con tranquilidad. La experiencia del día anterior en el albergue de Neda no fue muy favorable, por lo que me cuenta, así que lo acompaño hasta la biblioteca municipal. Él lleva en la mano su maletín negro, con el portátil y varias carpetas con documentos. A pesar de que no eligió ese trabajo, no deja de lado en ningún momento sus obligaciones y se esfuerza por cumplir con sus horarios y mantenerse al día de lo que ocurre en las oficinas centrales de Seúl, al otro lado del mundo.

—¿Vas a ir a la playa? —me pregunta cuando nos detenemos ante el edificio de la biblioteca.

Antes de salir del albergue, escuchamos cómo mi hermano le estaba proponiendo el plan al resto que estaban cansados pero no tanto como para rechazarlo. Les hemos hablado maravillas de las playas gallegas y, aunque la de Cabanas es una playa de ría, no tan salvaje ni solitaria como las que Luis y yo preferimos, es una buena opción para descansar el resto de la tarde.

—Creo que sí —contesto—. El agua del mar es perfecta para las piernas cansadas y las rozaduras.

Su Jong mira preocupado mis pies descalzos. Me he puesto unas chanclas de playa nada más llegar precisamente por ese motivo. Por cómodo y adaptado que sea el calzado, tantas horas de caminata pasan factura.

—¿Debería acompañaros? —dice y mi corazón se detiene un par de segundos al pensar en ese cuerpo escultural vestido solo con un bañador y mojado de pies a cabeza.

—¿No tienes… mucho trabajo? —pregunto con la voz estrangulada de la emoción.

—Sí, la verdad es que sí.

Sacude la cabeza con pesar y tengo que sujetarme una mano con la otra para no agarrarlo del brazo, mandar a paseo el maldito maletín negro, y llevármelo conmigo a la playa.

—Nos vemos después —me despido con desgana—. Si cumples con todas tus tareas, prometo invitarte a un helado.

—Te lo recordaré —dice él, que tampoco parece tener prisa por entrar en la biblioteca.

Me alejo calle abajo y no puedo resistirme a echar una miradita por encima del hombro. Él sigue allí. Me saluda con la mano y le devuelvo el gesto con una sonrisa.

«No te hagas ilusiones. Ya sabes cómo acaba esto», dice una voz molesta en mi mente.

«Disfruta del momento. Ni en tu mejor fantasía hubieras soñado con vivir esta experiencia con Lee Kyung», contesta otra voz diferente.

Espera, ¿ahora mi cabeza se está volviendo bipolar o algo así? Quizá es como esas ilustraciones en las que tienes un ángel sobre un hombro y un demonio en el otro. Me pregunto a cuál de ellos pertenece cada voz.

Antes de doblar la esquina de la calle, vuelvo a mirar hacia atrás, pero él ya no está. Debo de haber escuchado la voz de ángel, porque si fuera el demonio, ahora estaríamos los dos camino de la playa.

De verdad que a veces me paso de sensata.

Más tarde, de vuelta del arenal de Cabanas, al otro lado del río, mientras vamos cruzando de nuevo el puente que une las dos localidades, Luis y yo encabezamos la marcha y el resto nos sigue. Los coreanos vienen comentando lo buena que estaba el agua y se ríen cuando Mi-suk dice que se le han arrugado los dedos de estar tanto tiempo a remojo.

Kate Jones se ha quedado en el hotel de Cabanas y me ha dado instrucciones para que le reserve habitaciones en cada etapa. La americana sigue sin poder soportar la idea de compartir habitación y baño con dos decenas de desconocidos.

La sorpresa del día es ver el cambio de actitud de Park Jiyu

hacia Ha Jin. Ahora parecen ser buenos amigos. Incluso la chica comienza a abrirse un poco más hacia el resto.

—Ya podemos dormir tranquilos sin temor a que nos asesine por la noche —me dice mi hermano que se ha dado cuenta de que miro de reojo a los dos en los que estaba pensando.

—¡Hala! Qué bruto.

—A ver, no digo que nos mate con un cuchillo ni nada, pero con una de esas miradas de princesa de hielo puede congelar hasta el mar Caribe.

—Me alegro de que hayan arreglado las cosas entre ellos —digo, aunque desconozco los detalles de la conversación que tuvieron a la hora de comer, solo lo poco que me ha contado mi hermano—. O sea, ¿estaba furiosa porque le gustaba el secretario y ha descubierto que es gay? —le pregunto, para aclararme.

—Creo que no era eso. Más bien lo que le molestaba es que él se lo ocultara pensando que ella tenía prejuicios. He tenido que tirarle de la lengua a Ha Jin para que me lo contara, que es muy reservado y se excusa en que su inglés no es muy bueno.

—A mí me parece que os entendéis de maravilla.

—Es que el lenguaje del amor es universal.

Se me escapa una carcajada ante esas palabras que atrae la atención del resto. Hemos llegado al final del puente y nos detenemos porque hay un coche que está maniobrando delante de nosotros. Ha Jin enarca las cejas sorprendido y el resto me mira con una sonrisa refleja ante mi hilaridad.

—¿El lenguaje del amor? ¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermano Luis? —pregunto, sin dejar de reír mientras retomamos la marcha—. Ay, si te oyera Marcos…

Me arrepiento en cuanto digo el nombre del ex de mi hermano. Aún no me he hecho a la idea de que esta sea su ruptura definitiva porque llevan años saliendo y dejándolo, principalmente por la incapacidad del otro para salir de una vez del armario con todas las consecuencias. Quiero a Marcos como si fuera de la familia, y me obligo a mí misma a respetar su decisión, pero a la vez me da mucha rabia que en pleno siglo XXI alguien sienta que tiene que ocultar su orientación sexual por miedo a los prejuicios, o peor, a la discriminación social e incluso laboral.

—Ese es el problema con Marcos, que nunca me oye —dice Luis,

y se encoge de hombros, con una sonrisa que exagera para tranquilizarme.

Al llegar al albergue nos turnamos para ducharnos y descansar hasta la cena. Mientras espero que Su Jong vuelva de la biblioteca, salgo a sentarme al paseo a leer mi libro. «No porque quiera ser la primera en verlo llegar», me miento a mí misma y vuelve a darme la risa.

No estoy segura de por qué me siento tan feliz. Quizá por estar en mi tierra, por el paisaje, el clima y la buena comida. «Mentirosa», dice la voz en mi cabeza, y no sé si es el ángel o el demonio. Sí, confieso, sobre todo es por el hombre que ha venido caminando a mi lado durante toda la mañana, abriéndose poco a poco para contarme cómo ha cambiado su vida desde aquella tarde de lluvia en Seúl, cuando los reporteros lo perseguían tras anunciar su retirada.

Recuerdo emocionada las palabras de Su Jong sobre cuánto amaba su anterior trabajo y su interés no solo por la actuación sino también por la dirección. Como fan dedicada que soy sigo su canal de Youtube, sin actualizar desde 2019, en el que solía publicar algunos cortometrajes. Son pequeñas piezas artísticas, de paisajes y momentos robados en los descansos de rodajes, a través de las que sus seguidoras creíamos conocerlo un poco mejor.

Después, con una expresión en su hermoso rostro que era pura resignación, me habló de lo que suponía ser el CEO de Lee Corporation. Tareas como enfrentarse con proveedores tramposos, como les había ocurrido en Madrid, en realidad son más habituales de lo que se podía suponer.

Para aliviar un poco la tensión que le producía hablarme de su trabajo, le conté algunas anécdotas de mis años de estudiante universitaria en Salamanca. Le sorprendió saber que me había graduado en la primera promoción de coreano dentro del Grado en Estudios de Asia Oriental. También le conté que poco después, por medio de mi Facultad, conseguí aquella beca que me llevó a Seúl, donde nos conocimos tan inesperadamente. Fue en ese momento, cuando de nuevo ambos estábamos pensando en aquel paseo bajo el paraguas amarillo, cuando Park Jiyu se acercó a preguntar algo que ya ni recuerdo, aunque me pareció obvio que solo lo hacía para interrumpir nuestra conversación.

Por eso ahora lo estoy esperando, entre ansiosa e ilusionada, deseando poder retomar nuestros recuerdos donde los dejamos. Analizar una y otra vez cada segundo del momento en el que conocí a Lee Kyung, ha sido mi pasatiempo favorito en los últimos tres años. Reencontrarme ahora con él, reconvertido en el CEO Lee Su Jong, es una fantasía hecha realidad.

Mi teléfono suena con el tono del WhatsApp y veo que tengo un largo mensaje de audio de mi prima Iria. Intrigada, me pregunto qué será lo que tiene que contarme, hasta que recuerdo que está ayudando en el hostal y que mis padres ya han vuelto a casa, seguramente contando muchas cosas sobre nuestros actuales clientes.

Miro a uno y otro lado para asegurarme de que no hay nadie cerca antes de pulsar el botón de reproducción.

«Tía, tía, no vas a creerte lo que me ha contado tu madre, que dice que estás haciendo el camino con Lee Kyung, es que me parto, vamos, nada menos que Lee Kyung, y ¿quién más? ¿Park Hyung-sik? ¿Song Kang? Que dice que ahora es el CEO de la empresa familiar y por eso ya no hace dramas. De verdad que el drama lo tiene montado tía Maruxa en la cabeza. Que yo pensaba que ya los distinguía bien, pero ahora resulta que es como esas que dicen que "los chinos esos son todos iguales". Y, espera, que su secretario dice que se parece a Jung Hae In, pero con la carita que tenía en *Something in the rain*, cuando se ligó a Ye Jin antes de que viniera el capitán Ri y se la levantara. En serio, prima, que tu madre mezcla a actores y personas reales, y se cree que todos se enamoran de verdad cuando ruedan una serie juntos. Ah, y que también hay una *rapaciña* que se da un aire con la protagonista de Amor a la luz de la luna, que le he preguntado si va vestida de eunuco y me ha dado una colleja que casi me tienen que poner collarín. Mira, yo no sé qué medicinas le han dado para el tobillo en el hospital, pero debe ser droga dura, Diazepam 20 por lo menos. Pero vamos, que no te preocupes, que delirios aparte, está muy bien y tu padre no le deja caminar sin las muletas. Pues nada, prima, que disfrutes del camino y de tu CEO, que estoy deseando conocerlos a todos. Oye, ¿me mandas una foto? Porfaaa. Venga, chao. *Biquiños*[8]».

Al terminar el mensaje me tengo que frotar los ojos para secarme las lágrimas. Aún me estoy riendo en voz baja cuando

levanto la vista y descubro a Su Jong parado a dos pasos de mi banco, mirándome preocupado. De la sorpresa, doy un saltito y el móvil se me escurre entre las manos. Por suerte él tiene buenos reflejos y consigue atraparlo antes de que se estampe contra el suelo.

—¿Todo bien? —me pregunta al tiempo que me devuelve el teléfono.

—Todo bien. Solo era… un mensaje de mi prima.

Me cuesta hablar sin soltar una carcajada al pensar en Iria y en mi madre teniendo conversaciones surrealistas sobre los coreanos.

Su Jong me sigue mirando, en silencio, concentrado como si hubiera algo en mí que le molestara. Lo veo estirar una mano, despacio, y me quedo paralizada, a la espera, sin saber si va a abrazarme o acariciarme la cara. Noto apenas el contacto de sus dedos sobre mi hombro y entonces me muestra una hojita que ha debido de caerse del árbol sobre nuestras cabezas. Suelto el aire que he estado conteniendo y se me escapa otra carcajada suave.

—¿Ya has vuelto? —pregunta la voz de Jiyu a mi espalda. Su Jong asiente, mirando por encima de mí—. ¿Vamos a cenar?

—Sí. Voy a dejar mis cosas —contesta él, levantando el maletín de cuero que lleva—. Nos vemos ahora —me dice antes de irse hacia el albergue. Su última mirada logra que se me encojan los dedos de los pies.

Cuando me giro para seguirlo con la vista, me encuentro con la mirada intensa de la coreana. Puede que la chica se haya relajado un poco tras la conversación con Ha Jin, pero a la vez se muestra más interesada que nunca en Su Jong y, al parecer, comienza a sospechar del tiempo que pasamos juntos.

—Irene *ssi*… —dice Jiyu, y sus eses suenan más intensas de lo normal—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro, para eso estoy —contesto al momento, con mi modo profesional activado.

—Esta noche me gustaría cenar a solas con Su Jong *ssi*. —Hace una pausa dramática solo para dejarme digerir lo que significa ese «a solas»—. Si usted y su hermano se ocupan de llevar a algún buen sitio al resto del grupo, le estaría muy agradecida. Yo invito.

—Por supuesto —digo con una sonrisa que me cuesta la vida mantener—. ¿Quiere que le recomiende un restaurante?

—Ya he buscado uno —contesta la coreana, mostrándome su teléfono—. Se llama «La Solana» —pronuncia en español con dificultad mientras me señala las indicaciones del mapa—. Esto es al otro lado del río, donde hemos estado en la playa, ¿no?

—Sí, sí. En la avenida que queda tras el pinar. Lo conozco por referencias. Es un sitio elegante y con buena cocina. Les gustará.

La chica asiente y se da la vuelta para entrar en el albergue, en busca de Su Jong.

Y es así, de esa manera tan simple, como se hace añicos el bonito castillo de cristal que había comenzado a construir en mi cabeza.

CAPÍTULO 26

SU JONG

El restaurante al que Jiyu me lleva está vacío cuando entramos. Los horarios de este país no tienen nada que ver con los coreanos, como compruebo día a día. De hecho, para nosotros es tarde para cenar, mientras que los españoles siguen en la playa y probablemente llegarán cuando nosotros ya hayamos terminado.

Nos sientan en un rincón discreto y me pregunto si lo habrá pedido así ella cuando hizo la reserva. No sé qué pensar de esta cena a solas y me siento tan incómodo que me limito a dejar que tome la iniciativa en todo, empezando por la selección del menú. El camarero que nos acompaña a la mesa no habla inglés y tiene que pedir ayuda a una compañera para entenderse con nosotros. Echo en falta a Irene. Y no solo por su función de intérprete.

—¿Deberíamos tomar pescado? —pregunta Jiyu, que ordena una y otra vez los cubiertos colocados a ambos lados del plato, como si intentara decidir cuál de ellos debe usar.

—Sí, me parece bien.

La camarera nos recomienda los platos más destacados del menú y nos indica también algunos fuera de carta.

—Quizá prefieres carne —dice Jiyu, elevando un poco la voz para atraer mi atención.

—Lo que te apetezca.

No hay agua en la mesa y noto la garganta seca como si acabara de atravesar el desierto. El día ha sido caluroso, incluso en el agradable edificio de la biblioteca, y lamento haberme perdido la tarde en la playa.

—¿Puede traernos agua, por favor? —pide Jiyu a la camarera,

como si hubiera leído mis pensamientos.

Al poco regresa con una jarra de cristal y llena nuestros vasos. Le doy las gracias en español y recibo como recompensa una sonrisa amable que mantiene la distancia entre cliente y empleada. Al otro lado de la mesa, Jiyu parece tener un pensamiento bastante distinto, por la forma en que resopla con poco disimulo.

Seleccionamos un entrante y un plato de pescado cada uno. Mientras esperamos, me limito a beber agua y contestar a sus intentos de conversación, que giran en torno al clima, el restaurante y el cansancio por las largas jornadas de camino. Me molesta lo mucho que se esfuerza por buscar algún tema que me interese, sin acertar con ninguno.

—*Oppa*, ¿sabes que fuimos al mismo instituto? No nos conocimos entonces porque, cuando yo llegué, tú te habías ido a Estados Unidos.

Relleno el vaso de agua que he vaciado de un trago. Jiyu no ha probado el suyo.

—Ha Jin me lo comentó.

Se queda un rato pensativa, jugando con la cadena del colgante que lleva. Tengo la impresión de que le preocupa lo que mi primo me pueda haber contado de ella y casi me siento tentado de forzarla a confesar lo que pasó entre ellos. No lo hago porque en realidad no me interesa tanto. Si fuera algo importante, Ha Jin me lo habría dicho.

Llega el entrante que hemos pedido, filloas rellenas de langostinos y puerros. Mientras comemos, el restaurante se va llenando poco a poco y las voces que llegan de otras mesas alivian un poco el silencio de la nuestra.

—Está muy rico, ¿no? —comento, para no dejarle a ella todo el peso de la conversación.

—Sí, muy rico —contesta con una sonrisa que no llega a sus ojos.

De repente, me pregunto cómo sería tener una cita de verdad con Jiyu, sin obligaciones, sin compromisos forzados; solo por nuestra propia voluntad. Quizá nos habríamos conocido en algún momento, por medio de amigos o en algún evento social. Sin duda me habría fijado en ella porque es una mujer realmente guapa, con bonita melena negra, ojos grandes y piel perfecta. Además, la he

observado alguna vez cuando está relajada, hablando con su amiga Kate, y es entonces cuando pienso que me podría gustar. No puedo decir que mi madre me esté exigiendo ningún sacrificio ni haya tenido el mal gusto de intentar emparejarme con un deshecho como el que ha escogido para mi hermana.

Mis pensamientos me arrastran y me doy cuenta de que la velada avanza solo porque los camareros han retirado los platos y nos han traído los segundos. Yo he pedido merluza al horno y ella brocheta de pescado. La observo un rato, como si no supiera por dónde empezar a comer.

—Si prefieres el mío, podemos cambiarlos —le ofrezco al verla tan dudosa.

—No, no, gracias. Solo estaba pensando en que no se parece nada a nuestros pinchos callejeros de pastel de pescado.

No me imagino a una mimada heredera como Park Jiyu comiendo en un puesto de comida callejera, pero el recuerdo de algo tan típico de nuestro país logra que compartamos una sonrisa nostálgica.

Después de esa breve conexión, la velada sigue deslizándose de la manera más aburrida hacia su fin. Pienso en lo fácil que es charlar con Irene, incluso a pesar de las inevitables barreras del idioma. La intérprete es habladora y espontánea. Cuando toca un tema que le interesa especialmente, o se encuentra algo en el camino que le llama la atención, lo expresa no solo con la voz sino con todo su cuerpo. Agita las manos para subrayar sus palabras, sonríe y abre mucho los ojos, esos ojos que hacen palidecer el cielo hasta en un día perfecto de otoño como el de hoy.

Siento la vibración del teléfono en el bolsillo y lo saco para consultarlo. Tengo un mensaje de Mi-suk en el que solo hay un montón de emoticonos absurdos. Le contesto con una interrogación.

—Oppa… Oppa…

La voz de Jiyu me llega como a través de un cristal y me cuesta un verdadero esfuerzo regresar al lugar y a la compañía que no he elegido.

—Perdona, estaba distraído. ¿Qué decías?

—Que no tengo más apetito —contesta ella de una forma que deja claro que no está repitiendo lo que me debo haber perdido.

Descubro que sobre la mesa han vuelto a dejar las cartas y que

ella la tiene abierta por los postres. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo han retirado los platos vacíos.

—¿No te gustaría algo dulce? —Intento adivinar. Estoy casi seguro de que ella ha propuesto compartir algún postre y la he ignorado de la forma más grosera.

—¿A ti te apetece?

No me mira cuando hace la pregunta, solo se toca la melena con gesto distraído mientras mantiene la cabeza gacha.

—No, la verdad es que no.

—Debe de ser agotador —dice de repente y abandona su postura pasiva y distante para enfrentarme con más valor del que ha demostrado hasta ahora.

—No entiendo…

—Que todas las mujeres a tu alrededor te admiren con tanto descaro —añade, haciendo un gesto con la barbilla hacia la camarera que sirve la mesa de al lado—. Entiendo que un hombre como tú no tenga prisa por casarse.

—Creo que es un malentendido. Confundes admiración con lo que solo es amabilidad profesional.

—Sí, como la de la intérprete —murmura tan bajo que no estoy seguro de haberla escuchado bien—. Supongo que así era tu vida antes, cuando eras Lee Kyung, siempre rodeado de mujeres dispuestas a cualquier cosa por conseguir tu atención.

—No importa cómo era mi vida antes, eso ya es pasado —digo de una forma que le impide seguir la conversación por ese territorio pantanoso.

—Pasado… —dice ella, poco convencida de mis palabras.

—Lo siento —reitero mis disculpas—. Lamento no ser una buena compañía. Es difícil mantenerme al día con el trabajo y todo lo que ocurre en las oficinas centrales desde aquí, y más con la diferencia horaria. No había programado pasar tantos días en España y se está volviendo todo un poco caótico.

—No te preocupes, lo entiendo —dice ella, aún dolida, pero esforzándose por mostrarse generosa.

—A pesar de todo esto… —digo y muevo una mano para hacer un gesto vago que no se refiere a nada en particular—, creo que podríamos ser amigos, pase lo que pase, ¿no te parece?

Jiyu levanta el rostro de repente y me mira como si la hubiera

insultado. Se pone tan blanca como el mantel que aferra con tanta fuerza que temo que dé un tirón y arrase con todo lo que hay sobre la mesa.

—Tengo… Tengo que ir al aseo.

Se aleja temblorosa sobre sus altos tacones. Después de dos días consecutivos de largas caminatas y una tarde de playa, debe ser un esfuerzo considerable para ella andar con ese calzado. Aun así, a pesar del cansancio y los pies doloridos, se ha vestido como si tuviéramos una cita en un elegante local de Seúl. Y yo no he sido capaz de decirle ni el más mínimo halago sobre su aspecto.

Si lo que pretendo es dejar claro que soy su peor opción como futuro marido, lo estoy consiguiendo sin esforzarme.

Entonces me acuerdo del mensaje de mi hermana y vuelvo a abrir el WhatsApp. No me ha escrito nada, así que le envío uno a Irene para preguntarle si todo está bien. Solo cuando le doy al botón de enviar me doy cuenta de que podría haberle escrito a Ha Jin, pero ella me ha venido primero a la mente. Es lo que me pasa desde hace días. Siempre ella.

IRENE: Mi-suk ha bebido un poco de más, pero no te preocupes, ya volvemos al albergue.

Se me escapa una sonrisa al ver la foto que me envía en la que están las dos haciendo el signo de la victoria delante de un bar en una de esas calles estrechas de Pontedeume. Noto una presencia cercana y veo que Jiyu ha vuelto del baño y está parada a mi espalda, mirando mi teléfono. Lo apago con un gesto culpable mientras ella rodea la mesa y se sienta sin decir palabra.

—¿Qué te parece si pedimos helado? —le pregunto, avergonzado sin saber bien por qué—. Lo tienen de muchos sabores.

—Estoy cansada, me gustaría irme.

—¿Quieres otra cosa? ¿Café?

—No, no quiero nada —contesta ella, como una niña pequeña con una rabieta. De su pequeño bolso saca el móvil y teclea un mensaje rápido.

Pido la cuenta y la pago sin mirar en ningún momento a la camarera, a pesar de que me parece un comportamiento bastante grosero hacia ella, que se ha visto en medio de una situación ajena que la salpica sin motivo.

El silencio nos envuelve de nuevo, como un manto frío y pegajoso. Intento convencerme de que es mejor así, nunca he querido que Jiyu se haga ilusiones con esta relación, pero tampoco pretendo herirla.

—¿Puede pedirnos un taxi? —le digo a la camarera cuando está retirando las copas.

—Ahora mismo —me contesta y se aleja hacia la barra.

—¿No está demasiado cerca para ir en taxi? —pregunta Jiyu.

—Pareces cansada.

Su gesto severo se suaviza un poco. Veo que la pantalla del móvil se ilumina y ella vuelve a ignorarme mientras escribe otra sucesión de mensajes rápidos.

—Voy a recoger mis cosas para ir a dormir con Kate al hotel. —Me informa.

No estoy seguro de qué espera de mí, que intente retenerla o que la acompañe, pero no voy a hacer ninguna de las dos cosas. Volvemos al albergue en el taxi, cada uno mirando por su ventanilla hacia el río que brilla con el reflejo de la luna llena. Es una hermosa noche y lo sería más en la compañía adecuada, pero ninguno lo es para el otro. Resulta tan evidente que sufro de un instante de ansiedad ante la idea de convivir toda mi vida con una persona con la que apenas puedo mantener una conversación interesante.

—Mi-suk ha bebido algo de más —le digo cuando el taxi se detiene ante el albergue—. Irene me escribió por eso.

—¿No debería ser parte de su trabajo evitar que algo así ocurra? No conocemos las bebidas que se venden en los locales, y ella debería estar más atenta.

—No —contesto, sorprendido ante su argumento—. No es su responsabilidad ser la niñera de mi hermana.

—Y, por supuesto, vas a defenderla —dice antes de bajarse y cerrar de un portazo.

Pago al taxista y salgo también del auto para enfrentarme con su enfado creciente.

—¿Te ayudo a recoger tus cosas? Le he pedido al taxista que

espere para llevarte al hotel.

Ella se aleja del auto, pero se detiene antes de cruzar la puerta del albergue.

—Quiero que la despidas. En realidad, deberías despedirlos a los dos visto lo que ocurrió entre tu primo y ese chico.

Su petición me sorprende tanto que apenas sé qué contestar. No entiendo el ataque, a menos que esté pagando con Irene y su hermano la decepción de la velada. O que sea otro absurdo momento de celos como el que ha tenido en el restaurante.

—Lamento que estés descontenta con sus servicios, pero los necesitamos y a estas alturas del camino sería una pérdida de tiempo y una molestia tener que buscar otros guías.

—Ella… —Jiyu aprieta tanto la boca que temo que se esté mordiendo la lengua—. Ella te gusta, ¿verdad?

No esperaba una pregunta tan directa y no sé qué responder.

Por mi cabeza pasa una sucesión de imágenes que parecen el tráiler de una película. Irene bajo la lluvia en Seúl. Irene en el aeropuerto de Madrid, con aquellas zapatillas mojadas que la hacían patinar. Recuerdo la mirada fulminante de sus ojos azules cuando el impresentable de la distribuidora la estaba amenazando, y, sin orden ni sentido ninguno, sus risas aquella misma noche cuando cenamos juntos y Ha Jin contaba recuerdos del instituto. Recuerdo un paseo por Ferrol, y su preocupación en el hospital. Y los besos. Esos breves besos que compartimos en la cama y que parecen haber sido solo un hermoso sueño.

¿Que si me gusta Irene? Haría el camino mil veces solo por compartirlo con ella.

—Eso no tiene importancia —contesto en voz alta—. Al igual que tú, no soy dueño de mi vida.

Cuando digo la última palabra veo que mi hermana se asoma a la puerta del albergue. Se tambalea un poco, tiene la mirada vidriosa y noto cómo le tiembla el labio inferior. Me temo que ha escuchado nuestra conversación.

—Entonces hablaré con tu madre y ella se ocupará de despedirlos —dice Jiyu, que no la ha visto salir.

—¿A quién quieres despedir? —pregunta Mi-suk y logra que mi acompañante dé un salto de la sorpresa al escuchar la voz a su espalda—. ¿A Ha Jin? ¿A mí?

—No pasa nada. —Intento tranquilizarla, pero el alcohol habla por la boca de mi hermana y se acerca a Jiyu a la que apunta con el dedo índice.

—Tú… ¿Qué pretendes? Explícate de una vez.

—No deberías beber tanto —contesta ella y se tapa la nariz con desagrado.

—Pues a ti te vendría bien beber un poco a ver si se te quita ese enfado que tienes con el mundo.

—¿Qué sabrás tú?

—Sé mucho más de lo que te crees. Sé lo que es tener una madre que intenta casarte con un hombre que nunca hubieras elegido. Solo que tú eres muy afortunada, porque mi hermano… —Mi-suk me señala ahora a mí con el dedo que mueve a uno y otro lado como si fuera una veleta agitada por el viento—. Mi hermano es el mejor. Y a mí quieren casarme con el matón de la clase.

Apenas entendemos la última palabra porque se echa a llorar a gritos. La abrazo y le doy palmaditas en la espalda mientras le susurro palabras tranquilizadoras. Jiyu nos mira con su habitual gesto de desaprobación multiplicado por dos.

—Será mejor que recoja mis cosas —dice tras lanzar una mirada al taxi y descubrir que el conductor asiste muy divertido a nuestra discusión. No creo que haya entendido ni una palabra, pero parece darle igual.

—Vete —chilla Mi-suk con voz desafinada—. ¡Vete y no vuelvas!

Entonces es Irene la que aparece en la puerta del albergue, con los ojos muy abiertos y gesto preocupado.

Jiyu pasa por su lado sin mirarla y desaparece en el interior del alojamiento. Yo sigo abrazando a Mi-suk que solloza cada vez más bajito.

—Está bien. Todo va a estar bien —le susurro.

—*Oppaaa* —berrea con toda su alma—. *Oppa,* no te cases con ella. Quiero… Quiero tener una hermana que sea mi amiga, no a esa estirada que nos odia a todos.

—No nos odia.

Jiyu vuelve a salir con una maleta pequeña.

—¡Mírala! Ni siquiera quiere dormir con nosotros. No nos soporta.

Giro con mi hermana en brazos, como si bailáramos, y le aprieto

la cara contra mi pecho para ahogar sus palabras.

Jiyu deja que el taxista guarde su maleta y se sube en el asiento trasero sin despedirse. Cuando el auto se aleja, escucho el silbido que suelta Luis y me giro para ver cómo Irene le da una colleja.

—Vamos a dormir —le digo a Mi-suk, que se agarra a mi brazo para mantenerse en vertical.

—La odio.

—No la odies. Solo es una rehén, como nosotros.

—Creo que voy a vomitar…

Se suelta de mi abrazo y echa a correr hacia el lado contrario. La sigo y a mi lado corre también Irene. La sujetamos entre los dos cuando se asoma peligrosamente al borde del paseo sobre el río y esperamos a que vacíe todo el contenido de su estómago mientras nos miramos por encima de su cabeza. Cuando finalizan las arcadas, Mi-suk se deja caer y acabamos los tres sentados en el suelo.

—Lo siento —le digo a Irene, que sacude la cabeza con una sonrisa—. Menudo viaje te estamos dando.

—La verdad es que resulta bastante entretenido —dice ella y al momento se arrepiente de su sinceridad—. Perdón, no debería haber dicho eso. No es que no me preocupen vuestros problemas. No soy una persona insensible.

—Lo sé, tranquila. Supongo que visto desde fuera parece el argumento de un drama.

—Un poco, sí —dice, y nos reímos los dos al pensarlo. Risas que se duplican al notar que Mi-suk se ha quedado dormida sobre mi hombro y resopla con poca elegancia.

—¿Qué ha bebido? —pregunto, sorprendido porque he visto a mi hermana vaciar una botella de *soju* sin problemas.

—Nuestro licor de hierbas —dice Irene con una sonrisa nerviosa—. Digamos que tiene un poquito de graduación más que el *soju*. Un poquito, bastante —añade—. Y que les ha gustado mucho, a ella y a Ha Jin, que se ha quedado dormido en cuanto llegamos al albergue.

—Recuérdame que no lo pruebe. No soy muy bueno bebiendo.

Me encojo de hombros y eso hace que Mi-suk resople y balbucee algo incomprensible. Miro a Irene por encima de la coronilla de mi hermana y nos sonreímos. No puedo evitar preguntarme por qué es tan fácil hablar con ella y tan difícil con Jiyu.

—¿La cena ha estado bien?

Lo pregunta como si caminara sobre cáscaras de huevo. Es evidente que sabe la respuesta, así que no tiene sentido disfrazar la realidad.

—He tenido reuniones de negocios más entretenidas.

—Lo siento.

—No es tu culpa. —Mi hermana da un saltito en medio de su sueño y tengo que sujetarla bien para que no se caiga de espaldas—. Deberíamos irnos a la cama.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de cómo suena al ver que las mejillas de Irene se tiñen de un rojo revelador.

—Sí, sí, mañana tenemos una etapa larga —tartamudea un poco al contestar.

—Vamos, *dongsaeng* —Levanto a Mi-suk que apenas puede abrir los ojos y camino con ella pegada a mi costado, sujetándola por la cintura.

—¿A dónde vamos?

—A dormir.

—Vale. Tengo mucho sueño.

Un buen rato después, tendido en una litera alta con la mirada en el techo, sigo pensando en qué momento todo se complicó tanto. Trato de calmar mis pensamientos y mi respiración, pero es complicado en medio de los ruidos extraños de una habitación llena de gente. Me asomo por el borde del colchón para mirar a Irene, que duerme al otro lado del estrecho pasillo. Se ha destapado porque hace calor y puedo ver el movimiento suave de su pecho al inspirar y espirar. Lo sigo hipnotizado mientras lo imito sin apenas darme cuenta y así, poco a poco, me voy quedando dormido.

En mis sueños, una noche más, aparece ella. Nos rodea un paisaje de intensos tonos verdes y sobre una mesa veo una botella de licor con dos vasos. Me siento en paz.

CAPÍTULO 27

IRENE

Me despierto cuando las primeras luces de la mañana iluminan la habitación. El cansancio por las largas jornadas se me acumula en piernas y espalda, y el colchón del albergue no es el mejor en el que he dormido. Tampoco el peor, no es que esté acostumbrada a hoteles de cinco estrellas, la verdad. De hecho, nuestro hotelito familiar tiene categoría de hostal y ya me imagino lo que van a opinar de él Park Jiyu y su amiga. Supongo que tendré que reservarles habitación en algún alojamiento de lujo en Santiago.

A pesar de lo incómodo de la cama, lo que me pide el cuerpo es quedarme un buen rato remoloneando dentro de mi saco de dormir. Cierro los ojos e intento volver al sueño feliz que tenía antes de despertarme. Estaba en la playa, era de noche, pero había una luna inmensa que llenaba de estrellas el agua oscura. Al mirar hacia abajo veía mis pies bañados por las olas mansas. Me sentía feliz y en calma, especialmente por la persona que tenía a mi lado: Su Jong.

No quiero, pero tengo que levantarme por una urgencia que me recuerda lo mucho que bebimos la noche anterior. Camino de puntillas entre las literas para ir al baño y descubro que hay dos vacías. Las que debían ocupar Luis y Ha Jin, uno enfrente del otro.

De verdad que mi hermano no vuelve vivo a casa.

Cruzo el albergue dispuesta a recorrer Pontedeume en pijama y chanclas para encontrarlos, y, en la penumbra de la entrada, me choco contra un muro de ladrillos. Está húmedo y huele a playa. Levanto las manos y las poso sobre unos pectorales que parecen esculpidos en piedra. Miro hacia abajo para ver un bañador y unas

piernas largas y fuertes. Vuelvo a mirar la camiseta blanca mojada que se pega a ese cuerpo escultural como una segunda piel y sigo el recorrido visual hasta encontrarme con los ojos de Su Jong y su boca apretada en una sonrisa que apenas puede contener.

—¿Te has caído al mar? —Es lo único que se me ocurre preguntar.

Él sacude el flequillo húmedo que casi le tapa los ojos y noto cómo me caen dos gotas sobre la frente.

—Vengo de la playa. —Aclara.

—¿A estas horas? El agua estaría helada.

Mis manos siguen sobre su pecho y mi cuerpo encaja en el suyo como si hubiera encontrado el molde al que pertenece. Tengo la impresión de que le falta el aliento. Como a mí.

—No tanto —contesta.

Lo veo tomar aire por la boca de una forma muy lenta. Puedo notar el movimiento de cada uno de los músculos de su torso mientras inhala.

¿Debería soltarlo? Sí, debería. Pero yo no soy la tímida protagonista de un *kdrama* y en España no tenemos el excesivo respeto por la distancia física que ellos practican. Por eso no voy a desperdiciar la oportunidad de alargar este momento íntimo con el hombre con el que llevo fantaseando desde aquel beso en el Parador de Ferrol.

Entonces noto un pinchazo en el vientre y recuerdo la urgencia que me sacó de la cama tan temprano. Maldita sea. Aprieto los muslos y recuerdo los ejercicios de Kegel de aquel curso al que mi madre me obligó a acompañarla. Según ella, nunca eres demasiado joven para comenzar a fortalecer el suelo pélvico.

—Yo iba a…

No puedo terminar la frase. Por mucho que me cueste separarme de él, la urgencia es real, así que, con todo el dolor de mi corazón, suelto a Su Jong y salgo disparada hacia el baño.

Cuando vuelvo él no está por ninguna parte. Compruebo que tampoco ha regresado a su litera, así que salgo a la acera. Lo veo sentado en un banco del paseo, de espaldas a mí. El sol naciente lo ilumina como si fuera un foco en un plató. Levanta una mano para peinarse el pelo húmedo y asisto fascinada al juego de los músculos de su brazo que la camiseta sin mangas deja a la vista.

Intento reaccionar, pero me cuesta. No es la misma persona vestido de traje, que con la ropa deportiva que usa para el camino, o ahora, simplemente con un par de prendas mojadas. Aunque a mí me gusta de todas las maneras, esa es la verdad.

—¿Estás bien? —me pregunta, tras girarse para mirarme por encima del hombro.

—Sí, sí… Yo… Es que… Luis y Ha Jin no están en sus literas.

—Están en la playa. —Me explica, mientras me acerco y me siento a su lado—. Hemos ido los tres juntos. Ninguno podía dormir.

Tal vez debería comentar algo sobre lo que está ocurriendo entre mi hermano y su primo, aunque en mi opinión, los dos son mayores y es un tema personal en el que no deberíamos meternos. No, no voy a abrir ese melón.

Tampoco estoy segura de que deba volver a preguntarle por su cena con Jiyu. Es evidente que no fue todo lo bien que la chica esperaba, pero no dejo de darle vueltas a las palabras que él le dijo a Mi-suk: «No la odies, es solo una rehén, como nosotros». Cuanto más los conozco a todos, más me duele la vida que llevan. La empatía no es el mejor de los dones, desde luego, siempre acabo sufriendo por los males ajenos.

—Hoy tenemos una etapa algo más larga. Son unos veinte kilómetros hasta Betanzos, y nos vamos a encontrar con algunos desniveles importantes, empezando ya por la salida de Pontedeume que es todo cuesta arriba —digo y termino la frase señalando con una mano el pueblo y el monte a nuestras espaldas.

No sé por qué he activado mi modo guía profesional. O sí. Porque me pone muy nerviosa estar sentada al lado de Su Jong y que permanezca cerrado en sus pensamientos. Quizá debería volver al interior y descansar un poco más. En cuanto hago ademán de levantarme, él me sujeta por la muñeca y lo impide.

—Quédate un poco más conmigo.

Cinco palabras que suenan como el más bello poema escrito. Ojalá significaran tanto como mi loco corazón quiere creer.

Su Jong retiene mi mano durante unos instantes más de lo necesario, pero al final acaba soltándola, con una exhalación que suena como un suspiro. No sé qué le habrá hecho Jiyu para que esté tan desanimado. Dudo entre sacudirlo por los hombros y decirle que

se espabile y tome las riendas de su propia vida, o besarlo hasta que se olvide de todo y de todos.

No hago nada. Me digo a mí misma que no es porque sea una cobarde, es que no soy nadie para meterme en su vida.

Sobre nuestras cabezas el cielo es de un azul que casi hace daño y el sol comienza a calentar un poco, pero no lo suficiente para Su Jong y su ropa mojada.

—¿Tienes frío? —pregunto por qué me da la impresión de que se estremece un poco cuando nos llega una brisa desde el río—. Deberías ir a ducharte, antes de que se levanten todos y se llene el baño.

Parece que le hace gracia mi preocupación porque su boca se curva en el primer amago de sonrisa del día.

—Sí, señora. —Bromea, con una inclinación de cabeza.

No puedo dejar de mirarlo. Cuando se levanta observo con avaricia cada pedazo de piel desnuda que su escasa ropa deja expuesta. Es como una fantasía de concurso de camisetas mojadas. Me pregunto si se bañó con ella o es que se la puso sin secarse porque no llevaba toalla. Da igual. Benditas sean las camisetas blancas de algodón fino y el agua de mar. Amén.

—Una etapa larga y dura, ¿no? —pregunta, y no entiendo si hablamos del camino o de otra cosa.

Asiento con la cabeza mientras él se apoya en respaldo del banco y levanta una pierna, sujetándola hacia atrás por el tobillo, para estirar los cuádriceps. Después repite con la otra. Cuando termina con las piernas, hace algunas rotaciones de hombros y también estira brazos y cuello. Cuando pone las manos en las caderas para hacer rotaciones de torso, siento que me voy derritiendo como un cubito de hielo al sol. Pronto solo quedará de mí un charco sobre el banco.

—Te invito a desayunar —digo de repente y no sé ni cómo han salido esas palabras de mi boca—. Tenemos que coger fuerzas para el camino —añado, en un alarde de ingenio provocado por mis neuronas muertas tras este amanecer en su compañía.

—No tardo nada —contesta y vuelvo a derretirme un poco al sentir que mi invitación lo hace feliz.

En cuanto se va noto que también tengo un poco de frío por la brisa mañanera. No porque él se haya llevado todo el calor que

genera con su presencia. O sí.

Decido regresar a mi litera un ratito más. Cuando paso por la puerta del baño, esta se abre de repente y Su Jong sale. Con una toalla enrollada a las caderas. Y nada más. Siento que las rodillas me fallan y tengo que apoyarme en el quicio de la puerta.

No sé qué he hecho para merecer este regalo para la vista, pero gracias de corazón a las diosas de este y todos los universos.

—No tengo champú —dice él, por toda explicación.

—Te dejo el mío —consigo contestar con la voz estrangulada.

Observo sin disimulo lo que antes palparon mis manos. El corazón me late tan fuerte que me parece escucharlo en el silencio que sigue. También tengo un nudo en el estómago que no es de nervios, sino de pura ansiedad por volver a tocarlo. De verdad que no se puede ser tan perfecto. Esos hombros anchos, esa cintura estrecha, el dibujo perfecto de los pectorales y abdominales… No hay Photoshop que pueda igualar tanta perfección.

Me cuesta la vida separarme del marco de la puerta y entrar en la habitación en busca de mi neceser. Cuando vuelvo para entregarle el champú, él me sonríe y me regala una vista de su espalda que parece demasiado ancha para el hueco de la puerta. Ahora comprendo a esas damiselas victorianas y sus desmayos.

Por favor, que alguien me traiga las sales.

Betanzos nos recibe con un cielo gris plomo, a juego con las calles de piedra de su casco histórico. Agotados tras la larga y complicada caminata, nos sentamos en la puerta del albergue con otros peregrinos que hacen cola para conseguir litera.

En cuanto sellan sus compostelas, Jiyu y su amiga Kate se van en un taxi al hotel más cercano. La princesa de hielo ha vuelto con agravantes. Apenas ha dirigido la palabra a nadie en el camino y sus miradas asesinas me han recordado las palabras de mi hermano el otro día, cuando por un momento creímos que era humana y tenía un corazón bajo tanta escarcha.

Luis me hace un gesto que conozco demasiado bien y nos alejamos juntos en dirección a la imponente iglesia de Santa María del Azogue.

Aprovecho el momento para deshacerme de las perneras de mi pantalón que tiene cremalleras en el muslo para poder usarlo también como *shorts*. Me lo dejé largo esta mañana porque sabía

que pasaríamos por zonas de mucha vegetación, con el peligro de arañazos, o peor, de urticarias por alguna planta. Cuando me agacho para quitármelas, mi cuerpo agradece el estiramiento y suelto un quejido mientras vuelvo a enderezarme. Me froto las lumbares mientras dejo que mi vista se pierda más allá del atrio de la iglesia. Estamos en una zona alta desde la que se puede ver la parte antigua de la ciudad y el desnivel que lleva al río que acabamos de cruzar a nuestra entrada.

—Esta noche me llevo a Ha Jin de fiesta, que en Betanzos hay mucho ambiente.

Me siento en las escaleras del *cruceiro* de piedra, tan cansada que mi espalda se dobla sola y tengo que apoyar los codos en las rodillas para sostenerme.

—De verdad, Luis, ¿qué le estás haciendo a ese pobre chico?

—Ese pobre chico se lo pasa muy bien en mi compañía, que lo sepas. Creo que soy su primer amor, o al menos el primero que lo ha besado.

—No bromees con esas cosas. Al final le romperás el corazón, porque tú sigues pillado de Marcos, a mí no me engañas.

Luis resopla con ese gesto terco suyo tan familiar. Se sienta a mi lado, pero con el cuerpo girado hacia la calle que lleva al albergue, por lo que solo puedo verlo de perfil. Noto la sombra de la barba y el juego de los músculos sobre la mandíbula cuadrada. Mi hermano pequeño se ha convertido en un hombre mientras yo andaba lejos de casa tratando de ganarme la vida.

—Lo de Marcos se acabó —dice entre dientes.

—Eso lo he oído demasiadas veces.

—Por eso esta vez va en serio.

—¿Y cuál es el plan? ¿Te irás a Corea con Ha Jin? Te recuerdo que es un país bastante intolerante con los gays.

—A ver, no exageres. Tampoco es que me haya enamorado y quiera hacer una tontería como cambiar toda mi vida por él.

Me llevo las manos a la cabeza y tengo que resistir la tentación de tirarme de los pelos.

—Eso es lo que te estoy diciendo precisamente, cabezota. Que no le des esperanzas y luego lo dejes tirado.

—Solo nos estamos divirtiendo. No te pongas intensa.

—¿Lo sabe él? ¿Lo de que solo es diversión? Porque sería muy

feo que se enterara demasiado tarde.

Luis se levanta y estira las piernas con gesto nervioso.

—De verdad que no te soporto cuando te pones en plan hermana mayor. Menudas chapas me sueltas.

—Un poco de *sentidiño*, Luis. No te comportes como el típico tío que solo piensa en sí mismo.

—¿Qué hago entonces? —pregunta, un poco desesperado—. De verdad que me gusta Ha Jin, y lo pasamos bien juntos.

—Díselo. Dile que hace poco que has roto con una persona muy importante para ti y que no estás preparado para una relación seria. Tiene derecho a saber que solo buscas una aventura del momento. A lo mejor para él también eres eso mismo. Un experimento para confirmar su orientación sexual.

—¡Oye!

—¡Ahhh! ¿Te duele? Mira, pues piensa en eso antes de seguir engañando a Ha Jin.

—No lo engaño. —Aún protesta, con la voz de un niño que está recibiendo una bronca paterna.

—Pero no le dices toda la verdad.

—Vale. Vale. Está bien. Pesada, que eres una pesada.

—Y tú un niñato.

—Tengo veinticinco años.

—Pues te comportas como si tuvieras quince.

Luis va a gritarme algo más, pero se para y mira hacia la acera por la que se acerca Su Jong con un gesto de preocupación en el rostro.

—¿Ocurre algo? —pregunta y los dos decimos que no con la cabeza y las manos, como siameses perfectamente sincronizados—. Se oyen vuestros gritos desde el albergue.

—Solo es una pequeña división de pareceres —contesta Luis, con las palmas en alto.

—No deberías gritarle a tu hermana mayor.

Agradezco sus palabras, aunque me parecen muy divertidas. Ojalá aquí se respetara a los mayores como lo hacen ellos.

—No pasa nada —insisto.

—¿Te ha contado que hoy le salvó la vida a un niño? —dice Su Jong, que se acerca para sentarse con nosotros en las escaleras del *cruceiro*.

—¡Qué exagerado! —exclamo, pero Luis ya está esperando que le cuente la historia.

Ocurrió esta mañana mientras desayunábamos en un café de Pontedeume. Un niño de unos cuatro años había estado corriendo por todo el local, molestando a clientes y camareros, que le dieron caramelos para tratar de entretenerlo. El pequeño se puso a saltar mientras comía uno y se lo tragó entero. El padre entró en pánico igual que el resto de los que estaban alrededor, así que a mí me tocó hacerle la maniobra de Heimlich. Y ya está. Fin de la historia.

—¿Hay algo que tu hermana no sepa hacer? —le pregunta Su Jong a Luis, al que le ha contado la historia con bastante más adorno de lo que yo lo haría—. Habla un montón de idiomas, es guía turística, tiene unas piernas de acero… —Señala por un momento mis pantorrillas al decirlo y, al momento, desvía la vista, un poco colorado al descubrir que he acortado mi pantalón—. Y además sabe hacer primeros auxilios. Incluso me curó un dedo.

—No es para tanto —digo, con una risita avergonzada.

—Bueno, Irene es así —dice mi hermano, y se encoge de hombros mientras suelta una risita—. Santa Irene le llamamos en casa. Ella es de las que va recogiendo gatos callejeros, y necesita cuidar de cada ser vivo a su alcance que esté en problemas.

—Eso no es malo —contesta Su Jong al tono burlón de mi hermano—. En realidad, es muy generoso.

—A menos que sea una señal de que sufre carencias afectivas que la impulsan a buscar el cariño ajeno a través de buenas acciones. —Suelta el que solo estudió un año de Psicología y abandonó la Universidad porque le parecía una pérdida de tiempo.

—Oye, no hables de mí como si no estuviera presente —protesto, dándole un empujón.

—¿Así que desayunasteis solos esta mañana? —pregunta, porque, obviamente, es lo que más le ha interesado de toda la historia que le contó Su Jong.

—Vosotros no estabais —le recuerdo su aventura en la playa al amanecer—, y Mi-suk necesitaba dormir un poco más después de lo de anoche.

Mi hermano se tapa la boca para indicar que no va a añadir nada más, pero solo porque está Su Jong. Sé lo que quiere echarme en cara, que mientras yo le doy consejos sobre su relación con Ha

Jin, estoy haciéndome ilusiones con un hombre que está comprometido. Y con su novia delante.

—¿Deberíamos ir al albergue? Ya habrá avanzado la cola —propongo.

Recojo las perneras de mi pantalón y las estrujo entre las manos mientras me levanto. Entonces noto el cansancio en los gemelos y me paro a estirarlos, apoyando la punta del pie en un escalón.

—No te apures, que ya voy yo delante —me dice mi hermano y se aleja, con la evidente intención de dejarnos a solas.

—¿Sabes…? ¿Sabes si hay alguna biblioteca cerca…? ¿O algún otro sitio… para trabajar?

Su Jong apenas puede hilar las preguntas mientras yo sigo estirándome. Me siento un poco poderosa en este momento, cuando es él quien me mira con algo parecido a la admiración que yo siento cada vez que lo tengo delante. Bien pensado, se merece que le devuelva lo que me hizo sufrir esta mañana con esa camiseta mojada.

—No estoy segura —contesto y cruzo un brazo por delante del pecho para estirarlo haciendo fuerza con la muñeca contraria—, pero pregunto en el albergue y te acompaño después de comer.

—Gracias —dice, con un leve cabeceo—. ¿Hoy es el día en que por fin comemos pulpo?

—Es cierto, casi se me olvida. Pero lo prometido, es deuda. —Estiro mi meñique para hacer el gesto de promesa.

Su Jong levanta también su mano y, una vez más, unimos nuestros dedos y sellamos lo prometido con los pulgares. Cuando nuestros ojos se encuentran, demasiado cerca, hay tanto deseo en su mirada que noto un pequeño seísmo recorriendo mi cuerpo desde la coronilla hasta la punta de los pies.

—Ese sitio que cruzamos esta mañana, antes del campo de golf… —murmura, y sé exactamente de qué lugar me quiere hablar.

Mi mente retrocede a un sendero verde, a un puente sobre un riachuelo casi seco y al instante en que me detuve para ajustarme los cordones de las botas mientras el grupo se adelantaba, dejándome sola con Su Jong. «¿Un *selfie*?», me preguntó, sacando del bolsillo trasero su móvil. Asentí con la cabeza y posé a su lado bajo la bóveda esmeralda, tan nerviosa que solo se me ocurrió hacer la señal de la victoria como haría cualquier adolescente coreana.

—No me has enseñado la foto —le reprocho y al momento la está buscando en su galería.

La verdad es que es realmente bonita, y no solo por el sitio. No me había dado cuenta de cómo él inclinó la cabeza para salvar nuestros casi veinte centímetros de diferencia de estatura. Estamos hombro con hombro y nuestras sonrisas parecen el reflejo una de la otra. Es una foto de pareja perfecta. Solo que no somos una pareja.

—Soñé con este sitio. —Me cuenta—. Antes de que comenzáramos el camino, ¿o fue cuando aún estábamos en Madrid? Sí, creo que sí. Vi un camino muy parecido a este, con los árboles que formaban un túnel sobre nuestras cabezas.

Intento tragar saliva, pero mi boca está completamente seca. ¿Acaba de decir «nuestras cabezas»?

—¿Estaba yo en tu sueño? —Logro preguntar con un hilo de voz.

Su Jong asiente, muy despacio, sin dejar de mirarme a los ojos de una forma que retuerce mi corazón.

—Siempre estás en mis sueños —contesta, en el momento justo en que un coche muy ruidoso pasa por la calle adoquinada y ahoga sus palabras.

Seguro que he escuchado mal. Es solo una fantasía mía o, quizá, estoy tan cansada que me he quedado dormida y he vuelto a mi propio sueño, en el que estábamos en la playa y me sentía tan feliz.

Un silbido largo y penetrante me saca de mi ensoñación y veo que mi hermano nos está haciendo señas para que nos apuremos.

—El albergue —murmuro—. Vamos, o nos quedaremos sin plazas para esta noche.

No estoy huyendo, o eso me digo a mí misma. Al final voy a tener que reconocer que, cuando se trata de Su Jong, no soy tan valiente como me gustaría.

Me pregunto si algún día recordaré esto como el momento en el que pude vivir una aventura con el hombre con el que he fantaseado durante una década. Quizá entonces me daré cabezazos contra las paredes por mi absurda ética laboral y personal.

CAPÍTULO 28

LUIS, HA JIN Y UN RECIÉN LLEGADO

Es temprano aún para la discoteca, que está medio vacía, y Luis, Ha Jin y Mi-suk, se entretienen en la barra, cada uno con una copa en la mano, hablando aún del delicioso pulpo que han cenado.

—Os juro que este sitio suele estar lleno —dice Luis—, pero es que en España somos de salir muy tarde, más o menos a la hora en la que vosotros ya estaréis en el tercer sueño.

Mi-suk sonríe con gesto incómodo. Desde que llegaron, la chica atrae las miradas de los pocos clientes que van llegando y Luis puede notar su agobio. Cuando un grupito de cinco veinteañeros vestidos de Pull&Bear pasan por su lado, uno de ellos, el que lleva una gorra de visera calada hasta las cejas, se detiene y abre la boca como si fuera la primera vez en su vida que ve a una mujer tan guapa.

—Tío, tremenda *geisha*. —Suelta, y la peste a cerveza de su aliento llega hasta a Luis, que es el que más alejado está de los tres.

—Quita, anda, que la asustas. —Le para los pies uno de sus amigos, muy alto y delgado, que lo agarra por los hombros y le obliga a dar un paso atrás—. Perdona, chica, que este es muy bruto.

—No habla español —dice Luis, interponiéndose entre los dos amigos y Mi-suk.

—¿Es tu novia? —pregunta el primero, mientras el resto de los amigos se acercan para enterarse de lo que está pasando.

—Es una amiga.

—¿Y no podemos invitarla a una copa?

—Ya tiene una.

Al de la gorra no le gusta la actitud de Luis y lo deja bien claro.

La borrachera hace que fracase de una forma lamentable cuando intenta ponerse derecho y mostrarse amenazante.

—¿En qué quedamos? ¿Es tu amiga o tu novia? ¿O eres su guardaespaldas?

Luis mira preocupado a sus acompañantes, que no se están enterando de nada. Conoce a los tíos como el borracho al que se enfrenta y sabe que solo buscan bronca. Mira al amigo que aún lo sostiene por los hombros y que está bastante más sereno. Sin palabras, se entienden bien entre los dos.

—Vámonos, tío, que aquí no tenemos nada que hacer. —Trata de convencerlo el otro—. Además, ¿qué vas a decirle a una chica que no te entiende una palabra?

—No estaba pensando en hablar con ella.

—Serás cabrón. —El chico alto finge una risa desganada y poco a poco lo va alejando casi sin que el otro se entere.

El resto de amigos rodean al de la gorra, le ponen otra cerveza en la mano y se lo llevan a la pista, donde algunas chicas se mueven a ritmo de salsa. Tras asegurarse de que ha perdido el interés, el otro se vuelve a Mi-suk.

—*Sorry* —le dice y la chica agita una mano para indicar que no ha pasado nada—. No es japonesa, ¿verdad? —pregunta a Luis.

—Son coreanos.

—De la Corea buena, supongo. —Se ríe al decirlo y un poco más al ver cómo Luis pone los ojos en blanco—. *My name is* Adrián.

—*My name is Mi-suk Lee.*

—*Nice to meet you.*

El chico se pone muy recto y hace una inclinación de casi noventa grados, ante el asombro de la chica que le hace gestos para que se detenga. Luis ni se esfuerza en explicarle que una reverencia así es una exageración, incluso él lo sabe.

Ha Jin se presenta también cambiando el nombre de su orden para poner el apellido detrás, a la manera occidental. Añade a su presentación que Mi-suk es su prima. Sus palabras son una advertencia, deja claro su parentesco para pararle los pies a Adrián, que repite la inclinación y el «encantado de conocerte» con una sonrisa amable.

Ninguno de los tres habla muy buen inglés, pero entre palabras sueltas y mímica, consiguen mantener una breve conversación en la

que el gallego se entera de que son peregrinos y solo van a pasar esa noche en Betanzos. Luis deja su copa vacía sobre la barra y trata de llamar la atención de algún camarero, ahora que el local comienza a llenarse.

—Yo también quiero otra —le dice Ha Jin y hace un gesto hacia la pareja que sigue hablando—. ¿Podemos fiarnos de él?

—No parece mala gente, aunque tenga esos amigos. —Señala hacia los otros que están molestando a las chicas que antes bailaban tranquilamente.

Apenas termina de decir esas palabras cuando se da cuenta de que Mi-suk parece muy incómoda. Adrián se acerca demasiado a ella para hablarle y, como le saca una cabeza de altura, se inclina de forma que parece que la arrincona contra la barra. Cuando la toma del brazo y trata de llevarla a la pista de baile, Ha Jin corre a separarlos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta en coreano, mientras le agarra con tanta fuerza la muñeca que el otro lanza una exclamación de dolor y suelta a Mi-suk.

—Solo quería llevarla a bailar —le dice el otro a Luis—, ¿por qué se pone así?

—No puedes tomarte esas confianzas con una chica que acabas de conocer.

—¿Confianzas? Solo la he cogido de la mano.

—En su cultura se respeta mucho el espacio personal y no se toca a los desconocidos. —Luis se interpone entre Ha Jin y Adrián. Es el más bajo de los tres y tiene que doblar el cuello parar mirarlo a la cara, pero eso no le preocupa—. Además, tío, la forma en que le estabas hablando, ¿has visto alguna vez uno de esos documentales de un león acechando una gacela?

—¿Estás de coña? ¿Qué pasa contigo? ¿Es que se te pegan sus modales o algo? Es la forma normal en se entra a una tía. No me he pasado ni un pelo.

Adrián mira a Mi-suk que está pegada a la barra y no levanta la vista del suelo. Parece que sigue sin entender lo que está ocurriendo. Se revuelve el pelo con gesto desconcertado y da unos pasos a su alrededor como si estuviera mareado.

—Creo que eres mejor que esos tíos con los que vas, ahora se lo estaba diciendo a Ha Jin. ¿O me equivoco?

—No te pases que son mis amigos.

—Igual deberías buscarte otros.

En la pista de baile, el guardia de seguridad de la discoteca les está diciendo unas palabras a los otros para que no sigan molestando a las chicas.

Adrián sacude la cabeza y vuelve a pasarse los dedos por la cabeza con tanta fuerza que Luis teme que se arranque algún mechón.

—Lo siento —dice en voz baja, y, a continuación, más alto y mirando a Mi-suk—. *I´m sorry*.

La chica inclina la cabeza y agita las manos para indicar que no pasa nada. Adrián se va alejando, caminando hacia atrás, de vuelta con sus amigos. Cuando se reúne con ellos, los observa con disgusto.

Luis se gira hacia sus acompañantes, le pone una mano a Ha Jin en los hombros demasiado tensos, y le da unas palmaditas para tranquilizarlo. Mi-suk les dice que tiene que ir al aseo y la vigilan para asegurarse de que nadie la molesta en su camino.

—¿Ese que no deja de mirarnos, es de tu familia? Os parecéis mucho, el mismo pelo rubio y tiene los ojos azules como tu hermana.

—¿Quién…? —no termina la pregunta porque se queda congelado en el sitio al ver al chico parado al otro lado de la pista. Tarda un buen rato en encontrar su voz—. No, no somos familia.

—Pero os conocéis…

Es una afirmación, no una pregunta, y Luis asiente mientras sus ojos no se apartan del recién llegado. Supone que ha visto todo lo ocurrido, incluida la forma en la que acariciaba el hombro de Ha Jin. Se da cuenta en ese momento de que su brazo sigue sobre él y lo suelta como si quemara.

—Tengo algo que decirte… Lo siento, debería habértelo dicho antes, mi hermana me lo advirtió.

—Ahora me dirás que estás casado y tienes dos hijos. —Bromea inesperadamente el secretario, antes de añadir, más serio—. Es tu chico, ¿no?

—Es… Marcos.

Ahora es él el que quiere tirarse de los pelos. De todas las discotecas de la provincia, su ex tenía que aparecer precisamente en

esa. No es que le sorprenda, a Marcos siempre le ha gustado ir lejos de Compostela para divertirse. Él solía acusarlo de que lo hacía para que no los vieran juntos.

—Quizá deberías hablar con él. —Aconseja Ha Jin.

—Lo siento… —repite—. Lo siento. Las cosas entre nosotros son… complicadas, siempre lo han sido. Llevamos toda la vida juntos, pero no conseguimos que funcione.

—No tienes que explicarme nada.

—Sí, tengo que hacerlo. Estos días contigo me lo he pasado genial, de verdad. Me gustas mucho, Ha Jin.

—A mí también me gustas —dice el coreano con las mejillas un poco rojas—, pero siempre he sabido que había alguien más. Tú no te das cuenta, pero a ratos suspiras como si te doliera el corazón.

—Me tomas el pelo.

—No, no, de verdad que lo haces. —Ríen los dos hasta que Ha Jin vuelve a buscar a Marcos y descubre que se está acercando—. Viene hacia aquí.

—¿Qué hago?

—No sé… ¿Sacarlo a bailar? O quizá te saque él.

—Eso no va a ocurrir ni en mis sueños. Marcos nunca ha salido del armario.

—Y ese es el problema, supongo.

Ha Jin se calla y mira con ojos expectantes al recién llegado. Luis puede sentirlo muy cerca de su espalda. Reconoce su perfume y hasta cree sentir el calor de su cuerpo acariciando su piel. Se vuelve despacio, a cámara lenta, sin saber muy bien lo que va a ocurrir.

—¿Este es tu nuevo novio? —pregunta Marcos más dolido que enfadado—. Pensaba que era tu hermana la flipada de los asiáticos.

—Es un cliente. Y un amigo.

—Parece que os lo pasáis bien juntos.

—Sí.

—Vale.

—Pues vale. —A punto de darse la vuelta e ignorarlo, Luis decide saciar antes su curiosidad—. ¿Y tú qué haces aquí? ¿Con quién has venido?

—Solo.

—¿Solo? ¿A Betanzos? ¿Por qué…?

Marcos le esquiva la mirada y entonces lo sabe. Unas horas antes

ha publicado en su historia de Instagram una foto del grupo delante del albergue, cuando salían a cenar. No puede evitar sentir un calor reconfortante al pensar que su chico no ha dudado en coger el coche y hacer los sesenta kilómetros de Santiago a Betanzos para verlo.

—Me largo por donde he venido. Que lo pases bien, Luisito.

—Marcos… —Extiende una mano para agarrarlo por el antebrazo antes de que le dé la espalda. No sabe lo que va a decir hasta que las palabras salen de su boca—. Te echo de menos.

—No me hagas esto. —Le suplica, entre enfadado y conmovido.

De repente lo agarra por el cuello y se inclina hacia él, piensa que lo va a besar, pero lo único que hace es juntar sus frentes. Se quedan así un largo rato, respirando el aliento del otro.

—Lo digo en serio —insiste Luis.

—Quieres matarme.

—Lo que quiero es que vivamos mucho tiempo los dos juntos.

—¿Y cuáles son las condiciones? —pregunta Marcos, separándose un poco—. ¿Que le dé a mi madre el disgusto de su vida?

—¿De verdad crees que no se lo imagina? Nos ha visto siempre juntos, y ninguno de los dos hemos tenido una novia jamás. Creo que tu madre es tu excusa para no salir del armario.

Marcos da un paso atrás y gira el rostro para no mirarlo a los ojos. Engancha los pulgares en los bolsillos de los vaqueros y encoge los hombros. Luis conoce demasiado bien ese lenguaje no verbal y sabe exactamente lo que le va a responder.

—¿Por qué tengo que salir? ¿Por qué tengo que mostrar mi vida privada a todo el mundo, conocidos y desconocidos? No quiero hacerlo.

Luis levanta las manos para mostrar su rendición. No puede soportar tener la misma discusión una y otra vez y ver cómo nunca llegan a nada. Es agotador.

—No lo hagas. No es necesario. —Inspira hondo y le echa la culpa al ambiente cargado por la humedad que siente en los ojos—. Me basta con que salgas para ti mismo, o para nosotros. Me basta con que dejes de decir que esto que tenemos es una locura, un capricho. Una equivocación.

—Nunca dije eso —susurra Luis, acercándose de nuevo hasta

casi tocarlo.

—Algo parecido. Y duele muchísimo.

Marcos encoge los hombros e inclina la cabeza, derrotado. Durante un rato parece que ni respira, pero por fin, inhala con fuerza y endereza la espalda.

—Lo siento. Lo siento de verdad. Por nada del mundo querría hacerte daño.

Y entonces hace algo que Luis creía que solo ocurriría en sus sueños: lo sujeta por la cintura con una mano y por los hombros con la otra, y se acerca a la distancia de un beso solo para esperar a que él abra la boca para recibirlo. Cuando sus labios se encuentran, las luces de la discoteca, las voces y hasta la música desaparecen. Solo están ellos dos y una caricia interminable.

—Eres mi locura y mi capricho —le dice Marcos entre beso y beso—, pero nunca una equivocación.

Sabe que solo se atreve a hacerlo en público porque están lejos de casa, en un lugar donde nadie los conoce, pero decide no darle importancia a ese punto de amargura que quiere estropearle el beso. Es un paso adelante en su relación, es lo único que importa.

Mucho rato después, Luis recuerda que ha ido hasta allí con Ha Jin y Mi-suk. Se gira para descubrir que están juntos en la barra, con las copas vacías, fingiendo que no los han estado mirando todo el tiempo. Cuando se acerca a hablarles, es Ha Jin el que se adelanta a sus palabras.

—Nosotros ya nos vamos, que estamos muy cansados. No te preocupes que sabemos cómo volver al albergue.

No hay ni rastro de enfado o de rencor en las palabras del chico, al contrario, parece que lo apoya de corazón. A Luis le cuesta comprender que exista alguien tan generoso.

—Te debo una —le dice.

—No me debes nada. Bueno, si quieres, puedes pagar las copas. —Ha Jin sonríe con gesto tímido antes de hacer una pequeña reverencia a Marcos y alejarse, detrás de Mi-suk que abre el camino.

—¿Me vas a contar lo que ha pasado con ese chico? Es demasiado guapo para que no te haya tentado ni un poco.

—Te lo cuento otro día, ¿vale? —Luis agarra a su novio por la cintura y lo pega a su cuerpo—. Hoy vamos a quemar esta discoteca.

Al día siguiente, en la etapa más dura del camino, subiendo la interminable pendiente a Bruma, tendrá tiempo para arrepentirse de los excesos de la noche.

CAPÍTULO 29

SU JONG

Durante la cena de ayer, mientras saboreábamos el exquisito pulpo de Betanzos, Irene nos recordó que al día siguiente afrontaríamos la etapa más dura del camino, la más larga y con mayores desniveles. Insistió varias veces en ello.

Apenas llevamos media jornada y todo lo que nos dijo me parece poco.

—Ahora entiendo esa expresión de «rompepiernas» —le digo y ella sonríe. Tiene las mejillas coloradas y algunas gotitas de sudor en la frente, pero parece dispuesta a seguir caminando hasta Santiago.

Hace un buen rato que perdimos de vista al resto del grupo, así que nos detenemos ante un mesón a esperarlos. Irene apoya en la fachada su bastón y deja la mochila en el suelo antes de comenzar a hacer algunos estiramientos de espalda y gemelos. La imito y terminamos con unas respiraciones profundas. En las etapas largas, cuando vamos a la cabeza del grupo, tirando del resto que no son tan buenos caminantes, hemos hablado mucho. Así descubrí, entre otras cosas, que ella también practica yoga.

—Cada mañana es un poco más fresca. No me gusta el otoño —me dice mientras se frota los brazos con un escalofrío.

Como para confirmar sus palabras, el viento se levanta y hace volar algunas hojas secas que caen en forma de lluvia sobre nuestras cabezas. Extiendo una mano y atrapo una al vuelo, con lo que consigo arrancarle una sonrisa.

—Me encanta esa escena de *Goblin*.

—¿Me parezco a Gong Yoo? —pregunto y sonrío en una

imitación que espero no sea penosa de uno de nuestros actores más famosos internacionalmente.

—No. En realidad, te pareces a Lee Min Ho. Podrías ser su hermano pequeño.

No me sorprende no es la primera vez que me lo dicen, incluso lo hacían mis fans en aquellos tiempos. No me molesta, al contrario, es un halago que te comparen con el rey del *hallyu* coreano.

Me inclino ante ella y le ofrezco la hoja que aún tengo en la mano, como si fuera una rosa. Ella se ríe y la acepta. Estamos cerca, tan cerca que me sumerjo en el celeste de sus ojos mientras mi boca se entreabre con anhelo. A veces pienso que aquella noche que pasamos juntos en el Parador de Ferrol y los besos que compartimos al amanecer fueron solo imaginaciones mías. No ha vuelto a pasar nada parecido en todos estos días, aunque, al menos por mi parte, no es porque no lo desee, es solo que me veo obligado a respetar el compromiso con Jiyu aunque sea una imposición. Y parece que Irene siente lo mismo.

Por encima de su hombro descubro al grupo que ya se nos acerca. He perdido la oportunidad de repetir aquellos besos y no soy el único decepcionado, por la forma en que Irene se aparta de mí y me esquiva la mirada.

Vienen todos muy callados, separados los unos de los otros, menos Jiyu y su inseparable Kate, que a veces se me antoja una especie de guardaespaldas. Luis y Ha Jin parecen distantes, no enfadados, pero como si algo se hubiera interpuesto entre ellos.

Descubro que Jiyu mira casi con anhelo la señal que indica el albergue de peregrinos cercano. Aunque por una vez estuviera dispuesta a aceptar el alojamiento, lo cierto es que solo estamos a la mitad del camino y aún nos quedan otros doce kilómetros hasta un lugar llamado Bruma.

—Necesito beber algo frío —dice por todo saludo, y entra en el mesón. Kate la sigue sin dudar.

—*Oppa* —me llama Mi-suk—, ¿deberíamos entrar todos?

Miro a Irene, que se encoge de hombros.

—Yo también tengo sed —declara Luis y tira del brazo de Ha Jin para que lo acompañe, provocándole un pequeño sobresalto. Mi-suk se apresura a seguirlos.

Volvemos a quedarnos los dos solos, bajo el sol tibio de la

mañana y la brisa que sigue trayendo hojitas que se enredan en la melena de Irene. Extiendo la mano para retirarle una y ella contiene el aliento. Vuelvo a quedarme prendado de sus ojos, de su piel tan blanca en la que descubro algunas pecas diminutas, de la forma en la que arruga la barbilla para formar casi un puchero en su boca perfecta.

Cuando estoy a punto de rendirme, noto el zumbido de un teléfono y ni siquiera sé si es el suyo o el mío. Irene inclina la cabeza con pesar y se saca el móvil del bolsillo trasero. Su expresión cambia y la veo fruncir el ceño al ver el nombre en la pantalla.

—Lo siento… Tengo que responder…

Noto su incomodidad, así que doy un paso atrás y señaló con el pulgar hacia el interior del mesón para indicarle que la espero allí. Ella asiente y pulsa el botón para responder la llamada. No entiendo nada de lo que dice mientras me alejo, pero la cadencia de sus palabras me recuerda a la voz de su padre cuando lo conocí en el hospital, por eso supongo que está hablando en el idioma propio de esta tierra. Tengo que pedirle que me enseñe a decir algo en gallego, suena demasiado bonito.

Un rato después, cuando Irene entra y se acerca al grupo que formamos ante la barra, cada uno con una bebida en la mano, su sonrisa es demasiado forzada. Pide un refresco y mira a su hermano de reojo antes de hablarme.

—Era Rubén Souto, el sumiller del que te hablé. —Me explica—. Mi madre le ha contado que vamos de camino a Santiago y que te interesa hablar con él sobre los vinos gallegos. Estamos invitados al restaurante del que es socio.

—¿Rubén? —pregunta Luis, y frunce el ceño de la misma manera exacta que su hermana cuando vio quién la llamaba.

—Sí, Rubén. —Irene bebe de su vaso con una tranquilidad que es evidente que está fingiendo.

—No habrá otro con el que hablar de vinos… —murmura Luis.

—Es el mejor —contesta Irene, tajante.

Está pasando algo que no me cuentan y no me siento con la confianza para preguntarles, así que solo puedo escuchar y callar, aunque empiezo a recelar del sumiller y del evidente rechazo que Luis siente ante la idea de que nos reunamos.

—Es tu novio, ¿no? —dice de repente Jiyu, que no parecía estar

tan pendiente de nuestra conversación.

—No. No lo es.

—Tu madre dijo que tenías un novio esperándote —insiste—. Quizá no entendí bien el nombre…

—No tengo ningún novio —vuelve a negar Irene, que está obviamente incómoda—. La habrás entendido mal, el inglés de mi madre es muy básico.

Jiyu se encoge de hombros y sigue a Kate, que le hace una seña para que salgan a la calle, supongo que a fumar. Irene las mira y de repente las sigue.

—Espera, Jiyu. —La llama, pero las chicas ya han cruzado la puerta.

No sé lo que va a decirle, pero me preocupa que tengan una discusión, así que voy detrás también. Cuando salgo, la luz del exterior me deslumbra por un momento y no veo bien lo que está ocurriendo. Me pongo las gafas de sol y veo que Irene se agacha y pone una rodilla en el suelo, ante Jiyu, como si estuviera suplicando perdón por algo.

—¿Qué ocurre? —les pregunto, sorprendido.

—Los cordones —dice Irene y me señala la bota desatada de Jiyu—. Es un peligro.

Le hace un doble nudo con esmero y después le indica que adelante el otro pie para comprobar si está bien atado. Incómoda, Jiyu le deja hacer y parece meditar mucho las palabras que va a decir a continuación.

—Gracias —dice, con una leve inclinación de cabeza. Su educación le impone utilizar la manera más formal de agradecer en coreano—. No era necesario.

—Una de mis labores como guía es prevenir accidentes. —Aclara Irene con una sonrisa pacífica.

Me he dado cuenta en estos días que ayudar a los demás es para ella una gran satisfacción. De algún modo, su día mejora cuando encuentra problemas que solucionar, aunque sea algo tan simple como dar indicaciones a otros peregrinos.

No soy consciente de la forma en la que la miro hasta que noto los ojos de Jiyu clavados en mi rostro. Intento disimular mis sentimientos que deben ser demasiado evidentes. Aunque sea contra mi voluntad, existe un compromiso y hasta que lo solucionemos

debería respetarlo.

—Jiyu… —Extiendo una mano hacia ella, que da un paso atrás como si temiera que la tocara—. ¿Deberíamos hablar?

Irene y Kate se hacen a un lado, para darnos intimidad.

—Está todo muy claro —contesta, y se aleja un poco más—. Lo siento por ti, porque te vas a llevar una decepción como Ha Jin.

Me sorprenden esas palabras, aunque al momento entiendo que se refiere a lo que ocurrió la noche anterior entre Luis y mi primo. A mí me lo ha contado él en privado, a primera hora de la mañana, cuando me lo encontré solo sentado en el atrio de la iglesia cercana al albergue. Estaba triste por la pérdida de la ilusión en la que había vivido durante unos días, pero también decidido a hacer algo con su vida más que dejarse llevar por lo que le marca su familia y la sociedad de nuestro país. «No voy a vivir más en una mentira», me dijo, y solo pude abrazarle y mostrarle todo mi apoyo.

—No es eso…

No acabo la frase porque en ese momento oigo un motor que se acerca a demasiada velocidad y me doy cuenta de que Jiyu, en su afán por separarse de mí, se ha metido en la carretera. La agarro por un brazo y tiro de ella hacia el arcén, con tanta fuerza que chocamos y nos quedamos ambos sin aliento. Una furgoneta blanca pasa demasiado cerca y demasiado rápido, levantando gravilla y envolviéndonos en el humo de su tubo de escape. Jiyu abre tanto los ojos que parece que se le van a salir de las cuencas. Cuando pasa el primer momento del susto, comienza a temblar. La mantengo a mi lado y le pongo una mano en la espalda para darle unas palmaditas de consuelo. Entonces ella me sujeta por la cintura y me da un abrazo que es como una tenaza.

—¿Por qué no te gusto? —pregunta, con la frente apoyada en mi pecho.

Por un momento siento pena de su situación y me tomo un tiempo para meditar mi respuesta porque no quiero hacerle daño. Entonces, ella levanta la mirada y descubro ese gesto calculador tan suyo. No está dolida, solo molesta. Ofendida quizá sería la palabra. Está acostumbrada a recibir todo tipo de halagos en nuestro país, donde es el estándar de la belleza femenina, y no puede comprender que yo no sea uno más de los muchos que habrán caído rendidos a sus pies desde la escuela secundaria.

—No elegimos de quién enamorarnos —digo justo antes de que Kate e Irene se acerquen a preguntar si estamos bien.

Jiyu me suelta mientras yo respondo a la preocupación de las chicas. Decidimos volver adentro a por el resto y organizarnos para seguir el camino.

—¿Estás bien? ¿En serio? Qué susto nos hemos llevado —le está diciendo Kate a Jiyu, pasándole una mano por los hombros.

—No ha sido nada —contesta ella y su gesto recupera la frialdad habitual. La misma que emplea para decirme en voz baja unas pocas palabras que solo escucho yo—. Tu madre nunca la aceptará.

La etapa ha sido tan larga que hemos tenido que parar en el camino a almorzar y apenas me ha quedado tiempo para trabajar. Cuando anochece, Luis prácticamente arrastra al desganado grupo hasta un mesón cercano, donde bebemos más de lo que comemos.

Jiyu y Kate se han ido al hotel más cercano, a pesar de que Irene trató de explicarles que no era de la calidad a la que estaban acostumbradas. Su talante conciliador y su amabilidad chocan con el muro de hielo que rodea a Jiyu, y aunque la americana intenta mediar para suavizar las tensiones que comienzan a trastornar al grupo, sus esfuerzos son una pérdida de tiempo.

Mi hermana está sentada a mi lado y se apoya en mi costado, con los ojos enrojecidos por la potente bebida que suelen ofrecernos a los postres y que llaman, en evidente tono de broma, «digestiva».

—Es caña de hierbas —nos explicó Luis la primera vez que apareció sobre nuestra mesa y nos hizo repetir a todos el nombre en español—. Es muy suave, no como la caña de verdad.

—No es tan suave —nos advirtió Irene, que incluso levantó una mano para detenernos.

Cometimos el error de creer que sería algo parecido al *soju* y creo que no me equivoco al pensar que estuvimos todos a punto de escupirlo cuando notamos el alcohol que nos quemaba en la boca.

Ahora sé que, a sorbos pequeños y con el estómago bien lleno, puedo tolerarla. No como Mi-suk, que se empeña en beberla a pesar de su poco aguante.

—Nunca se acaba esto —me dice con la voz un poco temblorosa.

—¿La botella? —pregunto desconcertado.

—El camino. Pensaba que sería más divertido, el paisaje es precioso y la gente que encontramos es amable y acogedora, pero…

Es como si lleváramos siempre una nube negra sobre la cabeza.

—No bebas más —le digo, retirándole el vaso vacío antes de que intente rellenarlo.

Da una palmada en la mesa de madera con la suficiente fuerza para provocar el sonido de cristal y metal chocando entre sí.

—¡Estoy harta de ella! Siempre se está quejando. Siempre está de malhumor. Y no la entiendo. No la entiendo. —Sin importarle el silencio y la sorpresa de nuestros acompañantes, se inclina hacia mí hasta que su cabeza me toca el hombro—. No te cases con ella, *oppa*. Seréis muy infelices juntos. Ella lo sabe, por eso está tan enfadada.

Le ofrezco un trozo de empanada y ella lo mastica con apetito. Parece que le sienta bien desahogarse en voz alta. Irene me mira con una sonrisa bailándole en los ojos azules.

—Tienes toda la razón —dice Luis, tras la traducción rápida que su hermana le hace al oído. El chico levanta su vaso hacia mi hermana y Ha Jin lo imita. Brindan los dos por sus palabras.

—Es hora de irte a dormir —le digo a Mi-suk cuando termina de comer.

—Yo la acompaño de vuelta —se ofrece Ha Jin.

—Voy con vosotros. —Se suma Luis.

Y así, en un par de minutos, estamos solos Irene y yo en el mesón, mirándonos por encima de la mesa llena de vasos y platos vacíos.

—No es mi novio, solo mi ex —dice ella inesperadamente, y vacía el resto de su vaso con una mueca de desagrado ante la potencia de la bebida—. Si no te sientes cómodo puedo buscar otra persona experta en vinos para que te hable de la producción gallega.

—¿Estamos hablando del sumiller? —pregunto, desconcertado por sus palabras.

—Sí. De Rubén. —Pronuncia el nombre de una forma tan neutral que resulta extraña en ella, que suele ser más expresiva—. Fue él quien me llamó esta mañana. Mi madre se lo encontró y le comentó que estoy de camino hacia Santiago y que quería verlo. Parece que se ha hecho la idea equivocada.

Proceso sus palabras en silencio. No me siento con la confianza suficiente para pedirle explicaciones, solo puedo escuchar lo que

ella me quiera contar.

—Me dijiste que era el mejor. —Es lo único que se me ocurre decir.

—Y lo es. Te aseguro de que te puedes fiar de sus recomendaciones; no tratará de venderte vino barato como si fuera gran reserva.

Sus palabras me recuerdan lo ocurrido en Madrid con aquellos impresentables de Vino Veritas. Parece que hace un siglo de todo aquello y que llevamos toda una vida juntos, pero la realidad es que solo nos conocemos desde hace poco más de diez días, sin contar nuestro encuentro fortuito en Seúl. Apenas sé nada de su vida, como lo demuestra el que esté descubriendo ahora que tiene un exnovio que parece aún muy presente en su vida.

—Confío en ti —le digo, porque es verdad. Irene es demasiado transparente incluso para su propio bien. Todo lo que piensa se refleja en cada uno de sus gestos que dicen tanto como sus palabras. Por eso sé que es totalmente sincera.

—No tenemos una mala relación, ni hay una ruptura traumática en nuestro pasado. —Me explica, mientras juega con el vaso vacío—. Empezamos a salir en el instituto, pero luego cada uno tomó rumbos muy distintos. Él estaba muy ocupado convirtiéndose en el gran profesional que es y yo me fui a estudiar a Salamanca y después a hacer el máster a Seúl. El tiempo y la distancia acabó con lo nuestro.

Acepto su breve explicación a pesar de la sombra de culpa que me parece detectar en sus hombros caídos. Antes me ha dicho que el sumiller tenía una idea equivocada sobre el motivo por el que quería verlo y sospecho que quizá solo ella ha pasado página, lo que no me sorprendería. Debe ser muy difícil olvidar a una mujer así.

—Se ha acabado. —Agito la botella vacía y le sonrío.

—¿Pido más?

—No, por favor, o mañana haré el camino a cuatro patas.

Irene ríe en voz alta y la nube negra de la que habló Mi-suk parece despejarse. Siempre es así cuando estoy con ella. El azul de sus ojos es mi cielo particular.

De camino al albergue nos vamos riendo de cualquier tontería que se nos ocurre; del suelo irregular que no ayuda a nuestro equilibrio dañado por el alcohol, y del gato que salta desde un seto

para darnos un susto. Tenemos que apoyarnos en una tapia para recuperar el aliento. Observo a Irene que levanta el rostro hasta que la luna llena se refleja en sus ojos poniéndoles un brillo de plata. La pared está parcialmente cubierta por una madreselva que se descuelga a ambos lados y la enmarca como hecha a propósito para realzar su belleza.

—Nos quedan dos etapas —murmura solo por romper el silencio. Me he dado cuenta de que, cuando se pone nerviosa, se activa su modo guía y comienza a soltar datos que, justo en este momento, no me interesa nada escuchar.

—Irene *ssi*… —Mientras tomo aliento para pensar mejor lo que voy a decir, ella se frota los brazos con un leve estremecimiento—. ¿Tienes frío?

—No, no… —La calle está oscura y solo nos alumbra la luna, suficiente para ver los coloretes que se forman en sus mejillas—. Es solo que he pasado casi la mitad de mi vida viendo series coreanas, y aun después de estudiar el idioma y vivir durante un curso entero en Seúl, me sigue emocionando escuchar mi nombre seguido del tratamiento de cortesía. Es solo una sílaba, pero es mucho para mí.

—Tal vez idealizas demasiado todo lo que tiene que ver con mi país —digo con el tono más suave posible porque no quiero que suene como un reproche.

—Ha sido mi sueño durante demasiados años. Sé que no es perfecto ni como lo presentan en las series, pero aún me sigue fascinando.

—¿Te gustaría vivir en Corea?

Se recuesta contra el muro e inclina la cabeza mientras asiente con suavidad, parece demasiado conmovida como para decirlo en voz alta.

—Prometiste volver al año siguiente. —Le recuerdo, aunque sé que ella tampoco lo ha olvidado—. Sigo esperando tu llamada. Te debo una invitación.

—El próximo verano en Seúl —susurra y no sé si es una certeza de futuro o tan solo un deseo pronunciado en voz alta.

No importa. No voy a esperar otros tres años por ella. Ni guerras ni pandemias podrán evitar que cumpla su promesa esta vez.

—¿Podemos sellarlo con un beso? —pregunto mientras me inclino sobre ella y la acorralo contra la pared, no tanto como para

que se sienta cautiva, pero lo suficiente para que note la magnitud de mi deseo.

—¿No deberíamos hacerlo con los meñiques? —Levanta su mano derecha con los otros cuatro dedos cerrados.

—Como quieras —aseguro al tiempo que atrapo su dedo pequeño en un beso.

Irene suelta una carcajada que la acerca más a mí. Puedo sentir las reverberaciones de la risa en su cuerpo hasta que le paso la lengua por la yema y la hago soltar el aliento de golpe. Cuando retira su mano, con un sobresalto, mis labios buscan su cuello, que el escote de la camiseta deja expuesto de una forma que me ha enloquecido toda la noche. Subo por su piel tersa hasta el hueco detrás de la oreja, donde huele a un perfume muy suave que se mezcla con el de su champú, el mismo que me dejó la otra mañana en el albergue. Acaricio la zona sensible con la nariz mientras me embriago con su dulce olor y me inclino más hacia ella cuando levanta las manos para agarrarse de mis hombros. La abrazo con suavidad, sin presionarla en ningún momento, esperando su reacción a cada uno de mis avances. No me basta solo con estar seguro de que me acepta, quiero saber que lo desea tanto como yo, sentir su deseo como el mío propio. Con infinita suavidad tomo el lóbulo de su oreja entre los dientes y ella suelta un gemido que es toda una declaración. Entonces sí. Entonces es cuando me abalanzo sobre su boca para hacer realidad todos los besos que no me he atrevido a darle antes. Ella los devuelve uno a uno. Su lengua juega con la mía y se interna, valiente y juguetona, entre mis dientes. Podría quedarme así toda la vida, enredado en sus labios, respirando su mismo aliento, pero la realidad del lugar en el que estamos nos hace aterrizar bruscamente cuando escuchamos pasos que se acercan.

—Si nos quedamos muy quietos, podemos confundirnos con la madreselva —dice Irene, aunque no puede contener la risa antes de terminar la frase.

La enredadera que cubre la tapia en la que nos apoyamos es larga y densa, pero no lo suficiente para ocultar a dos personas adultas en una calle estrecha. Al final, con una mirada de entendimiento, retomamos la marcha y seguimos camino hacia el albergue, seguidos de cerca por los pasos de los desconocidos que

parecen ir en la misma dirección. Cuando ya estamos abriendo la puerta, nos rebasan y dicen algo que Irene traduce como un saludo de buenas noches.

—Ojalá hubiéramos ido a un hotel —digo por qué me siento frustrado al pensar en la habitación común llena de literas que nos espera.

—Mañana dormimos en el Hostal Leira, en Sigüeiro —me contesta Irene, susurrando porque ya todos duermen en el albergue.

—¿Hostal Leira?

—El alojamiento de mi familia, en la última etapa antes de Compostela. ¿Te parece bien?

—¿Tendré una habitación para mí solo?

—Está reservada desde que salimos de Madrid.

La atrapo por la cintura y le robo un beso en la puerta misma del dormitorio.

—¿Y tú dónde vas a dormir?

Me pone las manos en el pecho y me va separando muy despacio, con una sonrisa traviesa que no acabo de descifrar.

—En la casa de mis padres, me temo.

—No… Dime que es broma.

—Ya conoces a mi madre. ¿Crees que podría escaparme sin que se enterara?

—Creo que puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

Se tapa la boca para ahogar otra risa y, de repente, me da un beso, demasiado corto y aun así delicioso, y se escurre hacia el interior del dormitorio común.

Otra noche más que voy a soñar con paisajes verdes y una princesa vikinga de ojos azules que me indica el camino. Es todo lo más cerca que voy a estar de ella en este dichoso albergue. Lanzo un suspiro de pura frustración y la sigo.

CAPÍTULO 30

IRENE

En el Hostal Leira no se sirven comidas, solo desayunos para los clientes. Sin embargo, cuando llegamos, el comedor está dispuesto como para un día de fiesta grande, con las mesas unidas para formar una larga hilera, cubiertas con manteles blancos que apenas se vislumbran bajo las fuentes de empanada y surtidos de embutido cubiertos con papel film. Cuando le pregunto a mi madre si han contratado alguna celebración en el hotel, me mira como si no entendiera mis palabras.

—¿Qué celebración va a ser, nena? Que por fin llegáis —dice, antes de corretear de aquí para allá con las muletas, para asegurarse de que todo está a punto mientras va saludando a nuestros clientes.

Me asomo a la cocina y veo a mi padre que trastea en el horno, del que sale un apetitoso olor a cordero asado. Me acerco a darle un beso y noto su mejilla recién afeitada muy suave, con una mezcla de aroma de su loción de siempre y comida.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Tirando —contesta, como siempre que está ocupado en la cocina, parco en palabras.

Al fondo de la cocina, mi hermana Mila pela patatas y otra chica de espaldas aliña varios platos de cerámica llenos hasta el borde de pulpo recién cocido.

—¿Icía? —pregunto y mi prima se vuelve con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ya estás aquí? —Se acerca con pasos apresurados, con las manos pringadas de aceite separadas del cuerpo para no tocarme, y me da dos besos ruidosos en las mejillas—. ¡Qué ganas teníamos de

que llegarais!

—No entiendo lo que está pasando —digo.

Sin dejar de pelar patatas, labor que debe ser más interesante que la hermana pequeña a la que no ha visto en meses, Mila resopla con disgusto.

—¿Qué está pasando? —repite—. Pues que mamá se ha vuelto tan loca con tus coreanos como tú.

—Yo también me alegro de verte, *unnie* —bromeo cuando me acerco a darle un beso a pesar de que gira la cabeza como si no lo quisiera. Es arisca como un gato callejero, pero la quiero igual, y me gusta pincharla usando el nombre coreano para hermana mayor.

—¿En serio estáis preparando este tremendo banquete para los clientes?

—Tu madre dice que no son unos clientes cualquiera —asegura Icía, que está cubriendo el pulpo con pimentón picante y sal—. Dice que uno es Lee Kyung y otro Jung Hae In, y que no está muy segura de si es una de las chicas es la que se vestía de eunuco en Amor a la luz de la luna.

—Ahora que lo dices… —Me quedo un momento absorta al pensar que Mi-suk se parece de verdad a esa actriz—. No, no es ella. Y Ha Jin tampoco es Jung Hae In, aunque se da un aire.

Icía apoya el bote del pimentón y me mira con ojos demasiado brillantes.

—No has dicho nada de Lee Kyung. Tu actor favorito, y el de tu madre… ¿También se confunde en eso?

He pensado mucho en las últimas horas en si debería contarle la verdad a mi prima. A Mila y el resto de la familia les da igual lo famoso que haya sido Su Jong en el pasado, pero ella y yo, juntas, hemos visto todos sus dramas dos veces. No voy a poder convencerla de que solo tiene un gran parecido.

—No te pongas nerviosa, ¿vale? —la aviso, pero ella suelta el bote del pimentón que levanta una nubecita roja al caer sobre la mesa y se lleva las manos a la boca.

—Ay, Dios, que sí que es.

—No vayas a decirle nada, ni te comportes como una fan de las chaladas, prométemelo.

—Pero Irene… Lee Kyung… —dice tras destaparse la boca para sujetarse la cara por las mejillas.

Me acerco a ella y la agarro por los hombros.

—Ni una palabra, Icía. Es un tema tabú.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Por qué dejó de actuar? ¿Dónde estuvo los tres últimos años? ¿Se metió en algún lío o fue por su familia? ¿Es cierto que son un conglomerado *chaebol* ricos como Amancio Ortega?

La sacudo un poco para que deje de escupir preguntas y recupere el sentido, pero sus ojos miran al techo y las pupilas están dilatadas como si estuviera viendo alguna alucinación.

—Lee Kyung, *omoni* del amor hermoso —murmura.

—¿Ha dicho *omoni*? —pregunta Mila, que probablemente está pensando si debería llamar a emergencias.

—Es madre en coreano —aclaro ante el gesto de exasperación de mi hermana.

—Estáis fatal. Todas. Mamá también.

Como si la hubiera invocado, escuchamos las muletas que se acercan a la puerta de la cocina.

—¿Qué hacéis todas ahí paradas? Que la comida no se hace sola —nos advierte, con su energía habitual, antes de dirigirse a mi padre—. ¿Y ese cordero cómo va? ¿Tiene bastante salsa? Mira que no te quede seco como la vez anterior.

—¿Ya te ocupaste de los clientes?

—Están en sus habitaciones dejando sus cosas. Les dije que bajaran en media hora. —Se vuelve hacia mí y me doy cuenta de que soy la única que no está haciendo nada—. ¿Y tú qué? ¿No piensas ayudar?

—Pero mamá, ¿a qué viene todo esto? Podíamos ir al mesón de Pepe en vez de daros tanto trabajo.

—Bueno, mujer, bueno, que Pepe no sabe hacer el cordero que hace tu padre. Y este pulpo… —Se acerca a las fuentes que Icía ya ha terminado y coge un trozo con un palillo que me mete en la boca—. Mira qué bueno está, que lo trajo la niña de Noia.

—Y es de la ría —dice mi prima—, no el marroquí ese que pone Pepe.

No puedo con ellas. Decido dejarlas que sigan a lo suyo y yo me voy a cambiar y refrescarme un poco, que la etapa, aunque es la más llana del camino, ha sido larga y cansada, sobre todo por este sol otoñal que no quiere abandonarnos.

Salgo del hostal para ir a nuestra casa, que está al cruzar la calle. Noto que alguien se me acerca y de repente una mano se me cierra sobre la muñeca. En Madrid hubiera dado un salto y estaría gritando por ayuda, pero estoy en mi hogar y tan solo me giro para sonreír a quien sea que me esté reteniendo.

—Su Jong…

—¿A dónde vas? ¿Puedo ir contigo?

Tiene el pelo mojado y aún huele a gel de ducha. Se ha puesto un vaquero y una camiseta blanca que es el marco perfecto para sus hombros anchos. Parece recién sacado de una escena de un *kdrama* y yo siento, una vez más, que me derrito ante tanta belleza. Nunca lograré acostumbrarme. Me cuesta un largo minuto encontrar mi voz y responder a su pregunta.

—Voy a mi casa. Es esa de enfrente, ¿ves? —Señalo la construcción de dos plantas, bajo y primer piso, con la pared cubierta de piedra, grandes ventanas y cubierta de teja roja—. ¿Quieres venir?

Él asiente mientras su mano se desliza de mi muñeca hasta rodear mis dedos. Esperamos el semáforo y cruzamos la calle sin mirar atrás. Solo espero que nadie nos esté vigilando por las ventanas del hostal.

—Tu madre dijo que la comida estará pronto, y la verdad es que huele de maravilla —dice con un tono tranquilo y pausado que es nuevo. Tengo la impresión de que algo ha pasado y puede que tenga que ver con lo que ocurrió anoche—. Entonces, ¿es aquí dónde vas a dormir?

Cuando cruzamos el vestíbulo y nos adentramos en la sala de estar, camina como si pisara un suelo de cristal a punto de resquebrajarse.

—Ni se te ocurra descalzarte —le advierto al notar su incomodidad—, este suelo es muy frío, aunque el día sea cálido. Además, aquí no lo hacemos, todo el mundo entra calzado de la calle.

—No lo entiendo.

—Si se lo dices a cualquier paisano te dirá que ellos no entienden vuestra costumbre de dejar los zapatos siempre en la entrada. Somos muy distintos.

Su Jong mira alrededor y va descubriendo los muebles de

castaño, el gran televisor delante de los sofás tapizados en azul y la gruesa alfombra *beige* bajo la mesita de centro. En el aparador de la zona de comedor hay varios marcos de plata con fotos familiares, que se detiene a contemplar con más calma.

—¿Quieres tomar algo? Yo voy a mi habitación a buscar ropa para cambiarme, pero la cocina es esa puerta de la derecha…

—Te espero aquí —dice, con la foto de mi primera comunión en las manos.

Odio esa foto, así que me voy corriendo para no ver la risa que se insinúa en sus ojos ante la pinta que llevaba con aquel cursi vestidito blanco y la ridícula corona de flores que mi madre se empeñó en ponerme.

El aroma familiar que me ha recibido al abrir la puerta se hace más intenso cuando llego a la que ha sido mi habitación desde niña. Allí siguen todas mis cosas, como si mis padres estuvieran seguros de mi regreso. Paso una mano por los peluches que se amontonan sobre la almohada, y me detengo a revisar los tomos de los libros de la estantería al pie de la cama. Tengo que hacer un esfuerzo para no ponerme nostálgica, recordar que Su Jong me espera, y elegir algo que ponerme entre la ropa que descarté cuanto me fui a Madrid.

Uno de mis vestidos favoritos sobresale entre el resto. Es de verano, con la falda corta y tirantes. Como el día es caluroso, me decido a ponerlo y, cuando imagino la expresión de Su Jong al verme con él, mi reflejo en el espejo me devuelve una sonrisa traviesa.

—Estoy en cinco minutos —digo desde el pasillo, camino del baño.

Como no contesta, me asomo a la sala y veo que ha descubierto los álbumes familiares que se guardan bajo la televisión. Levanta la cara con el gesto de un niño pillado in fragante.

—¿Puedo…? —pregunta, a pesar de que tiene el tomo abierto ya por la mitad.

—Ni una palabra sobre mi ortodoncia —le advierto, antes de irme corriendo a la ducha para no prohibirle que siga cotilleando.

En el fondo, a pesar de la vergüenza, me resulta muy tierno que le interese ver mis fotos de infancia. Me meto en la ducha antes de que el agua se caliente, para no pensar en todas esas imágenes mías con lazos en el pelo y vestidos que parecían sacados de la

posguerra. No pisé un Zara ni un Pull&Bear antes de los doce años, mi madre siempre decía que las niñas tienen que vestirse como niñas; me costó horrores que me comprara mis primeros vaqueros pitillo y un top por el que asomaba solo un centímetro de cintura.

Tardo bastante más de cinco minutos, y eso que decido no secarme el pelo, no vaya a ser que venga alguien de mi familia a buscarme porque la comida ya debe estar lista y se enteren de que he traído a Su Jong a casa.

Cuando salgo, con el vestido corto, la melena mojada sobre los hombros desnudos y los pies descalzos, él me mira con la boca abierta y yo siento que crezco un par de centímetros.

—¿Vamos? Me muero de hambre.

—Yo también —dice y traga saliva tan despacio que me quedo hipnotizada con el fascinante movimiento de su nuez.

Sin palabras, siento que me pide que me acerque, y desde luego que no voy a negarme. Solo el libro de fotos se interpone entre los dos. Miro su boca, que sigue entreabierta desde que he salido del baño y le veo morderse el labio inferior. Me olvido de la comida, de mi familia, y hasta de mi nombre. Solo puedo pensar en besarlo hasta el desmayo, por todas las veces que me he contenido en estos días.

Él va a cerrar el álbum, pero al bajar la mirada se fija en la foto más grande, en la que estamos posando los alumnos de la Facultad de Filología de Salamanca, en las escaleras del Palacio de Anaya. Me gusta esa foto. Tenía la melena más larga y ondulada y aún conservo el mono negro sin mangas que estrené ese día, con un escote en uve tapado por la beca de graduación azul celeste.

—La banda hace juego con tus ojos —me dice antes de dejar por fin el libro sobre la mesa y quedamos frente a frente, a un suspiro de distancia—. He escuchado por el camino leyendas de mujeres poderosas que hechizan a los incautos. Debes de ser una de ellas, porque cada vez que te miro eres más preciosa que en el minuto anterior.

Me acerco un poco más, para que ni el aire nos separe y, muy despacio, estiro una mano para retirarle de la frente ese mechón rebelde que se empeña en cubrir de sombras un rostro tan perfecto. Él atrapa mi mano y se la lleva a la boca, sonrío cuando su beso me hace cosquillas en la palma.

—¿Te sientes hechizado? —pregunto y recibo un gesto afirmativo por respuesta.

—¿Y tú? —dice y sus ojos se entrecierran al tiempo que gira el rostro a uno y otro lado, para que pueda apreciarlo bien desde todos los ángulos—. No todos los días se tiene delante al auténtico Lee Kyung.

Me suelta la mano que dejo apoyada sobre su mejilla, levanto la otra para rodearle la cara y lo miro durante unos segundos infinitos. Quizá lo asustaría si le dijera todas las emociones que se remueven dentro de mí al tenerlo tan cerca, nunca me acostumbraré a esto, es una absoluta fantasía la que estoy viviendo.

—Yo solo veo a Su Jong —le digo en voz muy bajita, como se cuentan los secretos importantes—. Y me gusta mucho lo que veo.

—¿Te gusto? —pregunta, solo para obligarme a confirmar mis palabras.

—De todas las maneras —respondo y eso hace que incline su perfecto rostro, intrigado—. Incluso me gusta el CEO antipático que me encontré en el aeropuerto de Barajas.

—No fui antipático. Tú llegabas tarde y teníamos una cita importante de negocios y…

Se calla cuando ve que me río y vuelve a abrazarme para beberse la sonrisa directamente de mis labios. Un solo beso suyo es suficiente para suavizar aquellos recuerdos, incluso para convertirlos en solo una anécdota divertida. Me cuelgo de sus hombros y abro la boca para que profundice la caricia.

—Sabes a fresa —me dice, entre beso y beso.

No le digo que es solo brillo labial porque una chica tiene que guardarse algún secreto. Me aprieto más contra su cuerpo, ansiosa de fundirme con él, que me abraza lo justo para sentirme cerca, pero de una forma que hace que me sienta libre a la vez. Sé que si quisiera soltarme sería bastante fácil y eso logra que confíe más en él.

Definitivamente estoy a punto de olvidarme de mi familia y el banquete que nos espera en el hotel, solo quiero tumbar a Su Jong sobre el sofá que está a su espalda y terminar de una vez lo que ambos estamos deseando. Y es entonces cuando oigo que se abre la puerta y la voz de mi hermana que viene llamándome en voz alta.

—Dijo que se daba una ducha rápida y volvía, pero ya sabes

cómo es, estará planchándose el pelo con calma —le va diciendo a quien sea que la acompañe.

Su Jong me suelta y yo doy un saltito a un lado. Noto las mejillas rojas y los labios hinchados; no hay manera de disimular lo que acaba de ocurrir y la mirada de Mila cuando entra en la sala lo deja bien claro.

—No sabía que estabas acompañada. —Su mirada censuradora pasa de uno a otro, como si fuera mi madre, yo tuviera quince años y me acabara de pillar con mi primer novio—. Mira quién ha venido.

Su acompañante también nos está mirando, con el ceño fruncido, sin disimular ni un poco su sorpresa y su contrariedad. Algo que yo tampoco me esfuerzo por disimular.

—Rubén… ¿Qué haces tú aquí?

—Tu madre me invitó a comer —dice, tan tranquilo, mientras se acerca a darme dos besos.

Cuando posa su mano sobre mi hombro siento que me quema y no puedo evitar un gesto de rechazo. Él da un paso atrás, confuso, mientras le lanzó una mirada asesina a mi hermana que se encoge de hombros, como si todo esto no fuera con ella.

—¿Quién es? —pregunta Su Jong en coreano, y no me queda más remedio que hacer las presentaciones.

—Rubén Souto —digo, en inglés para que mi ex también lo entienda—, el sumiller del que te hablé. Rubén, él es Lee Su Jong, vicepresidente de Lee Corporation.

Se estrechan las manos con cautela y nos quedamos durante un incómodo momento en silencio, cada uno encerrado en sus propios pensamientos.

—¿Vamos a comer? —propone Mila cuando se cansa de esperar que ocurra algo interesante.

Más tarde exigiré una explicación a mi hermana sobre por qué trae a mi exnovio a buscarme a casa, pero ahora solo nos queda seguirla.

—¿Estás enfadada conmigo? —susurra Rubén, demasiado cerca de mi oído—. Creía que tenías muchas ganas de verme.

—Te lo dije por teléfono, es solo un tema de negocios. El vicepresidente está en España para buscar buenos vinos que importar a Corea.

—¿Le llamas siempre vicepresidente? —pregunta con una sonrisa torcida—. No parecía que estuvierais hablando de negocios cuando llegamos.

—A ti te voy a contar de qué estábamos hablando —digo, con un resoplido.

—Creo que debería darte la enhorabuena, parece realmente sacado de una de esas series coreanas que siempre estabas viendo. Incluso lleva los labios pintados como aquellos actores.

Miro a Su Jong, que camina a mi lado en silencio sin entender una palabra de lo que hablamos. Hay restos de mi brillo labial en su boca. Estoy segura de que Rubén sabe perfectamente cómo ha llegado allí y solo trata de pincharme.

—No te va nada el papel de novio celoso. —Sonrío y le doy una palmadita en el brazo a mi ex que lo deja totalmente desubicado—. Anda, vamos a comer y te cuento lo poderosa que es Lee Corporation y los buenos negocios que puedes hacer con ellos. Imagínate siendo el enlace entre los vinos gallegos y la distribución en la potente Corea del Sur.

Nos conocemos bien ambos. Él sabe de mi adoración por la cultura y series coreanas y yo sé de la suya por el dinero y el poder. Somos tan distintos que me cuesta recordar los motivos por los que fuimos novios tanto tiempo, aunque siempre llego a la misma conclusión: empezamos a salir muy jóvenes, cuando nuestras personalidades apenas comenzaban a formarse, y cuando llegamos a adultos, las diferencias eran tan grandes que nos desenamoramos los dos a la vez. No hay mayores dramas en nuestro pasado y estoy segura de que Rubén no quiere volver conmigo. Bastante segura.

Freno mi marcha para separarme de él y quedar a la altura de Su Jong. Cuando vamos a entrar en el hotel, lo sujeto por la manga y espero a que ellos se adelanten.

—¿Tienes mucho trabajo esta tarde, después de comer?

—No, hoy no.

—¿Quieres que te enseñe Sigüeiro?

Sonríe tanto que sus ojos se achican hasta casi cerrarse. No puedo resistirme y le doy un último beso rápido antes de cogerlo de la mano y tirar de él hacia el interior.

En el comedor, Icía está mirando a Ha Jin como si fuera una aparición celestial. Cuando me acerco y la llamo por su nombre, ni

se vuelve a mirarme.

—De verdad que es idéntico a Jung Hae In. Es guapísimo.

—¿Ha dicho algo de Jung Hae In? —me pregunta Su Jong—. Siempre le dicen que se parecen mucho.

Entonces mi prima se vuelve hacia él y siento la tentación de ponerle una mano bajo la mandíbula para que cierre la boca antes de que le entren moscas.

—Irene… —Me coge de un brazo con tanta fuerza que suelto un quejido—. Pellízcame, por favor.

—Mira que te avisé. No hagas un numerito, por favor.

—No sabe nada de español, ¿verdad?

—No, nada.

—Es que no me lo puedo creer… ¿Cómo puede ser tan guapo? Y tú, ¿estuviste viajando durante días con este hombre y sigues viva?

Su Jong nos mira a una y a otra, entre incómodo y divertido por las expresiones faciales de Icía, a la espera de que le traduzca. Busco algo rápido que decir que no deje demasiado en evidencia a mi prima.

—Lo siento. —Voy a tener que confesar la verdad—, me temo que mi prima también es una fan.

Él sonríe y se inclina ante ella para saludarla en su idioma natal, con lo que logra que Icía me clave los dedos en el brazo hasta hacerme soltar un quejido de dolor.

—Soy Lee Su Jong, encantado de conocerla.

—*Annyonghaseyo*. —Saluda mi prima, con su coreano macarrónico aprendido a base de ver *kdramas*—. *Pangabsummita*.

—Ha querido decir «encantada de conocerle» —le aclaro a Su Jong.

—La he entendido. Dile que no se le da nada mal el coreano.

Entonces llega mi hermana Mila desde la cocina, con una jarra de agua que deja sobre la mesa. Mira a Su Jong, se seca las manos en el delantal y, antes de que pueda impedírselo, le da dos besos mientras lo saluda en inglés.

—Tú debes ser el famoso Lee Su Jong, ¿o Lee Kyung? —pregunta volviéndose a mirarme. Le hago un gesto negativo con la cabeza—. Lo que sea. A mi madre le encantaban tus series, y creo que tienes parte de la culpa de que Irene esté tan chiflada por todo lo coreano.

Me quiero morir. En este momento sería feliz metida en un ataúd mientras escucho como cae la tierra sobre la tapa.

—Es para mí una gran satisfacción pensar que he podido contribuir, aunque sea un poco, a que mi país y mi cultura sean conocidos y valorados en el extranjero —contesta Su Jong, como si estuviera en la entrega de algún importante galardón.

—Qué formal. —Se burla Mila, aunque no puede evitar una sonrisa al mirarlo, lo que es sorprendente en mi hermana. Me da un codazo y se inclina para hablarme al oído—. Al final te voy a tener que dar la razón. Es guapísimo, y parece majo.

—Mila…

—Tienes mi bendición si quieres casarte y darme sobrinitos con esos ojazos afilados.

—Pero Mila…

—Venga, vamos a comer, que se enfría el pulpo.

Suelto aire muy despacio al pensar que ya ha pasado el momento más complicado y, al volver a inspirar, me llegan los deliciosos aromas de la cocina. Nos espera un banquete digno de un día de patrón y, con lo que a los coreanos les gusta la buena comida, estoy segura de que lo van a disfrutar.

—¿Qué te ha dicho tu hermana? —pregunta Su Jong cuando nos sentamos a la mesa.

—Ni caso. Está loca. Todas están locas en esta casa. Prueba la empanada que te va a encantar.

CAPÍTULO 31

SU JONG

Tras pasar por la oficina del peregrino, seguimos las instrucciones de Irene y cruzamos la Plaza del Obradoiro sin volver la cabeza a nuestra derecha. Me divierte la forma en que retrasa nuestra primera impresión de la catedral, de la que hemos podido ver sus altas torres entre los edificios cuando nos acercábamos. Una vez que estamos parados en el centro, nos da algunas explicaciones.

—Esta plaza recibe su nombre por los canteros que trabajaban en ella durante la construcción de la catedral, la palabra «*obradoiro*» es, literalmente, taller en gallego. El tamaño de la plaza es de siete mil setecientos metros cuadrados y está rodeada por importantes edificios. ¡No os volváis aún! —advierte, cuando ve que Ha Jin y Mi-suk comienzan a girar sobre sus pies. Obedientes, mis secretarios se colocan de nuevo dando la espalda a la catedral—. El edificio que vemos de frente es el Pazo de Raxoi, sede del Ayuntamiento y de la presidencia de la Xunta de Galicia. Es del siglo XVIII y de estilo neoclásico. La escultura en la cima del frontón central es del Apóstol Santiago. El edificio a nuestra izquierda es el Colegio de San Jerónimo, donde se encuentra el Rectorado de la Universidad. El de nuestra derecha es el Hostal de los Reyes Católicos, mandado construir por Sus Majestades Isabel y Fernando como lugar de acogida y auxilio médico para los peregrinos. Hoy es un hotel que pertenece a la red de Paradores Nacionales de turismo y será vuestro alojamiento —les dice a Jiyu y Kate. La americana levanta los pulgares con una sonrisa de satisfacción—. Y… —Hace una pausa dramática, con las manos en alto, y nos dice que nos demos la vuelta—. Ahí está…

—Ahí está, viendo pasar el tiempo… —tararea Luis.

No conozco la canción pero me hace gracia la forma en que Irene le da un pequeño empujón a su hermano para que se calle.

Cuando levanto la vista, trato de abarcar la inmensa fachada de piedra de un solo vistazo, solo para descubrir que es imposible. No me han criado en la religión cristiana. En realidad, como la mayoría de los coreanos, en mi familia no se practica ninguna religión concreta, sino que más bien seguimos una mezcla de tradiciones y rituales de las distintas creencias que han existido en nuestro país desde sus orígenes. Pero en ese momento, parado en uno de los lugares más majestuosos que he pisado en mi vida, comprendo el motivo por el que miles de peregrinos llegan de todo el mundo para visitar Compostela.

—*Daebak* —dicen a la vez Ha Jin y Mi-suk, que miran a su alrededor con ojos desorbitados, repitiendo la exclamación de asombro.

A mi izquierda, Jiyu finge indiferencia a pesar de que su amiga la coge del brazo y la sacude señalando algo que le ha llamado la atención en una de las torres. Luis aprovecha para hacerles algunas fotos mientras están distraídos e Irene simplemente espera, con una sonrisa de satisfacción por el trabajo cumplido. Todos estos días juntos y las charlas durante el camino me han servido para conocerla mejor y sé que solo sabe hacer las cosas de una manera: la mejor posible. Y eso a pesar de que este encargo era de su madre y ella solo lo aceptó como vía de escape al desastre en que se estaba convirtiendo su vida en Madrid.

Esta mañana, cuando hemos salido de Sigüeiro para la última etapa, una vez más nos adelantamos al resto, que apenas podían seguirnos el paso. Al cansancio acumulado se sumaba la comilona que Maruxa nos ofreció ayer y ni siquiera una noche de buen descanso en habitaciones individuales en el Hostal Leira logró levantar los ánimos.

—Anoche… —comenzó Irene, en cuanto estuvimos lo bastante lejos del grupo como para que no nos escucharan—. Mi prima Icía se quedó a dormir conmigo. Estuvimos hasta la madrugada hablando del chico con el que sale. Parece que por fin se ha dado cuenta que su relación no tiene futuro y le va a poner solución.

—Siento que no pudieras descansar.

Fue lo único que le pude decir. No me iba a quejar de que yo también estuve despierto hasta la madrugada. Esperándola.

Irene se encogió de hombros y cruzamos en silencio un puente, con la mirada puesta en la zona arbolada a ambos lados, por la que discurría el río Tambre.

—Mis padres quieren que me quede en casa y vuelva a trabajar para los negocios familiares —me contó, tras unos minutos de silencio—. Parece que por fin todo vuelve a la normalidad y cada vez hay más peregrinos, casi tantos como antes del comienzo de la pandemia.

Por el tono de su voz me pareció intuir que no se había decidido aún, pero no sabía si esperaba que la animara a quedarse o todo lo contrario.

—¿Y tú qué es lo que quieres? —pregunté, para animarla a desahogarse si eso es lo que deseaba.

—No lo sé… Podría probar a buscar de nuevo un puesto en Madrid como intérprete, aunque por la forma en que me despidieron nada más comenzar mi primer trabajo, me temo que será difícil.

—Lo siento —dije, consciente de mi parte de culpa en todo lo que ocurrió en aquella maldita reunión de negocios.

—No lo sientas, tomé una decisión y lo hice sin dudar. No podía ser cómplice de aquel intento de estafa y me alegro de no seguir trabajando en un lugar en el que ni siquiera me dieron la opción de explicarme.

Siguiendo las indicaciones, esas estrellas y flechas amarillas que nos guían en todo momento para que no nos perdamos, giramos a la izquierda y nos internamos en un camino de tierra entre fincas de labradío.

—Ojalá la vida tuviera estrellas que nos marcaran el camino —murmuré, antes de darme cuenta de que estaba pensando en voz alta.

—Eso facilitaría mucho las cosas —contestó Irene, con su eterna sonrisa, esa que no desfallece ni en los momentos de mayor cansancio o cuando las cosas a su alrededor se complican de verdad.

Más adelante nos encontramos a una pareja de peregrinos, inconfundibles por la concha de vieira que colgaba de sus mochilas.

Estaban parados en un cruce de caminos sin decidirse por cuál tomar. Irene se acercó y charló un rato con ellos en español. Cuando la conversación terminó, la pareja se despidió de ella con gestos de agradecimiento.

—Estaban buscando el Bosque Encantado —me explicó—, pero aún quedan un par de kilómetros.

—¿Un bosque encantado?

—Sí, es la última zona verde que cruzaremos antes de acercarnos al área urbana de Santiago. Es una zona arbolada muy bonita y tiene algunas sorpresas para los niños.

—Siempre ayudas a las personas que te encuentras en el camino —le dije y al momento su rostro se fue volviendo rojo.

—No me cuesta nada —contestó, quitándose importancia.

—En realidad, este trabajo se te da muy bien. ¿De verdad no quieres dedicarte a esto? Tus padres y toda tu familia estarían felices de tenerte aquí de vuelta.

Durante un buen rato Irene pareció concentrada en escuchar el sonido de sus pisadas sobre las hojas secas que cubrían el camino.

—Tenía otros planes antes de 2020, ¿sabes? Mi vida, como la de la mayoría de la gente de mi generación en España, parece en pausa desde ese año que lo cambió todo. No es que antes tuviéramos muchas oportunidades en este país, donde las salidas laborales son escasas para los jóvenes, pero al menos no había llegado una pandemia que parecía anunciar el fin del mundo.

Soltó una risa con pocas ganas antes de respirar con fuerza, como si hubiera estado conteniendo el aliento para soltar todo el párrafo de corrido. Yo también había dejado de respirar por un momento, temiendo que la respuesta fuera afirmativa y que este fuera uno de los últimos momentos que pasáramos juntos.

—¿Y cuáles eran esos planes? ¿Qué es lo que realmente quieres hacer con tu vida?

—Ya lo sabes —contestó, y sus ojos azules se tiñeron de nostalgia—. Volver a Seúl —aclaró, tras exhalar un suspiro—. Esperaba conseguir una beca de doctorado y vivir allí al menos durante los tres años que dura. Pero con lo largas que han sido las restricciones en viajes y demás, veo como pasa el tiempo y no sé ni siquiera cuándo podré postularme.

Tuve que hacer un esfuerzo para disimular la felicidad que sentí

en aquel momento al escuchar sus palabras. Ella quería volver a mi país y yo estaba dispuesto a poner todos los medios a mi alcance para que consiguiera su sueño.

—Lee Corporation tiene una fundación que ofrece ayudas a estudiantes destacados, en colaboración con las mejores universidades de mi país. Si te interesa, puedo pedir que te envíen la información.

Nos acercábamos a una zona de restauración en la que hay un restaurante y, en la parte de atrás, un hotel, rodeados de altos árboles, por lo que me pregunté si era el Bosque Encantado que antes citara Irene. El silencio pensativo de ella ante mi propuesta me mantuvo en la ignorancia hasta que llegamos a una senda en la que había un cartel que así lo identificaba.

—No quiero parecer desagradecida, pero… Preferiría conseguir la beca por mis propios medios, en base a mis aptitudes.

Ya me había dado cuenta antes de que es muy independiente y un poco orgullosa, del tipo que no aceptaría una ayuda que no puede devolver, incluso en contra de sus propios intereses.

Tras decir estas palabras, cuadró los hombros, levantó la barbilla, y aceleró un poco el paso, sin darse cuenta de una rama caída en la que tropezó sin poder evitarlo. Cuando vi que estaba a punto de caer hacia delante, la agarré por la cintura y la pegué a mi cuerpo. Nos tambaleamos con el impulso durante un momento, y luego nos quedamos así durante un rato, sin aliento por la sorpresa, respirando hondo el aire cargado de los distintos aromas de la vegetación que nos rodeaba.

—¿Estás bien? —le pregunté, y noté que temblaba un poco entre mis brazos—. ¿Seguro?

—Sí, sí. Es solo que… Tengo muchas cosas en las que pensar.

Aflojé un poco el abrazo, pero ella no tenía intención de despegarse de mi cuerpo.

—También hay que pasar un examen para las becas de mi empresa, ¿sabes? —le aclaré—. No he dicho que me fuera a saltar el protocolo para dártela.

Ante esas palabras, ella fue subiendo las manos que tenía apoyadas en mi pecho hasta rodearme el cuello. Se le formó una sonrisa que trató de evitar mordiéndose el labio inferior. Ese gesto y la sensación de su delicioso cuerpo prácticamente encajado en el

mío eran demasiado provocadores para seguir resistiéndome.

—Lee Su Jong *ssi* —dijo, volviendo al tratamiento formal que había abandonado ya hacía días—, creo que empiezo a conocerte y que precisamente eso es lo que tenemos en común: ninguno de los dos podemos resistirnos a ayudar a alguien en apuros.

—Irene *ssi* —le repliqué, porque me he dado cuenta de que se le ilumina el rostro cuando la llamo de esa manera—, creo que yo también te voy conociendo y he descubierto que tienes un problema para pedir ayuda para ti misma cuando la necesitas.

—Es cierto —reconoció, tras cerrar los ojos por un momento—. Y me gusta.

Incliné la cara hasta que nuestras narices casi se tocaban.

—¿Qué es lo que te gusta? —le pregunté en voz muy baja, a pesar de que estábamos completamente solos, con la única compañía del murmullo de los árboles al mecerse con la brisa.

—Que nos estemos conociendo.

—A mí también.

La última sílaba murió entre nuestros labios al encontrarse. El beso sabía a bosque, a madera y tierra húmeda. Sin soltarla, rodeando su cuerpo como si mis brazos fueran un escudo protector, la empujé hasta que pudo apoyar la espalda en el tronco de un ancho roble. Con los ojos cerrados, ella entreabrió los labios y dejó que me apoderara por completo de su boca. Sentir la forma en que se entregaba, sin dudas ni ningún tipo de reparos, me estaba volviendo loco. Traté de calmarme besando su frente y sus párpados, el hueco suave detrás de una oreja, la curva de la clavícula que asomaba por su camiseta; cada rincón delicioso a mi alcance que disfruté como el mejor de los manjares. Me costó un gran esfuerzo no ir mucho más allá para aplacar mi necesidad de descubrir todo lo que su ceñida ropa deportiva insinuaba. Si no fuera por la humedad del ambiente, en aquel lugar al que el sol apenas llegaba entre las frondosas copas de los árboles, creo que hubiera provocado un incendio solo con mis pensamientos.

La dura realidad vino a estropearnos el momento cuando escuchamos voces que se acercaban. Distinguí la voz de Ha Jin que le iba diciendo a Mi-suk que no tuviera miedo, que un lugar que se anuncia como «bosque encantado» no puede ser peligroso.

Irene me soltó el cuello para agarrarme una muñeca y tirar de

mí. Rodeamos el roble y nos sentamos detrás, en una maraña de gruesas raíces que formaban un extraño y acogedor nido. Ella se tapó la boca para contener la risa y el aliento y yo solo pude mirarla fascinado por su rostro sonrosado y sus ojos más brillantes que nunca.

—¿Y ahora qué hacemos? —le pregunté, cuando el grupo nos hubo rebasado sin descubrir nuestro escondite.

—Tendremos que tomar un atajo para volver a adelantarlos.

—O podemos decir que nos perdimos.

—¿Qué clase de guía sería si nos perdiéramos…?

No dejé que acabara la frase. Mientras volvía a besarla, la atraje hasta sentarla en mi regazo. Ella me rodeó con sus brazos y sus piernas y el calor de su cuerpo logró alejar la humedad del bosque. Mis manos encontraron una franja de piel bajo su camiseta, tan suave que no pude resistirme a seguir la línea que marcaba su columna y recorrer toda su espalda hasta los omóplatos. Cuando extendí las palmas y alargué la caricia, subiendo arriba y abajo, de la cintura hasta los hombros, ella hizo un ruidito que sonaba como el ronroneo de un gato.

—Tienes una espalda muy sensible.

—Y tú unas manos que hacen maravillas.

Le rodeé la estrecha cintura y moví los pulgares hasta la línea de sus costillas, donde me detuve, para lo que tuve que invocar toda mi fuerza de voluntad.

—¿Deberíamos parar ahora?

Irene resopló y dejó caer la cabeza, apoyando la frente en la mía. Se escuchaban voces cerca, probablemente de algún otro grupo de peregrinos.

—Me temo que sí.

Los dos respiramos hondo, como si acabáramos de correr un maratón, y apenas logramos encontrar las fuerzas para levantarnos y sacudirnos hojas y raíces de la ropa.

De repente ella se echó a reír, me tomó de la muñeca y tiró de mí para que la siguiera por una senda paralela y menos transitada, donde la maleza nos arañaba las piernas y las primeras setas del otoño asomaban en los rincones más oscuros.

Salimos por fin a una zona despejada donde comenzaba una sucesión de naves industriales que Irene llamó «polígono». Allí nos

dejamos caer sobre una acera, para recuperar el aliento tras la caminata por aquella zona bastante menos cómoda que la senda habilitada que teníamos que haber seguido. Irene me ofreció su botella de agua y bebimos los dos mientras esperábamos al resto que ya se nos iba acercando.

—¿Ya estáis cansados? —preguntó Luis al vernos, con ese buen humor infatigable que creo que mantendría aun subiendo a la cima del Everest—. Venga, que solo nos quedan cinco kilómetros.

Llegamos a un acuerdo sin palabras para mantenernos unidos al grupo en el último tramo del camino, y así llegamos por fin a Santiago de Compostela y nos adentramos por sus calles centenarias, pura piedra labrada allá donde miráramos.

Y ahora, en esta Plaza do Obradoiro, aún abrumado por la impresionante arquitectura del lugar, solo puedo pensar en lo último que hablé con Irene sentados en aquella acera del polígono.

—Esta noche te invito a cenar en un sitio especial —le dije—. Tú y yo solos, ¿te apetece?

Ella me miró a los ojos de esa manera suya que logra que sus pensamientos sean por completo transparentes. Le retiré algunas agujas de pino que se le habían enredado en el pelo, recuerdo de nuestra aventura en el bosque y le hice una caricia, la última, deslizando mis dedos desde su mejilla hasta el hombro.

—Tú y yo solos —repitió, y sonó como una promesa.

CAPÍTULO 32

Irene

Salgo de la ducha con la cabeza envuelta en una toalla. Su Jong ha insistido en que esta noche nos alojemos todos en el Hostal de los Reyes Católicos, y a ninguno se le ha ocurrido rechazar semejante oferta.

Me pongo una camiseta y unas mallas mientras la cama me llama con la promesa de una deliciosa siesta. Tras llegar a la ciudad, hemos hecho el recorrido básico de cualquier peregrino y, después de tomar unas tapas en un local que conozco un poco alejado de la zona turística masificada, nos hemos venido al hotel a descansar.

Enchufo el móvil para cargarlo y me dejo caer sobre el colchón con un largo suspiro. El relax me dura lo poco que tardan los mensajes en empezar a sonar. Cuando también suena el timbre de llamada murmuro unas cuantas maldiciones contra mí misma por no apagarlo hasta después de la siesta.

Miro el número y suspiro antes de descolgar.

—¿Rubén? Hola.

—Hola. ¿Ya estáis en Santiago?

—Sí, sí. Descansando un poco.

—Ah, lo siento, no quería molestarte, pero esto es importante. Esta noche os reservo mesa en el restaurante. Está lleno así que solo os puedo acomodar a ti y a tu cliente.

Recuerdo las palabras de Su Jong en el camino. Esta noche cenamos los dos solos, pero no sé si el local de mi ex es el lugar adecuado para lo que promete ser nuestra primera cita romántica.

—Quedamos en vernos mañana.

—Ya, ya, pero ha surgido algo. Al revisar la lista de reservas he visto que viene Paco Mariño. Ya sabes, el dueño de Bodegas Mariño.

No, no sé, pienso, pero me lo callo. Rubén tiene esa costumbre de creer que todos conocemos el mundo en el que él se mueve y ahora recuerdo cuánto me irrita eso. Es como si yo le hablara de Seúl de la misma manera, cuando él nunca ha estado en la ciudad ni le ha interesado nada de lo que le contaba de Corea cuando empecé a introducirme en su cultura.

—¿Y eso es importante porque…?

—Mujer, Bodegas Mariño, los mejores albariños desde hace años. Ganan todos los grandes premios…

Separo un poco el teléfono para ahogar un bostezo mientras me da una larga explicación sobre medallas y certámenes del mundo del vino que me interesan bien poco. Otra cosa que me molesta de él: acostumbra a soltar unas chapas importantes sobre los temas que domina, que son, básicamente, el vino, la restauración, y el cine americano de acción.

—Déjame que se lo comente a Su Jong, por si tenía otros planes —digo, cuando él se detiene por fin.

—¿Ahora lo llamas por su nombre? ¿No decías que los coreanos son muy formales y siempre utilizan el apellido y el tratamiento, o el puesto en la empresa?

Mira por dónde, sí que se acuerda de las cosas que le contaba, y tenía que ser precisamente de esto. Ayer, cuando casi nos pilla en casa, se hizo un poco el loco. Sigo preguntándome por qué mi madre lo invitó a comer y por qué Mila lo llevó a buscarme. Me da que esas dos intentan forzarme a algo, pero no sé si es que pretenden que vuelva con Rubén o quieren lanzarme a los brazos de Su Jong por medio de su retorcida idea de la psicología inversa.

—Ya sabes, el camino une mucho —contesto, sin extenderme en explicaciones.

—Bueno, pues esta noche os espero a ti y a tu amigo Su Jong.

Me parece escuchar como le pone unas comillas a la palabra amigo y me quedo pensando si he sido demasiado directa al decir que el camino nos ha unido.

—Para ti, el señor vicepresidente de Lee Corporation.

Acompaño mis palabras con una risa un poco falsa y cuelgo tras una breve despedida. Me apetece entre poco y nada cancelar

nuestra cita para ir a cenar al restaurante de Rubén, pero no puedo hacerlo sin comentarlo con Su Jong, así que me olvido de la siesta y me levanto para ir a su habitación.

Por suerte justo antes de salir me veo en el espejo y descubro que aún llevo la toalla en la cabeza. Me la quito, me peino un poco con los dedos, y salgo al pasillo.

Su habitación está dos puertas más allá. Golpeó con los nudillos y espero durante un largo rato. Tarda tanto en abrir que me pregunto si habrá salido a algún sitio. Ya estoy a punto de volver a por mi teléfono y llamarlo cuando por fin abre.

Lo he sacado de la ducha, al parecer, porque lleva puesto, a medio cerrar, el albornoz del hotel. Tengo una sensación de *déjà vu* al recordar un momento similar en el Parador de Ferrol. Del pelo le caen gotas que le corren por el cuello y van a unirse con las que brillan sobre su pecho mojado. Quiero recogerlas una a una con la punta de la lengua.

—¿Vuelvo más tarde? —consigo decir con un hilo de voz.

Él extiende una mano, me coge por la muñeca y tira de mí hacia dentro, cerrando a mis espaldas.

—No te muevas de ahí. —Me ordena.

Tengo que apoyarme en la puerta para no desmayarme cuando se gira. El cinturón del albornoz se ciñe a su estrecha cintura que forma una uve perfecta con sus anchos hombros. La prenda solo le cubre hasta la altura de las rodillas, por lo que puedo apreciar la fuerza de sus pantorrillas y sus pies descalzos. Creo que estoy hiperventilando.

Entra apenas un momento en el baño y vuelve a salir mientras se seca la cabeza con una toalla.

—¿Venías a decirme algo? —pregunta y, de repente, comienza a sonreír, tanto que se le forman unas preciosas arruguitas en la parte externa de los ojos—. ¿O solo a mirar?

—A mirar… Digo… No, venía a decirte algo… Sí, no sé. ¿Qué era? —Me doy palmaditas en la cara con las manos abiertas, lo que provoca que su sonrisa se acentúe—. Que me ha llamado Rubén. Que esta noche cena en su restaurante el dueño de una bodega importante y cree que deberías conocerlo. Nos ha reservado mesa para los dos.

—Bien. —Acepta, y lanza la toalla hacia el interior del baño—.

¿Algo más?

—No… No.

Camina hacia mí como a cámara lenta. Miro sus pies porque no puedo mirarle a la cara y no me doy cuenta de que estoy apretando los puños hasta que me clavo las uñas en las palmas.

—También te has duchado. —Me separa el pelo mojado del hombro antes de acercar su cara e inhalar el aroma de mi champú—. ¿No ibas a dormir una siesta? Dijiste que estabas cansada.

—Sí, sí… Pero me ha sonado el móvil y…

—Aquí hay una cama muy grande. —Hace un gesto hacia su izquierda, como si el tremendo mueble tamaño *king size*, me pudiera pasar desapercibido—. Podemos descansar juntos.

—Descansar… —repito, con las neuronas a punto de fundirse una a una.

Su Jong ríe en voz alta, me coge de las muñecas y tira de mí mientras camina de espaldas hasta topar con la cama, en la que se sienta. Me quedo de pie, entre sus piernas que separa para acogerme, logrando que el albornoz se abra de una forma un poco peligrosa sobre sus muslos.

—¿Tanto te gusto que te dejo sin palabras?

Por un momento boqueo como un pez fuera del agua, hasta que recuerdo la frase y el episodio exacto de la serie en la que lo decía. Su primer papel protagonista, el del músico por el que sigue llevando esa púa que asoma por el cuello abierto de la bata. Y la recuerdo porque la he visto un par de veces, incluso puede que seis o siete. Ocho, la verdad.

Podría decirle de memoria la respuesta que le da a la actriz en esa escena, pero ni soy coreana ni esto es un drama, así que no voy a salir con evasivas.

—Sí, me gustas mucho.

No puedo evitar que se me escape una risa. Nunca pensé que diría esas palabras en coreano, las que tantas veces he escuchado decir a los protagonistas de mis series románticas favoritas. Este es el primer paso en una relación para ellos: declarar que la otra persona te gusta.

—A mí también me gustas mucho, Irene *ssi*.

Apenas hace el gesto para volver a tirar de mí y ya estoy entre

sus brazos. Caemos enredados sobre el colchón, besándonos con todo el deseo contenido durante jornadas hombro con hombro cargadas de tensión por una atracción que no sabíamos cómo resolver.

Su Jong me tumba de espaldas y me mira durante un largo rato mientras sus dedos recorren mi rostro, delineando mis facciones y apartando con suavidad los mechones húmedos que se me pegan a la piel. Cada una de sus caricias se convierten en una gota que cae sobre un estanque y forma ondas de placer que me llegan hasta las puntas de los pies.

—Me encanta cuanto tu piel se sonroja —dice y mis mejillas arden en respuesta a sus palabras—. Es fácil saber lo que piensas, no puedes ocultarlo. —Sus ojos se entrecierran hasta formar esa curva preciosa que me hace suspirar—. Aquella vez, en el aeropuerto, pensé que parecías una princesa vikinga.

Y yo que pensaba que no le había gustado nada a primera vista, quizá porque estaba demasiado enfadado por mi retraso. Noto como el rojo delator se va extendiendo a mi cuello y mi escote.

—Otro día te cuento sobre la herencia gallega de doscientos años de invasiones vikingas —solo acierto a decir.

Le coloco el mechón rebelde sobre la alta frente. Cuando llegó de Corea su piel era tan blanca como la mía, pero estos días de caminata le han dejado un bonito tono dorado que, para sorpresa de nadie, aumenta aún más su atractivo. No puedo dejar de observarlo mientras se inclina un poco más sobre mí y la bata se abre para mostrarme desde su impresionante pecho hasta los marcados abdominales. Tiene exactamente el cuerpo que más me gusta en un hombre: delgado pero fuerte, pura fibra; nada de músculos hormonados de gimnasio.

Me aferro a sus anchos hombros, mientras empujo el albornoz que se desliza centímetro a centímetro por sus brazos. Admiro el juego de los bíceps que se tensan bajo mis caricias y deslizo las palmas hasta sus pectorales con lo que consigo arrancarle un gemido que ahoga con otro beso, y otro, y otro, hasta que no puedo pensar nada más que en sus labios y en la deliciosa forma en que se mueven sobre los míos.

No sé si esto no va a pasar de aquí, si vamos a ser como dos adolescentes en su primera cita, indecisos sobre quién debe dar el

primer paso. Tampoco me importa. Esta fantasía de estar entre sus brazos es todo lo que puedo desear en mi vida. Intuyo que él no piensa lo mismo cuando introduce las manos bajo mi camiseta y va subiendo por mi cintura hasta descubrir que solo hay piel desnuda esperando sus caricias.

—¿Debería detenerme ahora? —pregunta y hay tanta tensión en su rostro que solo quiero llenarlo de besos hasta que le quede claro que lo deseo tanto como él me demuestra.

No le doy ni un minuto a los pensamientos intrusivos.

Puede que no sea correcto, aunque el compromiso que lo ata no lo haya elegido él.

Puede que sea solo una aventura.

Puede que no nos volvamos a ver.

Y por todas esas posibilidades es por las que no podemos desperdiciar este momento solo para nosotros.

—Ni se te ocurra —le digo y hago que suene como una amenaza mientras mis manos se ocupan de desatar el cinturón de su albornoz.

Su Jong sonríe y estoy a punto de llegar al clímax solo con ver la forma en que se muerde el labio inferior mientras recorro su espalda desnuda con mis manos y voy bajando hacia su cintura.

Ahora sí, este es el verdadero final del camino.

Llegamos unos minutos tarde al restaurante Stellae para nuestra cita con Rubén. No voy a pedir disculpas ni mucho menos a explicarle lo que nos ha retrasado. Si es necesario, le echaré la culpa al tráfico.

Me he puesto un bonito vestido de noche y unos zapatos de tacón que cogí del armario de mi hermana Mila en nuestra casa. Después de tantos días llevando pantalones cargo, camisetas y botas de montaña, me siento ligera, femenina y elegante. Cuando Su Jong me vio lista para salir tardó un buen rato en encontrar su voz.

—Estás preciosa… Siempre lo estás, la verdad.

—Ya, pero esto es mejor que la ropa de caminata, ¿verdad? —Me tuve que reír cuando él solo asintió de una forma bastante entusiasta—. Tú también estás muy guapo —le dije mientras deslizaba las manos por las solapas de su americana.

Me sentí como si flotara un poco cuando caminamos juntos hasta el ascensor del hotel. Una pareja con un inconfundible acento neoyorkino entró con nosotros y nos pegamos al fondo de la cabina.

Mientras hablaban de sus planes para cenar, nosotros logramos mantenernos serios mirando al frente, incluso cuando Su Jong enredó sus dedos con los míos y se llevó mi mano a su espalda donde me acarició la muñeca con sus dedos tan largos y suaves que poco antes habían recorrido mi cuerpo hasta descubrir los puntos más sensibles.

—Tienes cosquillas en sitios inesperados —susurró y, entre sus palabras y su aliento cálido en mi oído, sentí que mi cuerpo volvía a despertar a pesar de que él se había ocupado de saciarlo de todas las maneras posibles.

—¿Deberíamos cancelar la cita y volver a la habitación? —propuse en voz baja, aunque los otros probablemente no sabrían ni una palabra de coreano.

Llegamos a la recepción antes de que pudiera contestarme. Tiré de su mano y le sonreí para hacerle saber que bromeaba y que ni se me ocurriría entorpecer el verdadero motivo de que haya venido a mi país. Su sentido de la responsabilidad le obliga a ejercer a la perfección un trabajo que no le gusta y lo mantiene prisionero, y yo voy a ayudarle en todo lo posible para que por fin pueda conseguir su objetivo.

Durante el corto viaje en taxi ha estado callado, concentrado, aunque en ningún momento ha soltado mi mano y, de vez en cuando, su vista se desviaba a mi escote o a mis rodillas que la falda corta deja al descubierto. Verlo luchar entre el deseo y la obligación sería hasta divertido si no fuera porque me encuentro en la misma situación.

—Oh —exclamo cuando me llevo una mano al cuello—, me olvidé mi colgante. Creo que lo dejé en el baño.

—¿Deberíamos volver?

—No, no tenemos tiempo, y tampoco es tan importante.

Se inclina para besarme en el hueco detrás de la oreja que me acaricia con la nariz.

—A mí me parece que no necesitas ningún adorno —dice, y logra que me sienta tímida como una adolescente—, pero si te gusta, tengo la solución.

Se abre el cuello de la camisa y, antes de que pueda decir nada, se está quitando la cadena de la que cuelga la púa de guitarrista. Me quedo paralizada mientras me la pone.

—¿Es la original? —pregunto, tocándola con reverencia.

—Sí. Bueno, en realidad había varias en el set de rodaje, pero esta es la que usé en la escena en la que se la regalo a mi coprotagonista.

—No sé si debería…

—Irene *ssi*. —Me sujeta la mano cuando intento quitarme la cadena—. Te queda muy bien. Mejor que a mí.

Vuelvo a soltar una risa casi infantil. No sé qué me hace este hombre que me lleva de vuelta a las sensaciones del primer amor, esa mezcla de emoción, de nervios, y de todo tipo de sentimientos intensos que logran que creas que todo en este mundo es posible.

—Gracias —murmuro, utilizando la expresión formal en coreano para el agradecimiento, lo que logra que definitivamente me sienta como si yo fuera su coprotagonista en un drama.

—¿Cómo de largo es ese menú degustación? —me pregunta cuando ya estamos ante la puerta del restaurante.

—Creo que Rubén pretende impresionarte, pero le pedí que no lo alargara demasiado porque estamos muy cansados del camino.

—Bien hecho. —Me suelta la mano para abrir la puerta y dejarme pasar delante.

Rubén nos sale al encuentro, estrecha la mano de Su Jong y a mí me da un abrazo y dos besos.

—Bienvenidos. —Saluda y se inclina un poco para hablarme cerca del oído—. Estás guapísima.

Él no me va a decir que estaba igual de guapa ayer, con ropa cómoda de estar por casa, Rubén siempre le ha dado mucha importancia a las apariencias. Aunque no puedo evitar un poco de nostalgia cuando nos encontramos, en este momento ya no veo al chico del que me enamoré en el instituto, sino al hombre en el que se ha convertido y que ya apenas me inspira nada. Es solo un amigo más, de los que vas dejando por el camino por distintos motivos y, cuando los vuelves a ver, te debates entre la alegría y la incomodidad.

Mientras lo seguimos a través del elegante local, me fijo en que se ha hecho un corte de pelo arriesgado, del tipo que llevaría un adolescente lleno de tatuajes y *piercings*; tiene las cejas un poco demasiado depiladas y la piel tostada porque adora pasar el tiempo libre en la playa. Sigue siendo un hombre atractivo, pero ya no es

mi estilo. Las comparaciones pueden ser odiosas, pero no puedo evitar pensar que, a su lado, Su Jong es un príncipe de Joseon, tan elegante que ronda la perfección con su traje oscuro y su piel perfecta.

Entramos en un pequeño comedor privado donde está el chef del restaurante, que es el jefe de Rubén, con el dueño de Bodegas Mariño.

Calculo que Paco Mariño tiene edad para ser mi padre, pero eso no le impide mirarme con un interés que me incomoda.

—De todos los idiomas del mundo, ¿por qué elegiste coreano? —me pregunta, tras las presentaciones y unos minutos de conversación en los que hemos intercambiado información básica.

—Me interesa mucho Corea del Sur, su historia, su cultura. Todo, en realidad —contesto y no puedo evitar lanzar una mirada de anhelo hacia Su Jong que nos escucha sin entendernos.

—Ya veo —dice Mariño tras observarnos a uno y a otro, y separa una silla para ofrecerme asiento—. Creo que a mí también me va a resultar interesante.

El resto de la noche se convierte en una cena de negocios, para nada la cita romántica que habíamos planeado, pero me lo tomo con resignación.

Una vez más ejerzo de intérprete y me parece estar replicando aquella terrible negociación con la gente de Vino Veritas, en Madrid. Con el paso de la velada, y a pesar de la impresión negativa que me ha causado al principio, debo reconocer que el dueño de Bodegas Mariño se comporta como un profesional. Habla con pasión de sus vinos y el trabajo de «su equipo», como se refiere siempre a sus empleados en las bodegas.

Además, esta vez disfruto escuchando a Su Jong; observo cada uno de sus gestos cuando le traduzco y procuro ser fiel a sus respuestas, aunque a veces tengo que darles explicaciones a los otros dos sobre formalidades coreanas. Me he acostumbrado a su presencia diaria a mi lado, pero de vez en cuando aún lo miro totalmente fascinada. Es demasiado guapo, demasiado perfecto, el hombre con el que he soñado durante años, y está aquí, conmigo. Nunca en mi vida me he sentido tan afortunada.

A la hora de los postres, la negociación avanza por buen camino y yo estoy tan cansada que solo puedo pensar en la enorme cama de

la habitación de Su Jong que espera nuestro regreso y que, tal vez, aún conserve nuestro calor entre sus sábanas revueltas. Entonces sonrío y él, sin mirarme, me coge la mano bajo el mantel y me la aprieta con suavidad. Espera un poco, dice su gesto, y yo entrelazo mis dedos con los suyos para que sepa que lo entiendo y que no tengo ninguna prisa cuando estoy a su lado.

Mariño se despide el primero alegando que regresa a su casa, en Cambados. Estrecha la mano de Su Jong con energía y una sonrisa franca que me da muy buenas vibraciones.

—Me ha encantado conocerle, señor Lee. Como decía aquella vieja película, creo que este puede ser el comienzo de una gran amistad.

Un poco más tarde somos nosotros los que nos despedimos de Rubén. Su Jong le expresa su agradecimiento en inglés y mi ex sacude las manos para indicar que no ha sido nada, antes de darle una palmadita en el brazo y decirle que le ha encantado conocerlo.

—¿Puedo robarle dos minutos a Irene antes de que se vayan?

Cuando nos quedamos a solas en el comedor, miro con ansia la puerta por la que ha salido Su Jong. Solo quiero que este momento incómodo pase pronto y podamos volver juntos al hotel.

—Podías hablarme delante de él, ya sabes que no entiende una palabra de español.

—El lenguaje de los gestos es universal —dice, antes de cogerme una mano y acunarla entre las suyas—. Te he echado mucho de menos.

—Rubén…

—¿Qué nos ocurrió, Irene? Sigo sin entenderlo. Supongo que fue la distancia, siempre estabas de aquí para allá.

—Y tú estabas ausente incluso cuando estábamos juntos, más preocupado por tu carrera que por nuestra relación.

No quiero entrar en una espiral de reproches mutuos, pero tampoco me voy a quedar callada si él pretende echarme toda la culpa de nuestra ruptura.

Rubén hace un gesto muy suyo, elevando las cejas y mirando al cielo, como si acabara de recordar algo importante.

—Siempre fue él, ¿verdad? Tu actor favorito. Hasta yo lo reconozco. Veías sus series en bucle.

No me puedo creer que de verdad lo haya reconocido. Nunca

aceptaba cuando le proponía ver alguna de mis series coreanas favoritas juntos, decía que no soportaba leer subtítulos, pero siempre tuve la impresión de que le molestaba mi afición, como si tuviera celos de mi entusiasmo.

—Ya no es actor, ahora solo se dedica a los negocios familiares.

—Qué casualidad que hayas podido conocerlo así. Sería el argumento de un buen drama.

—Supongo.

Aprovecho el momento en el que afloja el agarre para recuperar mi mano. Quiero que esto acabe ya, pero me temo que lo peor aún está por llegar. Sé que lo único que Rubén puede sentir por mí es nostalgia; llevamos demasiado tiempo separados y ya no somos los dos estudiantes que se enamoraron, nos hemos alejado tanto que no veo ningún camino de retorno.

—Y, si no fuera él, hubiera sido cualquier otro coreano. Cuando te fuiste a Seúl, supe que lo nuestro estaba definitivamente muerto y enterrado.

—¿Ahora me vas a venir con viejos reproches?

—No, no. Perdona. —Enfatiza la palabra llevándose una mano al corazón—. Solo quería decirte que ahora lo entiendo. Yo tampoco hice las cosas bien y no supe cuidar nuestra relación. Pero podemos ser amigos, ¿verdad?

Parece sincero y por eso asiento a sus palabras y hasta sonrío con cariño.

—Tú también encontrarás a la persona adecuada para ti. —Es lo único que se me ocurre decir para intentar cerrar esta conversación.

—Quizá ya la haya encontrado. —Confiesa, y se pasa una mano por la nuca, lo que me hace preguntarme si será su peluquera y por eso se ha dejado hacer ese peinado de quinceañero.

—Pues entonces no la dejes escapar. ¿Sabes lo que dicen los coreanos para dar ánimos? —Levanto los dos puños y suelto una risa antes que la palabra—. *Fighting*.

A la salida del restaurante Su Jong me coge de la mano y caminamos juntos bajo un cielo estrellado por calles estrechas y un poco oscuras, hasta las que llega el bullicio de otras más transitadas.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Todo bien —contesto, de corazón—. ¿Volvemos al hotel?

—Antes tenemos algo que decidir. —Se detiene unos segundos y consigue que deje de respirar a la espera de sus palabras—. ¿En tu habitación o en la mía?

CAPÍTULO 33

SU JONG

Irene duerme y no recuerdo otro momento en que me haya sentido más en paz conmigo mismo y con el mundo.

Está amaneciendo. La primera luz del día se cuela entre las gruesas cortinas para iluminar su pelo dorado. Su piel es muy blanca ahora que nada consigue ruborizarla, y noto que sus párpados aletean un poco, como si estuviera a punto de despertar. Deja escapar un suave resoplido y frota la cara contra la almohada. Me preocupa que tenga frío, así que subo un poco la colcha para taparla mejor.

No quiero levantarme nunca de esta cama.

En la mesilla, mi teléfono suena con algún mensaje. Lo cojo con rapidez para evitar que la despierte y descubro que tengo varios de mi hermana y de Han Jin, con fotos incluidas. Parece que ellos también se lo han pasado muy bien la noche pasada. Incluso han hecho amigos en la ciudad. Son dos jóvenes tan parecidos entre ellos que deben ser hermanos, altos, rubios y vestidos con camisetas de los New York Knicks y gorras con visera. Solo les falta una bandera de barras y estrellas para dejar clara su nacionalidad.

Pero el mensaje que ha hecho vibrar mi móvil es otro más reciente. Uno de Jiyu.

«Kate y yo volvemos a Madrid. Nos vemos en diciembre en Seúl».

Corto y al grano, como suele ser ella. No sé qué pensar. Quizá está huyendo para no enfrentarse a un problema que solo podemos resolver ente los dos. A estas alturas es evidente que lo nuestro nunca va a funcionar; el plan de mi madre de lograr que nos

acercáramos durante el camino solo ha servido para que pudiéramos comprobar que somos por completo incompatibles. Nunca sabré si en otras circunstancias hubiera sido diferente. La realidad es que ha coincidido este compromiso impuesto con el momento en que comenzaba a enamorarme de otra persona, y que hasta aquí llega mi obediencia filial.

—Tienes esa arruga en la frente —murmura Irene con voz ronca.

—¿Arruga? —Me toco preocupado la cara y puedo notar el surco horizontal que se me forma sobre las cejas.

—Siempre aparece cuando estás preocupado.

—Tendré que inyectarme bótox.

—Ni se te ocurra.

Se acerca hasta que nuestros cuerpos desnudos se tocan y me parece sentir que una corriente cálida y, de algún modo, eléctrica, me recorre. Con los ojos aún entrecerrados por el sueño, ella extiende una mano y me frota la frente con suavidad.

—¿Deberíamos quedarnos en la cama todo el día? —sugiero, tras dejar el móvil en la mesilla y sumergirme entre las sábanas de nuevo.

—¿Podemos pedir el desayuno? Me muero de hambre.

Me rodea el cuello con los brazos y me da un suave mordisco en el cuello. La atrapo por la cintura y la subo sobre mi cuerpo.

—¿Y qué es exactamente lo que te apetece comer? —pregunto.

Su sonrisa y la forma en la que se inclina para atrapar mi oreja con los dientes es suficiente respuesta.

El desayuno llega mucho después, cuando nos estamos volviendo a adormilar, enredados uno en el otro como si no quisiéramos despegarnos nunca. Mientras me pongo el albornoz para abrir la puerta, el móvil vuelve a sonar. Me lo meto en el bolsillo de la bata y saludo al camarero, que deja la bandeja sobre la mesa de la sala. Noto el zumbido de otro mensaje entrante, y otro.

Cuando el empleado del hotel se va, descubro que el que me está escribiendo es mi hermano mayor. «¿Qué está ocurriendo?», dice su mensaje, y adjunta un enlace a la principal web de noticias de nuestro país.

Lo abro y me encuentro con un par de fotos de mi hermana y los dos americanos con los que ella y Ha Jin cenaron. Las imágenes son una captura de sus redes sociales, donde Mi-suk las ha publicado. El

titular de la web dice: «*La única hija de la empresa L. C. se divierte en España. ¿Peligra su compromiso con la corporación K. E.?*».

No me da tiempo a leer el resto del contenido porque el teléfono suena ahora con una llamada entrante. Es mi madre, por supuesto.

—¿Así es como cuidas de tu hermana? —pregunta a bocajarro.

—No es lo que parece. Solo salieron a cenar, ella y Ha Jin, y…

—¿Y tú dónde estabas?

—Tenía una reunión de negocios. Es posible que haya conseguido los vinos que estábamos buscando.

—¿Park Jiyu estaba contigo?

—No.

Se hace un breve silencio y sé que está apretando la boca hasta que se le forman arrugas en su piel siempre perfecta.

—Estás poniendo en peligro dos importantes alianzas, y parece que no eres consciente.

—Te recuerdo que vine a este país a negociar importaciones. Estoy trabajando para la compañía, como querías.

—Eso es lo de menos ahora. Hay que solucionar este desastre y hay que solucionarlo ya. Vais a tomar el primer vuelo que salga para Seúl, me da igual cuántas escalas tengáis que hacer, pero os quiero aquí lo más tardar mañana.

Me froto la frente, desesperado, y encuentro la arruga que tanto preocupa a Irene. Pensar en ella, que está en la habitación de al lado, aún envuelta en el calor de nuestros cuerpos entre las sábanas, me retuerce el corazón de una forma dolorosa.

—Estoy organizando otras reuniones con empresas bodegueras.

—Lee Su Jong, ¿no me explico con suficiente claridad? ¿Te vas a hacer responsable de las pérdidas que vuestras «diversiones» pueden provocar en nuestros negocios? —Su voz se hace más y más cortante. No es mi madre la que me habla. Esla presidenta de Lee Corporation. Eso es lo más importante de su vida desde que mi padre falleció y ella quedó al cargo de todo—. ¿Vas a ser otra decepción para esta familia, como tu hermano?

—Madre…

—Mañana te quiero puntual en la junta, ya sabes que es a primera hora.

—Hay una diferencia horaria de siete horas, y un viaje muy largo hasta Seúl.

—Soluciónalo y no des más excusas.

Oigo el chasquido del teléfono de sobremesa al colgar. Me quedo con el mío en la mano y lo aprieto con fuerza antes de lanzarlo sobre el sofá.

Ahora sí se acabó. Fin. Las palabras que aprendí en español para aquel drama que rodamos en México nunca me han parecido tan reales.

Irene bebe su zumo de naranja a sorbitos pequeños mientras me lanza miradas de preocupación por encima del vaso cada vez que lo levanta.

—… o podemos ir a Finisterre —concluye y solo entonces me doy cuenta de que estaba hablando y no he escuchado nada más que las últimas palabras.

—¿A dónde? ¿Es una bodega?

—No, no. —Ella ríe, incómoda, y yo me siento igual porque noto cuánto se está esforzando por atravesar el silencio hermético en el que me he encerrado desde que comenzamos a desayunar.

—Finisterre es un pueblo de la Costa da Morte, literalmente el fin del mundo para los romanos. Muchos peregrinos siguen el camino hasta allí tras llegar a Compostela. O hasta Muxía, que es otro precioso pueblo marinero con un gran santuario en una costa rocosa. O a ambos…

Apenas escucho palabras sueltas, me siento incapaz de prestar atención a sus intentos de organizar planes que no vamos a poder cumplir. El móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de Mi-suk que me confirma que ha conseguido billetes para Madrid en el mismo avión en el que vuelan Jiyu y su amiga. Sale del aeropuerto en poco más de una hora y desde allí partiremos esta misma tarde a Corea. Por una vez, mis secretarios están ejerciendo como tales y son quizá más competentes de lo que desearía.

—Lo siento —digo—, me temo que no vamos a ir a ningún sitio. Tengo que regresar ya.

—¿Regresar? ¿A dónde? —Irene me mira como si de repente no entendiera mi idioma, su confusión es tal que hasta ha dejado de masticar el trozo de tostada que tiene en la boca.

—Regresar a casa —aclaro sin más explicaciones.

El color desaparece de su cara y, en contraste, sus ojos son profundos lagos azules que poco a poco se van volviendo más

cristalinos. Traga el bocado con tanta fuerza que puedo ver el movimiento de cada músculo y tendón de su cuello. Luego levanta el vaso para acabar el zumo mientras parpadea con fuerza, aunque apenas logra detener las lágrimas que ya humedecen sus pestañas.

—¿Por qué? —pregunta con voz estrangulada—. ¿Ha ocurrido algo?

No puedo hacer esto. No puedo seguir desayunando como si nada, mientras su dolor e incomprensión se me clavan en el pecho como una estaca.

—Tengo que volver. He estado demasiado tiempo fuera y hay asuntos urgentes de los que me tengo que ocupar.

Me levanto y huyo hacia el dormitorio, dejándola sola en el comedor, como un cobarde. Saco la maleta del armario y comienzo a guardar mis cosas poniendo extremo cuidado en doblar cada prenda y acomodar cada objeto a la perfección. Necesito una labor monótona como esta para poner en orden mis pensamientos.

Las botas que he utilizado para el camino están aún manchadas de tierra y pequeñas hojas, lo que me recuerda nuestro paso por el bosque encantado. Me tiemblan un poco las manos mientras las meto en una bolsa para no manchar el resto del equipaje. Cuando levanto la vista, ella está apoyada en el marco de la puerta, esperando por una explicación que no puedo darle.

Sé que conoce bastante mi cultura, las formalidades coreanas y la obediencia que profesamos a nuestros padres, pero a lo largo de mi carrera como actor he tratado a muchos occidentales y también sé que, en el fondo, les cuesta asimilar del todo estos conceptos. En una sociedad cada vez menos religiosa, el Confucianismo aún dicta las normas para relacionarnos: el respeto a los mayores, la importancia de las relaciones familiares y la dedicación al trabajo duro. En mi caso, los tres factores confluyen. Debo respetar los deseos de mi madre por su edad, por su jerarquía tanto familiar como en los negocios, y debo trabajar en ellos hasta mi último aliento, incluida la obligación de hacer un buen matrimonio por el bien de la empresa.

—¿De verdad te vas? —pregunta por fin, cortando el silencio espeso que nos distancia—. ¿Hoy mismo?

—Sí.

—¿Y Mi-suk? ¿Ha Jin?

—Nos vamos los tres. Jiyu y Kate ya han salido hacia el aeropuerto. Ellas se quedan en Madrid, nosotros nos vamos en el primer vuelo a Seúl.

Irene respira por la boca, tomando el aire como a sorbos. El dolor que siento en el pecho aumenta cuando noto el esfuerzo que hace por contener las lágrimas.

—Esto es una despedida, entonces…

No es una pregunta y por eso no respondo. El nudo que siento en la garganta amenaza con estrangularme. Hago un esfuerzo por moverme por la habitación recogiendo mis objetos personales. El cargador del móvil, que estaba enchufado en la mesilla, mi cartera y mi reloj sobre el escritorio, e incluso entro al baño para tomar mi neceser. Cuando salgo, Irene sigue pegada al marco de la puerta, como si intentara fundirse con la madera.

—Lo siento —digo, por fin. Es lo único que puedo decir.

—No puedes irte así. —Su voz suena a través de un nudo de lágrimas que la entrecortan—. Por favor, por favor, explícamelo para que lo entienda.

Por un momento me planteo hacerlo, contarle de una vez toda mi vida, mis obligaciones como hijo y heredero de un pequeño imperio. No lo hago porque sé que, a estas alturas, ella ya sabe más que suficiente sobre mi familia a la que, a pesar de todo, debo lealtad.

Cuando la primera lágrima se desprende de entre sus pestañas, daría todo lo que soy, mi apellido, mi antigua carrera y hasta mi último aliento, por descubrir la forma de aliviar su pena. No encuentro otra manera de hacerlo más que convirtiéndome en el villano de nuestra historia.

—Sabías que no me iba a quedar aquí para siempre. Tengo una vida y unas obligaciones en mi país.

Ella parpadea, confusa, mientras las lágrimas surcan sus mejillas pálidas, descoloridas.

—No sé qué te habrá dicho tu madre para que te comportes así —dice, ahogada por el llanto—, pero nadie debería tratar así a sus hijos. No eres una de sus propiedades.

Ojalá tuviera una respuesta a esas palabras. La verdad es que llevo buscándola toda mi vida.

—Lo siento —repito y solo puedo doblar el cuello, para

completar mi disculpa con una larga reverencia.

Me quedo mirando el suelo durante una eternidad, incluso cuando veo sus pies girar sobre las puntas antes de alejarse, incluso cuando escucho la puerta de la *suite* cerrarse a sus espaldas.

Las lágrimas que he estado conteniendo se desprenden de mis párpados y caen al suelo como gotas de lluvia. Levanto la cara y me froto los ojos, pero no puedo detenerlas y siguen brotando, saladas y ardientes. Siento como si me quemaran la piel cuando corren por mis mejillas hasta llegar al cuello. Noto que vuelve a mí la vieja tristeza, la que casi me destrozó cuando me vi obligado a abandonar mi carrera para trabajar en la empresa familiar. En aquel entonces solo el apoyo de mis hermanos me salvó de una depresión tan profunda que me anulaba como persona. No sé quién podrá salvarme ahora.

Intento mirar a mi alrededor, pero me parece que se ha hecho de noche, aunque solo son las once de la mañana; incluso las luces de la habitación parecen apagadas, a pesar de que un rato antes estaban todas encendidas. La oscuridad me envuelve. Solo deseo dejarme atrapar en ella y no volver a salir nunca.

CAPÍTULO 34

IRENE

Tengo un libro entre las manos como podría tener una piedra. He leído tres veces un párrafo y sigo sin saber lo que pone. No es que no me guste, siento tristeza y empatizo con este pobre niño que no podría reconocer ninguno de esos dos sentimientos por mucho que se los explicara. Se titula *Almendra*, por la forma que tiene la amígdala, ese lugar de nuestro cerebro donde se guardan los recuerdos y las emociones. El joven protagonista tiene una amígdala demasiado pequeña, lo que lo vuelve casi insensible.

En algunos momentos de las últimas semanas he deseado compartir esta disfunción. No sentir es la única forma de no sufrir.

El libro es de una autora coreana. Me gusta mucho su forma de hacer literatura, y sigo tan enamorada del país y su cultura como lo he estado la mitad de mi vida, desde que descubrí el primer *kdrama* y los primeros grupos de *kpop*. Eso no va a cambiar nunca.

Cuando la puerta se abre, estiro la mano con gesto mecánico hacia el libro de registro bajo el mostrador. Es temporada baja y tenemos menos peregrinos que de costumbre en el hotel, pero siempre hay gente dispuesta a hacer el camino en cualquier época y circunstancia.

—Tenía que ponerse a llover justo ahora cuando estaba sacando la compra del maletero —dice mi hermana, a modo de saludo.

—¿Te ayudo?

—No hace falta. Ya lo tengo todo. —Deja en el suelo un montón de bolsas mientras se va quitando el abrigo—. ¿Te puedes creer que en el supermercado ya está todo lo de la Navidad? Solo les falta poner villancicos. Y estamos a dos de noviembre.

Miro el calendario que tengo en el mostrador con un sobresalto. Ayer fue festivo, pero apenas me di cuenta porque hice el mismo trabajo que hoy: ocuparme de la recepción. Y compruebo que es cierto, ya estamos en noviembre.

Hace un mes que se fue.

Ni una llamada. Ni un mensaje. Ni un triste correo electrónico.

El suelo bajo mis pies desaparece y solo hay un desierto. Pero no es un lugar dorado y caluroso, sino de color gris plomo y surcado por un aire frío que me eriza la piel.

Desde la pequeña sala aneja a recepción se escucha la voz de mi madre que me suena como si llegara de un lugar mucho más lejano.

—No sé de qué te sorprendes, *filliña* —contesta a las palabras de Mila—. Cada año ponen la Navidad más pronto. Cualquier día, empiezan en agosto.

—Es que, para cuando llegue diciembre, ya vamos empachadas de mazapanes.

Mi hermana se acerca y pone sobre el mostrador una tableta de turrón de chocolate Suchard, mi favorito. Miro el envoltorio navideño, rojo y oro, y le paso una mano por encima para alisarlo. El desierto a mi alrededor se desvanece.

—¿Para mí? —pregunto.

—Que te estás quedando muy flaca —murmura mi hermana, con ese desapego que antes me hacía pensar que ella también tiene una almendra pequeña en el cerebro. Últimamente, he comenzado a darme cuenta de que lo suyo es todo fingido, una forma como cualquier otra de enfrentarse al mundo.

—Gracias, *unnie*.

—Que no me llames cosas raras coreanas —resopla, pero pierde aliento cuando pronuncia la última palabra, como si temiera haber metido la pata.

—¿Ya estáis discutiendo otra vez? —pregunta nuestra madre, asomándose a la puerta de la sala.

Por supuesto, no lleva muletas. Al verla, Mila y yo nos atropellamos en nuestras quejas.

—¡Pero mamá!

—Así no te curas nunca.

—El médico dice que no apoyes aún el tobillo.

—¿Quieres que se te quede un esguince crónico?

—No tienes remedio.

Ella simplemente se da la vuelta y regresa a la sala. Cojeando, por supuesto.

En la puerta de la consulta alguien ha colgado una triste corona de las que se compran baratas en un bazar, y ni siquiera es nueva por la forma en que empieza a deshilacharse. Quedan tres días para Navidad, y parece que los adornos del hospital van a llegar a duras penas a la fecha clave.

—¿Maruxa Vidal? —llama la enfermera que se asoma a la puerta.

—Ya voy yo sola —dice mi madre, mientras cruza el estrecho pasillo con ayuda de las muletas.

En las últimas semanas se ha portado bien y ha mejorado mucho, pero hoy se apoya en los bastones con más cuidado del habitual, supongo que para convencer al médico de que sigue sus instrucciones.

La espero en la incómoda hilera de sillas de plástico que cruje cada vez que alguien se sienta. Enciendo el móvil de forma automática y miro los WhatsApp que se acumulan sin contestar. Adrián y Miriam me felicitan las fiestas en el grupo «el pisito». No sé ni qué contestarles.

Hace ya tiempo que fui a recoger mis cosas y dejar libre la habitación para que pudieran buscar una nueva compañera. Pensé que sería incómodo, pero los dos lograron que me sintiera bien acogida, me llenaron de mimos y escucharon mi triste historia cuando las copas que compartimos me soltaron la lengua. Los quiero y los echo de menos, pero no voy a volver a Madrid a pelearme por un trabajo cutre y mal pagado de intérprete; prefiero estar aquí, con mi familia, y concentrar todos mis esfuerzos en las becas del próximo año. Ha llegado el momento de ayudarme solo a mí misma. Esta vez la voy a conseguir y ni una pandemia podrá impedir que me vaya por fin a Corea a hacer el doctorado. Ni un corazón roto tampoco. No voy a cambiar mi plan de vida solo porque cometí el error de enamorarme de un imposible.

«Feliz Navidad!!», tecleo con poca convicción. «Siempre nos quedará el turrón de Suchard». Añado un par de *stickers* un poco al azar y apago el móvil.

Ojalá tener una máquina del tiempo y poder enviarme a mí

misma al próximo verano. Me dan náuseas solo de pensar en las comilonas navideñas y las bandejas de polvorones y mazapanes que mi madre prepara y nos duran todas las fiestas.

—Nena… Nena, que ya estoy.

Doy un saltito en la silla de plástico y me pongo de pie como un recluta a la orden de su sargento.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto a mi madre, que está parada en el pasillo, con las muletas en una mano y una sonrisa de satisfacción que es toda la respuesta que necesito.

—Me ha dado el alta por fin. Dice que mi tobillo está perfecto. Podría hacer el camino desde Roncesvalles hoy mismo.

—Bueno, bueno, vamos a tomárnoslo con calma —le advierto, antes de acercarme a darle un abrazo que recibe con el cuello estirado como un avestruz—. Me alegro mucho, mamá. ¿Qué te parece si nos vamos a comer juntas a Santiago para celebrarlo?

—Me parece estupendo. Vamos a La Galiciana, que tienen de todo —decide rápidamente—. Comida japonesa para ti y pulpo para mí.

—Yo también quiero pulpo —le digo mientras le cojo las muletas y la tomo por el brazo para irnos juntas, codo con codo, como dos abuelitas que salen de misa para dar un paseo.

—Esos chismes puedes tirarlos a un contenedor. No quiero ni verlos delante.

—Mejor las guardamos, que nunca se sabe si alguien las va a necesitar. Hay que reciclar, mamá, que solo tenemos un planeta.

Mientras vamos saliendo hacia el aparcamiento me da un sermón sobre que cuando ella era pequeña todo se reciclaba: que si las botellas de cristal que se devolvían a la tienda, que si para la compra llevaban bolsas de tela o cestas de mimbre, y no tanto plástico, y así una retahíla interminable que escucho en segundo plano mientras pago en el cajero y nos metemos en el coche.

—Qué ganas de comer pulpo —dice con gesto goloso cuando arranco el motor.

Tengo un breve momento de *déjà vu* cuando repite la palabra «pulpo», y entonces mi mente me lleva a un bar de Betanzos y una mesa llena de comida y de risas. A duras penas logro borrar ese recuerdo para pisar el acelerador y salir con suavidad de la estrecha plaza de aparcamiento. Cuando giro el cuello para mirar hacia atrás

y comprobar que no hay ningún obstáculo, descubro a mi madre observándome con tanta pena que me siento fatal por hacerla sufrir así.

—Hija, cambia ya esa cara, que no se ha muerto nadie —me exige, con una brusquedad que suena fingida.

Conduzco con cuidado por los estrechos pasillos del aparcamiento hasta detenerme en la señal de *stop* que me lleva a la carretera principal. Freno para dejar pasar un vehículo que va a paso de tortuga mientras el conductor comprueba si hay plazas libres en el aparcamiento.

—Estoy bien —contesto.

—Lo estarás. —Me asegura con la confianza de quien ha vivido casi el doble de mis años y también habrá pasado por muchos malos momentos.

Quiero creerla.

Piso el acelerador y salgo del cruce. El conductor que me ha tenido un buen rato esperando con sus lentas maniobras me da un bocinazo. Mi madre abre la ventanilla y le suelta cuatro frescas.

—Es que le dan el carnet a cualquiera —resopla, mientras vuelve a cerrar la ventanilla sin escuchar la respuesta airada del otro—. Vamos, nena, que me muero de hambre. La otra vez que estuvimos también tomamos un arroz muy bueno, y los postres… ¿Te acuerdas de la filloa con chocolate y helado que se comió tu padre? Ni un trozo nos dejó para probar.

Mi hermano y su novio llegan tarde a la cena de Nochevieja, cogidos de la mano y más empalagosos que nunca. Desde que viven juntos se han vuelto insoportables. No queda ni rastro de esos dos que llevaban peleándose desde que se conocieron, y se gustaron, en el instituto.

—Tenemos una noticia —anuncia Luis a los postres.

Hay mucho bullicio en la mesa, porque ha venido mi prima Icía con toda la familia, y también invitamos a unos peregrinos que se alojan en el hotel, tres ingleses a los que no se les ha ocurrido mejor plan que hacer el camino de Santiago en fin de año. En total, veintidós personas llenas hasta las cejas de marisco, rape en salsa, ternera asada como tercer plato para los que tienen un estómago sin fondo, y tarta de Santiago; además de los dichosos turrones que a estas alturas de las fiestas ya empiezan a cansar.

Marcos se pone en pie y golpea una copa con la cucharilla del café, bajo la mirada entre preocupada y asesina de mi madre, que teme por su cristalería buena, la que solo saca en estas fiestas.

—Un *pouquiño* de silencio, por favor —pide y hace un gesto a Luis, que se levanta con la cara colorada, y no solo por el vino y la comida.

—Decía que tenemos una noticia…

—Espero que ninguno de los dos esté embarazado.

—¡Pero mamá!

—Hijo, que soy muy joven para ser abuela.

—¿Me quieres dejar hablar?

Entre las risas de la familia y las miradas de incomprensión de los ingleses, mi madre finge cerrarse la boca con una cremallera y le hace un gesto a Luis para que diga de una vez lo que quiere decir. Mi hermano traga saliva con tanta fuerza que le veo el movimiento de la nuez desde donde estoy sentada, al otro lado de la larga mesa.

—Nos casamos —anuncia, por fin, y todos en la mesa aplaudimos, incluso los extranjeros a los que les traduzco rápidamente sus palabras—. En mayo. Ya podéis preparar los trajes de gala, y los regalos. Aceptamos efectivo.

Mucho rato después, mientras lavamos platos en la cocina, Mila aún se está riendo del descaro de nuestro hermano pequeño.

—Es que se casan por los regalos, está claro, que tienen ese piso muy vacío y quieren ponerlo bonito.

—No seas así, mujer. Lo suyo es amor de verdad, y es bonito que quieran casarse.

—Eres una romántica sin remedio, Irene. Teníamos que haberte educado mejor.

Me encojo de hombros y meto las manos bajo el chorro de agua caliente para quitarme los restos de jabón.

—¿Preparamos las uvas?

—Ya lo hago yo —anuncia Icía, que entra en la cocina como un huracán. Lleva un precioso vestido de fiesta y va peinada y maquillada como si fuera a desfilar por alguna alfombra roja.

—¿Tú también tienes novio ahora? —pregunta Mila, siempre directa a la yugular.

—Algo hay… —responde nuestra prima mientras va contando platillos para poner las uvas que nos comeremos, como cada

Nochevieja, cuando suenen las campanadas a las doce de la noche.

—Con lo bien que se está soltera. —Mila me empuja con el hombro y me obliga a sonreír, con pocas ganas—. ¿Qué vas a hacer tú después, Irene?

—Dormir hasta mañana a las doce.

—Yo también —responde mi hermana.

—Alguien tendrá que quedarse en recepción.

Las dos miramos a Icía, que está probando la fruta y casi se atraganta.

—Ah, no, no, yo no trabajo aquí. Y esta noche salgo.

—Y yo que pensaba que te habías puesto ese vestido de Taylor Swift solo para cenar con la familia —sigue metiéndose con ella mi hermana. Icía le saca la lengua y se come otra uva.

—Y mañana por la tarde quiero ir al cine —digo.

—Voy contigo —se ofrece Mila.

—No te va a gustar —le advierto—. Es una película de un director coreano, en versión original, muy lenta y con mucho diálogo. De esas en las que parece que no pasa nada.

—Pues me echo una siesta en el cine.

Esta no es mi hermana, que me la han cambiado. Aún no me acostumbro a sus pequeños detalles.

—Yo también voy con vosotras —dice Icía que se acerca en una carrera y nos da un abrazo a las dos, con más fuerza de la que me esperaba de mi primita pequeña.

—Ese perfume que llevas parece caro —murmura Mila olfateándole el cuello.

—Me lo ha regalado Dani.

—¿Se llama Dani? Cuéntanos más… Cuéntanos todo…

Los primeros meses del año se me pasan volando entre el trabajo en el hotel y algunos encargos de intérprete que me surgen porque siempre hay extranjeros en Santiago.

También me toca ayudar a mi hermano y a su pareja en los preparativos de la boda; no sé si me necesitan de verdad o es parte del «complot familiar para cuidar a Irene». A veces siento que su cariño y preocupación me envuelven como un enorme edredón, cálido y mullido, y me mantienen a salvo de cualquier mal.

Mayo es uno de mis meses favoritos, y el día señalado amanece con un cielo azul que es el mejor regalo para los novios. Tras la

ceremonia y la tremenda fiesta que organizan, los acompaño al aeropuerto y les deseo que disfruten de la maravillosa luna de miel que se merecen.

Cuando vuelvo a casa, sobre el recibidor de recepción hay un puñado de cartas. Más facturas que ordenar y apuntar en los libros de contabilidad. Me doy cuenta de que empiezo a estar un poco harta porque la vida en el hotel es un poco el día de la marmota; ni siquiera interactuar con los peregrinos, lo que más me gusta de este trabajo, compensa de la monotonía.

Mientras estoy distraída en mis pensamientos, sin darme cuenta golpeo con un codo el montón de sobres y los tiro al suelo. Cuando me agacho a recogerlos, del escote de mi camiseta asoma el colgante con la púa que nunca me quito. Lo miro balancearse, como el péndulo de un zahorí en busca de agua, hasta indicar una de las cartas en las que aparece un remite oficial que me da un vuelco al corazón.

Dejo el resto de correo en el mostrador y me voy a la salita, que por suerte está vacía, con mi notificación entre las manos, sin atreverme a abrirla.

Me siento en una butaca y hago una respiración lenta y muy larga. Aliso el rectángulo blanco y leo mi nombre en la dirección. Es una sensación extraña pensar que en su interior está escrito mi futuro.

Esto es lo que quiero, pienso. Mi plan de vida desde mi estancia en Seúl para hacer el máster siempre ha sido volver para el doctorado. No contaba con conocer y enamorarme del hombre de mis sueños por el camino, y sé que hasta a mi familia le parecerá una locura que quiera volver a la ciudad en la que vive, aunque les explique que la posibilidad de encontrarnos en una metrópolis de veinticinco millones de habitantes es infinitesimal.

Porque, si una casualidad tan grande ocurriera, entonces tendría que aceptar que definitivamente era nuestro destino. Y no quiero hacerme ese tipo de ilusiones.

En estos meses he llegado a estar por fin en paz conmigo misma. No le echo la culpa a nadie de lo que pasó. Ni a su madre, ni mucho menos a Su Jong. Simplemente a las circunstancias. No era nuestro momento y ambos lo sabíamos, quizá por eso fue todo tan apresurado. A veces me cuesta pensar que solo estuvimos juntos

unos días, porque los recuerdo como si fueran una vida entera.

No sé qué habrá sido de él. Ya ni miro las noticias de Corea, por si aparece en algún titular. No es que quiera olvidarlo, la púa que llevo al cuello es la prueba de que ni lo intento, y lo que vivimos es demasiado valioso para pensar en borrarlo sin más. Simplemente he aprendido a vivir así, con esa pequeña cicatriz de tristeza que siempre estará en mi corazón, pero mirando hacia delante. Hacia la vida que he tenido que posponer demasiado tiempo.

En mis manos temblorosas aún está el sobre cerrado. Vuelvo a respirar hondo por la boca y lo abro.

CAPÍTULO 35

IRENE

Seúl. Agosto, 2023

Son las nueve de la noche, ya ha oscurecido pero la temperatura no baja de los treinta grados constantes desde que amaneció, y la humedad debe rondar el ochenta por ciento. Podría ser un día muy bueno de verano en mi tierra, pero esto es Seúl, tal y como lo recordaba.

Cuatro años después de mi primera estancia en la ciudad, he cumplido mi sueño y mi promesa: volver al lugar que tanto anhelaba. Ojalá pudiera hacer desaparecer el regusto amargo que me impide disfrutar de un momento que imaginaba mucho más feliz.

Llevo aquí una semana. Una vez pasada las intensas emociones de aterrizar en el aeropuerto internacional de Incheon y llegar a la capital en el tren directo, agotada del largo viaje y con todo el cuerpo temblando de la impresión, comienzo por fin a aclimatarme.

Los primeros días tuve que luchar contra un cúmulo sentimientos contradictorios. La alegría de volver a vivir en una ciudad que amo y la tensión de pensar que él también vive aquí, aunque no sé ni en qué barrio. Ni siquiera he querido investigar dónde están las oficinas de Lee Corporation para evitar tentaciones. Solo me faltaba ir a llorar a su puerta.

Por eso he aceptado la invitación de María, mi compañera de apartamento. Una noche de fiesta es todo lo que necesito para dar un descanso a mis pensamientos.

A mi alrededor, en el local abarrotado, la gente come y bebe

como si no hubiera un mañana. Las grandes pantallas emiten sin cesar vídeos musicales con bandas de *kpop* que ejecutan coreografías perfectas y en la calle hay un trasiego incesante de turistas y coreanos. Itaewon ya era un barrio mundialmente famoso antes de que la serie de Park Seo Joon lo pusiera en el punto de mira. Y lo sigue siendo.

Nuestros acompañantes golpean la mesa con sus vasos mientras el más joven se toma su cerveza de un trago tras haber perdido uno de esos juegos de beber que tanto les gustan a los coreanos.

—¿Irene? ¿Irene?

María me da unas palmadas en el brazo para sacarme de mis pensamientos y señala a uno de los chicos, que está esperando con la botella de *soju* en la mano para servirme. Levanto mi vasito y le agradezco con la cabeza antes de bebérmelo de un trago.

No sé por qué mi compañera ha quedado con estos estudiantes universitarios a los que les sacamos varios años. Me siento demasiado mayor y que los coreanos me llamen *noona* ahora que el alcohol y la comida hacen que se tomen confianzas, no ayuda.

En la pantalla más cercana aparece Coldplay cantando *My universe*. Me olvido de mis acompañantes y todo el ruido a mi alrededor desaparece mientras me concentro en la canción, en especial en las partes que canta BTS: «*Y dijeron que no podíamos estar juntos porque venimos de lados diferentes*», entona el líder del grupo, RM, y entonces los sonidos y el lugar en el que estoy vuelven a mí, como una bofetada de realidad.

Necesito más de una botella de *soju* para ahogar la marea de emociones que me invade y trata de arrastrarme a los peores momentos del invierno pasado, cuando todo era apatía y oscuridad.

En aquel entonces, me costó mucho aceptar que se fuera así. Mientras yo hacía planes para enseñarle mis lugares favoritos, él estaba ya muy lejos, tanto que, mientras hacía la maldita maleta, sentí que no podría cruzar la habitación y tocarlo por mucho que lo intentara. Sé lo suficiente sobre su madre y cómo le impone su voluntad para poder imaginar lo que le dijo en la llamada que recibió antes de desayunar. Por eso, cuando se me pasó el primer momento de enfado y negación, solo quedó el dolor; por mí, por él, y por todo lo que pudimos haber sido.

El licor de arroz es suave, no como los orujos gallegos, y no te

das cuenta de cuánto has bebido hasta que intentas levantarte para ir al baño y todo a tu alrededor gira como si estuvieras en una noria. Creo que mi vejiga puede aguantar un poco más así que vuelvo a sentarme, con la cara apoyada entre las manos para que el local deje de moverse.

—Te digo una cosa —me susurra María al oído con su aliento cargado de alcohol—, los coreanos están muy bien para divertirse, pero nada más. No te enamores de uno porque no se toman en serio las relaciones con las occidentales y sus familias ponen mil impedimentos. Te lo digo yo, que llevo aquí un año y ya he visto muchas cosas.

Solo hace una semana que nos conocemos y compartimos apartamento. Como es muy habladora, me ha contado su vida, o al menos lo más importante. Vive en Mallorca con su familia: padres, tres hermanos y un perro; y es otra forofa de todo lo coreano desde que hace años se encontró por casualidad el drama *Boys over flowers* en la red.

Me cae bien, aunque me molesta un poco que me trate como su hermana menor y también ese empeño en darme explicaciones como si yo fuera una absoluta ignorante de la sociedad coreana. La dejo hacerlo porque no tengo ningún interés en explicarle que he pasado por un baño de inmersión en las aguas profundas y heladas de esta sociedad, y aún me duran los escalofríos.

Una chica se acerca hasta ocupar todo mi campo de visión. Levanto la cara hacia ella y me sorprendo al encontrarme un rostro conocido.

—¿Mi-suk?

—Irene *ssi*… —Se interrumpe para tapar mi vaso con una mano cuando María intenta rellenármelo—. Creo que ya has bebido bastante.

—Mi-suk… ¿Eres tú de verdad?

—Ven, vamos a que te dé el aire.

Me saca del bar, aunque lo de tomar el aire suena absurdo porque fuera hace más calor que dentro, donde el aire acondicionado cumplía su imprescindible función en este bochornoso verano.

Nos detenemos ante un edificio que tiene una gran foto de Park Seo Joon con el inconfundible corte de pelo que tenía en la serie

que lleva el nombre del barrio.

—Qué casualidad encontrarnos así —digo, con una ligera interrogación al final. No creo en las casualidades y menos en una ciudad con veinticinco millones de habitantes.

—Me hubiera gustado que me llamaras tú y no… —Se lleva una mano a la boca para no terminar la frase.

—¿Quién te ha llamado, Mi-suk? —pregunto.

Es tan transparente que es incapaz de disimular y fingir que la he entendido mal.

—Tu hermana, Mila *ssi*.

—¿Mi hermana? —Me sorprendo pero no demasiado—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que hace una semana que estás en Seúl y que está preocupada por ti porque no has estado muy bien últimamente.

No sé si Mila ha usado esas palabras, pero es un eufemismo reducir de esa manera lo mal que lo he pasado en los últimos meses. Y lo mal que se lo he hecho pasar a mi familia que no encontraba la forma de ayudarme.

—Ya estoy mejor. —Le aseguro, porque quiero que me crea y también poder creérmelo yo—. He conseguido la beca y estoy en Seúl para mi doctorado. Esto es lo que más deseaba en el mundo y mi sueño se ha cumplido. Por supuesto que estoy mejor.

Mi voz se ha ido apagando según avanzaba en mi discurso. Ella no insiste. En una cultura que no acostumbra a compartir sus problemas con familia y amigos, para no cargarles con ellos, el respeto al silencio del otro se lleva al límite.

Necesito darle un abrazo y no me lo pienso dos veces a pesar de que sé perfectamente lo poco que a los coreanos les gusta el contacto físico. Mi-suk se deja hacer, un poco tensa, pero quizá porque nota las emociones que me embargan, acaba por darme unas palmaditas de consuelo en la espalda.

—Me alegro de verte, *unnie* —dice.

—Y yo. —Le echaré la culpa al *soju* por las lágrimas que asoman a mis ojos—. No sabes cuánto.

—¿Estás ocupada mañana? —pregunta, cuando por fin la suelto. Niego con la cabeza porque es sábado y mi único plan es hacer la compra y limpiar el apartamento—. ¿Te gustaría ver el rodaje de un drama?

—¿En serio? —Abro mucho los ojos y la boca, sorprendida por la propuesta—. ¿Te has hecho actriz, Mi-suk?

—No, no, solo le faltaría eso a mi madre con todo lo que ha pasado… —Una vez más se interrumpe y no acaba la frase. No pregunto. Los asuntos de la familia Lee no son de mi incumbencia—. Solo estoy ayudando temporalmente al director, porque su asistente está enfermo.

—Y… —Las palabras se niegan a salir de mi garganta en el momento en que empiezo a pensar que esta invitación puede tener segundas intenciones—. ¿Hay algún actor famoso en el rodaje? ¿Alguien que yo conozca?

—Supongo que sí. —Sus ojos brillan como si fuera a dar la mejor de las noticias—. El protagonista es Park Bo Gum.

—¿En serio?

Me esfuerzo por fingir más alegría de la que siento. En cualquier otro momento me volvería loca de emoción la idea de ver de cerca a uno de mis actores favoritos, mi maravilloso Bo Gummie, pero ahora, en realidad, esperaba escucharla decir el nombre de su hermano.

Claro que él ya no es actor. Solo un empleado al servicio del conglomerado familiar.

—Es más guapo y más encantador en persona que en la pantalla —dice, con una sonrisa tímida y las mejillas sonrosadas.

Me gustaría preguntarle muchas cosas. Intuyo que consiguió esquivar el matrimonio que su madre le había concertado y parece que le ha ido bien en este tiempo, pero no puedo sacar ese tema sin nombrar a Su Jong. Y no estoy de ninguna manera preparada para hablar de él.

—No te enamores, *dongsaeng* —le digo, llamándola hermana pequeña con confianza, lo que la hace sonrojarse de nuevo—. Los actores llevan una vida de locos y por eso sus matrimonios rara vez funcionan.

Mi-suk asiente con la cabeza y creo que ha llegado el momento de despedirnos. Hace un gesto hacia su derecha y me doy cuenta de que hay un par de chicas esperando por ella; ni las había visto entre la marabunta de gente que abarrota la estrecha calle.

—Mañana te recojo, *unnie*. Tengo la dirección de tu apartamento.

—Veo que mi hermana te dio mucha información.

Ella sonríe mientras se despide, con una leve inclinación de cabeza primero, y luego agitando ambas manos. Se reúne con sus amigas, que me miran con poco disimulo, y se van juntas calle abajo. En breves segundos la marea humana las engulle y desaparecen de mi vista.

No esperaba verla. No esperaba ver a ninguno de ellos durante mi estancia en Seúl, sabía que iba a ser demasiado doloroso y solo iba a servir para remover sentimientos que apenas comienzo a superar.

Tampoco sé por qué Mila se ha entrometido de esta manera tan poco habitual en ella. No me sorprendería si lo hubiera hecho mi hermano Luis, pero con su nueva vida de recién casado está demasiado ocupado como para andar metiéndose en la mía. Y lo cierto es que mi hermana me cuidó un montón en los peores momentos.

Sobreviví al terrible otoño y al larguísimo verano gracias a mi familia, y, cuando por fin llegaron mis amados días de primavera, conseguí hacerles creer que ya estaba recuperada y hasta me lo creí yo cuando comencé a tramitar la beca que siempre había deseado. Solo quería venir a Seúl a estudiar y también a pasar página de la historia que siempre supimos que no tendría un final feliz.

Pero ahora que estoy aquí, y su hermana me ha encontrado, la posibilidad entre mil millones de cruzármelo por la calle se ha reducido a la mínima expresión. Me tiemblan las piernas solo de pensarlo.

Miro hacia el interior del bar y me debato entre darle la razón a Mi-suk y reconocer que ya he bebido suficiente por esta noche, o volver al interior y dejar que el *soju* alivie mis pensamientos. Me decido por la segunda opción.

Hay un timbre sonando en algún sitio, pero no tengo ninguna intención de descubrir dónde. Entierro la cara en la almohada y entonces el que suena es mi móvil, que vibra muy cerca de mi cara. Apenas puedo abrir los ojos para ver el nombre en la pantalla: Mi-suk. Es ella la que está llamando a mi puerta y me levanto corriendo para abrirle.

—¿Te he despertado? —me pregunta mientras se descalza en la entrada del apartamento—. Traigo sopa para la resaca.

Tomo la bolsa que me ofrece y sacudo la cabeza como respuesta porque tengo la boca demasiado seca y pastosa para hablar. Los coreanos son expertos bebedores, a veces a la fuerza, como en las cenas de trabajo, por eso tienen toda una serie de remedios para el día después que incluyen desde jarabes que se venden en las tiendas veinticuatro horas, hasta su propia receta de sopa revitalizante.

Le hago un gesto para que entre y la acompaño a la pequeña sala con cocina americana, donde le pido que me espere mientras voy a darme una ducha rápida. Son las nueve de la mañana y ella está tan fresca como si hubiera dormido doce horas. Yo, sin embargo, siento aún en el estómago las tres botellas de *soju* que me tomé ayer, que, junto con las cinco horas escasas de sueño, hacen que mi cabeza se sienta pesada y mi cuerpo flojo, sin fuerzas.

Cuando salgo de la ducha, un poco más despejada, María está charlando con Mi-suk mientras toman café americano con hielo. Mi compañera me sirve un vaso que bebo a largos sorbos para acabar de despertarme antes de atacar la deliciosa sopa que se han ocupado de calentar.

—¿En serio vas a conocer a Park Bo Gum? —me pregunta mi compañera de piso—. Qué envidia. Me encantaría poder ir, pero he quedado con uno de los chicos de ayer —dice y me guiña un ojo entre risas.

De verdad que soy la única que tiene resaca en esta casa. No lo entiendo. En otros tiempos tenía una resistencia mayor al alcohol, y de bastante más graduación que el licor coreano que tiene poco más que una cerveza. Será que me estoy haciendo mayor, pienso, con un escalofrío.

Por el camino, en el taxi, Mi-suk me cuenta que la escena de hoy se rueda en el palacio Gyeonbokgung, al norte de Seúl, en una zona monumental muy cerca del Ayuntamiento de la ciudad. El palacio, el principal de la era Joseon, se encuentra al lado de la plaza que lleva el nombre de su puerta principal, Gwanghwamun, la de la mítica escena de la serie de Lee Min Ho en Netflix, *The King. Eternal Monarch*. He pasado por allí más de una vez, pero aún no se me ha aparecido el rey eterno en su caballo blanco.

—La historia transcurre en la época del rey Sejong. —Me explica—. Park Bo Gum es uno de los eruditos que crearon la escritura coreana por encargo de su majestad.

Se distrae por un momento mirando los mensajes de su móvil y yo, mientras tanto, no puedo dejar de mirarla. Está como siempre, tan bonita y dulce que parece recién salida de una escena de un *kdrama* romántico. La ropa femenina coreana no es mi favorita, algo pasada de moda y cursi, pero es perfecta para ella.

—¿Estás bien, Mi-suk? —En mi cabeza se desata una lucha entre acatar la formalidad y distancia coreana o dejarme llevar por la sincera preocupación que siento por ella. Me inclino por lo segundo—. Recuerdo que había planes para un compromiso…

—Al final se descartó —dice, con gesto distante—. Mi madre me obliga a ir a citas a ciegas con otros candidatos, pero aún no me he decidido por ninguno.

No se queja, ni siquiera tiene un mal gesto cuando nombra a su madre a la que me imagino como una pequeña dictadora subida en un trono de oro en lo alto de la torre que alberga las oficinas de Lee Corporation en Gangnam. Por eso no le digo que escuché las noticias sobre la detención del hombre con el que querían comprometerla, acusado de consumo de drogas. En este país no se andan con bromas en cuanto a esto, ni siquiera con los hijos de las poderosas familias *chaebol*, y parece ser que el tal Kang Geun-won ya arrastraba un historial de infracciones por peleas y desorden público, con lo que esta vez le cayó encima todo el peso de la ley.

—En España decimos que cuando encuentras a la persona ideal, es tu media naranja —le digo, solo por verla sonreír con la expresión—. ¿Puedo preguntarte por tu primo? ¿Dónde está Ha Jin?

—En Estados Unidos —contesta, más animada con el cambio de tema—. ¿Te acuerdas de los americanos que conocimos en Santiago? Uno de ellos conocía a alguien que trabajaba en una productora de Broadway y le dijo que estaban muy interesados en los cantantes coreanos y en el *kpop*.

—¿En serio? ¿Y se ha ido allí a probar suerte?

—No te lo vas a creer, pero está a punto de debutar en un musical, lo que siempre había querido.

Me llevo las manos al corazón sinceramente conmovida por las buenas noticias.

—Seguro que será un éxito, Ha Jin se lo merece. —Auguro y Mi-suk asiente con la cabeza.

Accedemos al recinto palaciego por la puerta de salida, tras

mostrar Mi-suk su acreditación al guardia, y nos encontramos en medio de un gran despliegue de personal y cámaras, en la zona del estanque de flor de loto.

—¿Llegas tarde? —pregunto, al notarla apresurada.

—Sí, pero he avisado de que se debía al tráfico.

Me preocupa pensar que en realidad se ha retrasado por venir a buscarme, pero ella sonríe como si no pasara nada. Me indica un lugar donde sentarme, a la sombra de un árbol para no achicharrarme con el calor que ya empieza a ser asfixiante, y se va con pasos ligeros hacia una carpa de la que no para de entrar y salir gente.

Me resulta de lo más entretenido ver los preparativos para la grabación. Incluso reconozco a un par de actores, una chica y un chico que pasan por mi lado vestidos de época, y que recuerdo haber visto de secundarios en una serie de estudiantes de instituto. Y luego lo veo a él y me quedo sin aliento.

Vestido con un *hanbok* blanco ribeteado de negro, a juego con el alto sombrero cuya ala hace sombra sobre sus dulces rasgos, Park Bo Gum camina hacia mí como si viniera directo a saludarme.

Si me habla y me desmayo, le echaré la culpa al calor.

Entonces me doy cuenta de que no me mira, sino que sonríe a alguien que está detrás de mí y a mi derecha. Me vuelvo para descubrir a Moon Ga Young, la estrella de *True Beauty*, que se acerca, también vestida con un precioso traje de época, acompañada por un pequeño séquito de asistentes.

—Otro día que vamos a sufrir por el calor —les dice Bo Gum al grupo de mujeres, tras saludarlas con leves inclinaciones una a una, tan correcto que no se nota que haga una distinción especial entre la actriz y sus acompañantes.

Mientras conversan y se encaminan despacio hacia la zona delimitada para el rodaje, me parece estar viendo una escena de un drama. Los dos son tan guapos y tan elegantes como en pantalla, y no me extraña que me hayan ignorado, porque, a su lado, con mi pelo tan claro, mis ojos demasiado grandes y mi cara llena de pecas por este dichoso sol, me siento exactamente como una plebeya ante un príncipe y una princesa sacados de un cuento.

Y entonces, justo antes de darme la espalda, Park Bo Gum me mira y se inclina para saludarme. Juro que el corazón se me para un

minuto entero y no vuelve a latir hasta que está tan lejos que ya no veo su sonrisa y sus relucientes ojos negros.

Durante la hora siguiente ruedan una breve escena ante el estanque en la que están ellos dos solos. La conversación es breve y no me da muchas pistas sobre el argumento, pero la forma en que se miran y, sobre todo, la forma en que evitan tocarse es muy reveladora sobre la relación que les une en el drama. Me temo que el erudito está más interesado en la belleza de la princesa que en la creación del alfabeto *hangul*.

No veo a Mi-suk durante todo este tiempo. La carpa en la que entró es desde la que dirigen la escena y supongo que ahí está el director, pero desde donde estoy no puedo casi ni oírlos. Tampoco me atrevo a acercarme para no molestar.

Cuando terminan de repetir la escena por tercera vez se hace un silencio tan intenso en el set de rodaje que parece que todos nos hayamos paralizado por un momento. Entonces se oye una voz alta y clara que grita «¡Corten!», seguida de un aplauso entusiasta del equipo cuando el director declara que la toma es buena.

Esa voz. No puede ser. Solo son imaginaciones mías. No es su voz. Mi-suk me lo habría dicho. O no. ¡Yo qué sé! Si algo he aprendido de los coreanos en todos estos años estudiando su idioma y su cultura, es que son aún más complejos de lo que parecen.

El set de rodaje se convierte en un hormiguero en el que todos realizan pequeñas tareas, quizá preparándose para la siguiente escena. Los dos protagonistas se han sentado a la sombra y las maquilladoras están retocando sus rostros perfectos. En otra carpa, a mi izquierda, un equipo de camareros está preparando un servicio de bufet.

Vuelvo a mirar a la zona de dirección y entonces lo veo salir. Lleva una camisa azul remangada hasta los codos, y un vaquero oscuro ceñido a las caderas. La distancia y la intensa luz solar no me dejan verlo tan bien como quisiera, pero sin duda sigue siendo el hombre más guapo del mundo, y no es una apreciación subjetiva.

Algunos miembros del *staff* se le acercan y puedo escuchar desde donde estoy sus felicitaciones por el trabajo de la mañana. Le llaman *gamdok-nim*, señor director. Él los esquiva con un gesto amable para seguir avanzando, sin prisa pero sin pausa, hacia donde yo estoy sentada, aferrada con las dos manos al borde del

banco que aprieto con tanta fuerza que se me corta la circulación de mis dedos.

Se para ante mí, apenas a dos pasos de distancia, mete las manos en los bolsillos e inclina el rostro de forma que le cae sobre los ojos el mechón rebelde, ahora más largo que la última vez que nos vimos.

—Cuánto tiempo sin verte, Irene *ssi*.

CAPÍTULO 36

Su Jong

Cuando mi hermana me dijo que Irene estaba allí afuera, viendo el rodaje, estuve a punto de pararlo todo para salir a su encuentro.

Me costó un gran esfuerzo recordar que no puedo poner en peligro esta oportunidad ni defraudar la confianza que la productora ha puesto en mí para dirigir su nuevo drama. Por eso agradecí más que nunca el equipo tan profesional que me rodea y el gran reparto que facilita mi labor de director novato. La toma que podía habernos llevado todo el día quedó perfecta al tercer intento, justo a tiempo para el almuerzo.

La veo sentada a la sombra de un árbol, en el paseo que lleva a los visitantes hacia la puerta de salida del palacio. Camino hacia ella deslumbrado por un sol intenso que me hace parpadear tras la agradable sombra de la carpa en la que trabajo. Al acercarme y poder ver por fin su rostro, tengo que meter las manos en los bolsillos para disimular su temblor.

—Cuánto tiempo sin verte, Irene *ssi*.

Ella abre esos enormes ojos azules que se me aparecen a veces en sueños y noto que contiene la respiración antes de contestar.

—Yo… Mi-suk no me dijo… —Sacude la cabeza y las puntas de su pelo dorado, ahora más corto, le acarician las mejillas; justo lo que querrían hacer mis manos. Aprieto los puños para resistirme—. Me alegro de verte, Su Jong.

Mira al suelo y desliza, nerviosa, la punta del pie derecho sobre el suelo de tierra. Ninguno de los dos parecemos saber qué decir. Diez meses de separación después de un encuentro intenso pero muy corto parecen una barrera infranqueable.

—Hoy tenemos un día de mucho trabajo… —Comienzo, y ella me detiene al momento.

—Perdona, no quiero molestar. Ya me marcho.

En cuanto se levanta, salvo la distancia de tres pasos que nos separa y la tomo por la muñeca para detenerla.

—Espera, no te vayas aún, no es eso lo que quería decir.

Irene mira mi mano como si le quemara, así que la suelto, dolido por lo que siento como un rechazo.

—¿Qué querías decir? —pregunta en voz tan baja que apenas puedo entenderla.

—¿Sabes que hay un tifón que está entrando por el sur? —pregunto y ella asiente.

—Mi teléfono no deja de recibir alertas —contesta—. Suena como si se hubiera declarado la tercera guerra mundial.

—Por eso tenemos que rodar las escenas de hoy y de mañana. La buena noticia es que tendremos un día libre para descansar. Es duro trabajar con este calor.

—Entiendo. —Se sujeta la muñeca con la otra mano, y la frota con suavidad—. El verano en Seúl sigue siendo tan caluroso como recordaba.

—Hace cuatro años… —digo, recordando aquel verano de 2019 en el que nos conocimos en un parque, bajo la lluvia.

—Aquel día volvía a casa, ahora, sin embargo, estoy llegando.

—Conseguiste la beca para tu doctorado. —Ella sonríe y sacude la cabeza con gesto afirmativo—. Enhorabuena. ¿Puedo invitarte mañana a comer para celebrarlo?

Su expresión de anhelo debe ser solo un reflejo de la mía porque me cuesta creer que me haya añorado tanto como yo a ella.

Todo este tiempo me he mantenido cuerdo con la convicción de que estaría haciendo su vida feliz y tranquila, rodeada de sus amigos y su familia. Esperaba que consiguiera un nuevo trabajo, mejor que el anterior, en el que pudiera demostrar su valía. Desearle todo lo mejor era la única forma que encontraba de consolarme.

—Me encantaría comer contigo. —Pronuncia las palabras despacio y con cierta cautela—. Pero si llega el tifón, ¿no será peligroso salir?

—Envíame tu dirección y te iré a buscar. Aún tienes mi teléfono,

¿verdad?

No es un reproche, no tengo derecho a hacérselo. Fui yo el que se marchó casi sin despedirse y el que no intentó ponerse en contacto en todo este tiempo. No me atrevo a decirle que no hablar con ella, ni siquiera por mensajes, fue mi manera de castigarme por mi fracaso; por no haber encontrado la manera de estar juntos.

—Sí, lo tengo.

En la carpa del almuerzo se está juntando el personal y hasta nosotros llega el bullicio de sus voces. Supongo que muchos estarán espiando nuestra conversación y se preguntarán quién es la extranjera con la que hablo, así que tengo que terminar esto antes de que nos hagan fotos y empiecen a correr por las redes. Mi regreso a este mundillo, ahora como director, ya ha provocado demasiados comentarios y rumores de todo tipo.

—Nos vemos mañana, entonces.

Doy un paso atrás y me despido con una inclinación de cabeza, formal y lejano; tengo que evitar imágenes comprometedoras como sea. Si voy a enfrentarme a mi madre una vez más, tendrá que ser con mucho cuidado porque aún no me perdona mi deserción del cargo, lo que considera una traición a la familia y la compañía. Ni siquiera reconoce que los números han mejorado notablemente en cuanto mi hermano mayor ha regresado para hacerse cargo de la vicepresidencia.

—Hasta mañana.

Cuando se va, Irene parece confusa y no tan feliz como me hubiera gustado verla. Espero poder compensarla mañana por este frío reencuentro.

Llego con diez minutos de antelación al edificio de apartamentos en el que se aloja Irene y aguardo en el coche siguiendo sus instrucciones. No quiere que me vea su compañera de piso. Según parece es fan de Lee Kyung. «Una de las excesivas», fueron sus palabras literales.

La lluvia golpea de forma monótona la estructura del auto. Es tan intensa y constante que apenas me deja ver un metro alrededor y hace que me sienta como encerrado en una cápsula de calor y humedad.

Froto las manos una y otra vez en las perneras de mis vaqueros, hasta desgastar su color azul. No recuerdo estar tan nervioso desde

que debuté como actor.

Ni siquiera cuando le dije a mi madre que no podía seguir al frente de Lee Corporation y que la única forma de solucionar los problemas que empezaban a acumularse en la compañía era devolviendo la vicepresidencia a mi hermano.

Aún resuenan en mis oídos las palabras que nos dijimos en la última discusión, la definitiva, la que puso al fin todas las cartas sobre la mesa.

—¿Vas a convertirte en otra decepción como Su-Hyun? —me preguntó, sentada tras la mesa de la presidencia de la empresa familiar, mientras yo permanecía de pie al otro lado, como un empleado más dando cuentas a su superior—. ¿No me has avergonzado bastante con ese capricho de ser actor? Que usaras un nombre falso no significa que muchas personas de nuestro entorno no te reconocieran. Más de una vez he tenido que enfrentarme a la burla y la lástima de los que tienen hijos devotos que siguen la tradición familiar.

—Lo siento mucho —contesté, como tantas otras veces.

—Las disculpas no sirven de nada si no estás dispuesto a enmendar tu comportamiento.

—Lo siento mucho, madre. —Repetí, mientras me inclinaba hasta doblarme por la cintura—. No puedo ser el hijo que deseas porque ese es mi hermano mayor. Yo solo soy un pobre sustituto que no tiene capacidad para dirigir una empresa como Lee Corporation.

—Tu falsa humildad no me va a convencer —me avisó cuando me incorporé, con el mismo gesto severo con el que me corregía la mínima debilidad desde que era muy niño.

—Sé que nada te va a convencer, pero he tomado una decisión. Devuelvo el puesto a Su-hyun o a quien consideres apropiado, y yo voy a volver al mundo al que pertenezco.

—Te lo prohíbo. Te debes a la familia y a la empresa. —Golpeó la mesa con la mano abierta, dos veces seguidas, como un juez que ordena silencio.

—Lo he intentado, le he entregado tres largos años de mi vida y solo he conseguido infelicidad y frustración. Lo sabes y el resto de los accionistas lo saben: solo mi hermano puede devolver a la empresa los buenos resultados que tenía antes de mi gestión.

—Exageras tu incapacidad, ¿o es que acaso lo has hecho mal a propósito?

No tenía otra respuesta para esas palabras que una nueva disculpa. Me quedé en posición de reverencia tanto tiempo que logré hacerla gritar de frustración. Cuando arrojó contra una pared la fotografía de familia que tiene siempre sobre el escritorio, su secretario se atrevió a asomarse y preguntar si podía ayudar en algo.

—Me retiro ahora —dije, dispuesto a aprovechar la interrupción para largarme sin mirar atrás.

—Los Park no van a mantener el compromiso con su hija si dejas tu puesto.

—Lo lamento —mentí con poca convicción.

Librarme de un matrimonio forzado con Park Jiyu, algo que ninguno de los dos deseábamos, era un premio añadido al de mi liberación laboral.

—Si sales por esa puerta, Lee Su Jong, dejarás de pertenecer a esta familia y no recibirás ni un *won* en herencia.

Sabía que no serviría de nada explicarle que hay cosas que no se compran con dinero, como el amor y la felicidad; por eso ni lo intenté.

Al final, y a regañadientes, tuvo que aceptar el regreso de mi hermano, que incluso la junta directiva exigió para enderezar el errático rumbo de Lee Corporation. Desde mi regreso de España, incapaz de concentrarme en los negocios familiares, que prácticamente dejé que funcionaran en automático, solo había encontrado una forma de aliviar mis heridas volviendo a contactar con mis conocidos de la producción audiovisual.

Tras el enfrentamiento con mi madre, y gracias a esos renovados contactos, llegó la oportunidad de dirigir una serie, lo que siempre había deseado y en lo que estoy apostando el futuro de mi carrera y de mi vida.

Dejar la vicepresidencia y estrenarme como director eran las dos cosas que más deseaba para tomar por fin el camino que realmente deseo seguir en el futuro. Nunca imaginé que aquel viaje lograría que una desconocida de ojos azules y rostro de princesa vikinga se convirtiera en mi tercer deseo y el más intenso.

Pongo música para distraerme y mi lista de reproducción va

directa a la canción que no dejo de escuchar en bucle desde que salió hace unos días.

I wish you would love me again, no I don't want nobody else. I wish you could love me again, canta V de BTS en los altavoces de mi coche, y ni me doy cuenta de que la estoy tarareando en voz baja. De verdad, de verdad deseo que pueda volver a quererme de nuevo.

Dos toques en la ventanilla del copiloto me sacan de mis pensamientos y me apresuro a abrir la puerta desde el interior para no hacerla esperar bajo la lluvia mientras salgo y rodeo el auto.

Cuando Irene se sienta a mi lado suena el último verso y la veo mirar el reproductor con un gesto casi de dolor. Lo apago rápidamente y me quedo parado con las manos en el volante, como si fuera un taxista a la espera de que la cliente me dé indicaciones. Ante su silencio, la miro.

A sus pies ha dejado el paraguas amarillo, quizá el mismo que tenía cuatro años atrás, cuando me ayudó a ocultarme de los periodistas. También me trae recuerdos del aeropuerto de Madrid, de sus zapatillas mojadas y el resbalón que la hizo aterrizar en el suelo antes de que me diera tiempo a evitarlo. En aquel momento estaba enfadado con el mundo y nervioso por las negociaciones que me habían obligado a cruzar medio planeta en avión, por eso me porté con ella como un imbécil. Creo que aún le debo una disculpa. O varias.

—Con esta lluvia el tráfico está más complicado de lo normal y mi restaurante preferido ha cerrado porque la mayor parte de su comedor está en una terraza. —Comienzo, y no sé por qué siento que tengo que dar tantas explicaciones antes de ir al grano—. ¿Te parece bien si comemos en mi casa?

Ella asiente despacio, en silencio, sin mirarme. Tiene las manos sobre los muslos que se frota, copiando sin saberlo mi gesto anterior. Notar que está tan nerviosa como yo me da esperanzas; al menos puedo estar seguro de que no le soy indiferente.

Intento prestar atención a la conducción porque no es un día para despistarse al volante. Cuando cruzamos el puente Mapo hacia Yeouido, sujeto fuerte el volante para mantener el coche en su carril y que no se deslice sobre la calzada encharcada.

—¿Vives en Gangnam? —me pregunta.

—En Mark Hills. Tardaremos un rato en llegar con este tiempo.

Sé que reconocerá el nombre del edificio. No presumo, pero tampoco voy a pedir disculpas por vivir en uno de los lugares más exclusivos, y caros, de la capital. Entre mis vecinos hay otros actores famosos y estrellas del *Kpop* y creo que no exagero si digo que todos hemos pagado con sangre, sudor y lágrimas, como dice la famosa canción, cada metro cuadrado de nuestros hogares. No es algo que haya heredado o que haya comprado Lee Corporation, sino el resultado de mi trabajo como actor, con el que me ganaba la vida antes de que me obligaran a ser el vicepresidente de la compañía.

—Gangnam es mi barrio favorito de Seúl —dice, pensativa.

Ambos miramos por el parabrisas el paisaje empañado por la lluvia. A nuestra izquierda, altos edificios de cristal cierran la amplia avenida como un muro. A la derecha discurre el río Han, con los barrios más turísticos, como Myeondong e Itaewon en la otra orilla.

—También el mío —contesto antes de dar un volantazo cuando un taxista se mete en mi carril sin ninguna precaución.

Suspiro de alivio cuando veo aparecer la alta torre y entro al garaje, dejando atrás el sonido de la lluvia que comenzaba a hacerse insoportable. En cuanto aparco, Irene abre la puerta y baja sin esperar a que la ayude.

Me gustaría hacer esas pequeñas cosas por ella: portarme como un caballero a la antigua usanza, cuidarla, mimarla, lograr que me perdone y que vuelva a quererme de nuevo. Esa dichosa canción sigue resonando en mi cabeza.

—El ascensor está por aquí. —Es lo único que puedo decir, y hago un gesto para que me siga, como si fuera el botones de un hotel guiando a una clienta.

Mientras subimos recuerdo otro momento y otro ascensor. Entonces no podíamos dejar de tocarnos, a pesar de la presencia de otra pareja, y ahora, sin embargo, mantenemos la distancia como si fuéramos desconocidos.

Hace mucho tiempo que no recibo visitas, mi casa es mi refugio y me cuesta tanto compartirla como abrir mi corazón. Antes de salir, he dejado un par de zapatillas en la entrada, que ofrezco a Irene cuando se descalza de una forma tan automática que me hace pensar que en otra vida debió ser coreana.

Dejo que ella se adelante por el pasillo que desemboca en la amplia sala. Se acerca al gran ventanal en el que la lluvia golpea con furia y estropea la espectacular vista del río a nuestros pies y, al otro lado, la montaña Namsan con la N Seoul Tower en la cima.

—Hace tiempo que en Galicia no tenemos un temporal así —murmura, como si estuviera pensando en voz alta—. Me encanta la lluvia con calor.

Se vuelve y me sonríe y ese simple gesto hace que por fin pueda relajar la tensión de mis hombros.

—¿Qué te apetece comer?

—Mmm… ¿Vamos a pedir comida con un día así? Los repartidores no deberían de trabajar en estas condiciones.

Sigue siendo la misma, preocupada por la gente y dispuesta siempre a ayudar. Me provoca tanta ternura que solo quiero abrazarla y olvidarme de todo, incluido el almuerzo, aunque aún recuerdo que en su país es la comida más importante del día.

—No hace falta. —Hago una seña hacia mi derecha, donde una puerta doble se abre a la cocina—. Tengo una despensa bien surtida.

—¿Cocinas? —pregunta entre sorprendida y divertida.

—Por supuesto, ¿aún no sabes que soy un hombre de múltiples talentos? —Presumo mientras me voy quitando la americana y comienzo a enrollar las mangas de la camisa sobre los antebrazos—. Sé programar la arrocera para que el arroz quede perfecto. —Incluso me atrevo a bromear.

Me sigue hasta la cocina donde me pongo un delantal gris y empiezo a sacar de la nevera lo que necesito: la carne que he comprado especialmente para hoy y el acostumbrado surtido de acompañamientos que siempre tengo disponibles.

—¿Puedo ayudar?

—Puedes sentarte. —Le indico la barra con sillas altas en la que como cuando estoy solo, que es casi siempre, y le pongo delante una botella y un sacacorchos—. Y puedes abrir el vino.

Ella mira la etiqueta y pasa los dedos por las letras como un ciego leyendo braille.

—Abadía de San Campio… ¿Te acordabas?

Me doy cuenta de que no es consciente de que recuerdo cada una de sus palabras y cada minuto de los días que pasamos juntos

en España. No podía olvidar el nombre de su vino favorito.

—¿No te he dicho que también tengo muy buena memoria? —contesto, para quitarle importancia.

Pongo el arroz en un bol y comienzo a lavarlo bajo el chorro de agua. Irene me mira en silencio, parece hipnotizada por el movimiento circular de mi mano mientras voy removiendo los granos para que suelten el almidón.

—Ayer estaba tan sorprendida que ni siquiera te di la enhorabuena. —Comenta mientras clava el sacacorchos en la botella—. Me alegro mucho de que por fin estés haciendo lo que deseabas. ¿Fue muy difícil…? ¿Tu madre…?

Vacío el agua del bol y pongo el arroz en la arrocera que suelta una serie de pitidos mientras la programo.

—Lo que importa es que todo salió bien.

No puedo contarle las interminables discusiones, las amenazas, los momentos en los que estuve a punto de rendirme y aceptar que mi única opción en la vida era seguir siendo el CEO de Lee Corporation y renunciar para siempre a mis sueños y a la absurda idea de la libertad. Me niego a cargarla con todos esos recuerdos dolorosos, pero aunque no se lo digo, algo en mi gesto o en mi postura me delata. Lo sé por la forma en que inclina la cara para mirarme de una manera que toca mi corazón y lo reconforta.

—De verdad que me alegro —repite.

De algún modo, creo que adivina lo que no digo en voz alta, y lo hace con una facilidad asombrosa. Me pregunto si he perdido práctica y ya no sé actuar como si todo me fuera indiferente. Casi comenzaba a olvidar la forma en que ella derribó durante el camino los muros que levanté entonces para protegerme.

—Lo que hice… La forma en la que me marché de repente, sin explicaciones… No me atrevo ni a disculparme porque no merezco que me perdones. —Cada palabra me cuesta la vida, pero esta vez tengo que hacer las cosas bien y no guardarme nada dentro—. Nunca te dije lo mucho que pensé en ti desde aquel día que nos vimos por primera vez en Seúl. Tenía la sensación de que el destino te había puesto en mi camino por algún motivo y no podía aceptar que nada más conocernos te hubieras ido al otro lado del mundo. La única luz que veía al lado del túnel durante aquellos primeros meses trabajando en Lee Corporation, era tu promesa de que

volverías al verano siguiente. Luego pasó lo que pasó, 2020 fue un año difícil para todos por muchas razones, y poco a poco fui perdiendo la esperanza de volver a verte nunca y hasta me esforcé por olvidarte.

Ella aprovecha que me detengo a tomar aliento para ponerse de pie y acercarse tanto que, con la mirada baja, veo las puntas de sus zapatillas muy cerca de mis pies.

—Y luego nos encontramos en España, en otro día lluvioso —dice—. Yo también he pensado muchas veces que era el destino. No encuentro otra explicación.

Me apoyo en la encimera para sentir que algo sólido me sostiene. Cuando vuelvo a levantar la vista, ella sigue ahí, con un gesto tan tierno en su preciosa cara que es como un bálsamo para mi dolorido corazón.

—No podía creer que realmente fueras tú. Estabas allí, esperándome en el aeropuerto, tan mojada que se iba formando un charco a tu alrededor, con el mismo paraguas amarillo en la mano, solo tu pelo era distinto. —Veo cómo se lleva una mano a su corta melena dorada—. Pensé que era un espejismo, una trampa de mi mente por el cansancio del viaje y el *jet lag*. No intento disculparme porque no tengo perdón por tratarte tan mal…

—Exageras, no fue para tanto.

—Pero me porté fatal contigo, al principio y al final. No tengo disculpa.

Ella extiende una mano y la posa sobre mi brazo con la suavidad de una pluma. Me quedo mirando sus dedos porque no me atrevo a enfrentarme a sus ojos.

—Quizá podríamos olvidar los errores y dejar solo los buenos momentos —propone, con su generosidad a prueba de balas—. ¿Te acuerdas de la primera vez que dormimos juntos, en el hotel en Ferrol?

—Cómo podría olvidar la primera vez que nos besamos…

Dejo la frase en el aire y disfruto al ver su rubor, que tantas veces he recordado.

—¿Y el paseo por el río, en Xubia? Quería matar a mi hermano cuando lo pillamos con Ha Jin.

Me hace reír cuando imita el gesto de estrangular a alguien antes de devolverme la sonrisa.

—Me acuerdo del pantalón que usabas, largo por la mañana y corto al mediodía.

—Sí, yo también me acuerdo de cómo me miraste las piernas, cuando estábamos en Betanzos. ¡En la puerta de la iglesia!

—Creo que de la misma manera que me miraste tú cuando salí de la ducha para pedirte champú.

Irene levanta las manos como si se estuviera rindiendo a la policía tras cometer un delito. Quiero abrazarla y beberme su sonrisa a besos.

—Y en Santiago…

Se detiene y los dos nos quedamos mudos por un largo rato. Han pasado muchos meses, pero creo que no me equivoco al pensar que para ella todas aquellas emociones y las horas que pasamos juntos en el hotel en nuestro último día, siguen tan vivos en su recuerdo como en el mío.

—Siento que todo acabara de una manera tan brusca. Debería haber encontrado una manera mejor de hacer las cosas.

Ella retrocede para sentarse de nuevo en la silla alta y mira la etiqueta de la botella, como si allí estuviera escrito nuestro destino. Toma aliento por la boca, despacio, y lo suelta de la misma manera antes de volver a mirarme.

—Imagino lo mal que lo habrás pasado. Tiene que haber sido muy duro enfrentarte a tu madre. Y lo siento. Lo siento mucho. Debería haber estado aquí para apoyarte. Lamento que hayas pasado por momentos difíciles y no poder ofrecerte mi ayuda, aunque no sirviera de mucho. —Sus dedos aprietan tan fuerte la botella que pierden todo el color—. Fui una orgullosa al rechazar tu oferta para venir a Seúl.

Pongo mi mano sobre la suya y la acaricio con suavidad mientras, poco a poco, levanta el rostro hasta bañarme en la luz de sus ojos.

—Querías conseguirlo por ti misma, y aquí estás. Yo tampoco te di la enhorabuena en condiciones ayer, estaba demasiado sorprendido de encontrarte allí —confieso—. Me siento muy orgulloso de ver que lo has logrado. Deberíamos brindar para celebrarlo.

Tomo la botella y sirvo las dos copas hasta la mitad. Irene se agarra las rodillas que le tiemblan un poco. Las mías también lo

hacen. Aún queda mucho por hablar, pero hemos dado los primeros pasos y siento que estamos en el buen camino.

Brindamos con las copas en alto y los dos bebemos para ahogar tantos sentimientos que están comenzando a aflorar y parecen imparables, como ríos desbordándose por las lluvias del tifón.

—De verdad que me alegro mucho de que vuelvas a dedicarte a las series… —Guiña los ojos con un gesto travieso—. Me alegraría más si fueras tú el protagonista… Lo que no significa que me esté quejando de haber visto nada más y nada menos que a Park Bo Gum en vivo y en directo.

Resoplo y hasta sonrío por el cambio de humor repentino que me hace recuperar el aliento.

—¿Te gusta Park Bo Gum?

—Mucho. He visto todos sus dramas.

—¿Más que Lee Kyung? —Apoyo los codos sobre la mesa alta y me inclino hacia ella, que no retrocede ni un centímetro.

—Nadie me gusta más que Lee Kyung —declara, y no sé si habla solo de mi trabajo como actor o de algo más—. Como fan, soy muy fiel.

Nos separan sesenta centímetros de madera, una distancia minúscula comparada con los diez mil kilómetros que nos separaron durante meses. Si me inclino un poco más, podría besarla, algo que estoy deseando hacer desde que la vi ayer en el rodaje. Tanto, que las manos me vuelven a temblar como en aquel momento.

—Eso se merece que te prepare la mejor comida de tu vida.

—Me muero de hambre —dice, y se echa atrás en la silla para frotarse el estómago.

—Impaciente —me burlo, antes de darme la vuelta para volver a la zona de trabajo.

Comienzo a abrir los envases donde guardo el *kimchi* y resto de acompañamientos indispensables para una comida coreana completa y, durante un rato, trato de concentrarme en lo que hago y no mirar demasiado a la mujer que me observa en silencio, mientras bebe su vino a pequeños sorbos.

Es un placer verla comer. Saborea cada porción como si fuera el mejor de los manjares, y, cada vez que se lleva a la boca la cuchara llena de arroz, me pregunto de nuevo si en otra vida fue coreana por lo mucho que lo disfruta.

He puesto música, una lista de reproducción suave que nos envuelve y se mezcla con el sonido constante de la lluvia en los cristales. No quiero que este momento se acabe nunca.

Más tarde se empeña en ayudarme a lavar los platos sucios y trabajamos juntos en la cocina, codo con codo. La tarea nos ayuda a ambos a aliviar la tensión y recuperar poco a poco la confianza.

—Mi-suk me contó que su compromiso no salió adelante y que Ha Jin está en Estados Unidos. —Le paso una de las copas y ella la seca lentamente, pensativa—. ¿Puedo preguntar sobre lo tuyo con Jiyu?

—Nunca hubo nada mío con Jiyu.

—Lo siento por ser tan entrometida.

Me arrepiento al momento de esa respuesta tan hermética. Con suavidad, le quito la copa reluciente de las manos y le acaricio los dedos entre los míos.

—Perdona, no quería ser tan brusco, es solo que no quiero hablar de esas cosas ahora que estamos juntos. Nada de lo que hay fuera de esta cocina me importa.

La lista de reproducción musical se ha terminado y comienza a sonar *Spring day* de BTS. Me parece que ella se estremece un poco con el sonido de las primeras notas.

—¿La has puesto para mí?

—¿Sigue siendo tu canción favorita? —digo, después de asentir a su pregunta.

—Ya te he dicho que como fan soy muy fiel a mis primeros amores. —Se acerca un paso más y levanta las manos que aún le sujeto para llevarlas a mis hombros. Yo deslizo mis dedos por sus antebrazos y le rodeo la espalda con suavidad—. Pero estos días no puedo dejar de escuchar *Love me again*.

—Yo tampoco —le confieso antes de acercarme a su boca.

Solo quería besarla. Sentir sus labios como siento su cuerpo, suave y dócil, pegado al mío. Besarla una vez y que dure toda una vida. Besarla por todas las veces que no lo he hecho desde que la abandoné sin pedir perdón ni dar explicaciones. No la merezco, pero está aquí, y se entrega al beso como tantas veces lo he soñado.

Y entonces, lo que solo iba a ser una caricia, una tentativa, se convierte en algo más. En una marea que nos arrasa. Una corriente cálida que nos lleva en la cresta de una ola a un punto de no

retorno. A nuestro alrededor, como restos de un naufragio, un revoltijo de prendas va cubriendo el suelo y se convierte en un rastro de migas que nos sigue hasta el sofá en el que me dejó caer con Irene sobre mi regazo.

Ella se detiene para tomar aliento, el que a mí me falta cuando pienso que me va a decir que no podemos seguir con esto, que es un error que no quiere repetir. Me equivoco, como tantas veces. Cuando pienso que voy a encontrar rechazo, sus ojos azules relucen de amor y deseo y me hacen temblar con una mezcla de emociones tan intensa que casi duele.

Es el momento de decirle cuánto la he echado de menos, de jurarle que no volveré a cometer los mismos errores, que nunca me separaré de su lado a menos que sea ella la que me lo pida.

Abro la boca para soltar un torrente de palabras, pero ella las detiene con otro beso y un gesto que me indica que lo sabe, que puede leer en mí como en un libro abierto, y que ya tendremos tiempo para hablar. Ahora es el momento de sentir.

EPÍLOGO

IRENE

Tras la rueda de prensa de la presentación de la serie se sirve un cóctel en un elegante hotel, propiedad de Lee Corporation. No he querido preguntar si es una deferencia de la señora presidenta que comienza a perdonar a Su Jong en vista del éxito que se le augura en su nueva carrera como director. Aunque, lo más probable es que haya sido idea de su hermano mayor, que cada vez adquiere más poder en el *holding*, avalado por sus buenos resultados.

No es que esté pendiente de la marcha de los negocios de su familia, solo quiero asegurarme de que nunca volverán a obligarle a trabajar en algo que aborrece. Verlo hoy hablar ante la prensa de su primera experiencia como director me ha provocado una sensación de orgullo inmensa.

—Aquí estabas —me dice cuando se acerca.

Lleva un traje gris de raya diplomática que lo convierte en el modelo perfecto para una sastrería inglesa, lo que me recuerda una de mis series favoritas, en la que interpretaba a un niño coreano adoptado en Estados Unidos que regresaba de adulto a su país. Aún echo mucho de menos a Lee Kyung. No puedo evitarlo; no hay otro actor que me haga vibrar como él con sus actuaciones.

—Es una pena que no vaya a volver a ver esto en pantalla —digo, sin poder contenerme.

Él se mira, para comprobar lo que estoy recorriendo de arriba abajo con mis ojos, y sonríe de una forma tímida que me da un pellizco en el corazón.

—¿No prefieres verlo más de cerca? —me pregunta al oído y provoca como respuesta un pequeño seísmo que me recorre hasta

las puntas de los pies—. Esta noche, por ejemplo, en mi apartamento.

Tengo que dar un trago a mi copa de champán para aliviar el calor que me incendia las mejillas. Nunca pensé que a mis treinta años recién cumplidos un hombre pudiera lograr que me ruborice como una colegiala.

—Ahora que lo dices, creo que ayer no lo vi bastante. Deberías poner más luz en tu dormitorio.

Su Jong se atraganta y casi escupe su bebida. Le golpeo suavemente la espalda entre risas, momento que los periodistas aprovechan para inmortalizar. Me pregunto si harán *zoom* con las cámaras para descubrir nuestros anillos de pareja a juego, con los que me sorprendió cuando cumplimos cien días desde nuestro reencuentro. Adoro las tradiciones románticas coreanas, incluida esa costumbre de contar las relaciones en periodos que van de cien en cien días, así tienes muchas más oportunidades para celebrar la felicidad de estar juntos que con solo un aniversario anual.

—Hace un día precioso, ¿verdad? —pregunta, con la evidente intención de buscar un tema seguro que no atraiga más miradas curiosas a nuestro alrededor.

Señala hacia los ventanales del salón que dan a un jardín trasero en el que una hilera de hermosos arces pone un toque de ocre y oro que es el marco perfecto para el cóctel. El verano ya ha quedado atrás, pero es el primer año que no me quejo del otoño.

—¿Deberíamos escaparnos y dar un paseo? Podríamos comer *hotteok*.

—Me temo que tengo que saludar a un millón de personas antes.

—Pues hazlo rápido.

Su Jong sonríe y yo que me quedo tan fascinada, mirando ese rostro perfecto al que nunca lograré acostumbrarme, que apenas me doy cuenta de que alguien se acerca por mi espalda hasta que él se endereza como si estuviera a punto de hacer un saludo militar.

—Madre… Pensaba que no iba a venir.

Me giro muy despacio mientras calculo si puedo alejarme con disimulo. Quizá no me vean. Quizá yo sea tan insignificante que la presidenta de Lee Corporation, Choi Byung Sok, no me dedique ni una mirada despectiva.

La señora, vestida con un *hanbok* gris plata y con el pelo del

mismo color recogido en un moño, está escoltada por su primogénito, Lee Su-hyun, su nuera y su pequeño nieto. He tenido oportunidad de conocerlos a todos antes, menos a la madre, que me mira apenas un segundo. Sus ojos son tan fríos que logra que se me erice la piel de los brazos.

—Yo también pensaba que no iba a venir —responde, con un gesto que me descarta como un ser inofensivo al que no merece la pena dedicarle ni un saludo.

—No podíamos faltar —le dice a Su Jong su hermano mayor, antes de darle un breve abrazo—. Enhorabuena, *dongsaeng*. Parece que tu serie va a ser todo un éxito.

—Enhorabuena —repite su esposa, que es nada menos que Jung Ha-na, la actriz que ganó todos los premios posibles en su corta carrera, retirada de las pantallas desde que se casó con el hijo mayor de Lee Corporation—. ¿Cómo está usted, Irene *ssi*? ¿Trabajando duro en su doctorado?

—Eso es —respondo, mientras mi cuello se dobla una y otra vez para saludarlos con una reverencia uno a uno. No esperaba que Ha-na me metiera en la conversación, y ahora no hay manera de escaparme—. Me alegro de verlos.

Su Jong respira hondo y, después de lanzarme una mirada que parece de socorro, sacude la cabeza y por fin relaja un poco la espalda.

—Madre, permíteme presentarte a mi acompañante. Su nombre es Irene Leira y es española. Ama nuestra cultura casi más que nosotros, por eso estudió coreano y ahora está haciendo un doctorado en Seúl.

Me espero cualquier cosa: que me insulte, que me desprecie, que se queje de que soy extranjera, pero la señora, una vez más, prefiere ignorarme.

Cuando se aleja me doy cuenta de que es bajita y menuda, en absoluto la amazona que imaginaba en mis fantasías. Siento una inevitable ternura al pensar que esa mujer tan frágil trajo al mundo al hombre que amo, algo por lo que siempre le estaré agradecida.

—¿Hay algún sitio donde sentarse? Estoy un poco cansada —dice, y al momento su hijo mayor le ofrece un brazo para que se apoye y la conduce hacia una zona de cómodas butacas.

—Tenemos que organizar una comida para celebrar el éxito que

va a tener la serie —dice Jung Ha-na, antes de agacharse para tomar en brazos a su hijito, que se había puesto a gatear por el suelo. Se despide con una leve reverencia y una sonrisa.

—¿Ha sido muy difícil? —me pregunta Su Jong cuando ya no pueden oírnos.

—Eso debería preguntártelo yo a ti. —Le pongo una mano en el hombro y, cuando veo que los periodistas vuelven a enfocarnos con sus cámaras, finjo que le estoy quitando unas pelusas de la chaqueta—. Siento que voy a ser una decepción para tu madre. Yo puedo soportarlo, pero me entristece que tú tengas que pasar una vez más por momentos complicados por mi culpa.

Su Jong se queda inmerso en sus pensamientos durante un instante que se me hace largo como un año.

—No es tu culpa, en todo caso es la mía por ser un mal hijo y no cumplir con sus expectativas. —Me duele tanto que diga eso que siento que se me para el corazón, hasta que me toma una mano y, sin importarle los curiosos, se la lleva a los labios para besarla—. Pero entre seguir obedeciendo sus órdenes y mi felicidad, siempre volvería a escoger la segunda opción. Y esa eres tú, Irene *ssi*.

Mi tonto corazón se recupera del susto anterior y comienza ahora a latir un poco rápido de más, al ritmo de la alegre melodía que suena en el hilo musical y que es parte de la banda sonora de su serie. Recuerdo que esta misma mañana la hemos bailado juntos en la cocina, descalzos y a medio vestir. Por favor, creo que me estoy volviendo a ruborizar.

—Lee Su Jong *ssi*, ¿ya te he dicho hoy que te quiero?

—Creo que hoy no… —Levanta la mirada como si estuviera tratando de recordar—. Ayer, durante el desayuno, lo hiciste, y anteayer, cuando te empeñaste en poner ese viejo drama en el que finjo que sé tocar la guitarra, y el domingo cuando paseábamos por la orilla del río y…

—No te estás quejando de que te lo digo demasiado, ¿verdad?

—Nunca lo haré, créeme.

Veo en su mirada el beso que querría darme y no puede con tanta gente pendiente de nuestra conversación. Cuando Su Jong me invitó a este cóctel pensé que sería una especie de convidada de piedra, olvidada en un rincón mientras él se relacionaba con la gente del mundillo artístico y atendía a la prensa. Ni en la mayor de

mis fantasías hubiera imaginado este momento. La forma en la que me habla, me mira o me toca, debe dejar claro, incluso para los observadores menos atentos, la relación que nos une.

Me aclaro la garganta, nerviosa, y miro a mi alrededor, hasta identificar una cara conocida.

—Park Jiyu viene hacia nosotros —le aviso, con la copa delante de mis labios para que nadie más pueda oírme.

Su Jong se vuelve y hace una reverencia formal a la pareja que se acerca. Jiyu tiene el mismo gesto hermético de siempre y está igual que la última vez que nos vimos, ya hace un año, en Santiago de Compostela. Los coreanos tienen muchas formas de evitar que el tiempo pase por ellos y no dudan en usarlas.

—Enhorabuena, señor director —dice, tras los breves saludos, y me parece que hay casi un poco de humor en su voz al utilizar su nuevo cargo para dirigirse a Su Jong—. Por fin estás haciendo lo que quieres.

Por la forma en la que me mira, intuyo que me incluye en estas últimas palabras.

—Diría que tú también —contesta él al tiempo que eleva las cejas de una forma interrogativa.

Ella mira a su acompañante, al que va dirigido el gesto de Su Jong, y una sonrisa que nunca le había visto le asoma a los labios pintados de rosa.

Park Jiyu sabe sonreír. Ese debería ser el titular de prensa de mañana. Y la persona que ha logrado este increíble fenómeno es un joven con el aspecto típico de un surfista californiano: cuerpo largo y delgado, y un pelo color zanahoria aclarado por el sol. Su rostro lleno de pecas le hace parecer más joven que Jiyu, a la que mira con indisimulada adoración.

Va a resultar que las estiradas herederas con corazón de hielo también se enamoran.

—Permitidme que os presente al señor Kevin Jones.

Usa el inglés para hacer las presentaciones. Cuando estrecho la mano del joven y lo miro con más atención, me doy cuenta de que hay algo en él que me resulta extrañamente familiar.

—¿Jones? ¿Es hermano de Kate Jones? —pregunta Su Jong y casi me doy una palmada en la frente al darme cuenta.

Por supuesto que es el hermano de la amiga americana de Jiyu,

igual de alto y pelirrojo que ella. Por el parecido, podrían ser mellizos.

—Sí, ¿conocen a mi hermana?

Parece que a Kevin Jones nadie le ha contado sobre el camino de Santiago que iniciamos un año atrás dos gallegos, una americana y cuatro coreanos. Mientras Jiyu se lo explica por encima, a su manera, yo me siento transportada por un momento a aquella mañana, en la puerta del Parador de Turismo de Ferrol, cuando estábamos a punto de comenzar nuestra aventura. Veo a mi hermano Luis guardar las mochilas en el maletero de nuestro coche, a Jiyu y Kate con sus botas de montaña recién estrenadas, a Mi-suk y Ha Jin haciendo bromas sobre quién se cansará primero, y a Su Jong, callado y pensativo, mirando hacia el Arsenal Militar y, más allá, hacia la ría cuyas aguas azules reflejan el cielo. Entonces yo aún no sabía cuántas obligaciones y responsabilidades lo mantenían maniatado y casi amordazado, siempre al servicio de su madre y de la corporación familiar.

—Me encantaría hacer el Camino de Santiago —dice el hermano de Kate con un entusiasmo que es todo lo opuesto a la habitual indiferencia de Jiyu.

No puedo evitar preguntarme en qué momento personas tan distintas comienzan una relación; quizá es cierto lo de que polos opuestos se atraen.

—Entonces, ¿te vas a quedar definitivamente en Estados Unidos? —pregunta Su Jong a Jiyu, cuando el anterior tema de conversación se agota.

—Mis padres me presionan para que vuelva, pero allí sé que puedo trabajar en algo para lo que estoy preparada y en un puesto que puedo conseguir por mi currículo, no por ser la heredera de mi familia.

—¿Solo te quedas en mi país por trabajo? —Más que una pregunta, es una queja de Kevin, que la mira con una caída de ojos que le hace parecer un cachorro adorable—. Eso me ha dolido.

Jiyu pone los ojos en blanco, aunque el gesto parece más bien una exageración, como si estuviera imitando a su antigua yo.

—Vamos, te invito a una copa para que se te pase el disgusto —dice y atrae la atención de la prensa cercana cuando toma a Kevin de la mano para que la siga.

Se despide de nosotros con una leve reverencia y el chico hace lo mismo con una sonrisa que demuestra que el enfado es puro teatro.

—Y ahora que los periodistas están más pendientes de ellos que de nosotros, quizá es el momento de escaparnos —propone Su Jong.

—¿Y tu familia? ¿No vas a despedirte…?

Asiente con desgana, y encamina sus pasos hacia la zona en la que su madre está sentada en una alta butaca, recibiendo los saludos de los asistentes como si fuera la verdadera protagonista del evento.

Lo sigo a una distancia prudencial. Después de todo lo que hemos pasado para estar juntos, no voy a permitir que el menosprecio de la señora presidenta me afecte. O eso es lo que me digo para hacerme fuerte cuando me dirige una intensa mirada de disgusto.

Los saludo a todos con una inclinación de cabeza y las sonrisas acogedoras del hermano de Su Jong y su esposa me da un momento de respiro. Me pregunto cómo su cuñada, que fue durante años la actriz más amada de Corea, ha podido lidiar todo este tiempo con una suegra que tampoco la aceptaba hasta el punto de haber despedido a su hijo y estar dispuesta a desheredarlo por casarse contra sus deseos. Aunque ahora parecen estar en buenos términos, no creo que sea como una segunda madre para su nuera. Bien pensado, ni siquiera parece una persona cariñosa con sus hijos, así que difícilmente lo va a ser con sus parejas.

Su Jong se despide brevemente y los dos volvemos a inclinarnos en señal de respeto. Cuando nos damos la vuelta para marcharnos, oigo unas palabras de la señora que le dirige a su hijo mayor pero que, obviamente, son para mí.

—Al menos tu esposa es coreana.

Sigo alejándome, con la cabeza alta y una sonrisa en el rostro a pesar del puñal que llevo clavado en la espalda.

En el vestíbulo me sorprendo al notar las piernas flojas, como si hubiera estado caminando durante horas.

—¿Me esperas un minuto? —le pido a Su Jong, y me apresuro por el pasillo que lleva a los cuartos de baño.

El espejo me devuelve una imagen más agobiada de lo que esperaba. Me lavo las manos y dejo que el agua fría me corra por

las muñecas para reactivar la circulación. La puerta a mi espalda se abre y veo entrar a Park Jiyu. Por la forma en que se dirige hacia mí, sospecho que me ha seguido desde el salón.

—No dejes que te afecte —dice parada ante el espejo mientras se coloca un mechón de su siempre impecable pelo negro.

—Lo intento —reconozco porque no sé mentir, ni siquiera ante alguien a la que nunca he llegado a considerar una amiga.

En un gesto automático, mis manos buscan la cadena que nunca me quito y juegan con ella. Jiyu se fija en la púa que asoma por el escote y, una vez más, sonríe de esa manera suya tan tibia, pero que al menos le hace parecer humana. Su regreso a Estados Unidos y, probablemente, el joven Kevin Jones, le sientan de maravilla.

—Recuerdo que te vi llevando ese colgante el último día en Santiago. —Hago un gesto de sorpresa porque estaba segura de que no nos habíamos visto ese día—. Yo estaba en el vestíbulo del hotel, aquella noche, cuando regresabais de cenar juntos… —me explica—. Estabais tan concentrados el uno en el otro, que era como si no hubiera nadie más alrededor. Entonces supe que solo perdería el tiempo y la paciencia aceptando el compromiso que mi familia había concertado con su madre.

—¿Por eso te fuiste a la mañana siguiente sin despedirte?

Jiyu asiente a la vez que se encoge de hombros.

—Al final, Su Jong *oppa* y yo tenemos más en común de lo que pensaba. —Apoya las caderas en el lavabo y se cruza de brazos con una serenidad que siento que trata de transmitirme—. Los dos tenemos gustos, ¿cómo decirlo? ¿Muy occidentales?

—Eso parece —respondo de buen humor ante esta declaración inesperada.

De todas las personas en el mundo que podría haber esperado ayuda y consuelo, Park Jiyu sería la última de la lista.

La puerta del baño se abre de nuevo y entra Mi-suk que me busca con gesto de preocupación y una interrogación en su mirada al descubrir quién me acompaña.

—¿Todo bien? —pregunta.

De repente siento la necesidad de abrazarlas. Echo de menos a mi familia y a mis amigos, y estas dos mujeres son, además de Su Jong, las personas a las que más conozco en Corea. Sea como fuere, hemos vivido muchas cosas juntas, y el camino une, incluso a

personas tan distintas como nosotras. La prueba es que me han seguido ambas para preguntar cómo me encuentro.

—Gracias —les digo y las dos agitan las manos para intentar detenerme cuando les hago una reverencia que me sale del corazón.

—*Oppa* te está esperando. —Me recuerda Mi-suk.

Sí, su hermano me está esperando y eso es lo único que importa. Querría ganarme, si no puede ser el afecto, al menos la aceptación de su madre, pero no voy a llorar por su desprecio. Dejaré que el tiempo calme las aguas llenándome de paciencia y generosidad. Además, he visto demasiados dramas con suegras malvadas, y sé que el amor siempre triunfa. *Fighting!*

Desde que regresé a Corea vivo constantes momentos de disociación en los que creo que soy la protagonista de un *kdrama*. Pasear con Su Jong por las calles concurridas de Myeondong, con sus mercadillos callejeros, sus turistas, y los apetitosos aromas de la comida callejera, me provocan uno de esos instantes de ensueño.

Solo me falta que su madre me cite para entregarme un sobre con un buen fajo de wones y me ordene regresar a mi país y no volver a ver más a su hijo. Ante mi negativa, me arrojaría un vaso de agua a la cara. O quizá me atrevería a hacerlo yo.

Sacudo la cabeza y fuerzo una tos para disimular que me estoy riendo de mis propios pensamientos.

—Ya estás haciendo eso otra vez —me susurra él casi al oído.

—¿Yo? ¿Qué estaba haciendo?

—Estabas a punto de pedirme que te pellizque para comprobar que no estás soñando.

Me conoce demasiado bien así que no puedo seguir negándolo. Aún no me creo del todo este maravilloso momento que estamos viviendo.

—Es porque soy muy feliz —declaro y abro los brazos para abarcar todo lo que me rodea—. Adoro esta ciudad.

—¿Solo la ciudad? —me pregunta Su Jong y me detengo para apoyar las manos sobre las solapas de su elegante abrigo tostado. Para evitar miradas suspicaces, finjo que se las estoy colocando.

—¿Qué quieres escuchar, Su Jong *ssi*?

—Solo que estás bien.

Sus palabras me llevan de vuelta al hotel y a la fría mirada de la señora presidenta de Lee Corporation. Me estremezco un poco.

—Lo estaré. —Le aseguro—. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Y me tienes a mí para apoyarte si lo necesitas. Lo sabes, ¿no?

Sacudo la cabeza para responder afirmativamente. Lo tengo. Lo sé.

Y entonces algo suave se posa en la punta de mi nariz. Levanto la cara para ver los diminutos copos que caen sobre nosotros y que relucen plateados a la luz de las farolas.

—¿Está nevando?

—Solo es aguanieve.

—¡Está nevando! —chillo y levanto las palmas para ver como lo que, sí, vale, es aguanieve, se derrite en cuanto se posa—. Pero si aún estamos en noviembre…

—¿Tanto te gusta? —Su Jong sacude la cabeza, incrédulo.

—Es nuestra primera nevada juntos, *oppa*.

He visto esta escena mil veces en los *kdramas*. Antes pensaba que era solo un recurso romántico, pero en mi anterior estancia en Seúl pude ver a las parejas salir corriendo de un café para mirar la nieve caer cogidos de la mano. Es otra de sus preciosas tradiciones, están convencidos de que ver la primera nevada de la temporada juntos hará que su amor sea verdadero y eterno.

—¿Me has llamado *oppa*? —pregunta Su Jong, más interesado en el apelativo que en los copos que comienzan a mojarnos la ropa.

—Creo que era el momento para hacerlo, *oppa* —bromeo.

Parece que le gusta y no sé por qué no lo he hecho antes. Así llaman las coreanas a sus parejas, aunque sea el nombre que también dan a su hermano mayor. Supongo que me resistía por lo confuso que es todo, incluso para mí, que conozco bastante la cultura coreana, pero en este momento me parece perfecto.

Él me coge las manos y las frota entre las suyas mucho más calientes.

—Sabes cuál es el remedio para las manos frías, ¿verdad?

Asiento con gesto goloso al olfatear el aroma dulce de un puesto callejero. Nos acercamos al vendedor de *bungeopang*, el pastelito con forma de pez que a mí me gusta con el relleno tradicional de pasta de judías rojas. Es costumbre tomarlo cuando hace frío y lo entiendo cuando nos entrega el acostumbrado envoltorio en papel marrón y noto que me calienta las manos como en España lo haría un cartucho de castañas.

—¿No te preocupa que te reconozcan? —le pregunto, porque la calle está realmente concurrida en este momento.

—Un director no es lo mismo que un actor, y las fans que tenía en otros tiempos ya se habrán olvidado de mí. Cada día surge una nueva estrella a la que adorar en Corea.

Apenas acaba de decir esas palabras cuando un grupo de chicas de nuestra edad, que deben estar celebrando un cumpleaños, se paran a mirarlo con la boca abierta, cuchicheando entre ellas con emoción. Puede que en este país nazcan estrellas todos los días, pero algunas brillan más que otras, incluso cuando lo han hecho de manera fugaz, como Lee Kyung.

—Como si fuera posible olvidarte… —murmuro, casi para mí.

—Irene *ssi* —Su Jong se detiene y me mira como si fuera a decir algo muy importante. Trago el trozo de *bungeopang* a medio masticar que tengo en la boca y espero, expectante—. ¿Ya te he dicho hoy que te quiero?

Oigo susurros y suspiros muy cerca, no sé si son las mismas chicas de antes o si nos han descubierto otras fans. Tampoco me importa. Lo siento por ellas, pero Lee Kyung es todo mío.

—No las suficientes veces —contesto, porque sé que es lo que él espera oír.

Recibo mi recompensa en forma de una sonrisa que nunca soñé que vería tan de cerca y menos que fuera para mí, en exclusiva.

No, mi vida no es un *kdrama*. Es mucho mejor.

NOTA DE LA AUTORA

En 2020 y en una situación inaudita para todos fuimos muchos los que encontramos una manera de evadirnos en la ficción televisiva coreana. Las historias que nos cuentan estas series, *kdramas* les llamamos (Korean dramas) producidas con todo lujo en Corea del Sur son muy variadas, pero el género romántico es el que más destaca y triunfa, al menos entre mi círculo cercano.

Círculo que, por cierto, se amplió también a raíz de esta nueva afición. La manera en que sus guionistas le dan un par de vueltas a la idea del amor romántico, utilizando todos los tópicos pero revirtiéndoles en muchas ocasiones y para bien, tiene mucho que enseñarnos a las autoras de novela romántica, y es quizás por eso que muchas de mis compañeras son, como yo, fans rendidas de estas series.

De entre esas compañeras destacar y agradecer a mis queridas colegas y lectoras cero, Marion S. Lee y Menchu Garcerán; las dos sabéis que esta novela es también un poco vuestra. También mi agradecimiento a la tercera lectora de pruebas, Trinidad Palacios, que lleva muchos años leyendo todo lo que escribo y no se cansa de decirme cosas bonitas a cada novela.

Otro agradecimiento enorme es para la cuarta lectora cero y maravillosa ilustradora Gwynevar.art. Cuando le pedí —rogué— que me diseñara una cubierta (porque tenía que ser ella, y lo entenderéis viendo sus perfiles en las redes sociales), me contestó que necesitaba leer la novela para buscar inspiración. Por suerte para mí, la encontró. Querida amiga, tu arte y generosidad no conocen límites.

Sobre mi trabajo de creación, como es costumbre desde mi primera novela publicada, me gusta darle siempre un toque cercano a mis historias y por eso no dudé en elegir una protagonista gallega.

Bien pensado, cuando ya la novela iba avanzada, me di cuenta de que la sinopsis podía ser como uno de esos viejos chistes: van dos gallegos, cuatro coreanos y una americana por el Camino de Santiago… ¿Y por qué no? A fin de cuentas, esto es comedia romántica.

En cuanto al protagonista, es un homenaje y a la vez mi manera de dar las gracias al actor al que le debo haber caído (con mi primera serie, *Boys over flowers*) y recaído (con *The King. Eternal Monarch*) en los *kdramas*; el actor más famoso e internacional de Corea, Lee Min Ho. Después de verlo convertido en rey, con su chaqueta de terciopelo y su caballo blanco, ya no había vuelta atrás. Decidí que ahí me quedaba, y cuatro años después ya he perdido la cuenta de las series coreanas que he visto.

A ti, que has llegado hasta aquí, espero que sea porque has leído ya la novela y no porque seas una de esas personas sorprendentes que empiezan los libros por el final. Si es así, deseo que hayas disfrutado del camino, de mis personajes diversos, de sus preocupaciones y alegrías, y de ese amor luminoso que, una vez más, logra abrirse camino en complicadas circunstancias.

Gracias por leerme.



TERESA CAMESELLE (Mugardos, A Coruña, 1968). María Teresa Cameselle Rodríguez es una escritora española especializada en novela romántica y narrativa histórica.

Comenzó su carrera con la participación en certámenes de relatos, con los que alcanzó algún galardón y la publicación en antologías.

Su relación profesional con la literatura también la lleva a impartir talleres, organiza clubes de lectura, y actualmente ofrece un Curso de Novela Romántica en la Asociación de Escritores Noveles. Ha sido ponente en distintos congresos y eventos literarios.

Notas

[1] Expresión coreana que significa «deprisa», de uso muy común.

[2] En coreano: «no puede ser», «de ninguna manera».

[3] En Corea, nombre que se le da a las familias propietarias de grandes *holdings* empresariales.

[4] Nombre del *fandom* de la banda BTS.

[5] Hermano mayor de un hombre. Por extensión, los más jóvenes se lo llaman también a primos o amigos poco mayores.

[6] Nombre coreano para lo que conocemos como karaoke, que es el nombre japonés.

[7] Madre, en coreano. Por extensión, se le llama a las mujeres de edad mayor con las que se tiene cierta confianza.

[8] Besitos, en gallego.

Índice de contenido